BIBLIOTECA HISTORICA DE LA IBERIA

TOMO V.

HISTORIA VERDADERA

DE LA

CONQUISTA DE LA NUEVA-ESPAÑA

ESCRITA POR EL CAPITAN

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

UNO DE SUS CONQUISTADORES.

TOMO II.



MÉXICO
IMPRENTA DE I. ESCALANTE Y Cª
BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1870

HISTORIA VERDADERA

DE LOS SUCESOS DE

LA CONQUISTA DE LA NUEVA-ESPAÑA

CAPITULO XCIII.

Cómo hicimos nuestra iglesia, y altar en nuestro aposento, y una cruz fuera del aposento, y lo que mas pasamos, y hallamos la sala y recámara del tesoro del padre de Montezuma, y cómo se acordó prender al Montezuma.

Como nuestro capitan Cortés y el padre de la Merced vieron que Montezuma no tenia voluntad que en el cu de su Huichilobos pusiésemos la cruz ni hiciésemos la iglesia; y porque desde que entramos en la ciudad de México cuando se decia misa haciamos un altar de mesas y tornábamos á quitarlo, acordóse que demandásemos á los mayordomos del gran Montezuma albañiles para que en nuestro aposento hiciésemos una iglesia; y los mayordomos dijeron que se lo harian saber al Monte-

zuma, y nuestro capitan envió á decírselo con doña Marina y Aguilar y con Orteguilla su paje (que entendia ya algo la lengua), y luego dió licencia y mandó dar todo recaudo: é en tres dias teniamos nuestra iglesia hecha, y la santa cruz puesta delante de los aposentos, é allí se decia misa cada dia, hasta que se acabó el vino, que como Cortés y otros capitanes y el fraile estuvieron malos cuando las guerras de Tlaxcala, dieron priesa al vino que teniamos para misas. Y desde que se acabó, cada dia estábamos en la iglesia rezando de rodillas delante del altar é imágenes: lo uno, por lo que éramos obligados á christianos y buena costumbre; y lo otro, porque Montezuma y todos sus capitanes lo viesen, y se inclinasen á ello, y porque viesen el adoratorio, y vernos de rodillas delante de la cruz, especial cuando tañiamos á la Ave María. Pues estando que estábamos en aquellos aposentos, como somos de tal calidad é todo lo tracendemos é querémos saber, cuando miramos adonde mejor y en mas convenible parte habiamos de hacer el altar, dos de nuestros soldados, que uno dellos era carpintero de lo blanco, que se decia Alonso Yañez, vió en una pared una como señal que habia sido puerta, que estaba cerrada y muy bien encalada é bruñida; y como habia fama é teniamos relacion que en aquel aposento tenia Montezuma el tesoro de su padre Axayaca, sospechóse que estaria en aquella sala, que estaba de pocos dias cerrada y encalada. Y el

Yañez le dijo á Juan Velazquez de Leon y Francisco de Lugo, que eran capitanes, y aun deudos mios; el Alonso Yañez se allegaba á su compañía, como criado de aquellos capitanes, y se lo dijeron á Cortés, y secretamente se abrió la puerta; y cuando fué abierta, Cortés con ciertos capitanes entraron primero dentro, y vieron tanto número de joyas de oro, é planchas y tejuelos muchos, y piedras de chalchuihuis y otras muy grandes riquezas, quedaron elevados y no supieron qué decir de tantas riquezas. Y luego lo supimos entre todos los demás capitanes y soldados, y lo entramos á ver muy secretamente; y como yo lo ví, digo que me admiré, é como en aquel tiempo era mancebo y no habia visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto que en el mundo no debiera haber otras tantas. E acordóse por todos nuestros capitanes é soldados que ni por pensamiento se tocase en cosa ninguna dellas, sino que la misma puerta se tornase luego á poner sus piedras y cerrase y encalase de la manera que la hallamos, y que no se hablase en ello porque no lo alcanzase á saber Montezuma, hasta ver otro tiempo. Dejemos esto desta riqueza, y digamos que como teniamos tan esforzados capitanes y soldados y de muchos buenos consejos y pareceres, y primeramente nuestro Señor Jesu-Christo ponia su divina mano en todas nuestras cosas, y así lo teniamos por cierto, apartaron á Cortés cuatro de nuestros capitanes y jun-

tamente doce soldados, de quien él se fiaba é comunicaba (é yo era uno dellos), y le dijimos que mirase la red y garlito donde estábamos y la fortaleza de aquella ciudad, y mirase las puertas y calzadas, y las palabras y avisos que en todos los pueblos por donde hemos venido nos han dado, que habia aconsejado el Huichilobos á Montezuma que nos dejase entrar en su ciudad y que allí nos matarian; y que mirase que los corazones de los hombres son muy mudables, en especial en los indios, y que no tuviese confianza de la buena voluntad y amor que Montezuma nos muestra, porque de una hora á otra la mudaria, y cuando se le antojase darnos guerra, que con quitarnos la comida ó el agua, ó alzar cualquiera puente, que no nos podriamos valer: é que mire la gran multitud de indios que tiene de guerra en su guarda, ¿é qué podriamos nosotros hacer para ofendellos ó para defendernos, porque todas las casas tienen en el agua, pues socorro de nuestros amigos los de Tlaxcala por dónde han de entrar? Y pues cosa de ponderar todo esto que le deciamos, que luego sin mas dilacion prendiésemos al Montezuma si queriamos asegurar nuestras vidas, y que no se aguardase para otro dia, y que mirase que con todo el oro que nos daba Montezuma ni el que habiamos visto en el tesoro de su padre Axayaca, ni con cuanta comida comiamos, que todo se nos hacia rejalgar en el cuerpo; que ni de noche ni de dia no dor-

miamos ni reposábamos con aquel pensamiento; é que si otra cosa algunos de nuestros soldados ménos que esto que le deciamos sintiesen, que serian como bestias, que no tenian sentido, que se estaban al dulzor del oro, no viendo la muerte al ójo. Y como esto oyó Cortés, dijo: No creais, caballeros, que duermo ni estoy sin el mismo cuidado, que bien me lo habreis sentido; ¿mas qué poder tenemos nosotros para hacer tan grande atrevimiento, como prender á tan gran señor en sus mismos palacios, teniendo sus gentes de guarda y de guerra? ¿qué manera ó arte se puede tener en querello poner por efecto que no apellide sus guerreros y luego nos acometan? Y replicaron nuestros capitanes, que fué Juan Velazquez de Leon, y Diego de Ordás, é Gonzalo de Sandoval, y Pedro de Alvarado, que con buenas palabras sacalle de su sala y traello á nuestros aposentos y decille que ha de estar preso, que si se alterare ó diere voces, que lo pagará su persona; y que si Cortés no lo quiere hacer luego, que les den licencia, que ellos lo prenderán, y lo pondrán por la obra; y que de dos grandes peligros en que estamos, que el mejor y el mas á propósito es prendelle, que no aguardar que nos diesen guerra, y que si la comenzaba, ¿qué remedio podriamos tener (1)?

(1) Es de creer que la política sagaz de Cortés que se observa constantemente en todo el progreso de la conquista, hizo ó dispuso que saliese de los soldados una determinacion que por tan osada exigia una disposicion firme y resuelta de parte

Tambien le dijeron ciertos soldados, que nos parecia que los mayordomos de Montezuma que servian en darnos bastimentos, se desvergonzaban y no lo traían cumplidamente como los primeros dias, y tambien los indios tlaxcaltecas nuestros amigos dijeron secretamente á Gerónimo de Aguilar nuestra lengua, que no les parecia bien la voluntad de los mexicanos de dos dias atrás. Por manera que estuvimos platicando en este acuerdo bien una hora, si le prendiéramos ó no, y qué manera terniamos; y á nuestro capitan bien se le encajó este postrer consejo, y dejábamoslo para otro dia, que en todo caso lo habiamos de prender, y aun toda la noche estuvimos con el padre de la Merced rogando á Dios que lo encaminase para su santo servicio. Despues destas pláticas, otro dia por la mañana, vinieron dos indios de Tlaxcala muy secretamente con unas cartas de la Villa Rica, y lo que se contenia en ello decia que Juan de Escalante, que quedó por alguacil mayor, era muerto, y seis soldados juntamente con él en una batalla que le dieron los mexicanos, y tambien le mataron el caballo y á nuestros indios totonaques que llevó en su compañía, y que todos los pueblos de la sierra y Cempoal y su sujeto están alterados y no les quieren dar comida ni servir en la fortaleza, y que no

de ellos. Dominar en un imperio por el medio de hacerse prenda en su monarca y asegurar así su propia existencia, es el primer ejemplo de esta especie.

saben qué se hacer: y que como de ántes los tenian por teules, que ahora que han visto aquel desbarate les hacen fieros así los totonaques como los mexicanos, y que no les tienen en nada, ni saben qué remedio tomar. Y cuando oimos aquellas nuevas, sabe Dios cuánto pesar tuvimos todos. Aqueste fué el primer desbarate que tuvimos en la Nueva-España. Miren los curiosos lectores la adversa fortuna cómo vuelve rodando: quien nos vió entrar en aquella ciudad con tan solemne recibimiento y triunfantes, y nos teniamos en posesion de ricos con lo que Montezuma nos daba cada dia así al capitan como á nosotros, y haber visto la casa por mí nombrada llena de oro, y nos tenian por teules, que son ídolos, y que todas las batallas venciamos, é ahora habernos venido tan grande desman, que no nos tuviesen en aquella reputacion que de ántes sino por hombres que podiamos ser vencidos, y haber sentido cómo se desvergonzaban contra nosotros. En fin de mas razones fué acordado que aquel mismo dia, de una manera ú de otra, se prendiese á Montezuma, ó morir todos sobre ello. Y porque para que vean los lectores de la manera que fué esta batalla de Juan de Escalante, y cómo le mataron á él y á otros seis soldados, y el caballo y los amigos totonaques que llevaba consigo, lo quiero aquí declarar ántes de la prision de Montezuma, por no dejallo atrás, porque es menester dallo bien á entender.

CAPITULO XCIV.

Cómo fué la batalla que dieron los capitanes mexicanos á Juan de Escalante, y cómo le mataron á él y al caballo y á otros seis soldados y muchos amigos indios totonaques que tambien allí murieron.

Y es desta manera: que ya me habrán oído decir en el capítulo que dello habla, que cuando estábamos en un pueblo que se dice Quiahuiztlan, que se juntaron muchos pueblos sus confederados que eran amigos de los de Cempoal, y por consejo y convocacion de nuestro capitan (que los atrajo á ello) quitó que no diesen tributo á Montezuma, y se le rebelaron y fueron mas de treinta pueblos; y esto fué cuando le prendimos sus recaudadores, segun otras veces dicho tengo en el capítulo que dello habla. Y cuando partimos de Cempoal para venir á México, quedó en la Villa Rica por capitan y alguacil mayor de la Nueva-España un Juan de Escalante, que era persona de mucho sér y amigo

de Cortés, y le mandó que en todo lo que aquellos pueblos nuestros amigos hubiesen menester, les favoreciese. Y parece ser, que como el gran Montezuma tenia muchas guarniciones y capitanes de gente de guerra en todas las provincias, que siempre estaban junto á la raya dellos, porque una tenia en lo de Soconusco por guarda de Guatimala y Chiapa, y otra tenia en lo de Guazacualco, y otra capitanía en lo de Mechoacan, y otra á la raya de Pánuco entre Tuzapan y un pueblo que le pusimos por nombre Almería, que es en la costa del Norte; y como aquella guarnicion que tenia cerca de Tuzapan pareció ser demandaron tributo de indios é indias, y bastimentos para sus gentes, á ciertos pueblos que estaban allí cerca y confinaban con ellos, que eran amigos de Cempoal y servian á Juan de Escalante y á los vecinos que quedaron en la Villa Rica y entendian en hacer la fortaleza, y como les demandaban los mexicanos el tributo y servicio, dijeron que no se lo querian dar porque Malinche les mandó que no lo diesen, y que el gran Montezuma lo ha tenido por bien; y los capitanes mexicanos respondieron, que si no lo daban que los vendrian á destruir sus pueblos y llevallos cautivos, y que su señor Montezuma se lo habia mandado de poco tiempo acá. Y como aquellas amenazas vieron nuestros amigos los totonaques, vinieron al capitan Juan de Escalante é quejáronse reciamente que los mexicanos les venian á robar y destruir sus tierras.

Y como el Escalante lo entendió, envió mensajeros á los mismos mexicanos para que no hiciesen enojo ni robasen aquellos pueblos, pues su señor Montezuma lo habia á bien, que somos todos grandes amigos, si no que irá contra ellos y les dará guerra. A los mexicanos no se les dió nada por aquella respuesta ni fieros, y respondieron que en el campo los hallaria. Y el Juan de Escalante, que era hombre muy bastante y de sangre en el ojo, apercibió todos los pueblos nuestros amigos de la sierra que viniesen con sus armas (que eran arcos, flechas, lanzas, rodelas), y asimismo apercibió los soldados mas sueltos y sanos que tenia, porque ya he dicho otra vez que todos los mas vecinos que quedaban en la Villa Rica estaban dolientes y eran hombres de la mar. Y con dos tiros y un poco de pólvora, y tres ballestas y dos escopetas y cuarenta soldados, y sobre dos mil indios totonaques, fué adonde estaban las guarniciones de los mexicanos, que andaban ya robando un pueblo de nuestros amigos los totonaques, y en el campo se encontraron al cuarto del alba; y como los mexicanos eran mas doblados que nuestros amigos los totonaques, é como siempre estaban atemorizados dellos de las guerras pasadas, á la primera refriega de flechas, y varas, y piedras, y gritas huyeron y dejaron al Juan de Escalante peleando con los mexicanos, y de tal manera, que llegó con sus pobres soldados hasta un pueblo que llaman Almería, y le puso fuego y le quemó

las casas. Allí reposó un poco, porque estaba mal herido. Y en aquellas refriegas y guerra le llevaron un soldado vivo, que se decia Argüello, que era natural de Leon y tenia la cabeza muy grande y la barba prieta y crespa, y era muy robusto de gesto, y mancebo de muchas fuerzas, y le hirieron muy malamente al Escalante y otros seis soldados, y le mataron el caballo, y se volvió á la Villa Rica, y dende á tres dias murió él y los soldados. Y desta manera pasó lo que decimos de la Almería y no como lo cuenta el coronista Gomora, que dice en su historia que iba Pedro de Ircio á poblar á Pánuco con ciertos soldados; y para bien velar no teniamos recaudo, cuanto mas enviar á poblar á Pánuco. Y dice que iba por capitan el Pedro de Ircio, que ni aun en aquel tiempo no era capitan, ni aun cuadrillero, ni se le daba cargo, y se quedó con nosotros en México. Tambien dice el mismo coronista otras muchas cosas sobre la prision del Montezuma. Habia de mirar que cuando lo escribia en su historia, que habia de haber vivos conquistadores de los de aquel tiempo que le dirian cuando lo leyesen, esto pasa desta suerte. Y dejallo he aquí, y volvamos á nuestra materia, y diré cómo los capitanes mexicanos, despues de dalle la batalla que dicho tengo al Juan de Escalante, se lo hicieron saber al Montezuma, y aun le llevaron presentada la cabeza del Argüello, que parece se murió en el camino de las heridas, que vivo le lle-

vaban. Y supimos que el Montezuma cuando se lo mostraron, como era robusto y grande, y tenia grandes barbas y crespas, hubo pavor y temió de la ver, y mandó que no la ofreciesen á ningun cu de México, sino en otros ídolos de otros pueblos. Y preguntó el Montezuma, que siendo ellos muchos millares de guerreros, que cómo no vencieron á tan pocos teules? Y respondieron que no aprovechaban nada sus varas y flechas ni buen pelear, que no les pudieron hacer retraer, porque una gran tequeciguata de Castilla venia delante dellos, y que aquella señora ponia á los mexicanos temor y decia palabras á sus teules que los esforzaba. Y el Montezuma entónces creyó que aquella gran señora, que era Santa María y la que le habiamos dicho, que era nuestra abogada, que de ántes dimos al gran Montezuma con su precioso Hijo en los brazos. Y porque esto yo no lo ví, porque estaba en México, sino lo que dijeron ciertos conquistadores que se hallaron en ello; y pluguiese á Dios que así fuese. Y ciertamente, todos los soldados que pasamos con Cortés, tenemos muy creido, é así es verdad, que la misericordia divina y nuestra Señora la Vírgen María siempre era con nosotros, por lo cual le doy muchas gracias. Y dejallohe aquí, y diré lo que pasó en la prision del gran Montezuma.

CAPITULO XCV.

De la prision de Montezuma, y lo que sobre ello se hizo.

E como teniamos acordado el dia ántes de prender al Montezuma, toda la noche estuvimos en oracion con el padre de la Merced, rogando á Dios que fuese de tal modo que redundase para su santo servicio; y otro dia de mañana fué acordado de la manera que habia de ser. Llevó consigo Cortés cinco capitanes, que fueron Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, y Juan Velazquez de Leon, y Francisco de Lugo, y Alonso de Ávila, y con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar; y todos nosotros mandó que estuviésemos muy á punto, y los caballos ensillados y enfrenados, y en lo de las armas no habia necesidad de ponerlo yo aquí por memoria, porque siempre de dia y de noche estábamos armados y calzados nuestros alpargates, que

en aquella sazon era nuestro calzado. Y cuando soliamos ir á hablar al Montezuma, siempre nos veía armados de aquella manera: y esto digo porque puesto que Cortés con los cinco capitanes iban con todas sus armas para le prender, el Montezuma no lo tendria por cosa nueva ni se alteraria dello. Ya puestos á punto todos, envióle nuestro capitan á hacerle saber cómo iba á su palacio, porque así lo tenia por costumbre, y no se alterase viéndole ir de sobresalto. Y el Montezuma bien entendió poco más ó ménos que iba enojado por lo de Almería, y no lo tenia en una castaña, y mandó que fuese mucho en buen hora. Y como entró Cortés, despues de le haber hecho sus acatos acostumbrados, le dijo con nuestras lenguas: Señor Montezuma, muy maravillado estoy de vos, siendo tan valeroso príncipe y haberos dado por nuestro amigo, mandar á vuestros capitanes que teníades en la costa cerca de Tuzapan que tomasen armas contra mis españoles, y tener atrevimiento de robar los pueblos que están en guarda y mamparo de nuestro rey y señor, y demandalles indios é indias para sacrificar, y matar un español hermano mio, y un caballo. No le quiso decir del capitan ni de los seis soldados que murieron luego que llegaron á la Villa Rica, porque el Montezuma no lo alcanzó á saber, ni tampoco lo supieron los indios capitanes que les dieron la guerra; y más le dijo Cortés, que teniéndole por tan su amigo, mandé á mis capita-

nes que en todo lo que posible fuese os sirviesen y favoreciesen, y v. m., por el contrario, no lo ha hecho. Y asimismo en lo de Cholula tuvieron vuestros capitanes gran copia de guerreros, ordenado por vuestro mandado, que nos matasen: helo disimulado lo de entónces por lo mucho que os quiero, y asimismo ahora vuestros vasallos y capitanes se han desvergonzado y tienen pláticas secretas que nos quereis mandar matar. Por estas causas no querria comenzar guerra ni destruir aquesta ciudad; conviene que para excusarlo todo, que luego, callando y sin hacer ningun alboroto, os vais con nosotros á nuestro aposento, que allí sereis servido y muy bien mirado, como en vuestra propia casa; y que si alboroto ó voces daba, que luego sereis muerto de aquestos mis capitanes, que no los traigo para otro efecto. Y cuando esto oyó el Montezuma, estuvo muy espantado y sin sentido, y respondió que nunca tal mandó que tomasen armas contra nosotros, y que enviaria luego á llamar á sus capitanes y sabria la verdad, y los castigaria. Y luego en aquel instante quitó de su brazo y muñeca el sello y señal de Huichilobos, que aquello era cuando mandaba alguna cosa grave é de peso para que se cumpliese, é luego se cumplia. Y en lo de ir preso y salir de sus palacios contra su voluntad, que no era persona la suya para que tal le mandasen, é que no era su voluntad salir. Y Cortés le replicó muy buenas razones, y el Montezuma le

respondia muy mejores y que no habia de salir de sus casas. Por manera que estuvieron mas de média hora en estas pláticas. Y como Juan Velazquez de Leon y los demás capitanes vieron que se detenia con él, y no veían la hora de habello sacado de sus casas y tenello preso, hablaron á Cortés algo alterados y dijeron: ¿Qué hace v. m. ya con tantas palabras? O le llevemos preso ó le darémos de estocadas. Por eso tornadle á decir que si da voces ó hace alboroto, que le matareis, porque mas vale que desta vez aseguremos nuestras vidas ó las perdamos. Y como el Juan Velazquez lo decia con voz algo alta y espantosa, porque así era su hablar, y el Montezuma vió á nuestros capitanes como enojados, preguntó á doña Marina que qué decian con aquellas palabras altas. Y como la doña Marina era muy entendida, le dijo: Señor Montezuma, lo que yo os aconsejo es que vais luego con ellos á su aposento, sin ruido ninguno, que yo sé que os harán mucha honra, como gran señor que sois, y de otra manera aquí quedareis muerto, y en su aposento se sabrá la verdad. Y entónces el Montezuma dijo á Cortés: Señor Malinche, ya que eso quereis que sea, yo tengo un hijo y dos hijas legítimas, tomadlas en rehenes y á mí no me hagais esta afrenta: ¿qué dirán mis principales si me viesen llevar preso? Tornó á decir Cortés que su persona habia de ir con ellos, y no habia de ser otra cosa. Y en fin de muchas mas razones que pasaron, dijo

que él iba de buena voluntad; y entónces nuestros capitanes le hicieron muchas caricias, y le dijeron, que le pedian por merced que no hubiese enojo, y que dijese á sus capitanes, y á los de su guardia que iba de su voluntad, porque habia tenido plática de su ídolo Huichilobos, y de los papas que le servian, que convenia para su salud, y guardar su vida, estar con nosotros: y luego le trujeron sus ricas andas en que solia salir con todos sus capitanes que le acompañaron, y fué á nuestro aposento, donde le pusimos guardas y velas, y todos cuantos servicios y placeres le podiamos hacer, así Cortés, como todos nosotros, tantos le haciamos, y no se le echó prisiones ningunas: y luego le vinieron á ver todos los mayores principales mexicanos, y sus sobrinos, é hablar con él, y á saber la causa de su prision, y si mandaba que nos diesen guerra: y el Montezuma les respondia, que él holgaba de estar algunos dias allí con nosotros de buena voluntad, y no por fuerza, y cuando él algo quisiese que se lo diria, y que no se alborotasen ellos, ni la ciudad, ni tomasen pesar dello, porque aquesto que ha pasado de estar allí, que su Huichilobos lo tiene por bien, y se lo han dicho ciertos papas, que lo saben, que hablaron con su ídolo sobre ello; y desta manera que he dicho fué la prision del gran Montezuma, y allí donde estaba tenia su servicio, y mujeres, y baños en que se bañaba: y siempre á la contina estaban en su compañía veinte grandes se-

ñores, y consejeros, y capitanes, y se hizo estar preso sin mostrar pasion en ello: y allí venian con pleitos embajadores de lejas tierras: y le traían sus tributos, y despachaba negocios de importancia. Acuérdome, que cuando venian ante él grandes caciques de otras tierras sobre términos y pueblos, ú otras cosas de aquel arte, que por muy gran señor que fuese, se quitaba las mantas ricas, y se ponia otras de nequen y de poca valía, y descalzo habia de venir: y cuando llegaba á los aposentos, no entraba derecho, sino por un lado dellos, y cuando parecian delante del gran Montezuma, los ojos bajos en tierra, y ántes que á él llegasen, le hacian tres reverencias, y le decian: Señor, mi señor, gran señor, y entónces le traían pintado, é dibujado el pleito, ó negocio sobre que venian en unos paños ó mantas de nequen, y con unas varitas muy delgadas y pulidas, le señalaban la causa del pleito, y estaban allí junto al Montezuma dos hombres viejos grandes caciques: y cuando bien habian entendido el pleito aquellos jueces, le decian al Montezuma la justicia que tenian, y con pocas palabras los despachaba, y mandaba quién habia de llevar las tierras, ó pueblos: y sin mas replicar en ello, se salian los pleiteantes sin volver las espaldas, y con las tres reverencias se salian hasta la sala, y cuando se veían fuera de su presencia del Montezuma, se ponian otras mantas ricas, y se paseaban por México. Y dejaré de decir al presente desta prision,

y digamos cómo los mensajeros que envió el Montezuma con su señal y sello á llamar sus capitanes, que mataron nuestros soldados, los trujeron ante él presos, y lo que con ellos habló, yo no lo sé: mas que se los envió á Cortés, para que hiciese justicia dellos, y tomada su confesion, sin estar el Montezuma delante confesaron ser verdad lo atrás ya por mí dicho, é que su señor se lo habia mandado, que diesen guerra, y cobrasen los tributos, y si algunos teules fuesen en su defensa, que tambien les diesen guerra, ó matasen. E vista esta confesion por Cortés envióselo á decir al Montezuma, cómo le condenaban en aquella cosa, y él se disculpó cuanto pudo, y nuestro capitan le envió á decir, que él así lo creía, que puesto que merecia castigo, conforme á lo que nuestro rey manda, que la persona que manda matar á otros sin culpa, ó con culpa, que muera por ello; mas que le quiere tanto, y le desea todo bien, que ya que aquella culpa tuviese, que ántes la pagaria el Cortés por su persona, que vérsela pasar al Montezuma: y con todo esto que le envió á decir, estaba temeroso: y sin mas gastar razones, Cortés sentenció á aquellos capitanes á muerte, é que fuesen quemados delante de los palacios del Montezuma, é así se ejecutó luego la sentencia: y porque no hubiese algun impedimento, entretanto que se quemaban, mandó echar unos grillos al mismo Montezuma, y cuando se los echaron él hacia bramuras: y si de ántes estaba teme-

roso, entónces estuvo mucho mas: y despues de quemados, fué nuestro Cortés con cinco de nuestros capitanes á su aposento, y él mismo le quitó los grillos, y tales palabras le dijo, que no solamente lo tenia por hermano, sino en mucho mas, é que como es señor y rey de tantos pueblos y provincias, que si él podia, el tiempo andando le haria que fuese señor de mas tierras de las que no ha podido conquistar, ni le obedecian: y que si quiere ir á sus palacios, que le da licencia para ello: y decíaselo Cortés con nuestras lenguas, y cuando se lo estaba diciendo Cortés, parecia se le saltaban las lágrimas de los ojos al Montezuma: y respondió con gran cortesía, que se lo tenia en merced, porque bien entendió Montezuma, que todo era palabras las de Cortés: é que ahora al presente que convenia estar allí preso, porque por ventura, como sus principales son muchos, y sus sobrinos, é parientes, le vienen cada dia á decir, que será bien darnos guerra, y sacallo de prision, que cuando le vean fuera, que le atraerán á ello, é que no querria ver en su ciudad revueltas, é que si no hace su voluntad, por ventura querrán alzar á otro señor, que él les quitaba de aquellos pensamientos con decilles, que su Dios Huichilobos se lo ha enviado á decir, que esté preso. E á lo que entèndimos, é lo mas cierto, Cortés habia dicho á Aguilar nuestra lengua, que le dijese de secreto, que aunque Malinche le mandase salir de la prision, que los capitanes nuestros, é sol-

dados no queriamos, y como aquello le oyó el Cortés le echó los brazos encima, y le abrazó, y dijo: No en balde, Señor Montezuma, os quiero tanto como á mí mismo, y luego el Montezuma demandó á Cortés un paje español, que le servia, que sabia ya la lengua, que se decia Orteguilla, y fué harto provechoso, así para el Montezuma, como para nosotros, porque de aquel paje inquiria y sabia muchas cosas de las de Castilla el Montezuma, y nosotros de lo que decian sus capitanes: y verdaderamente le era tan buen servicial, que lo queria mucho el Montezuma. Dejemos de hablar, cómo ya estaba el Montezuma contento con los grandes halagos, y servicios, y conversaciones, que con todos nosotros tenia, porque siempre que ante él pasábamos, y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas, ó cascos, que siempre estábamos armados, y él nos hacia gran mesura y honra á todos: y digamos los nombres de aquellos capitanes de Montezuma que se quemaron por justicia; que se decia el principal Quetzalpopoca; y los otros se decian el uno Coatl, y el otro Quiathuitle, y el otro no me acuerdo el nombre, que poco va en saber sus nombres. Y digamos, que como este castigo se supo en todas las provincias de la Nueva-España, temieron, y los pueblos de la costa, donde mataron nuestros soldados, volvieron á servir muy bien á los vecinos que quedaban en la Villa Rica. E han de considerar los curiosos que esto leyeren, tan gran-

des hechos que entónces hicimos: dar con los navíos al través: lo otro osar entrar en tan fuerte ciudad, teniendo tantos avisos que allí nos habian de matar, cuando dentro nos tuviesen: lo otro tener tanta osadía de osar prender al gran Montezuma, que era rey de aquella tierra; dentro en su gran ciudad; y en sus mismos palacios, teniendo tan gran número de guerreros de su guarda; y lo otro osar quemar sus capitanes delante sus palacios, y echalle grillos entre tanto que se hacia la justicia, que muchas veces ahora que soy viejo, me paro á considerar las cosas heróicas, que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presente: y digo, que nuestros hechos, que no los haciamos nosotros, sino que venian todos encaminados por Dios, porque ¿qué hombres ha habido en el mundo, que osasen entrar cuatrocientos y cincuenta soldados, y aun no llegábamos á ellos, en una tan fuerte ciudad, como México, que es mayor que Venecia, estando tan apartados de nuestra Castilla sobre mas de mil y quinientas leguas, y prender á un tan gran señor, y hacer justicia de sus capitanes delante dél? porque hay mucho que ponderar en ello, y no así secamente como yo lo digo. Pasaré adelante, y diré cómo Cortés despachó luego otro capitan, que estuviese en la Villa Rica, como estaba el Juan de Escalante que mataron.

CAPITULO XCVI.

Cómo nuestro Cortés envió á la Villa Rica por teniente, y capitan á un hidalgo que se decia Alonso de Grado, en lugar del alguacil mayor Juan de Escalante, y el alguacilazgo mayor se lo dió á Gonzalo de Sandoval, y desde entónces fué alguacil mayor, y lo que sobre ello pasó diré adelante.

Despues de hecha justicia de Quetzalpopoca, y sus capitanes, y sosegado el gran Montezuma, acordó de enviar nuestro capitan á la Villa Rica por teniente della á un soldado que, se decia Alonso de Grado, porque era hombre muy entendido y de buena plática, y presencia, y músico y gran escribano. Este Alonso de Grado era uno de los que siempre fué contrario de nuestro capitan Cortés, porque no fuésemos á México, y nos volviésemos á la villa Rica, cuando hubo en lo de Tlaxcala ciertos corrillos ya por mí dichos en el capítulo que dello habla, y el Alonso de Grado era el que lo muñía é hablaba; y si como era de buenas gracias,

fuera hombre de guerra, bien le ayudara todo junto: y esto digo, porque cuando nuestro Cortés le dió el cargo, como conocia su condicion, que no era hombre de afrenta, y Cortés era gracioso en lo que decia, le dijo: Hé aquí, señor Alonso de Grado, vuestros deseos cumplidos, que ireis ahora á la Villa Rica, como lo deseábades, y entendereis en la fortaleza, y mira no vais á ninguna entrada, como hizo Juan de Escalante, y os maten: y cuando se lo estaba diciendo, guiñaba el ojo porque lo viésemos los soldados que allí nos hallamos, y sintiésemos á qué fin lo decia, porque sabia dél, que aunque se lo mandara con pena, no fuera. Pues dadas las provisiones é instrucciones de lo que habia de hacer, el Alonso de Grado le suplicó á Cortés, que le hiciese merced de la vara de alguacil mayor, como la tenia el Juan de Escalante que mataron los indios, y le dijo, que ya la habia dado á Gonzalo de Sandoval, é que para él no le faltaria el tiempo andando otro oficio muy honroso, que se fuese con Dios, y le encargó que mirase por los vecinos, é los honrase, y á los indios amigos no se les hiciese ningun agravio, ni se les tomase cosa por fuerza: é que dos herreros que en aquella villa quedaban, y les habia enviado á decir, y mandar, que luego hiciesen dos cadenas gruesas del hierro, y anclas que sacaron de los navíos que dimos al través, que con brevedad las enviase, y que diese priesa á la fortaleza que se acabase de enmaderar, y cu-

brir de teja. Y como el Alonso de Grado llegó á la villa mostró mucha gravedad con los vecinos, y queríase hacer servir dellos, como gran señor, y á los pueblos que estaban de paz, que fueron mas de treinta, enviábalos á demandar joyas de oro, é indias hermosas: y en la fortaleza no se le daba nada de entender en ella, y en lo que gastaba el tiempo era en bien comer, y en jugar: y sobre todo esto, que fué peor que lo pasado, secretamente convocaba á sus amigos, é á los que no lo eran, para que si viniese á aquella tierra Diego Velazquez de Cuba, ó cualquier su capitan, de dalle la tierra, é hacerse con él: todo lo cual muy en posta se lo hicieron saber por cartas á Cortés á México, y como lo supo hubo enojo consigo mismo por haber enviado á Alonso de Grado, conociéndole sus malas entrañas, é condicion dañada: y como Cortés tenia siempre en el pensamiento, que Diego Velazquez, gobernador de Cuba, por una parte ó por otra habia de alcanzar á saber cómo habiamos enviado á nuestros procuradores á su majestad, é que no le acudiriamos á cosa ninguna, é que por ventura enviaria armada, y capitanes contra nosotros, parecióle que seria bien poner hombre de quien fiar el puerto, é la villa, y envió á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor por muerte de Juan de Escalante, y llevó en su compañía á Pedro de Ircio, aquel de quien cuenta el coronista Gomora, que iba á poblar á Pánuco, y entónces el Pedro de Ircio fué á

la villa, y tomó tanta amistad Gonzalo de Sandoval con él, porque el Pedro de Ircio, como habia sido mozo de espuelas en la casa del conde de Ureña, y de don Pedro Giron, siempre contaba lo que les habia acontecido: y como el Gonzalo de Sandoval era de buena voluntad, y no nada malicioso, y le contaba aquellos cuentos, tomó amistad con él como dicho tengo, y siempre le hizo subir hasta ser capitan: y si en este tiempo de ahora fuera, algunas palabras mal dichas que no eran de decir, decia el Pedro de Ircio en lugar de gracias, que se las reprehendia harto Gonzalo de Sandoval, que le castigaran por ellas en muchos tribunales. Dejemos contar de vidas ajenas, y volvamos á Gonzalo de Sandoval, que llegó á la Villa Rica, y luego envió preso á México con indios que lo guardasen á Alonso de Grado, porque así se lo mandó Cortés: y todos los vecinos querian mucho á Gonzalo de Sandoval, porque á los que halló que estaban enfermos, los proveyó de comida lo mejor que podia: y les mostró mucho amor, y á los pueblos de paz tenia en mucha justicia, y los favorecia en todo lo que se les ofrecia, y en la fortaleza comenzó á enmaderar, y tejar: y hacia todas las cosas, como conviene hacer todo lo que los buenos capitanes son obligados: y fué harto provechoso á Cortés y á todos nosotros, como adelante verán en su tiempo é sazon. Dejemos á Sandoval en la Villa Rica, y volvamos á Alonso de Grado, que llegó preso á Mé-

xico, y queria ir á hablar á Cortés, y no le consintió que pareciese delante dél, ántes le mandó echar preso en un cepo de madera, que entónces hicieron nuevamente. Acuérdome que olia la madera de aquel cepo, como á sabor de ajos, y cebollas, y estuvo preso dos dias. Y como el Alonso de Grado era muy plático, y hombre de muchos medios, hizo grandes ofrecimientos á Cortés, que le seria muy servidor, y luego le soltó; y aun desde allí adelante ví, que siempre privaba con Cortés, mas no para que le diese cargos de cosas de guerra, sino conforme á su condicion, y aun el tiempo andando le dió la contaduría, que solia tener Alonso de Avila, porque en aquel tiempo envió al mismo Alonso de Avila á la isla de Santo Domingo por procurador, segun adelante diré en su coyuntura. No quiero dejar de traer aquí á la memoria cómo cuando Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á la Villa Rica por teniente y capitan, y alguacil mayor, le mandó que así como llegase, le enviase dos herreros con todos sus aderezos de fuelles, y herramientas, y mucho hierro de lo de los navíos que dimos al través, y las dos cadenas grandes de hierro que estaban ya hechas, y que enviase velas, y jarcias, y pez, y estopa, y una aguja de marear, y todo otro cualquier aparejo para hacer dos bergantines para andar en la laguna de México: lo cual luego se lo envió el Sandoval muy cumplidamente, segun y de la manera que lo mandó.

CAPITULO XCVII.

Cómo estando el gran Montezuma preso, siempre Cortés y todos nuestros soldados le festejábamos y aun se le dió licencia para ir á sus cues.

Como nuestro capitan en todo era muy diligente, y vió que el Montezuma estaba preso, y por temor no se congojase con estar encerrado y detenido, procuraba cada dia despues de haber rezado, que entónces no teniamos vino para decir misa, de irle á tener palacio, é iban con él cuatro capitanes, especialmente Pedro de Alvarado, y Juan Velazquez de Leon, y Diego de Ordas, y preguntaban al Montezuma con mucha cortesía, que qué tal estaba, y que mirase lo que mandaba, que todo se haria, y que no tuviese congoja de su prision: y le respondia, que ántes se holgaba de estar preso, y esto que nuestros dioses nos daban poder para ello, ó su Huichilobos lo permitia: y de

plática en plática le dieron á entender por medio del fraile mas por extenso las cosas de nuestra santa fe, y el gran poder del emperador nuestro señor, y aun algunas veces jugaba el Montezuma con Cortés al totoloque, que es un juego que ellos así le llaman, con unos bodoquillos chicos muy lisos, que tenian hechos de oro para aquel juego, y tiraban con aquellos bodoquillos algo léjos á unos tejuelos que tambien eran de oro, é á cinco rayas ganaban ó perdian ciertas piezas é joyas ricas que ponian. Acuérdome que tanteaba á Cortés Pedro de Alvarado, é al gran Montezuma un sobrino suyo, gran señor. Y el Pedro de Alvarado siempre tanteaba una raya de más de las que habia Cortés; y el Montezuma, como lo vió, decia con gracia y risa que no queria que le tantease á Cortés el Tonatio (que así llamaban al Pedro de Alvarado), porque hacia mucho ixoxol en lo que tanteaba, que quiere decir en su lengua que mentia, que echaba siempre una raya de más. Y Cortés y todos nosotros los soldados, que en aquella sazon haciamos guarda no podiamos estar de risa por lo que dijo el gran Montezuma. Dirán agora ¿que por qué nos reímos de aquella palabra? Es porque el Pedro de Alvarado, puesto que era de gentil cuerpo y buena manera, era vicioso en el hablar demasiado; y como le conocimos su condicion, por esto nos reimos tanto. E volvamos al juego, y si ganaba Cortés, daba las joyas á aquellos sus sobrinos y

privados del Montezuma que le servian; y si ganaba Montezuma, nos lo repartia á los soldados que le haciamos guarda. Y aun no contento por lo que nos daba del juego, no dejaba cada dia de darnos presentes de oro y ropa, así á nosotros como al capitan de la guarda, que entónces era Juan Velazquez de Leon, y en todo se mostraba Juan Velazquez grande amigo é servidor de Montezuma. Tambien me acuerdo que era de la vela un soldado muy alto de cuerpo y bien dispuesto, y de muy grandes fuerzas, que se decia fulano de Trujillo, y era hombre de la mar, y cuando le cabia el cuarto de la noche de la vela era tan mal mirado, que hablando aquí con acato de los señores leyentes, hacia cosas deshonestas, que lo oyó el Montezuma, é como era un rey destas tierras y tan valeroso, túvolo á mala crianza y desacato que en parte que él lo oyese se hiciese tal cosa, sin tener respeto á su persona, y preguntó á su paje Orteguilla que quién era aquel malcriado é sucio; é dijo que era hombre que solia andar en la mar é que no sabe de policía é buena crianza: y tambien le dió á entender de la calidad de cada uno de los soldados que allí estábamos cuál era caballero y cuál no, y le decia á la contina muchas cosas que el Montezuma deseaba saber. Y volvamos á nuestro soldado Trujillo, que desque fué de dia Montezuma lo mandó llamar y le dijo que porbue era de aquella condicion, que sin tener miramiento á su persona, no tenia aquel acato debido;

que le rogaba que otra vez no lo hiciese, y mandóle dar una joya de oro que pesaba cinco pesos: y al Trujillo no se le dió nada por lo que dijo, y otra noche adrede tiró otro traque, creyendo que le daria otra cosa; y el Montezuma le hizo saber á Juan Velazquez, capitan de la guarda, y mandó luego el capitan quitar á Trujillo, que no velase más, y con palabras ásperas le respondieron. Tambien acaeció que otro soldado que se decia Pedro López, gran ballestero, y era hombre que no se le entendia mucho, y era bien dispuesto, y velaba al Montezuma, y sobre si era hora de tomar el cuarto ú no, tuvo palabras con un cuadrillero y dijo: O pesia tal con este perro, que por velalle á la contina estoy muy malo del estómago para me morir. Y el Montezuma oyó aquella palabra, y pesóle en el alma; y cuando vino Cortés á tenelle palacio, lo alcanzó á saber y tomó tanto enojo dello, que al Pedro López, con ser muy buen soldado, le mandó azotar dentro en nuestros aposentos; y desde allí adelante todos los soldados á quien cabia la vela, con mucho silencio y crianza estaban velando, puesto que no habia menester mandarlo á mí ni á otros soldados de nosotros, que le velábamos, sobre este buen comedimiento que con aqueste gran cacique habiamos de tener: y él bien conocia todos y sabia nuestros nombres y aun calidades, y era tan bueno, que á todos nos daba joyas, á otros mantas é indias hermosas. Y como en aquel tiempo era yo mancebo, y siempre que es-

taba en su guarda ó pasaba delante dél con muy gran acato le quitaba mi bonete de armas, y aun le habia dicho el paje Orteguilla que vine dos veces á descubrir esta Nueva-España primero que Cortés, é yo le habia hablado al Orteguilla que le queria demandar á Montezuma que me hiciese merced de una india hermosa, y como lo supo el Montezuma, me mandó llamar y me dijo: Bernal Diaz del Castillo, hanme dicho que teneis motolinea de oro y ropa, yo os mandaré dar hoy una buena moza, tratadla muy bien, que es hija de hombre principal, y tambien os darán oro y mantas. Yo le respondí con mucho acato, que le besaba las manos por tan gran merced y que Dios nuestro Señor le prosperase. Y parece ser, preguntó al paje, que qué habia respondido, y le declaró la respuesta. Y díjole el Montezuma: De noble condicion me parece Bernal Diaz (porque á todos nos sabia los nombres, como tengo dicho), é me mandó dar tres tejuelos de oro é dos cargas de mantas. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo por la mañana, cuando hacia sus oraciones y sacrificios á los ídolos, almorzaba poca cosa, é no era carne sino ají, y estaba ocupado una hora en oir pleitos de muchas partes de caciques que á él venian de léjas tierras. Ya he dicho otra vez, en el capítulo que dello habla, de la manera que entraban á negociar, y el acato que le tenian, y cómo siempre estaban en su compañía en aquel tiempo para despachar negocios veinte hombres ancianos,

que eran jueces, y porque está ya referido no lo torno á referir. Y entónces alcanzamos á saber que las muchas mujeres que tenia por amigas, casaba dellas con sus capitanes ó personas principales muy privados, y aun dellas dió á nuestros soldados, y la que me dió á mí era una señora dellas, y bien se pareció en ella que se dijo doña Francisca; y así se pasaba la vida, unas veces riendo y otras veces pensando en su prision. Quiero aquí decir, puesto que no vaya á propósito de nuestra relacion, porque me lo han preguntado algunas personas curiosas, que cómo porque solamente el soldado por mí nombrado llamó perro al Montezuma (aun no en su presencia), le mandó Cortés azotar, siendo tan pocos soldados como éramos y que los indios tuviesen noticia dello? A esto digo, que en aquel tiempo todos nosotros, y aun el mismo Cortés, cuando pasábamos delante del gran Montezuma, le haciamos reverencia con los bonetes de armas, que siempre traíamos quitados, y él era tan bueno y tan bien mirado que á todos nos hacia mucha honra, que demás de ser rey desta Nueva-España, su persona y condicion lo merecia. Y demás de todo esto, si bien se considera la cosa, ¿en qué estaban nuestras vidas sino en solamente mandar á sus vasallos le sacasen de la prision y darnos luego guerra? que en ver su presencia y real franqueza lo hicieran. Y como víamos que tenia á la contina consigo muchos señores que le acompañaban y venian de léjas tierras

otros muchos mas señores, y el gran palacio que le hacian y el gran número de gente que á la contina daba de comer y beber, ni más ni ménos que cuando estaba sin prision, todo esto considerándolo Cortés hubo mucho enojo de cuando lo supo, que tal palabra le dijese, y como estaba airado dello, de repente le mandó castigar como dicho tengo, y fué bien empleado en él. Pasemos adelante, y digamos que en aquel instante llegaron de la Villa Rica indios cargados con las cadenas de hierro gruesas que Cortés habia mandado hacer á los herreros. Tambien trujeron todas las cosas pertenecientes para los bergantines, como dicho tengo, y así como fué traido se lo hizo saber al gran Montezuma. Y dejallo he aquí, y diré lo que sobre ello pasó.

CAPITULO XCVIII.

Cómo Cortés mandó hacer dos bergantines de mucho sostén é veleros para andar en la laguna, y cómo el gran Montezuma dijo á Cortés que le diese licencia para ir á hacer oracion á su templos, y lo que Cortés le dijo, y cómo le dió licencia.

Pues como hubo llegado el aderezo necesario para hacer los bergantines, luego Cortés se lo fué á decir y hacer saber al Montezuma que queria hacer dos navíos chicos para se andar holgando en la laguna, que mandase á sus carpinteros que fuesen á cortar la madera, y que irian con ellos nuestros maestros de hacer navíos que se decian Martin López y un Alonso Núñez; y como la madera de roble está obra de cuatro leguas de allí, de presto fué traida y dado el galivo della; y como habia muchos carpinteros de los indios, fueron de presto hechos, y calafeteados, y breados, y puestos sus jarcias y velas á su tamaño y medida, y una tolda á cada

uno. Y salieron tan buenos y veleros como si estuvieran un mes en tomar los gálivos, porque el Martin López era muy extremado maestro, y éste fué el que hizo los trece bergantines para ayudar á ganar á México, como adelante diré, y fué un buen soldado para la guerra. Dejemos aparte esto, y diré cómo el Montezuma dijo á Cortés que queria salir é ir á sus templos á hacer sacrificios y cumplir sus devociones, así para lo que á sus dioses era obligado, como para que lo conozcan sus capitanes y principales, especial ciertos sobrinos suyos que cada dia le vienen á decir le quieren soltar y darnos guerra, y que él les da por respuesta que él se huelga de estar con nosotros, porque crean que es como se lo ha dicho, porque así se lo mandó su dios Huichilobos, como ya otra vez se lo ha hecho creer. Y cuanto á la licencia que le demandaba, Cortés le dijo que mirase que no hiciese cosa con que perdiese la vida, y que para ver si habia algun descomedimiento, ó mandaba á sus capitanes ó papas, que le soltasen ó nos diesen guerra, que para aquel efecto enviaba capitanes é soldados para que luego le matasen á estocadas en sintiendo alguna novedad de su persona, é que vaya mucho en buen hora, y que no sacrificase ningunas personas, que era gran pecado contra nuestro Dios verdadero, que es el que le hemos predicado, y que allí estaban nuestros altares y la imágen de nuestra Señora, ante quien po-

dria hacer oracion, sin ir á su templo. Y el Montezuma dijo que no sacrificaria ánima ninguna; y fué en sus ricas andas muy acompañado de grandes caciques, con gran pompa, como solia, y llevaba delante sus insignias, que era como vara ó baston, que era la señal que iba allí su persona real, como hacen á los visoreyes desta Nueva-España, y con él iban para guardalle cuatro de nuestros capitanes que se decian Juan Velazquez de Leon, y Pedro de Alvarado, y Alonso de Ávila, y Francisco de Lugo, con ciento y cincuenta soldados; y tambien iban con nosotros el padre fray Bartolomé de Olmedo de la órden de la Merced, para le retraer el sacrificio si le hiciese de hombres. E yendo como íbamos al cu de Huichilobos, ya que llegábamos cerca del maldito templo, mandó que le sacasen de las andas y fué arrimado á hombros de sus sobrinos y de otros caciques hasta que llegó al templo. Ya he dicho otras veces, que por las calles por donde iba su persona, todos los principales habian de llevar los ojos puestos en el suelo y no le miraban á la cara: y llegado á las gradas del adoratorio, estaban muchos papas aguardando para le ayudar á subir de los brazos; é ya le tenian sacrificado desde la noche ántes cuatro indios, y por más que nuestro capitan le decia y se lo retraía el padre fray Bartolomé de Olmedo de la órden de la Merced, no aprovechaba cosa ninguna, sino que habia de matar hombres y muchachos para sacrificar, y no po-

diamos en aquella sazon hacer otra cosa sino disimular con él, porque estaba muy revuelto México y otras grandes ciudades con los sobrinos de Montezuma, como adelante diré. Y cuando hubo hecho sus sacrificios, porque no tardó mucho en hacellos, nos volvimos con él á nuestros aposentos, y estaba muy alegre, y á los soldados que con él fuimos, luego nos hizo merced de joyas de oro. Dejémoslo aquí y diré lo que mas pasó.

CAPITULO XCIX.

Cómo echamos los dos bergantines al agua, y cómo el gran Montezuma dijo que queria ir á caza, y fué en los bergantines hasta un peñol donde habia muchos venados y caza, que no entraba en él á cazar persona ninguna con grave pena.

Como los dos bergantines fueron acabados de hacer y echados al agua, y puestos y aderezados con sus jarcias y mástiles, con sus banderas reales é imperiales, y apercibidos hombres de la mar para los marear, fueron en ellos al remo y vela, y eran muy buenos veleros. Y como Montezuma lo supo, dijo á Cortés que queria ir á caza en la laguna á un peñol, que estaba acotado, que no osaban entrar en él á montear por muy principales que fuesen so pena de muerte. Y Cortés le dijo que fuese mucho en buena hora, y que mirase lo que de ántes le habia dicho cuando fué á sus ídolos, que no era mas su vida de revolver alguna cosa, y que en aquellos bergantines iria, que era mejor navegacion ir en ellos que en sus canoas y

piraguas, por grandes que sean. Y el Montezuma se holgó de ir en el bergantin mas velero, y metió consigo muchos señores y principales, y el otro bergantin fué lleno de caciques y un hijo de Montezuma, y apercibió sus monteros que fuesen en canoas y piraguas. Cortés mandó á Juan Velazquez de Leon (que era capitan de la guarda), y á Pedro de Alvarado, y á Christóval de Oli, fuesen con él, y Alonso de Ávila, con docientos soldados, que llevasen gran advertencia del cargo que les daba y mirasen por el gran Montezuma. Y como todos estos capitanes que he nombrado eran de sangre en el ojo, metieron todos los soldados que he dicho y cuatro tiros de bronce con toda la pólvora que habia con nuestros artilleros, que se decian Mesa y Arvenga, y se hizo un toldo muy emparamentado, segun el tiempo; y allí entró Montezuma con sus principales: y como en aquella sazon hizo el viento muy fresco y los marineros se holgaban de contentar y agradar al Montezuma, mareaban las velas de arte que iban volando, y las canoas en que iban sus monteros y principales quedaban atrás, por muchos remeros que llevaban. Holgábase el Montezuma, y decia que era gran maestría la de las velas y remo todo junto, y llegó al peñol, que no era muy léjos, y mató toda la caza que quiso de venados, y liebres, y conejos, y volvió muy contento á la ciudad. Y cuando llegábamos cerca de México, mandó Pedro de Alvarado, y

Juan Velazquez de Leon, y los demás capitanes que disparasen el artillería, de que se holgó mucho Montezuma, que como le veíamos tan franco y bueno, le teniamos en el acato que se tienen los reyes destas partes, y él nos hacia lo mismo. Y si hubiese de contar las cosas y condicion que él tenia de gran señor, y el acato y servicio que todos los señores de la Nueva-España, y de otras provincias le hacian, es para nunca acabar; porque cosa ninguna que mandaba que le trujesen, aunque fuese volando, que luego no le era traido: y esto dígolo porque un dia estábamos tres de nuestros capitanes, y ciertos soldados con el gran Montezuma, y acaso abatióse un gavilan en unas salas, como corredores por una codorniz, que cerca de las casas y palacios donde estaba el Montezuma preso, estaban unas palomas y codornices mansas, porque por grandeza las tenia allí para criar el indio mayordomo que tenia cargo de barrer los aposentos: y como el gavilan se abatió y llevó presa, viéronlo nuestros capitanes, y dijo uno dellos, que se decia Francisco de Acevedo, el Pulido, que fué maestresala del almirante de Castilla: O qué lindo gavilan, y qué presa hizo, y tan buen vuelo tiene; y respondimos los demás soldados, que era muy bueno, y que habia en estas tierras muchas buenas aves de caza de volatería: y el Montezuma estuvo mirando en lo que hablábamos, y preguntó á su paje Orteguilla sobre la plática, y le respondió, que de-

ciamos aquellos capitanes, que el gavilan que entró á cazar era muy bueno, é que si tuviésemos otro como aquel, que le mostrarian á venir á la mano, y que en el campo le echarian á cualquiera ave, aunque fuese algo grande, y la mataria. Entónces dijo el Montezuma: pues yo mandaré agora, que tomen aquel mismo gavilan, y veremos si le amansan, y cazan con él. Todos nosotros los que allí nos hallámos, le quitamos las gorras de armas por la merced: y luego mandó llamar sus cazadores de volatería, y les dijo que le trujesen el mismo gavilan; y tal maña se dieron en le tomar, que á horas del Ave María vienen con el mismo gavilan, y le dieron á Francisco de Acevedo, y le mostró al señuelo: y porque luego se nos ofrecieron cosas en que iba mas que la caza, se dejará aquí de hablar en ello. Y helo dicho, porque era tan gran príncipe, que no solamente le traían tributos de todas las mas partes de la Nueva-España, y señoreaba tantas tierras, y en todas bien obedecido, que aun estando preso, sus vasallos temblaban dél, que hasta las aves que vuelan por el aire hacia tomar. Dejemos esto aparte, y digamos cómo la adversa fortuna vuelve de cuando en cuando su rueda. En aqueste tiempo tenia convocado entre los sobrinos y deudos del gran Montezuma á otros muchos caciques, y á toda la tierra para darnos guerra, y soltar al Montezuma, y alzarse algunos dellos por reyes de México, lo cual diré adelante.

CAPITULO C.

Cómo los sobrinos del gran Montezuma andaban convocando, é trayendo á sí las voluntades de otros señores, para venir á México, y sacar de la prision al gran Montezuma, y echarnos de la ciudad.

Como el Cacamatzin, señor de la ciudad de Tezcuco, que despues de México era la mayor y mas principal ciudad que hay en la Nueva-España, entendió que habia muchos dias que estaba preso su tio Montezuma, é que en todo lo que nosotros podiamos, nos íbamos señoreando, y aun alcanzó á saber, que habiamos abierto la casa donde estaba el gran tesoro de su abuelo Axayaca, y que no habiamos tomado cosa ninguna dello; é ántes que lo tomásemos acordó de convocar á todos los señores de Tezcuco sus vasallos, é al señor de Cuyoacan, que era su primo y sobrino del Montezuma, é al señor de Tacuba, é al señor de Iztapalapa, é á

otro cacique muy grande, señor de Matalcingo, que era pariente muy cercano del Montezuma, y aun decian, que le venia de derecho el reino y señorío de México, y este cacique era muy valiente por su persona entre los indios: pues andando concertando con ellos, y con otros señores mexicanos, que para tal dia viniesen con todos sus poderes, y nos diesen guerra, parece ser, que el cacique que he dicho, que era valiente por su persona, que no le sé el nombre, dijo, que si le daban á él el señorío de México, pues le venia de derecho, que él con toda su parentela, y de una provincia que se dice Matalcingo, serian los primeros que vendrian con sus armas á nos echar de México, é no quedaria ninguno de nosotros á vida. Y el Cacamatzin parece ser respondió, que á él le venia el cacicazgo, y él habia de ser rey, pues era sobrino de Montezuma, y que si no queria venir, que sin él ni su gente haria la guerra. Por manera que ya tenia el Cacamatzin apercebidos los pueblos y señores por mí ya nombrados, y tenia concertado, que para tal dia viniesen sobre México, é con los señores que dentro estaban de su parte, les darian lugar á la entrada: é andando en estos tratos, lo supo muy bien el Montezuma por la parte de su gran deudo, que no quiso conceder en lo que Cacamatzin queria, y para mejor lo saber envió Montezuma á llamar todos sus caciques y principales de aquella ciudad, y le dijeron cómo el Cacamatzin los andaba

convocando á todos con palabras, é dádivas para que le ayudasen á darnos guerra, y soltar al tio. Y como Montezuma era cuerdo, y no queria ver su ciudad puesta en armas ni alborotos, se lo dijo á Cortés, segun y de la manera que pasaba: el cual alboroto sabia muy bien nuestro capitan y todos nosotros, mas no tan por entero como se lo dijo. Y el consejo que sobre ello tomó era, que nos diese de su gente mexicana, é iriamos sobre Tezcuco, y que le prenderiamos, ó destruiriamos aquella ciudad, é sus comarcas. E al Montezuma no le cuadró este consejo; por manera, que Cortés le envió á decir al Cacamatzin, que se quitase de andar revolviendo guerra, que será causa de su perdicion, é que le quiere tener por amigo, é que en todo lo que hubiere menester de su persona lo hará por él, é otros muchos cumplimientos. E como el Cacamatzin era mancebo, y halló otros muchos de su parecer, que le acudirian en la guerra, envió á decir á Cortés, que ya habia entendido sus palabras de halagos, que no las queria mas oír, sino cuando le viese venir, que entónces le hablaria lo que quisiese. Tornó otra vez Cortés á le enviar á decir, que mirase que no hiciese deservicio á nuestro rey y señor, que lo pagaria su persona, y le quitaria la vida par ello; y respondió que ni conocia rey, ni quisiera haber conocido á Cortés, que con palabras blandas prendió á su tio. Como envió aquella respuesta, nuestro capitan rogó Montezuma, pues era

tan gran señor, y dentro en Tezcuco tenia grandes caciques y parientes por capitanes, y no estaban bien con el Cacamatzin, por ser muy soberbio y malquisto; y pues allí en México con el Montezuma estaba un hermano del mismo Cacamatzin, mancebo de buena disposicion, que estaba huido del propio hermano, porque no le matase, que despues del Cacamatzin heredaba el reino de Tezcuco; que tuviese manera y concierto con todos los de Tezcuco, que prendiesen al Cacamatzin, ó que secretamente le enviase á llamar, y que si viniese que le echase mano, y le tuviesen en su poder, hasta que estuviese mas sosegado: y que pues que aquel su sobrino estaba en su casa huido por temor del hermano, y le sirve, que le alce luego por señor, y le quite el señorío al Cacamatzin, que está en su deservicio, y anda revolviendo todas las ciudades y caciques de la tierra por señorear su ciudad é reino. Y el Montezuma dijo, que le enviaria luego á llamar; mas que sentia dél, que no querria venir: y que si no viniese, que se ternia concierto con sus capitanes y parientes que le prendan: y Cortés le dió muchas gracias por ello, y aun le dijo: Señor Montezuma, bien podeis creer, que si os quereis ir á vuestros palacios, que en vuestra mano está, que desde que tengo entendido que me teneis buena voluntad, é yo os quiero tanto, que no fuera yo de tal condicion, que luego no os fuera acompañando para que os fuérades con toda vuestra caballería á

vuestros palacios, y si lo he dejado de hacer, es por estos mis capitanes, que os fueron á prender, porque no quieren que os suelte, y porque v. m. dice, que quiere estar preso por excusar las revueltas que vuestros sobrinos traen por haber en su poder esta ciudad, é quitaros el mando: y el Montezuma dijo, que se lo tenia en merced; y como iba entendiendo las palabras halagüeñas de Cortés, é via que lo decia, no por soltalle, sino probar su voluntad, y tambien Orteguilla su paje se lo habia dicho á Montezuma, que nuestros capitanes eran los que le aconsejaron que le prendiesen, é que no creyese á Cortés, que sin ellos no le soltaria; dijo el Montezuma á Cortés, que muy bien estaba preso, hasta ver en qué paraban los tratos de sus sobrinos, y que luego queria enviar mensajeros á Cacamatzin, rogándole que viniese ante él, que le queria hablar en amistades entre él y nosotros: y le envió á decir, que de su prision que no tenga él cuidado, que si se quisiese soltar, que muchos tiempos ha tenido para ello; y que Malinche le ha dicho dos veces, que se vaya á sus palacios, y que él no quiere por cumplir el mandado de sus dioses, que le han dicho que se esté preso, y que si no lo está, luego será muerto, y que esto que lo sabe muchos dias há de los papas que están en servicio de los ídolos: y que á esta causa será bien que tenga amistad con Malinche, y sus hermanos. Y estas mismas palabras envió Montezuma á decir á los capitanes de

Tezcuco, cómo enviaba á llamar á su sobrino, para hacer las amistades, y que mirase no le trastornase su seso aquel mancebo, para tomar armas contra nosotros. Y dejemos esta plática, que muy bien la entendió el Cacamatzin, y sus principales entraron en consejo, sobre lo que harian, y el Cacamatzin comenzó á bravear, y que nos habia de matar dentro de cuatro dias, é que al tio que era una gallina, por no darnos guerra cuando se lo aconsejaba al abajar la sierra de Chalco, cuando tuvo allí buen aparejo con sus guarniciones, y que nos metió él por su persona en su ciudad, como si tuviera conocido que íbamos para hacelle algun bien, y que cuanto oro le han traido de sus tributos nos daba, y que le habiamos escalado y abierto la casa donde está el tesoro de su abuelo Axayaca, y que sobre todo esto le teniamos preso, é que ya le andábamos diciendo, que quitasen los ídolos del gran Huichilobos, é queriamos poner los nuestros: é que porque esto no viniese á mas mal, y para castigar tales cosas é injurias, que les rogaba que le ayudasen; pues todo lo que ha dicho han visto por sus ojos, y cómo quemamos los mismos capitanes del Montezuma: y que ya no se puede compadecer otra cosa, sino que todos juntos á una nos diesen guerra, y allí los prometió el Cacamatzin, que si quedaba con el señorío de México, que les habia de hacer grandes señores: y tambien les dió muchas joyas de oro, y les dijo, que ya tenia concertado con sus pri-

mos los señores de Cuyoacan, y de Iztapalapa, y de Tacuba, y otros deudos, que le ayudarian; é que México tenia de su parte otras personas principales que le darian entrada é ayuda á cualquiera hora que quisiese, y que unos por las calzadas, y todos los mas en sus piraguas y canoas chicas por la laguna podrian entrar sin tener contrarios que se lo defendiesen, pues su tio estaba preso, y que no tuviesen miedo de nosotros; pues saben que pocos dias habian pasado, que en lo de Almería los mésmos capitanes de su tio habian muerto muchos teules, y un caballo: lo cual bien vieron la cabeza de un teule, é el cuerpo del caballo, é que en una hora nos despacharian, é con nuestros cuerpos harian buenas fiestas y hartazgos. Y como hubo hecho aquel razonamiento, dicen, que se miraban unos capitanes á otros, para que hablasen los que solian hablar primero en cosas de guerra, é que cuatro ó cinco de aquellos capitanes le dijeron, que cómo habian de ir sin licencia de su gran señor Montezuma, y dar guerra en su propia casa y ciudad, y que se lo envien primero á hacer saber: ó que si es consentidor, que irán con él de muy buena voluntad, é que de otra manera, que no le quieren ser traidores. Y pareció ser que el Cacamatzin se enojó con los capitanes que le dieron aquella respuesta, y mandó echar presos tres dellos: y como habia allí en el consejo y junta que tenian, otros sus deudos y ganosos de bullicios, dijeron que le ayuda-

rian hasta morir, é acordó de enviar á decir á su tio el gran Montezuma, que habia de tener empacho de envialle á decir que venga á tener amistad con quien tanto mal y deshonra le ha hecho, teniéndole preso: é que no es posible, sino que nosotros éramos hechiceros, y con hechizos le teniamos quitado su gran corazon y fuerza: ó que nuestros dioses, y la gran mujer de Castilla, que les dijimos que era nuestra abogada, nos da aquel gran poder para hacer lo que haciamos: é en esto que dijo á la postre, no lo erraba, que ciertamente la gran misericordia de Dios, y su bendita Madre nuestra Señora nos ayudaba.

Y volvamos á nuestra plática, que en lo que se resumió, fué enviar á decir, que él venia á pesar nuestro, y de su tio á nos hablar y matar: y cuando el gran Montezuma oyó aquella respuesta tan desvergonzada, recibió mucho enojo, y luego en aquella hora envió á llamar seis de sus capitanes de mucha cuenta, y les dió su sello, y aun les dió ciertas joyas de oro, y les mandó, que luego fuesen á Tezcuco, y que mostrasen secretamente aquel su sello á ciertos capitanes, y parientes, que estaban muy mal con el Cacamatzin, por ser muy soberbio, é que tuviesen tal órden y manera, que á él, y á los que eran en su consejo los prendiesen y que luego se los trujesen delante. Y como fueron aquellos capitanes, y en Tezcuco entendieron lo que el Montezuma mandaba, y el Cacamatzin era malquisto,

en sus propios palacios le prendieron, que estaba platicando con aquellos sus confederados en cosas de la guerra, y tambien trujeron otros cinco presos con él. E como aquella ciudad está poblada junto á la gran laguna, aderezan una gran piragua con sus toldos, y les meten en ella, y con gran copia de remeros los traen á México: y cuando hubo desembarcado, le meten en sus ricas andas como rey que era, y con gran acato le llevan ante Montezuma, y parece ser estuvo hablando con su tio, y desvergonzósele mas de lo que ántes estaba, y supo Montezuma de los conciertos en que andaba, que era alzarse por señor: lo cual alcanzó á saber mas por entero de los demás prisioneros que le trujeron; y si enojado estaba de ántes del sobrino, muy mas lo estuvo entónces. Y luego se lo envió á nuestro capitan, para que lo echase preso, y á los demás prisioneros mandó soltar: é luego Cortés fué á los palacios é al aposento de Montezuma, y le dió las gracias por tan gran merced: y se dió órden que se alzase por rey de Tezcuco al mancebo que estaba en su compañía del Montezuma, que tambien era su sobrino, hermano del Cacamatzin que ya he dicho, que por su temor estaba allí retraido al favor del tio, porque no le matase, que era tambien heredero muy propincuo del reino de Tezcuco: y para lo hacer solemnemente, y con acuerdo de toda la ciudad, mandó Montezuma que viniesen ante él los mas principales de toda aquella provincia, y

despues de muy bien platicada la cosa, le alzaron por rey y señor de aquella gran ciudad, y se llamó don Cárlos. Ya todo esto hecho, como los caciques y reyezuelos, sobrinos del gran Montezuma, que eran el señor de Cuyoacan, y el señor de Iztapalapa, y el señor de Tacuba, vieron é oyeron las prisiones de Cacamatzin, y supieron que el gran Montezuma habia sabido que ellos entraban en la conjuracion para quitalle su reino, y dárselo á Cacamatzin, temieron y no le venian á ver, ni hacer palacio como solian: é con acuerdo de Cortés, que le convocó é trajo al Montezuma, para que los mandase prender, en ocho dias todos estuvieron presos en la cadena gorda que no poco se holgó nuestro capitan, y todos nosotros. Miren los curiosos lectores en lo que andaban nuestras vidas, tratando de nos matar cada dia, y comer nuestras carnes, si la gran misericordia de Dios, que siempre era con nosotros, no nos socorria: é aquel buen Montezuma á todas nuestras cosas daba buen corte. E miren qué gran señor era, que estando preso, así era tan obedecido. Pues ya todo apaciguado, é aquellos señores presos, siempre nuestro Cortés con otros capitanes, é el padre fray Bartolomé de Olmedo de la Orden de la Merced, estaban teniéndole palacio, é en todo lo que podian le daban mucho placer, y burlaban, no de manera de desacato, que digo que no se sentaban Cortés, ni ningun capitan, hasta que el Montezuma les mandaba dar sus asentaderos

ricos, y les mandaba asentar; y en esto era tan bien mirado, que todos le queriamos con gran amor, porque verdaderamente era gran señor en todas las cosas que le víamos hacer. Y volviendo á nuestra plática, unas veces le daban á entender las cosas tocantes á nuestra santa fe, y se lo decia el fraile con el paje Orteguilla, que parece que le entraban ya algunas buenas razones en el corazon, pues las escuchaba con atencion, mejor que al principio. Tambien le daban á entender el gran poder del emperador nuestro señor, y cómo le daban vasallaje muchos grandes señores que le obedecian, y de léjas tierras, y decíanle otras muchas cosas que él se holgaba de las oír, y otras veces jugaba Cortés con él al totoloque, y él, como no era nada escaso, nos daba cada dia cuál joyas de oro ó mantas. Y dejaré de hablar en ello, y pasaré adelante.

CAPITULO CI.

Cómo el gran Montezuma con muchos caciques y principales de la comarca dieron la obediencia á su majestad, y de otras cosas que sobre ello pasaron.

Como el capitan Cortés vió que ya estaban presos aquellos reyecillos por mí nombrados, y todas las ciudades pacíficas, dijo á Montezuma que dos veces le habia enviado á decir ántes que entrásemos á México que queria dar tributo á su majestad; y que pues ya habia entendido el gran poder de nuestro rey y señor é que de muchas tierras le dan párias y tributos y le son sujetos muy grandes reyes, que será bien que él y todos sus vasallos le den la obediencia, porque ansí se tiene por costumbre, que primero se da la obediencia que den las párias é tributos. Y Montezuma dijo que juntaria sus vasallos é hablaria sobre ello. Y en diez dias se juntaron todos los mas caciques de aquella comarca, y no vino aquel cacique pariente muy cercano del

Montezuma que ya hemos dicho que decian que era muy esforzado, y en la presencia y cuerpo y miembros se le parecia. Bien era algo atronado, y en aquella sazon estaba en un pueblo suyo que se decia Tula. Y á este cacique, segun decian, le venia el reino de México despues del Montezuma; y como le llamaron, envió á decir que no queria venir ni dar tributo, que aun con lo que tiene de sus provincias no se puede sustentar. De la cual respuesta hubo enojo Montezuma, y luego envió ciertos capitanes para que le prendiesen; é como era gran señor y muy emparentado, tuvo aviso dello y metióse en su provincia, donde no le pudo haber por entónces. Y dejallo he aquí, y diré que en la plática que tuvo el Montezuma con todos los caciques de toda la tierra, que habia enviado á llamar, que despues que les habia hecho un parlamento sin estar Cortés ni ninguno de nosotros delante, salvo Orteguilla el paje, dicen que les dijo que mirasen que de muchos años pasados sabian por muy cierto, por lo que sus antepasados les han dicho, é así lo tienen señalado en sus libros de cosas de memorias, que de donde sale el sol habian de venir gentes que habian de señorear estas tierras, y que se habia de acabar en aquella sazon el señorío y reino de los mexicanos; y que él tiene entendido, por lo que sus dioses le han dicho, que somos nosotros, é que se lo han preguntado á su Huichilobos los papas que lo declaren, y sobre ello les hacen sacrifi-

cios, y no quieren respondelles como suelen: y lo que mas les da á entender el Huichilóbos es, que lo que les ha dicho otras veces, aquello da ahora por respuesta, é que no le pregunten más. Así que bien da entender que demos la obediencia al rey de Castilla, cuyos vasallos dicen estos teules que son. Y porque al presente no va nada en ello, y el tiempo andando verémos si tenemos otra mejor respuesta de nuestros dioses, y como viéremos el tiempo así haremos; lo que yo os mando y ruego que todos de buena voluntad al presente se la demos y contribuyamos con alguna señal de vasallaje, que presto os diré lo que más nos convenga. Y porque ahora soy importunado de Malinche á ello, ninguno le rehuse; é mirá, que en diez y ocho años que há que soy vuestro señor, siempre me habeis sido muy leales, é yo os he enriquecido é ensanchado vuestras tierras, é os he dado mandos é haciendas; é si ahora al presente nuestros dioses permiten que yo esté aquí detenido, no lo estuviera, sino que ya os he dicho muchas veces que mi gran Huichilobos me lo ha mandado. Y desque oyeron este razonamiento, todos dieron por respuesta que harian lo que mandase, y con muchas lágrimas y suspiros, y el Montezuma muchas más. Y luego envió á decir con un principal que para otro dia darian la obediencia y vasallaje á su majestad. Despues Montezuma tornó á hablar con sus caciques sobre el caso, estando Cortés delante é nuestros capitanes y muchos sol-

dados, y Pedro Fernandez (secretario de Cortés), é dieron la obediencia á su majestad, y con mucha tristeza que mostraron, y el Montezuma no pudo sostener las lágrimas; é queríamoslo tanto é de buenas entrañas, que á nosotros de verle llorar se nos enternecieron los ojos, y soldado hubo que lloraba tanto como Montezuma: tanto era el amor que le teniamos. Y dejallo he aquí, y diré que siempre Cortés y el padre fray Bartolomé de Olmedo de la Merced, que era bien entendido, estaba en los palacios de Montezuma por alegralle, atrayéndole á que dejase sus ídolos, y pasaré adelante.

CAPITULO CII.

Cómo nuestro Cortés procuró de saber de las minas del oro y de qué calidad eran, y ansimismo en qué rios estaban, y qué puertos para navíos, desde lo de Pánuco hasta lo de Tabasco, especialmente el rio grande de Goazacualco, y lo que sobre ello pasó.

Estando Cortés, é otros capitanes, con el gran Montezuma teniéndole palacio, entre otras pláticas que le decia con nuestras lenguas doña Marina é Gerónimo de Aguilar, é Orteguilla, le preguntó que á qué parte eran las minas, é en qué rios ó cómo y de qué manera cogian el oro que le traían en granos, porque queria enviar á vello dos de nuestros soldados grandes mineros. Y el Montezuma dijo que de tres partes, y que donde más oro se solia traer, que era de una provincia que se dice Zacatula, que es á la banda del Sur, que está de aquella ciudad andadura de diez ó doce dias, y que lo cogian con unas jícaras en que lavan la tier-

ra, é que allí quedan unos granos menudos despues de lavado; é que ahora al presente se lo traen de otra provincia que se dice Gustepeque, cerca de donde desembarcamos, que es en la banda del Norte, é que lo cogen de dos rios, é que cerca de aquella provincia hay otras buenas minas, en parte que no son sujetos, que se dicen los chinatecas y capotecas, y que no le obedecen; y que si quiere enviar sus soldados, que él daria principales que vayan con ellos. Y Cortés le dió las gracias por ello, y luego despachó un piloto que se decia Gonzalo de Umbría, con otros dos soldados mineros á lo de Zacatula. Aqueste Gonzalo de Umbría era al que Cortés mandó cortar los piés cuando ahorcó á Pedro Escudero é á Juan Cermeño, y azotó los Peñates, porque se alzaban en San Juan de Ulúa con el navío, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo que dello habla. Dejemos de contar mas en lo pasado, y digamos cómo fueron con el Umbría, y se les dió de plazo para ir é volver cuarenta dias. E por la banda del Norte despachó para ver las minas á un capitan que se decia Pizarro, mancebo de hasta veinticinco años, y á este Pizarro trataba Cortés como á pariente. En aquel tiempo no habia fama del Perú ni se nombraban Pizarros en esta tierra. E con cuatro soldados mineros fué, y llevó de plazo otros cuarenta dias para ir é volver, porque habia desde México obra de ochenta leguas, é con cuatro principales mexicanos. Ya partidos para ver las mi-

nas, como dicho tengo, volvamos á decir cómo le dió el gran Montezuma á nuestro capitan un paño de nèquen, pintados y señalados muy al natural todos los rios é ancones que habia en la costa del Norte Pánuco hasta Tabasco, que son obra de ciento y cuarenta leguas, y en ellos venia señalado el rio de Guazacualco. E como ya sabiamos todos los puertos y ancones que señalaban en el paño que le dió el Montezuma, de cuando venimos á descubrir con Grijalva, excepto el rio de Guazacualco, que dijeron que era muy poderoso y hondo, acordó Cortés de enviar á ver qué era, y para hondar el puerto y la entrada. Y como uno de nuestros capitanes, que se decia Diego de Ordás (otras veces por mí nombrado), era hombre muy entendido y bien esforzado, dijo al capitan que él queria ir á ver aquel rio, y qué tierras habia y qué manera de gente era, y que le diese hombres é indios principales que fuesen con él; y Cortés lo rehusaba, porque era hombre de buenos consejos y tenello en su compañía, y por no le descomplacer le dió licencia para que fuese. Y el Montezuma le dijo al Ordás que en lo de Guazacualco no llegaba su señorío, é que eran muy esforzados, é que parase á ver lo que hacia, y que si algo le aconteciése no le cargasen ni culpasen á él; y que ántes de llegar á aquella provincia, toparia con sus guarniciones de gente de guerra que tenia en frontera, y que si los hubiese menester que los llevase consigo: y

dijo otros muchos cumplimientos. Y Cortés y el Diego de Ordás le dieron las gracias; é así partió con dos de nuestros soldados y con otros principales que el Montezuma les dió. Aquí es donde dice el coronista Francisco López de Gomora que iba Juan Velazquez con cien soldados á poblar á Guazacualco, é que Pedro de Ircio habia ido á poblar á Pánuco; é porque ya estoy harto de mirar en lo que el coronista va fuera de lo que pasó, lo dejaré de decir, y diré lo que cada uno de los capitanes que nuestro Cortés envió hizo, é vinieron con muestras de oro.

CAPITULO CIII.

Cómo volvieron los capitanes que nuestro capitan envió á ver las minas é á hondar el puerto é rio de Goazacualco.

El primero que volvió á la ciudad de México á dar razon de á lo que Cortés los envió, fué Gonzalo de Umbría y sus compañeros, y trajeron obra de trescientos pesos en granos que sacaron delante de los indios de un pueblo que se dice Zacatula, que segun contaba el Umbría los caciques de aquella provincia llevaron muchos indios á los rios, y con unas como bateas chicas lavaban la tierra y cogian el oro, y era de dos rios; y dijeron que si fuesen buenos mineros y lo lavasen como en la isla de Santo Domingo ó como en la isla de Cuba, que serian ricas minas: y asimismo trujeron consigo dos principales que envió aquella provincia, y trajeron un presente de oro, hecho en joyas, que valdria ducientos pesos, é á darse é ofrecerse por servido-

res de su majestad; y Cortés se holgó tanto con el oro como si fueran treinta mil pesos, en saber cierto que habia buenas minas. E á los caciques que trajeron el presente les mostró mucho amor, y les mandó dar cuentas verdes de Castilla, y con buenes palabras se volvieron á sus tierras muy contentos. Y decia el Umbría que no muy léjos de México habia grandes poblaciones, y otra provincia que se decia Matalcingo. Y á lo que sentimos y vimos, el Umbría y sus compañeros vinieron ricos con mucho oro y bien aprovechados, que á este efecto le envió Cortés, para ser buen amigo dél, por lo pasado que dicho tengo que le mandó cortar los piés. Dejémosle, pues volvió con buen recaudo, y volvamos al capitan Diego de Ordás, que fué á ver el rio de Guazacualco, que es sobre ciento y veinte leguas de México, y dijo que pasó por muy grandes pueblos, que allí los nombró, que todos le hacian honra; é que en el camino de Guazacualco topó á las guarniciones de Montezuma que estaban en frontera, é que todas aquellas comarcas se quejaban dellos, así de robos que les hacian y les tomaban sus mujeres y les demandaban otros tributos; y el Ordás, con los principales mexicanos que llevaba, reprehendió á los capitanes de Montezuma que tenian cargo de aquellas gentes, y les amenazaron que si más robaban, que se lo harian saber á su señor Montezuma y que enviaria por ellos y los castigaria, como hizo á Quetzalpopoca

y sus compañeros, porque habian robado los pueblos de nuestros amigos; y con estas palabras les metió temor, é luego fué camino de Guazacualco y no llevó mas de un principal mexicano. Y cuando el cacique de aquella provincia, que se decia Tochel, supo que iba, envió sus principales á le recibir, y le mostraron mucha voluntad, porque aquellos de aquella provincia y todos tenian relacion y noticia de nuestras personas, de cuando venimos á descubrir con Juan de Grijalva, segun largamente lo he escrito en el capítulo pasado, que dello habla. Y volvamos ahora á decir, que como los caciques de Guazacualco entendieron á lo que iba, luego le dieron muchas grandes canoas; y el mismo cacique Tochel, y con él otros muchos principales, hondaron la boca del rio, é hallaron tres brazas largas, sin la de caida, en lo mas bajo; y entrados en el rio, un poco arriba, podian nadar grandes navíos, y miéntras mas arriba mas hondo. Y junto á un pueblo, que en aquella sazon estaba poblado de indios, pueden estar carracas; y como el Ordás lo hubo ahondado y se vino con los caciques al pueblo, le dieron ciertas joyas de oro y una india hermosa, y se ofrecieron por servidores de su majestad, y se le quejaron del Montezuma y de su guarnicion de gente de guerra, y que habia poco tiempo que tuvieron una batalla con ellos, y que cerca de un pueblo de pocas casas mataron los de aquella provincia á los mexicanos muchas de sus gentes, y por aquella

causa llaman hoy en dia, donde aquella guerra pasó, Cuilonemiqui, que en su lengua quiere decir donde mataron los putos mexicanos. Y el Ordás les dió muchas gracias por la honra que habia recibido, y les dió ciertas cuentas de Castilla, que llevaba para aquel efecto, y se volvió á México, y fué alegremente recibido de Cortés y de todos nosotros; y decia que era buena tierra para gãnados y granjerías, y el puerto á pique para las islas de Cuba, y de Santo Domingo, y de Jamaica, excepto que era léjos de México y habia grandes ciénegas. Y á esta causa nunca tuvimos confianza del puerto, para el descargo y trato de México. Dejemos al Ordás, y digamos del capitan Pizarro y sus compañeros, que fueron en lo de Tustepeque á buscar oro, y ver las minas, que volvió el Pizarro con un soldado solo á dar cuenta á Cortés, y trujeron sobre mil pesos de granos de oro, sacado de las minas: y dijeron que en la provincia de Tustepeque, y Malinaltepeque, y otros pueblos comarcanos, fué á los rios con mucha gente que le dieron, y cogieron la tercia parte del oro que allí traían, y que fueron en las sierras mas arriba á otra provincia que se dice los Chinantecas, y como llegaron á su tierra, que salieron muchos indios con armas, que son unas lanzas mayores que las nuestras, y arcos, y flechas, y pavesinas, y dijeron, que ni un indio mexicano no les entrase en su tierra, si no que los matarian, y que los teules que vayan mucho en

buen hora: y así fueron, y se quedaron los mexicanos, que no pasaron adelante: y cuando los caciques de Chinanta entendieron á lo que iban, juntaron copia de sus gentes para lavar oro, y le llevaron á unos rios, donde cogieron el demás oro, que venia por su parte en granos crespillos, porque dijeron los mineros, que aquello era de mas duraderas minas, como de nacimiento: y tambien trujo el capitan Pizarro dos caciques de aquella tierra, que vinieron á ofrecerse por vasallos de su majestad, y tener nuestra amistad: y aun trujeron un presente de oro: y todos aquellos caciques á una decian mucho mal de los mexicanos, que eran tan aburridos de aquellas provincias, por los robos que les hacian, que no los podian ver, ni aun mentar sus nombres. Cortés recibió bien al Pizarro, y á los principales que traía, y tomó el presente que le dieron, y porque há muchos años ya pasados, no me acuerdo qué tanto era, y se ofreció con buenas palabras, que les ayudaria, y seria su amigo de los chinantecas, y les mandó que fuesen á su provincia; y porque no recibiesen algunas molestias en el camino, mandó á dos principales mexicanos, que los pusiesesen en sus tierras, y que no se quitasen dellos, hasta que estuviesen en salvo, y fueron muy contentos. Volvamos á nuestra plática, que preguntó Cortés por los demás soldados que habia llevado el Pizarro en su compañía, que se decian Barrientos, y Heredia el viejo, y Escalona

el mozo, y Cervantes el Chocarrero, y dijo que porque les pareció muy bien aquella tierra, y era rica de minas, y los pueblos por donde fuimos muy de paz, les mandó que hiciesen una gran estancia de cacaguatales, y maizales, y pusiesen muchas aves de la tierra, y otras granjerías que habia de algodon, y que desde allí fuesen catando todos los rios, y viesen qué minas habia. Y puesto que Cortés calló por entónces, no se lo tuvo á bien á su pariente, haber salido de su mandado, y supimos, que en secreto riñó mucho con él sobre ello, y le dijo, que era de poca calidad, querer entender en cosas de criar aves, é cacaguatales, y luego envió otro soldado que se decia Alonso Luis, á llamar los demás que habia dejado el Pizarro, y para que luego viniesen, llevó un mandamiento: y lo que aquellos soldados hicieron, diré adelante en su tiempo y lugar.

CAPITULO CIV.

Cómo Cortés dijo al gran Montezuma que mandase á todos los caciques de toda su tierra, que tributasen á su majestad, pues comunmente sabian que tenian oro, y lo que sobre ello se hizo.

Pues como el capitan Diego de Ordás, y los soldados, por mí ya nombrados vinieron con muestras de oro, y relacion, que toda la tierra era rica, Cortés con consejo del Ordás, y de otros capitanes y soldados, acordó de decir, y demandar al Montezuma, que todos los caciques y pueblos de la tierra tributasen á su majestad, y que él mismo como gran señor, tambien tributase é diese de sus tesoros: y respondió, que él enviaria por todos los pueblos á demandar oro; mas que muchos dellos no lo alcanzaban, sino joyas de poca valía que habian habido de sus antepasados: y de presto despachó principales á las partes donde habia minas, y les mandó que diese cada uno tantos tejuelos de oro fino, del

tamaño y gordor de otros que le solian tributar; y llevaban para muestras dos tejuelos: y de otras partes no le traían sino joyezuelas de poca valía. Tambien envió á la provincia donde era cacique y señor aquel su pariente muy cercano, que no le queria obedecer, que estaba de México obra de doce leguas: y la respuesta que trujeron los mensajeros, fué que decia, que no queria dar oro, ni obedecer al Montezuma, y que tambien él era señor de México, y le venia el señorío como al mismo Montezuma, que le enviaba á pedir tributo. Y como esto oyó el Montezuma, tuvo tanto enojo, que de presto envió su señal y sello, y con buenos capitanes, para que se lo trujesen preso: y venido á su presencia el pariente, le habló muy desacatadamente, y sin ningun temor, ó de muy esforzado, ó decian que tenia ramos de locura, porque era como atronado: todo lo cual alcanzó á saber Cortés, y envió á pedir por merced al Montezuma, que se lo diese, que él lo queria guardar; porque segun le dijeron, le habia mandado matar el Montezuma: y traido ante Cortés, le habló muy amorosamente: y que no fuese loco contra su señor, y que lo queria soltar. Y Montezuma cuando lo supo dijo, que no lo soltase, sino que lo echasen en la cadena gorda, como á los otros reyezuelos, por mí ya nombrados. Tornemos á decir, que en obra de veinte dias vinieron todos los principales, que Montezuma habia enviado á cobrar os tributos del oro, que dicho tengo. Y así como

vinieron, envió á llamar á Cortés, y á nuestros capitanes, y ciertos soldados que conocia, que éramos de guarda; y dijo estas palabras formales, ó otras como ellas: Hago saber, señor Malinche, y señores capitanes y soldados, que á vuestro gran rey yo le soy en cargo, y le tengo en buena voluntad así por señor, y tan grande señor, como por haber enviado de tan léjas tierras á saber de mí; y lo que mas me pone en el pensamiento, es que él ha de ser el que nos ha de señorear, segun nuestros antepasados nos han dicho, y aun nuestros dioses nos dan á entender por las respuestas que dellos tenemos. Toma ese oro que se ha recogido, y por ser de priesa, no se trae mas, y lo que yo tengo aparejado para el emperador, es todo el tesoro que he habido de mi padre, que está en vuestro poder y aposento, que bien sé, que luego que aquí venistes, abristes la casa, y lo vistes, é mirastes todo, y la tornastes á cerrar como de ántes estaba: y cuando se lo enviáredes, decidle en vuestros anales y cartas: Esto os envia vuestro buen vasallo Montezuma, y tambien yo os daré unas piedras muy ricas, que le envieis en mi nombre, que son chalchihuis, que no son para dar á otras personas, sino para ese vuestro gran emperador, que vale cada una piedra dos cargas de oro. Tambien le quiero enviar tres cerbatanas con sus esqueros, y bodoqueras, que tienen tales obras de pedrería, que se holgará de vellas: y tambien yo quiero dar de lo que tuviere, aunque es poco, por-

que todo el mas oro y joyas que tenia, os he dado en veces. Y cuando aquello le oyó Cortés y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Montezuma, y con mucho acato le quitamos todos las gorras de armas, y le dijimos que se lo teniamos en merced, y con palabras de mucho amor le prometió Cortés que escribiriamos á su majestad de la magnificencia y franqueza del oro que nos dió en su real nombre. Y despues que tuvimos otras pláticas de buenos comedimientos, luego en aquella hora envió Montezuma sus mayordomos, para entregar todo el tesoro de oro, y riqueza que estaba en aquella sala encalada: y para vello y quitallo de sus bordaduras, y donde estaba engastado tardamos tres dias; y aun para lo quitar y deshacer, vinieron los plateros de Montezuma de un pueblo que se dice Escapuzalco. Y digo que era tanto, que despues de deshecho eran tres montones de oro, y pesado hubo en ellos sobre seiscientos mil pesos, como adelante diré, sin la plata é otras muchas riquezas. Y no cuento con ello las planchas y tejuelos de oro, y el oro en grano de las minas: y se comenzó á fundir con los plateros indios, que dicho tengo, naturales de Escapuzalco, é se hicieron unas barras muy anchas dello, como medida de tres dedos de la mano de anchor de cada una barra. Pues ya fundido, y hecho barras, traen otro presente por sí de lo que el gran Montezuma habia dicho que daria, que fué cosa de

admiracion ver tanto oro, y las riquezas de otras joyas que trujo. Pues las piedras chalchihuis, que eran tan ricas algunas dellas, que valian entre los mismos caciques mucha cantidad de oro. Pues las tres cerbatanas con sus bodoqueras, los engastes que tenian de piedras y perlas, y las pinturas de pluma, é de pajaritos llenos de aljófar, é otras aves: todo era de gran valor. Dejemos de decir de penachos y plumas, y otras muchas cosas ricas, que es para nunca acabar de traerlo aquí á la memoria: digamos agora cómo se marcó todo el oro que dicho tengo con una marca de hierro, que mandó hacer Cortés, y los oficiales del rey prohibidos por Cortés, y de acuerdo de todos nosotros, en nombre de su majestad hasta que otra cosa mandase: y la marca fué las armas reales, como de un real, y del tamaño de un toston de á cuatro, y esto sin las joyas ricas, que nos pareció que no eran para deshacer. Pues para pesar todas estas barras de oro y de plata, y las joyas que quedaron por deshacer, no teniamos pesas de marcos ni balanzas, y pareció á Cortés, y á los mismos oficiales de la hacienda de su majestad, que seria bien hacer de hierro unas pesas de hasta una arroba, y otras de média arroba, y de dos libras, y de una libra, y de media libra, y de cuatro onzas, y esto no para que viniese muy justo, sino media onza más ó ménos en cada peso, que pesaba, y de cuánto peso. Y dijeron los oficiales del rey, que habia en el oro, así en lo que

estaba hecho arrobas, como en los granos de las minas, y en los tejuelos y joyas, mas de seiscientos mil pesos, sin la plata é otras muchas joyas que se dejaron de avaluar: y algunos soldados decian, que habia más. Y como ya no habia que hacer en ello sino sacar el real quinto, y dar á cada capitan y soldado nuestras partes, é á los que quedaban en el puerto de la Villa Rica tambien las suyas, parece ser Cortés procuraba de no lo repartir tan presto, hasta que tuviese más oro, é hubiese buenas pesas y razon, y cuenta de á cómo salian; y todos los mas soldados y capitanes dijimos que luego se repartiese, porque habiamos visto, que cuando se deshacian las piezas del tesoro de Montezuma, estaba en los montones que he dicho mucho más oro, y que faltaba la tercia parte dello, que lo tomaban y escondian, así por la parte de Cortés, como de los capitanes, y otros que no se sabia, y se iba menoscabando; é á poder de muchas pláticas se pesó lo que quedaba, y hallaron sobre seiscientos mil pesos, sin las joyas y tejuelos: y para otro dia habian de dar las partes. E diré cómo lo repartieron é todo lo más se quedó con ello el capitan Cortés, é otras personas, y lo que sobre ello se hizo, diré adelante (1).

(1) Sin pruebas no puede pretender Castillo que se tengan por ciertas sus sospechas contra Hernando Cortés. El propio Castillo es un testigo en el resto de su historia de la liberalidad de su capitan, de las empresas en que gastó sus riquezas, todo en honor y gloria de su patria; de la magnificen-

cia de sus presentes á su majestad, y de lo que le costó sostener el crédito, méritos y derechos de todos los conquistadores, tratados de traidores en la corte de su rey. Tengo lo demás por rumores vulgares que corrian entre los soldados cuando se trataba de la conservacion, particion ó distribucion del caudal comun. Las prendas heróicas de Cortés, su franqueza, el destino que se sabe dió á sus riquezas, sin que se note en su conducta ni un vestigio de avaricia, le defiende de toda nota. Pero el hombre mas recto no estará libre de quejas si toma el carácter de administrador ó distribuidor de bienes comunes. Tambien es verdad, y Cortés lo dice en la Carta II, que despues del quinto apartó para su majestad muchas joyas de oro, plata, plumajes, y piedras, y otras muchas cosas de valor. "Tales, y tan maravillosas, *son sus palabras*, que consideradas por su novedad y extrañeza, no tenian precio, ni es de creer que alguno de todos los príncipes del mundo, de quien se tiene noticia, las pudiese tener tales, y de tal calidad. Y no le parezca á vuestra majestad fabuloso lo que digo, pues es verdad, que todas las cosas criadas así en la tierra, como en la mar, de que el dicho Mutezuma pudiese tener conoscimiento, tenia contrahechas muy al natural, así de oro, y de plata, como de pedrería y plumas, en tanta perfeccion, que casi ellas mismas parescian, de las cuales todas me dió para vuestra alteza mucha parte, sin otras que yo le dí figuradas, y él las mandó hacer de oro, así como imágenes, crucifijos, medallas, joyeles y collares, y otras muchas cosas de las nuestras que le hice contrafacer...... Demás desto, me dió el dicho Mutezuma mucha ropa de la suya, que era tal, que considerada ser toda de algodon, y sin seda, en todo el mundo no se podia hacer, ni tejer otra tal, ni de tantas, ni tan diversas y naturales colores, ni labores; en que habia ropas de hombres, y de mujeres muy maravillosas, y habia paramentos para camas, que hechos de seda, no se podian comparar, é habia otros paños como de tapicería, que podian servir en salas, y en iglesias; habia colchas y cobertores de

camas, así de pluma como de algodon, de diversas colores, asimismo muy maravillosas, y otras muchas cosas, que por ser tantas, y tales, no las sé significar á vuestra majestad. Tambien me dió una docena de cerbatanas, de las con que él tiraba, que tampoco no sabré decir á vuestra majestad su perfeccion, porque eran todas pintadas de muy excelentes pinturas, y perfectos matices, en que habia figuradas muchas maneras de avecicas, y animales, y árboles, y flores, y otras diversas cosas; y tenian los brocales y puntería tan grande como un geme, de oro, y en el medio otro tanto, muy labrado. Dióme para con ellas un carniel de red de oro, para los bodoques que tambien me dijo que me habia de dar de oro; é dióme unas turquesas de oro, y otras muchas cosas, cuyo número es casi infinito.—*Cortés, Carta II.*"

CAPITULO CV.

Cómo se repartió el oro que hubimos, así de lo que dió el gran Montezuma, como de lo que se recogió de los pueblos, y de lo que sobre ello acaeció á un soldado.

Lo primero se sacó el real quinto, y luego Cortés dijo, que le sacasen á él otro quinto como á su majestad, pues se lo prometimos en el arenal, cuando le alzamos por capitan general, y justicia mayor, como ya lo he dicho en el capítulo que dello habla. Luego tras esto dijo, que habia hecho cierta costa en la isla de Cuba, que gastó en el armada, que lo sacasen de monton: y demás desto, que se apartase del mismo monton la costa que habia hecho Diego Velazquez en los navíos que dimos al través con ellos, pues todos fuimos en ello: y tras esto, para los procuradores que fueron á Castilla. Y demás desto para los que quedaron en la Villa Rica, que eran setenta vecinos, y para el caballo que

se le murió, y para la yegua de Juan Sedeño que mataron en lo de Tlaxcala de una cuchillada, pues para el padre de la Merced y el clérigo Juan Diaz, y los capitanes y los que traían caballos, dobles partes; escopeteros y ballesteros por lo consiguiente, é otras sacaliñas, de manera que quedaba muy poco de parte; y por ser tan poco, muchos soldados hubo que no lo quisieron recibir, y con todo se quedaba Cortés (1), pues en aquel tiempo no podiamos hacer otra cosa sino callar, porque demandar justicia sobre ello era por demás; é otros soldados hubo que tomaron sus partes á cien pesos y daban voces por lo demás. Y Cortés secretamente daba á unos y á otros por via que les hacia merced, por contentallos, y con buenas palabras que les decia sufrian. Pues vamos á las partes que daban á los de la Villa Rica, que se lo mandó llevar á Tlaxcala para que allí se lo guardasen; y como ello fué mal repartido, en tal paró todo, como adelante diré en su tiempo. En aquella sazon muchos de nuestros capitanes mandaron hacer cadenas de oro muy grandes á los plateros del gran Montezuma, que ya he dicho que tenia un gran pueblo dellos, media legua de México, que se dice Escapuzalco; y asimismo Cortés mandó hacer muchas joyas y gran servicio de vajilla, y algunos de nuestros soldados que habian henchido las manos. Por manera que

(1) Primero es sacar las costas que liquidar y partir las ganancias.

ya andaban públicamente muchos tejuelos de oro marcado y por marcar, y joyas de muchas diversidades de hechuras, é el juego largo con unos naipes que hacian de cuero de atambares, tan buenos y tan bien pintados como los de España, los cuales naipes hacia un Pedro Valenciano, y desta manera estábamos. Dejemos de hablar en el oro y de lo mal que se repartió y peor se gozó, y diré lo que á un soldado que se decia fulano de Cárdenas le acaeció. Parece ser que aquel soldado era piloto y hombre de la mar, natural de Triana y del Condado. El pobre tenia en su tierra mujer é hijos; y como á muchos nos acaece, deberia de estar pobre, y vino á buscar la vida para volverse á su mujer é hijos, é como habia visto tanta riqueza en oro en planchas y en granos de las minas, é tejuelos y barras fundidas, y al repartir dello vió que no le daban sino cien pesos, cayó malo de pensamiento y tristeza; y un su amigo, como le veía cada dia tan pensativo y malo, íbale á ver y decíale que de qué estaba de aquella manera y suspiraba tanto. Y respondió el piloto Cárdenas: ¡Oh cuerpo de tal conmigo! ¿yo no he de estar malo, viendo que Cortés así se lleva todo el oro, y como rey lleva quinto, y ha sacado para el caballo que se le murió, y para los navíos de Diego Velazquez, y para muchas otras trancanillas, y que muera mi mujer é hijos de hambre, pudiéndolos socorrer cuando fueron los procuradores con nuestras cartas y le enviamos todo el

oro y plata que habiamos habido en aquel tiempo? Y respondiólo aquel su amigo: ¿Pues qué oro teníades vos para les enviar? El Cárdenas dijo: Si Cortés me diera mi parte de lo que me cabia, con ello se sostuviera mi mujer é hijos, y aun les sobrara; mas mirad qué embustes tuvo, hacernos firmar que sirviésemos á su majestad con nuestras partes, y sacar del oro para su padre Martin Cortés sobre seis mil pesos, é lo que escondió; é yo y otros pobres, que estemos de noche y de dia batallando como habeis visto en las guerras pasadas de Tabasco y Tlaxcala, é lo de Cingapacinga é Cholula, y agora estar en tan grandes peligros como estamos, y cada dia la muerte al ojo si se levantasen en esta ciudad, é que se alce con todo el oro é que lleve quinto como rey? E dijo otras palabras sobre ello, y que tal quinto no le habiamos de dejar sacar, ni tener tantos reyes, sino solamente á su majestad. Y replicó su compañero, y dijo: ¿Pues esos cuidados os matan? ¿y agora veis que todo lo que traen los caciques y Montezuma se consume en él, uno en pago y otro en saco, é otro so el sobaco, y allá va todo donde quiere Cortés y estos nuestros capitanes, que hasta el bastimento todo lo llevan? Por eso, dejaos de esos pensamientos, y rogad á Dios que en esta ciudad no perdamos las vidas. Y así cesaron sus pláticas, las cuales alcanzó á saber Cortés, y como le decian que habia muchos soldados descontentos por las partes del oro, y de lo que habian hurtado del

monton, acordó de hacer á todos un parlamento con palabras muy melífluas, y dijo que todo lo que tenia era para nosotros; que él no queria quinto, sino la parte que le cabe de capitan general, y cualquiera que hubiese menester algo, que se lo daria, y aquel oro que habiamos habido, que era un poco de aire; que mirásemos las grandes ciudades que hay, é ricas minas, que todos seriamos señores dellas, y muy prósperos é ricos. Y dijo otras razones muy bien dichas, que las sabia bien proponer. Y demás desto á ciertos soldados secretamente daba joyas de oro, y á otros hacia grandes promesas; y mandó que los bastimentos que traían los mayordomos de Montezuma, que lo repartiesen entre todos los soldados, como á su persona: y demás desto llamó aparte al Cárdenas, y con palabras le halagó y le prometió que en los primeros navíos le enviaria á Castilla á su mujer é hijos, é le dió trecientos pesos, y así se quedó contento. Y quedarse ha aquí, y diré cuando venga á coyuntura lo que al Cárdenas acaeció cuando fué á Castilla, y cómo le fué muy contrario á Cortés en los negocios que tuvo ante su majestad.

CAPITULO CVI.

Cómo hubieron palabras Juan Velazquez de Leon y el tesorero Gregorio Mejía sobre el oro que faltaba de los montonés, ántes que se fundiese, y lo que Cortés hizo sobre ello.

Como el oro comunmente todos los hombres lo deseamos, y miéntras unos más tienen más quieren, aconteció que como faltaban muchas piezas de oro conocidas de los montones, ya otra vez por mí dicho, y Juan Velazquez de Leon en aquel tiempo hacia labrar á los indios de Escapuzalco, que eran todos plateros del gran Montezuma, grandes cadenas de oro y otras piezas de vajillas para su servicio; y como Gonzalo Mejía, que era tesorero, le dijo secretamente que se las diese, pues no estaban quintadas y eran conocidamente de las que habia dado el Montezuma, y el Juan Velazquez de Leon (que era muy privado de Cortés) dijo que no le queria dar ninguna cosa y que no lo habia tomado de lo que estaba allegado, ni de otra parte ninguna, sal-

vo que Cortés se las habia dado ántes que se hiciesen barras; y el Gonzalo Mejía respondió que bastaba lo que Cortés habia escondido y tomado á los compañeros, y todavía como tesorero demandaba mucho oro, que no se habia pagado el real quinto, y de palabras en palabras se desmandaron y vinieron á echar mano á las espadas, y si de presto no los metiéramos en paz, entrambos á dos acabaran allí sus vidas, porque eran personas de mucho sér y valientes por las armas, y salieron heridos cada uno con dos heridas. Y como Cortés lo supo, los mandó echar presos, cada uno en una cadena gruesa. Y parece ser, segun muchos soldados dijeron, que secretamente habló Cortés al Juan Velazquez de Leon, como era mucho su amigo, que se estuviese preso dos días en la misma cadena, y que sacarian de la prision al Gonzalo Mejía, como tesorero; y esto lo hacia Cortés porque viésemos todos los capitanes y soldados que hacia justicia, que con ser el Juan Velazquez uña y carne del mismo capitan, le tenia preso. Y porque pasaron otras cosas acerca del Gonzalo Mejía, que dijo á Cortés sobre el mucho oro que faltaba, y que se le quejaban dello todos los soldados porque no se lo demandaba al mismo capitan Cortés, pues era tesorero é estaba á su cargo; y porque es larga relacion, lo dejaré de decir, y diré que como el Juan Velazquez de Leon estaba preso en una sala cerca del Montezuma, y su aposento en una cadena gorda, y como el

Juan Velazquez era hombre de gran cuerpo y muy membrudo, y cuando se paseaba por la sala llevaba la cadena arrastrando y hacia gran sonido, que lo oía el Montezuma: preguntó al paje Orteguilla, que ¿á quién tenia preso Cortés en las cadenas? Y el paje le dijo que á Juan Velazquez, el que solia tener guarda de su persona, porque ya en aquella sazon no lo era sino Christóval de Oli. Y preguntó que por qué causa; y el paje le dijo que por cierto oro que faltaba. Y aquel mismo dia fué Cortés á tener palacio al Montezuma; y despues de las cortesías acostumbradas y otras palabras que entre ellos pasaron, preguntó el Montezuma á Cortés que por qué tenia preso á Juan Velazquez, siendo buen capitan y muy esforzado. Porque el Montezuma, como he dicho otras veces, bien conocia á todos nosotros y aun nuestras calidades. Y Cortés le dijo medio riendo, que porque era tabanillo (que quiere decir loco), y que porque no le dan mucho oro quiere ir por sus pueblos y ciudades á demandallo á los caciques: y porque no mate á algunos, por esta causa lo tiene preso. Y el Montezuma respondió, que le pedia por merced que le soltase, y que él enviaria á buscar más oro y le daria de lo suyo. Y Cortés hacia como que se le hacia de mal el soltallo; y dijo, que sí haria por complacer al Montezuma. Y paréceme que le sentenció en que fuese desterrado del real y fuese á un pueblo que se decia Cholula, con mensajero

del Montezuma á demandar oro, y primero los hizo amigos al Gonzalo Mejía y al Juan Velazquez. E ví que dentro de seis dias volvió de cumplir su destierro, y desde allí adelante el Gonzalo Mejía y Cortés no se llevaron bien, y el Juan Velazquez vino con más oro. He traido esto aquí á la memoria, aunque vaya fuera de nuestra relacion, porque vean que Cortés, socolor de hacer justicia porque todos le temiésemos, era con grandes mañas. Y dejarémoslo aquí.

CAPITULO CVII.

Cómo el gran Montezuma dijo á Cortés que le queria dar una hija de las suyas para que se casase con ella, y lo que Cortés le respondió, y todavía la tomó, y la servian y honraban como hija de tal señor.

Como otras muchas veces he dicho, siempre Cortés y todos nosotros procurábamos de agradar y servir á Montezuma y tenerle palacio. Y un dia le dijo el Montezuma: Mira, Malinche, qué tanto os amo, que os quiero dar una hija mia muy hermosa para que os caseis con ella y la tengais por vuestra legítima mujer. Y Cortés le quitó la gorra por la merced, y dijo que era gran merced la que le hacia; mas que era casado y tenia mujer, é que entre nosotros no podemos tener más de una mujer, y que él la ternia en aquel grado que hija de tan gran señor merece, y que primero quiere se vuelva christiana, como son otras señoras hijas

de señores. Y Montezuma lo hubo por bien, y siempre mostraba el gran Montezuma su acostumbrada voluntad: é de un dia en otro no cesaba Montezuma sus sacrificios, y de matar en ellos indios; y Cortés se lo retraía, y no aprovechaba cosa ninguna, hasta que tomó consejo con nuestros capitanes qué hariamos en aquel caso, porque no se atrevia á poner remedio en ello por no revolver la ciudad é á los papas que estaban en el Huichilobos. Y el consejo que sobre ello se dió por nuestros capitanes é soldados, que hiciese que queria ir á derrocar los ídolos del alto cu de Huichilobos; y si viésemos que se ponian en defendello ó que se alborotaban, que le demandase licencia para hacer un altar en una parte del gran cu, é poner un Crucifijo é una imágen de nuestra Señora. Y como esto se acordó, fué Cortés á los palacios adonde estaba preso Montezuma, y llevó consigo siete capitanes y soldados, é dijo al Montezuma: Señor, ya muchas veces he dicho á vuestra merced que no sacrifiqueis mas ánimas á esos vuestros dioses, que os traen engañados, y no lo quereis hacer. Hágoos, señor, saber que todos mis compañeros, y estos capitanes que conmigo vienen, os vienen á pedir por merced que les deis licencia para los quitar de allí, y pornemos á nuestra Señora Santa María, y una cruz; y que si ahora no les dais licencia, que ellos irán á los quitar, y no querrian que matasen algunos papas. Y cuando el Montezu-

ma oyó aquellas palabras y vió ir á los capitanes algo alterados, dijo: ¡Oh Malinche! ¡y cómo nos quereis echar á perder á toda esta ciudad, porque estarán muy enojados nuestros dioses contra nosotros, y aun vuestras vidas no sé en qué pararán! Lo que os ruego, que ahora al presente os sufrais, que yo enviaré á llamar á todos los papas y veré su respuesta. Y como aquello oyó Cortés, hizo un ademan que queria hablar muy en secreto al Montezuma solo con el fraile de la Merced, é que no estuviesen presentes nuestros capitanes que llevaba en su compañía, á los cuales mandó que le dejasen solo, y los mandó salir; y como se salieron de la sala, dijo al Montezuma que porque no se hiciese alboroto ni los papas lo tuviesen á mal derrocalle sus ídolos, que él trataria con los mismos nuestros capitanes que no se hiciese tal cosa, con tal que en un apartamiento del gran cu hiciésemos un altar para poner la imágen de nuestra Señora é una cruz, é que el tiempo andando verian cuán buenos y provechosos son para sus ánimas, y para dalle salud y buenas sementeras y prosperidades; y el Montezuma, puesto que con suspiros y semblante muy triste dijo que él lo trataria con los papas. Y en fin de muchas palabras que sobre ello hubo, se puso nuestro altar, apartado de sus malditos ídolos, y la imágen de nuestra Señora y una cruz; y con mucha devocion, y todos dando gracias á Dios, dijeron misa cantada el padre de la Merced,

y ayudaba á la misa el clérigo Juan Diaz y muchos de los nuestros soldados; y allí mandó poner nuestro capitan un soldado viejo para que tuviese guarda en ello, y rogó al Montezuma que mandase á los papas que no tocasen en ello, salvo para barrer y quemar incienso, y poner candelas de cera ardiendo de noche y de dia, y enramallo, y poner flores. Y dejallo he aquí, y diré lo que sobre ello avino.

CAPITULO CVIII.

Cómo el gran Montezuma dijo á nuestro capitan Cortés, que se saliese de México con todos los soldados, porque se querian levantar todos los caciques, y papas, y darnos guerra, hasta matarnos, porque así estaba acordado, y dado consejo por sus ídolos, y lo que Cortés sobre ello hizo.

Como siempre á la contina nunca nos faltaban sobresaltos, y de tal calidad, que eran para acabar las vidas en ellos, si nuestro Señor Dios no lo remediara, y fué que como habiamos puesto en el gran cu en el altar que hicimos la imágen de nuestra Señora, y la cruz, y se dijo el santo Evangelio, y misa, parece ser, que los Huichilobos y el Tezcatepuca hablaron con los papas, y les dijeron, que se querian ir de su provincia, pues tan mal tratados eran de los teules, é que adonde están aquellas figuras, y cruz, que no quieren estar, ó que ellos no estarian allí, si no nos mataban, é que aquello les daban por respuesta, é que no curasen de tener

otra, é que se lo dijesen á Montezuma, y á todos sus capitanes, que luego comenzasen la guerra, y nos matasen: y les dijo el ídolo, que mirasen, que todo el oro que solian tener para honrallos, lo habiamos deshecho, y hecho ladrillos; é que mirasen que nos íbamos señoreando de la tierra, y que teniamos presos á cinco grandes caciques, y les dijeron otras maldades para atraellos á darnos guerra: y para que Cortés, y todos nosotros lo supiésemos, el gran Montezuma le envió á llamar porque le queria hablar en cosas que iba mucho en ellas, y vino el paje Orteguilla, y dijo, que estaba muy alterado y triste Montezuma, é que aquella noche, é parte del dia habian estado con él muchos papas, y capitanes muy principales, y secretamente hablaban, que no lo pudo entender: y cuando Cortés lo oyó, fué de presto al palacio donde estaba el Montezuma, y llevó consigo á Christóval de Oli, que era capitan de la guardia, é á otros cuatro capitanes, é á doña Marina, é á Gerónimo de Aguilar; y despues que le hicieron mucho acato, dijo el Montezuma: ¡Oh señor Malinche, y señores capitanes, cuánto me pesa de la respuesta y mandado, que nuestros teules han dado á nuestros papas, é á mí, é á todos mis capitanes! y es, que os demos guerra y os matemos, é os hagamos ir por por la mar adelante: lo que he colegido dello, y me parece es, que ántes que comiencen la guerra, que luego salgais desta ciudad, y no quede ninguno de vosotros aquí: y esto, se-

ñor Malinche, os digo que hagais en todas maneras, que os conviene, si no mataros han: y mira, que os va las vidas. Y Cortés, y nuestros capitanes sintieron pesar, y aun se alteraron, y no era de maravillar de cosa tan nueva y determinada, que era poner nuestras vidas en gran peligro sobre ello en aquel instante, pues tan determinadamente nos lo avisaban. Y Cortés le dijo, que él se lo tenia en merced el aviso, y que al presente de dos cosas le pesaba: no tener navíos en que se ir, que mandó quebrar los que trujo; y la otra, que por fuerza habia de ir el Montezuma con nosotros, para que le vea nuestro gran emperador, y que le pide por merced, que tenga por bien, que hasta que se hagan tres navíos en el arenal, que detenga á los papas, y capitanes, porque para ellos es mejor partido; y que si comenzaren la guerra, que todos morirán en ella, si la quisieren dar. E más dijo, que porque vea Montezuma, que quiere luego hacer lo que le dice, que mande á sus capitanes, que vayan con dos de nuestros soldados, que son grandes maestros de hacer navíos, á cortar la madera cerca del arenal. El Montezuma estuvo muy mas triste que de ántes, como Cortés le dijo, que habia de ir con nosotros ante el emperador, y dijo que le daria los carpinteros, y que luego despachase, y no hubiese mas palabras, sino obras; y que entretanto, que él mandaria á los papas, y á sus capitanes, que no curasen de alborotar la ciudad: é que á sus ídolos

Huichilobos, que mandaria aplacasen con sacrificios, é que no serian con muertes de hombres. Y con esta tan alborotada plática se despidió Cortés del Montezuma, y estábamos todos con grande congoja esperando cuando habian de comenzar la guerra. Luego Cortés mandó llamar á Martin López y á Andrés Núñez, y con los indios carpinteros, que le dió el gran Montezuma, y despues de platicado el porte de que se podrian labrar los tres navíos, le mandó que luego pusiese por la obra de los hacer, é poner á punto, pues que en la Villa Rica habia todo aparejo de hierro, y herreros, y jarcia, y estopa, y calafates, y brea: y así fueron, y cortaron la madera en la costa de la Villa Rica, y con toda la cuenta, y galivo della, y con buena priesa comenzó á labrar sus navíos. Lo que Cortés le dijo á Martin López sobre ello no lo sé; y esto digo, porque dice el coronista Gomora en su historia, que le mandó que hiciese muestras, como cosa de burla, que los labraba, porque lo supiese el gran Montezuma: remítome á lo que ellos dijeren, que gracias á Dios son vivos en este tiempo; mas muy secretamente me dijo el Martin López, que de hecho, y apriesa los labraba, y así los dejó en astillero los tres navíos. Dejémoslos labrándolos, y digamos cuáles andábamos todos en aquella gran ciudad tan pensativos, temiendo que de una hora á otra nos habian de dar guerra en nuestras naborias de Tlaxcala: é doña Marina así lo decia al capitan, y el Or-

teguilla el paje del Montezuma siempre estaba llorando, y todos nosotros muy á punto, y buenas guardas al Montezuma. Digo de nosotros estar á punto, no habia necesidad de decillo tantas veces, porque de dia y de noche no se nos quitaban las armas, gorjales y antiparas, y con ello dormiamos. Y dirán ahora, dónde dormiamos, de qué eran nuestras camas, sino un poco de paja, y una estera, y el que tenia un toldillo, ponelle debajo, y calzados y armados, y todo género de armas muy á punto, y los caballos enfrenados y ensillados todo el dia: y todos tan prestos, que en tocando al arma, como si estuviéramos puestos é aguardando para aquel punto; pues de velar cada noche, no quedaba soldado que no velaba. Y otra cosa digo, y no por me jactanciar dello, que quedé yo tan acostumbrado de andar armado y dormir de la manera que he dicho, que despues de conquistada la Nueva-España, tenia por costumbre de me acostar vestido, y sin cama, é que dormia mejor que en colchones duermo: é ahora cuando voy á los pueblos de mi encomienda, no llevo cama: é si alguna vez la llevo, no es por mi voluntad, sino por algunos caballeros que se hallan presentes, porque no vean, que por falta de buena cama la dejo de llevar; mas de verdad que me echo vestido en ella. Y otra cosa digo; que no puedo dormir, sino un rato de la noche, que me tengo de levantar á ver el cielo y estrellas, y me he de pasear un rato al sereno, y esto sin poner en

la cabeza el bonete, ni paño, ni cosa ninguna, y gracias á Dios no me hace mal, por la costumbre que tenia: y esto he dicho, porque sepan de qué arte andábamos los verdaderos conquistadodores, y cómo estábamos tan acostumbrados á las armas, y á velar. Y dejemos de hablar en ello, pues que salgo fuera de nuestra relacion, y digamos, cómo nuestro Señor Jesu-Christo siempre nos hace muchas mercedes. Y es, que en la isla de Cuba Diego Velazquez dió mucha priesa en su armada, como adelante diré, y vino en aquel instante á la Nueva-España un capitan que se decia Pánfilo de Narvaez.

CAPITULO CIX.

Cómo Diego Velazquez, gobernador de Cuba, dió muy gran priesa en enviar su armada contra nosotros, y en ella por capitan general á Pánfilo de Narvaez, y cómo vino en su compañía el licenciado Lúcas Vásquez de Aillon, oidor de la real audiencia de Santo Domingo, y lo que sobre ello se hizo.

Volvamos ahora á decir algo atrás de nuestra relacion, para que bien se entienda lo que ahora diré. Ya he dicho en el capítulo que dello habla, que como Diego Velazquez, gobernador de Cuba, supo que habiamos enviado nuestros procuradores á su majestad con todo el oro que habiamos habido, é el sol, y la luna, y muchas diversidades de joyas, y oro en granos, sacados de las minas, y otras muchas cosas de gran valor, é que no le acudiamos con cosa ninguna; y asimismo supo, cómo don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Burgos, é arzobispo de Rosano, que así se nombraba, é en aquella sa-

zon era presidente de Indias, y lo mandaba todo muy absolutamente, porque su majestad estaba en Flandes, y habia tratado muy mal el obispo á nuestros procuradores: y dicen que le envió el obispo desde Castilla en aquella sazon muchos favores al Diego Velazquez, é avisó é mandó para que nos enviase á prender, y que él le daba desde Castilla todo favor para ello: el Diego Velazquez con aquel gran favor hizo una armada de diez y nueve navíos, y con mil y cuatrocientos soldados, en que traían sobre veinte tiros, y mucha pólvora, y todo género de aparejos, de piedras, y pelotas, y dos artilleros, que el capitan de la artillería se decia Rodrigo Martin, y traía ochenta de á caballo, y noventa ballesteros, y sesenta escopeteros: y el mismo Diego Velazquez por su persona, aunque era bien gordo, y pesado, andaba en Cuba de villa en villa, y de pueblo en pueblo proveyendo la armada, y atrayendo los vecinos que tenian indios, y á parientes, y amigos, que viniesen con Pánfilo de Narvaez, para que le llevasen preso á Cortés, y á todos nosotros sus capitanes y soldados, ó á lo ménos no quedásemos algunos con las vidas: y andaba tan encendido de enojo, y tan diligente. que vino hasta Guaniguanico, que es pasada la Habana mas de sesenta leguas. Y andando desta manera, ántes que saliese su armada, pareció ser, alcanzarlo á saber la real audiencia de Santo Domingo: y los frailes gerónimos, que estaban por gobernado-

res; el cual aviso y relacion dello les envió desde Cuba el licenciado Zuazo, que habia venido á aquella isla á tomar residencia al mismo Diego Velazquez. Pues como lo supieron en la real audiencia, y tenian memoria de nuestros muy buenos y nobles servicios que haciamos á Dios, y á su majestad, y habiamos enviado nuestros procuradores con grandes presentes á nuestro rey y señor, y que el Diego Velazquez no tenia razon, ni justicia para venir con armada á tomar venganza de nosotros, sino que por justicia lo demandase: y que si venia con la armada era gran estorbo para nuestra conquista, acordaron de enviar á un licenciado, que se decia Lúcas Vasquez de Aillon, que era oidor de la misma real audiencia, para que estorbase la armada al Diego Velazquez, y no la dejase pasar, y que sobre ello pusiese grandes penas: é vino á Cuba el mismo oidor, y hizo sus diligencias y protestaciones, cómo le era mandado por la real audiencia, para que no saliese con su intencion el Velazquez: y por mas penas, y requirimientos que le hizo é puso, no aprovechó cosa ninguna: porque como el Diego Velazquez era tan favorecido del obispo de Burgos, y habia gastado cuanto tenia en hacer aquella gente de guerra contra nosotros, no tuvo todos aquellos requirimientos que hicieron en una castañeta, ántes se mostró mas bravoso. Y desque aquello vió el oidor, vínose con el mismo Narvaez para poner pa-

ces, y dar buenos conciertos entre Cortés, y el Narvaez. Otros soldados dijeron que venia con intencion de ayudarnos, y si no lo pudiese hacer, tomar la tierra en sí por su majestad, como oidor, y desta manera vino hasta el puerto de San Juan de Ulúa. Y quedarse ha aquí, y pasaré adelante, y diré lo que sobre ello se hizo.

CAPITULO CX.

Cómo Pánfilo de Narvaez llegó al puerto de San Juan de Ulúa, que se dice la Vera Cruz, con toda su armada, y lo que le sucedió.

Viniendo el Pánfilo de Narvaez con toda su flota, que eran diez y nueve navíos por la mar, parece ser junto á las sierras de San Martin, que así se llaman, tuvo un viento de Norte, y en aquella costa es traviesa, y de noche se le perdió un navío de poco porte, que dió al través: venia en él por capitan un hidalgo, que se decia Cristóval de Morante, natural de Medina del Campo, y se ahogó cierta gente: y con toda la mas flota vino á San Juan de Ulúa. Y como se supo de aquella grande armada, que para haberse hecho en la isla de Cuba, grande se puede llamar, tuvieron noticia della los soldados que habia enviado Cortés á buscar las minas, y viénense á los navíos del Narvaez los tres dellos, que se decian Cervantes el Chocarrero, y

Escalona, y otro que se decia Alonso Hernandez Carretero: y cuando se vieron dentro en los navíos, y con el Narvaez, dicen que alzaban las manos á Dios, que los libró del poder de Cortés, y de salir de la gran ciudad de México, donde cada dia esperaban la muerte: y como comian con el Narvaez, y les mandaba dar de beber demasiado, estábanse diciendo los unos á los otros delante del mismo general: mira si es mejor estar aquí bebiendo buen vino, que no cautivo en poder de Cortés, que nos traía de noche y de dia tan avasallados, que no osábamos hablar, y aguardando de un dia á otro la muerte al ojo: y aun decia el Cervantes, como era truhan, socolor de gracias: ¡oh Narvaez, Narvaez, qué bien aventurado que eres, é á qué tiempo has venido, que tiene ese traidor de Cortés allegados mas de setecientos mil pesos de oro, y todos los soldados están muy mal con él, porque les ha tomado mucha parte de lo que les cabia del oro de parte, é no quieren recibir lo que les da. Por manera, que aquellos soldados que se nos huyeron, eran ruines y soeces, y decian al Narvaez mucho mas de lo que queria saber. Y tambien le dieron por aviso, que ocho leguas de allí estaba poblada una villa, que se dice la Villa Rica de la Vera Cruz, y estaba en ella un Gonzalo de Sandoval con sesenta soldados todos viejos y dolientes, y que si enviase á ellos gente de guerra, luego se darian: y le decian otras muchas cosas. Dejemos todas estas pláticas, y digamos cómo

luego lo alcanzó á saber el gran Montezuma cómo estaban allí surtos los navíos y con muchos capitanes y soldados, y envió sus principales secretamente, que no lo supo Cortés, y les mandó dar comida y oro y ropa, y que de los pueblos mas cercanos les proveyesen de bastimento. Y el Narvaez envió á decir al Montezuma muchas malas palabras y descomedimientos contra Cortés, y de todos nosotros, que éramos unas gentes malas, ladrones, que veniamos huyendo de Castilla sin licencia de nuestro rey y señor; y que como tuvo noticia el nuestro señor rey que estábamos en estas tierras, y de los males y robos que haciamos, y teniamos preso al Montezuma, para estorbar tantos daños que le mandó al Narvaez que luego viniese con todas aquellas naos y soldados y caballos para que le suelten de las prisiones, y que á Cortés y á todos nosotros como malos nos prendiesen ó matasen, y en las mismas naos nos enviasen á Castilla, y que cuando allá llegásemos nos mandaria matar. Y le envió á decir otros muchos desatinos; y eran los intérpretes para dárselo á entender á los indios los tres soldados que se nos fueron, que ya sabian la lengua. Y demás destas pláticas, le envió el Narvaez ciertas cosas de Castilla. Y cuando Montezuma lo supo tuvo gran contento con aquellas nuevas, porque como le decian que tenia tantos navíos é caballos é tiros y escopetas, y ballesteros, y eran mil y trecientos soldados, y dende arriba, creyó que nos prenderia. Y demás

desto, como sus principales vieron á nuestros tres soldados (que traidores bellacos se pueden llamar) con el Narvaez, y veían que decian mucho mal de Cortés, tuvo por cierto todo lo que el Narvaez le envió á decir, y toda la armada se la llevaron pintada en unos paños al natural. Entónces el Montezuma le envió mucho más oro y mantas, y mandó que todos los pueblos de la comarca le llevasen bien de comer: é ya habia tres dias que lo sabia el Montezuma y Cortés no sabia cosa ninguna. E un dia, yéndole á ver nuestro capitan y á tenello palacio, despues de las cortesías que entre ellos se tenian, pareció al capitan Cortés que estaba el Montezuma muy alegre y de buen semblante, y le dijo qué tal se sentia, y el Montezuma respondió que mejor estaba. Y tambien como el Montezuma le vió ir á visitar en un dia dos veces, temió que Cortés sabia de los navíos, y por ganar por la mano y que no le tuviese por sospechoso, le dijo: Señor Malinche, ahora en este punto me han llegado mensajeros de cómo en el puerto donde desembarcastes han venido diez y ocho navíos y mucha gente y caballos, é todo nos lo traen pintado en unas mantas, y como me visitastes hoy dos veces, creí que me veníades á dar nuevas dello, así que no habreis menester hacer navíos; y porque no me lo decíades, por una parte tenia enojo de vos de tenérmelo encubierto, y por otra me holgaba porque vienen vuestros hermanos para que todos os vais á Castilla, é no haya mas

palabras. Y cuando Cortés oyó lo de los navíos y vió la pintura del paño, se holgó en gran manera y dijo: Gracias á Dios, que al mejor tiempo provée. Pues nosotros los soldados era tanto el gozo, que no podiamos estar quedos, y de alegría escaramuzaron los caballos y tiramos tiros. E Cortés estuvo muy pensativo, porque bien entendió que aquella armada que la enviaba el gobernador Velazquez contra él y contra nosotros. Y como supo que era, comunicó lo que sentia della con todos nosotros, capitanes y soldados; y con grandes dádivas y ofrecimientos que nos haria ricos á todos, nos atraía para que tuviésemos con él, y no sabia quién venia por capitan. Y estábamos muy alegres con las nuevas y con el más oro que nos habia dado Cortés por via de mercedes, como que lo daba de su hacienda y no de lo que nos cabia de parte, y viendo el gran socorro é ayuda que nuestro Señor Jesu-Christo nos enviaba. E quedarse aquí, é diré lo que pasó en el real de Narvaez (1).

(1) Solís se empeña en vindicar á Montezuma de correspondencia con Narvaez. Su gran fundamento es que no habia sugetos ó intérpretes para entenderse; pero ó no leyó Solís este pasaje de Castillo, incuria inexcusable, ó es una osadía insufrible desmentir á un testigo de tanta excepcion. Cortés confirma el testimonio de Castillo, y hablando de lo que le informó una persona que envió á saber qué gente era la de la armada, dice: "E tambien me dijo cómo habia hallado con el "dicho Narvaez á un señor natural desta tierra, vasallo del "dicho Montezuma, y que le tenia por gobernador suyo en to-

"da su tierra de los puertos hácia la costa de la mar; y que "supo que al dicho Narvaez le habia hablado de parte del di- "cho Montezuma y dádole ciertas joyas de oro, y el dicho "Narvaez le habia dadó tambien á él ciertas cosillas; y que "supo que habia despachado de allí ciertos mensajeros para el "dicho Montezuma y enviádole á decir que él le soltaria, y que "venia á prenderme á mí y á los de mi compañía, irse luego y "dejar la tierra; y que él no queria oro, sino, preso yo y los que "conmigo estaban, volverse y dejar la tierra y sus naturales "della con su libertad." *Cortés, Carta II.*

CAPITULO CXI.

Cómo Páufilo de Narvaez envió con cinco personas de su armada á requerir á Gonzalo de Sandoval, que estaba por capitan en la Villa Rica, que se diese luego con todos los vecinos, y lo que sobre ello pasó.

Como aquellos tres malos de nuestros soldados, por mí nombrados, que se le pasaron al Narvaez y le daban aviso de todas las cosas que Cortés y todos nosotros habiamos hecho desde que entramos en la Nueva-España, y le avisaron que el capitan Gonzalo de Sandoval estaba ocho ó nueve leguas de allí, en una villa que estaba poblada, que se decia la Villa Rica de la Vera Cruz, é que tenia consigo sesenta vecinos, y todos los más viejos y dolientes acordó de enviar á la Villa á un clérigo que se decia Guevara, que tenia buena expresiva, é á otro hombre de mucha cuenta que se decia Amaya, pariente del Diego Velázquez, y á un escribano que

se decia Vergara, y tres testigos, los nombres dellos no me acuerdo; los cuales envió que notificasen á Gonzalo de Sandoval que luego se diesen al Narvaez, y para ello dijeron que traían unos traslados de las provisiones. E dicen que ya Gonzalo de Sandoval sabia de los navíos por nuevas de indios, y de la mucha gente que en ellos venia; y como era muy varon en sus cosas, siempre estaba muy apercibido él y sus soldados armados. Y sospechando que aquella armada era de Diego Velazquez, y que enviaria á aquella villa de sus gentes para se apoderar della, y por estar mas desembarazados de los soldados viejos y dolientes, los envió luego á un pueblo de indios que se dice Papalote, é quedó con los sanos; y el Sandoval siempre tenia buenas velas en los caminos de Cempoal, que es por donde habian de venir á la Villa. Y estaba convocando el Sandoval y atrayendo á sus soldados, que si viniese Diego Velazquez ó otra persona, que no se le diese la Villa. Y todos los soldados dicen que le respondieron conforme á su voluntad, y mandó hacer una horca en un cerro. Pues estando sus espías en los caminos, vienen de presto y le dan noticia que vienen cerca de la Villa donde estaban seis españoles é indios de Cuba; y el Sandoval aguardó en su casa, que no les salió á recibir, y habia mandado que ningun soldado saliese de sus casas ni les hablasen. Y como el clérigo y los demás que traía en su compañía no topaba á ningun vecino español

con quien hablar, si no eran indios que hacian la obra de la fortaleza; y como entraron en la Villa, fuéronse á la iglesia á hacer oracion, y luego se fueron á la casa de Sandoval, que les pareció que era la mayor de la Villa. E el clérigo, despues del norabuena esteis (que así dizque dijo) y el Sandoval le respondió que en tan hora buena viniese, dicen que el clérigo Guevara (que así se llamaba) comenzó un razonamiento diciendo que el señor Diego Velazquez, gobernador de Cuba, habia gastado muchos dineros en la armada, é que Cortés é todos los demás que habia traido en su compañía, le habian sido traidores, y que les venia á notificar que luego fuesen á dar la obediencia al señor Pánfilo de Narvaez que venia por capitan general del Diego Velazquez. E como el Sandoval oyó aquellas palabras y descomedimientos que el padre Guevara dijo, se estaba carcomiendo de pesar de lo que oía, y le dijo: Señor padre, muy mal hablais en decir esas palabras de traidores; aquí somos mejores servidores de su majestad, que no Diego Velazquez ni ese vuestro capitan, y porque sois clérigo no os castigo conforme á vuestra mala crianza. Andad con Dios á México, que allá está Cortés, que es capitan general y justicia mayor desta Nueva-España, y os responderá; aquí no teneis mas que hablar. Entónces el clerigo, muy bravoso, dijo á su escribano que con él venia, que se decia Vergara, que luego sacase las provisiones que traía en el seno

y las notificase al Sandoval y á los vecinos que con él estaban. Y dijo Sandoval al escribano que no leyese ningunos papeles, que no sabia si eran provisiones ú otras escrituras, y de plática en plática ya el escribano comenzaba á sacar del seno las escrituras que traía, el Sandoval le dijo: Mirad, Vergara, ya os he dicho que no leaís ningunos papeles aquí, sino id á México; yo os prometo que si tal leyéredes, que yo os haga dar cien azotes, porque no sabemos si sois escribano del rey ó no. Mostrad el título dello; y si le trais, leedlo: y tampoco sabemos si son originales de las provisiones ó traslados, ó otros papeles. Y el clérigo, que era muy soberbio, dijo muy enojado: ¿Qué haceis con esos traidores? sacad esas provisiones y notificádselas. Y como el Sandoval oyó aquella palabra, le dijo que mentia como ruin clérigo, y luego á sus soldados que los llevasen presos á México. Y no lo hubo bien dicho, cuando en amaquillas de redes, como ánimas pecadoras, los arrebataron muchos indios de los que trabajaban en la fortaleza, que los llevaron á cuestas, y en cuatro dias dan con ellos cerca de México, que de noche y de dia con indios de remuda caminaban. E iban espantados de que veían tantas ciudades y pueblos grandes que les traían de comer, y unos los dejaban y otros los tomaban, y andar por su camino. Dicen que iban pensando si era encantamiento ó sueño. Y el Sandoval envió con ellos por alguacil, hasta que llegase á México, á Pedro de Solís, el

yerno que fué de Orduña, que ahora llaman Solís de Atrás de la Puerta. Y así como los envió presos escribió muy en posta á Cortés, quién era el capitan de la armada y todo lo acaecido. Y como Cortés lo supo que venian presos y llegaban cerca de México, enviòles gran banquete y cabalgaduras para los tres mas principales, y mandó que luego los soltasen de la prision, y les escribió que le pesó de que Gonzalo de Sandoval tal desacato tuviese, é que quisiera que les hiciera mucha honra, y cómo llegaron á México los salió á recibir y los metió en la ciudad muy honradamente. Y como el clérigo y los demás sus compañeros vieron á México ser tan grandísima ciudad y la riqueza de oro que teniamos, é otras muchas ciudades en el agua de la laguna, é todos nuestros capitanes é soldados, y la gran franqueza de Cortés, estaban admirados; y á cabo de dos dias que estuvieron con nosotros Cortés les habló de tal manera con prometimientos y halagos, y aun les untó las manos de tejuelos y joyas de oro, y los tornó á enviar á su Narvaez con bastimento que les dió para el camino, que donde venian muy bravosos leones, volvieron muy mansos, y se le ofrecieron por servidores. Y así como llegaron á Cempoal á dar relacion á su capitan, comenzaron á convocar todo el real de Narvaez que se pasasen con nosotros. Y dejallo he aquí, y diré cómo Cortés escribió al Narvaez, y lo que sobre ello pasó.

CAPITULO CXII.

Cómo Cortés, despues de bien informado de quién era capitan y quién y cuántos venian en el armada, y de los pertrechos de guerra que traía; y de los tres nuestros falsos soldados que á Narvaez se pasaron, escribió al capitan é á otros sus amigos, especialmente á Andrés de Duero, secretario del Diego Velazquez; y tambien supo cómo Montezuma enviaba oro y ropa al Narvaez, y las palabras que le envió á decir el Narvaez al Montezuma, y de cómo venia en aquella armada el licenciado Lúcas Vasquez de Aillon, oidor de la Audiencia Real de Santo Domingo, é la instruccion que traían.

Como Cortés en todo tenia cuidado y advertencia, y cosa ninguna se le pasaba, que no procuraba poner remedio; y como muchas veces he dicho ántes de ahora, tenia tan acertados y buenos capitanes y soldados, que demás de ser muy esforzados, dábamos buenos consejos, acordóse por todos que se escribiese en posta con indios que llevasen las cartas al Narvaez ántes que llegase el clérigo Guevara con muchas caricias y ofrecimientos que todos á una le hiciésemos, y que hariamos todo lo que su merced mandase; y que le pediamos por merced que no alborotase la tierra, ni los indios viesen entre nosotros disensiones. Y esto

deste ofrecimiento fué por causa que como éramos los de Cortés pocos soldados en comparacion de los que el Narvaez traía, porque nos tuviese buena voluntad y para ver lo que sucedia; y nos ofrecimos por sus servidores, y tambien debajo destas buenas palabras no dejamos de buscar amigos entre los capitanes de Narvaez, porque el padre Guevara y el escribano Vergara dijeron á Cortés que Narvaez no venia bien quisto con sus capitanes, y que les enviase algunos tejuelos y cadenas de oro, porque dádivas quebrantan peñas. Y Cortés les escribió que se habia holgado en gran manera él y todos nosotros sus compañeros con su llegada á aquel puerto; y pues son amigos de tiempos pasados, que le pide por merced que no dé causa á que el Montezuma, que está preso, se suelte y la ciudad se levante, porque será para perderse él y su gente, y todos nosotros las vidas, por los grandes poderes que tiene. Y esto que lo dice porque el Montezuma está muy alterado y toda la ciudad revuelta con las palabras que de allá le han enviado á decir; é que cree y tiene por cierto que de un tan esforzado y sabio varon como él es, no habian de salir de su boca cosas de tal arte dichas ni en tal tiempo, sino que el Cervantes el chocarrero y los soldados que llevó consigo, como eran ruines, lo dirian. Y demás de otras palabras que en la carta iban, se le ofreció con su persona y hacienda, y que en todo haria lo que mandase. Y tambien escribió Cortés al secretario Andrés de Duero y al oidor Lúcas Vasquez de Ai-

llon, y con las cartas envió ciertas joyas de oro para sus amigos; y despues que hubo enviado esta carta secretamente, mandó dar al oidor cadenas y tejuelos y rogó al padre de la Merced que luego tras la carta fuese al real de Narvaez, y le dió otras cadenas de oro y tejuelos y joyas muy estimadas que diese allá á sus amigos. Y así como llegó la primera carta que dicho habemos que escribió Cortés con los indios ántes que llegase el padre Guevara, que fué el que Narvaez nos envió, andaba mostrando el Narvaez á sus capitanes, haciendo burla della y aun de nosotros; y un capitan de los que traía el Narvaez que venia por veedor, que se decia Salvatierra, dicen que hacia bramuras desque la oyó, y decia al Narvaez reprehendiéndole, que para qué leía la carta de un traidor como Cortés é los que con él estaban, é que luego fuese contra nosotros é que no quedase ninguno á vida, y juró que las orejas de Cortés que las habia de asar y comer la una dellas; y decia otras liviandades, por manera que no quiso responder á su carta ni nos tenia en una castañeta. Y en este instante llegó el clérigo Guevara y sus compañeros á su real, y hablan al Narvaez que Cortés era muy buen caballero é gran servidor del rey, y le dice del gran poder de México y de las muchas ciudades que vieron por donde pasaron; é que entendieron que Cortés que le será servidor é haria cuanto mandase, é que será bien que por paz y sin ruido haya entre los unos y los otros concierto, y que mire el señor Narvaez á qué parte

quiere ir de toda la Nueva-España con la gente que trae, que allí vaya: é que deje al Cortés en otras provincias, pues hay tierras hartas donde se pueden albergar. E como esto oyó el Narvaez, dicen que se enojó de tal manera con el padre Guevara y con el Amaya, que no los queria despues mas ver ni escuchar: y desque los del real de Narvaez los vieron ir tan ricos al padre Guevara y al escribano Vergara, é los demás, y les decian secretamente á todos los de Narvaez tanto bien de Cortés, é de todos nosotros, é que habian visto tanta multitud de oro, que en el real andaba en el juego de los naipes, muchos de los de Narvaez deseaban estar ya en nuestro real. Y en este instante llegó nuestro padre de la Merced, como dicho tengo al real de Narvaez con los tejuelos que Cortés les dió, y con cartas secretas, y fué á besar las manos al Narvaez, é á decille, cómo Cortés hará todo lo que mandare, é que tenga paz y amor; é como el Narvaez era cabezudo y venia muy punjante, no lo quiso oír, ántes dijo delante del mismo padre, que Cortés y todos nosotros éramos unos traidores; é porque el fraile respondia, que ántes éramos muy leales servidores del rey, le trató mal de palabra, y muy secretamente repartió el fraile los tejuelos y cadenas de oro á quien Cortés le mandó, y convocaba y atraía á sí los mas principales del real de Narvaez. Y dejallo hé aquí, y diré lo que al oidor Lúcas Vasquez de Aillon, y al Narvaez les aconteció, y lo que sobre ello pasó.

CAPITULO CXIII.

Cómo hubieron palabras el capitan Pánfilo de Narvaez, y el oidor Lúcas Vasquez de Aillon, y el Narvaez le mandó prender, y le envió á un navío preso á Cuba, ó á Castilla, y lo que sobre ello avino.

Parece ser, que como el oidor Lúcas Vasquez de Aillon venia á favorecer las cosas de Cortés, y de todos nosotros, porque así se lo habia mandado la real audiencia de Santo Domingo, y los frailes gerónimos, que estaban por gobernadores, como sabian los muchos, y buenos, y leales servicios, que haciamos á Dios primeramente, y á nuestro rey y señor, y del gran presente que enviamos á Castilla con nuestros procuradores. E demás de lo que la audiencia real le mandó, como el oidor vió las cartas de Cortés, y con ellas tejuelos de oro, si de ántes decia que aquella armada que enviaba era injusta, y contra toda justicia, que contra tan buenos

servidores del rey como éramos, era mal hecho venir; de allí adelante lo decia muy clara y abiertamente, y decia tanto bien de Cortés y de todos los que con él estábamos, que ya en el real de Narvaez no se hablaba de otra cosa. Y demás desto, como veían y conocian en el Narvaez ser la pura miseria, y el oro y ropa que el Montezuma les enviaba, todo se lo guardaba, y no daba cosa dello á ningun capitan ni soldado, ántes decia con voz, que hablaba muy entonado, medio de bóveda á su mayordomo: Mirad, que no falte ninguna manta, porque todas están puestas por memoria. E como aquello conocian dél é oían lo que dicho tengo del Cortés, y los que con él estábamos, de muy francos, todo su real estaba medio alborotado, y tuvo pensamiento el Narvaez, que el oidor entendia en ello, é poner cizaña. Y demás desto, cuando Montezuma les enviaba bastimento, que repartia el despensero ó mayordomo de Narvaez, no tenia cuenta con el oidor ni con sus criados, como era razon, y sobre ello hubo ciertas cosquillas y ruido en el real: y tambien porque el consejo que daban al Narvaez, el Salvatierra que dicho tengo, que venia por veedor, y Juan Bono Vizcaino, y un Gamarra, y sobre todos los grandes favores que tenia de Castilla de don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos, tuvo tan gran atrevimiento el Narvaez, que prendió al oidor del rey, á él y á su escribano, y ciertos criados, y lo hizo embarcar en un navío, y los envió presos á

Castilla, ó á la isla de Cuba. Y aun sobre todo esto, porque un hidalgo, que se decia Fulano de Oblanco, y era letrado, decia al Narvaez que Cortés era muy servidor del rey, y todos nosotros los que estábamos en su compañía, éramos dignos de muchas mercedes, y qne parecia mal llamarnos traidores, y que era mucho mal prender á un oidor de su majestad: y por esto que le dijo, le mandó echar preso. Y como el Gonzalo de Oblanco era muy noble, de enojo murió dentro de cuatro dias. Tambien mandó echar presos á otros dos soldados de los que traía en su navío, que sabia que hablaban bien de Cortés: y entre ellos fué un Sancho de Barahona, vecino que fué de Guatimala. Tornemos á decir del oidor, que llevaban preso á Castilla, que con palabras buenas, é con temores que puso al capitan del navío, y al maestre, y al piloto, que le llevaban á cargo, les dijo, que llegados á Castilla, que en lugar de paga de lo que hacen, su majestad les mandaria ahorcar. Y como aquellas palabras oyeron, les dijeron que les pagase su trabajo, y le llevarian á Santo Domingo: y así mudaron la derrota que Narvaez les habia mandado que fuesen, y llegado á la isla de Santo Domingo, y desembarcado, como la audiencia real que allí residia, y los frailes gerónimos, que estaban por gobernadores, oyeron al licenciado Lúcas Vasquez, y vieron tan grande desacato é atrevimiento, sintiéronlo mucho, y con tanto enojo, que luego le escribieron á Castilla al

real consejo de su majestad: y como el obispo de Búrgos era presidente, y lo mandaba todo, y su majestad no habia venido de Flandes, no hubo lugar de se hacer cosa ninguna de justicia en nuestro favor: ántes el don Juan Rodriguez de Fonseca dizque se holgó mucho, creyendo que el Narvaez nos habia ya prendido y desbaratado: y cuando su majestad estaba en Flandes, y oyeron á nuestros procuradores, y lo que el Diego Velazquez, y el Narvaez habian hecho en enviar la armada sin su real licencia, y haber prendido á su oidor, les hizo harto daño en los pleitos y demandas que despues le pusieron á Cortés, y á todos nosotros, como adelante diré, por mas que decian, que tenian licencia del obispo de Búrgos, que era presidente, para hacer el armada que contra nosotros enviaron. Pues como ciertos soldados parientes y amigos del oidor Lúcas Vasquez vieron que el Narvaez le habia preso, temieron no les acaeciese lo que hizo con el letrado Gonzalo de Oblanco, porque ya les traía sobre los ojos, y estaba mal con ellos: acordaron de se ir desde los arenales huyendo á la villa donde estaba el capitan Sandoval con los dolientes; y cuando llegaron á le besar las manos, el Sandoval les hizo mucha honra, y supo dellos todo lo aquí por mí dicho, y cómo queria enviar el Narvaez á aquella villa soldados á prenderle. Y lo que mas pasó diré adelante.

CAPITULO CXIV.

Cómo Narvaez con todo su ejército se vino á un pueblo que se dice Cempoal, é lo que en el concierto se hizo, é lo que nosotros hicimos estando en la ciudad de México, é cómo acordamos de ir sobre Narvaez.

Pues como Narvaez hubo preso al oidor de la audiencia real de Santo Domingo, luego se vino con todo su fardaje é pertrechos de guerra á asentar su real en un pueblo que se dice Cempoal, que en aquella sazon era muy poblado; é la primera cosa que hizo, tomó por fuerza al cacique gordo (que así le llamábamos) todas las mantas é ropa labrada, é joyas de oro; é tambien le tomó las indias que nos habian dado los caciques de aquel pueblo, que se las dejamos en casa de sus padres é hermanos, porque eran hijas de señores, é para ir á la guerra muy delicadas. Y el cacique gordo dijo muchas veces al Narvaez, que no le tomase cosa ninguna de las que

Cortés dejó en su poder, así el oro, como mantas, é indias, porque estaria muy enojado, y le vernia á matar de México, así al Narvaez como al mismo cacique, porque se las dejaba tomar. E mas se le quejó el mismo cacique de los robos que le hacian sus soldados en aquel pueblo, é le dijo, que cuando estaba allí Malinche, que así llamaban á Cortés, con sus gentes, que no les tomaban cosa ninguna, é que era muy bueno él é sus soldados los teules, porque teules nos llamaban: é como aquellas palabras le oía el Narvaez, hacia burla dél, é un Salvatierra que venia por veedor, otras veces por mí nombrado, que era el que mas bravezas é fieros hacia, dijo á Narvaez é á otros capitanes sus amigos: ¿No habeis visto qué miedo que tienen todos estos caciques desta monada de Cortesillo? Tengan atencion los curiosos lectores, cuán bueno fuera, no decir mal de lo bueno; porque juro amen, que cuando dimos sobre el Narvaez, uno de los mas cobardes é para ménos fué el Salvatierra, como adelante diré, é no porque no tenia buen cuerpo é membrudo: mas era mal engalibado, mas no de lengua, y decian, que era natural de tierra de Burgos. Dejemos de hablar del Salvatierra, é diré, cómo el Narvaez envió á requerir á nuestro capitan, é á todos nosotros, con unas provisiones, que decian, que eran traslados de los originales que traía para ser capitan por el Diego Velazquez; las cuales enviaba para que nos las notificasen escribano, que se decia Alonso

de Mata: el cual despues el tiempo andando, fué vecino de la Puebla, que era ballestero: é enviaba con el Mata á otras tres personas de calidad. E dejallo hé aquí, así al Narvaez, como á su escribano, é volveré á Cortés, que como cada dia tenia cartas é avisos, así de los del real de Narvaez, como del capitan Gonzalo de Sandoval, que quedaba en la Villa Rica, é le hizo saber que tenia consigo cinco soldados personas muy principales é amigos del licenciado Lúcas Vasquez de Aillon, que es el que envió preso Narvaez á Castilla, ó á la isla de Cuba: é la causa que daban, porque se vinieron del real de Narvaez, fué, que, pues el Narvaez no tuvo respeto á un oidor del rey, que ménos se lo ternia á ellos, que eran sus deudos: de los cuales soldados supo el Sandoval muy por entero todo lo que pasaba en el real de Narvaez, é la voluntad que tenia, porque decia, que muy de hecho habia de venir en nuestra busca á México para nos prender. Pasemos adelante, y diré que Cortés tomó luego consejo con nuestros capitanes, é todos nosotros, los que sabia que le habiamos de ser muy servidores, é solia llamar á consejo para en casos de calidad, como estos: é por todos fué acordado, que brevemente sin mas aguardar cartas, ni otras razones, fuésemos sobre el Narvaez, é que Pedro de Alvarado quedase en México en guarda del Montezuma con todos los soldados que no tuviesen buena disposicion para ir á aquella jornada: é tambien para que quedasen allí las personas sos-

pechosas, que sentimos que serian amigos del Diego Velazquez, é de Narvaez: é en aquella sazon, é ántes que el Narvaez viniese, habia enviado Cortés á Tlaxcala por mucho maíz, porque habia mala sementera en tierra de México por falta de aguas; porque teniamos muchos naborias, é amigos del mismo Tlaxcala, habíamoslo menester para ellos: é trujeron el maíz que he dicho, é muchas gallinas, é otros bastimentos, los cuales enviábamos al Pedro de Alvarado, é aun le hicimos unas defensas á manera de mamparos é fortaleza con arte, ó falconete, é cuatro tiros gruesos, é toda la pólvora que teniamos, é diez ballesteros, é catorce escopeteros, é siete caballos: puesto que sabiamos, que los caballos no se podrian aprovechar dellos en el patio donde estaban los aposentos: é quedaron por todos los soldados, contados de á caballo, y escopeteros, é ballesteros, ochenta é tres. Y como el gran Montezuma vió é entendió, que queriamos ir sobre el Narvaez: é como Cortés le iba á ver cada dia, é á tenelle palacio, jamás quiso decir, ni dár á entender, cómo el Montezuma ayudaba al Narvaez, é le enviaba oro, é mantas, é bastimentos. Y de una plática en otra, le preguntó el Montezuma á Cortés, que dónde queria ir, é para qué habia hecho ahora de nuevo aquellos peltrechos é fortaleza, é que cómo andábamos todos alborotados: é lo que Cortés le respondió, é en qué se resumió la plática, adelante diré.

CAPITULO CXV.

Cómo el gran Montezuma preguntó á Cortés, que cómo queria ir sobre el Narvaez, siendo los que traía doblados mas que nosotros, y que le pesaria mucho, si nos viniese algun mal.

Como estaba platicando Cortés con el gran Montezuma, como lo tenian de costumbre, dijo el Montezuma á Cortés: Señor Malinche, á todos vuestros capitanes é compañeros os veo andar desasosegados: é tambien he visto que no me visitais, sino de cuando en cuando, é Orteguilla el paje me dice, que quereis ir de guerra sobre esos vuestros hermanos que vienen en los navíos; é que quereis dejar aquí en mi guarda al Tonatio; hacedme merced que me lo declareis, para que si yo en algo os pudiere servir é ayudar, lo haré de muy buena voluntad. E tambien, señor Malinche, no queria que os viniese algun desman, porque vos teneis muy pocos teules, y esos que vienen son cinco veces mas, é ellos dicen que son cristianos como

vosotros, é vasallos de ese vuestro emperador; é tienenimágenes, é ponen cruz, é les dicen misa, é dicen é publican, que soisgentes que venistes huyendo de Castilla de vuestro rey y señor, é que os vienen á prender ó á matar: en verdad que yo no os entiendo. Por tanto, mirad primero lo que haceis. Y Cortés le respondió con nuestras lenguas doña Marina, é Gerónimo de Aguilar, con un semblante muy alegre, que si no le ha venido á dar relacion dello, es como le quiere mucho, y por no le dar pesar con nuestra partida: é que por esta causa lo ha dejado, porque así tiene por cierto, que el Montezuma le tiene buena voluntad. E que cuanto á lo que dice que todos somos vasallos de nuestro gran emperador, que es verdad, é de ser cristianos, como nosotros, que sí son: é á lo que dicen que venimos huyendo de nuestro rey y señor, que no es así, sino que nuestro rey nos envió para velle y hablalle todo lo que en su real nombre le ha dicho y platicado: é á lo que dice, que trae muchos soldados, é noventa caballos, é muchos tiros, é pólvora, é que nosotros somos pocos, é que nos vienen á matar é prender; nuestro Señor Jesu-Christo, en quien creemos é adoramos, é nuestra Señora Santa María su bendita Madre, nos dará fuerzas, y más que no á ellos, pues que son malos é vienen de aquella manera. E como nuestro emperador tiene muchos reinos y señoríos, hay en ellos mucha diversidad de gentes, unas muy esforzadas, é otras mucho mas:

é que nosotros somos de dentro de Castilla, que llaman Castilla la Vieja, é nos nombran por sobrenombre, castellanos: é que el capitan que está ahora en Cempoal, y la gente que trae, que es de otra provincia que llaman Vizcaya, é que tienen la habla muy revesada, como á manera de decir, como los otomís tierra de México, é que él verá cuál se los traeriamos presos, é que no tuviese pesar por nuestra ida, que presto volveriamos con victoria. E lo que ahora le pide por merced, que mire que queda con él su hermano Tonatio, que así llamaban á Pedro de Alvarado, con ochenta soldados, que despues que salgamos de aquella ciudad, no haya algun alboroto, ni consienta á sus capitanes é papas hagan cosas que sean mal hechas, porque despues que volvamos, si Dios quisiere, no tengan que pagar con las vidas los malos revolvedores: é que todo lo que hubiere menester de bastimentos, que se los diesen: é allí le abrazó Cortés dos veces al Montezuma, é asimismo el Montezuma á Cortés; é doña Marina, como era muy avisada, se lo decia de arte que ponia tristeza con nuestra partida. Allí le ofreció que haria todo lo que Cortés le encargaba, y aun prometió que enviaria en nuestra ayuda cinco mil hombres de guerra, é Cortés le dió gracias por ello, porque bien entendió que no los habia de enviar, é le dijo que no habia menester su ayuda si no era la de Dios nuestro Señor, que es la ayuda verdadera, é la de sus compañeros que con él íbamos. E tambien le en-

cargó que mirase que la imágen de nuestra Señora é la cruz, que siempre lo tuviesen muy enramado é limpia la iglesia, é quemasen candelas de cera que tuviesen siempre encendidas de noche y de dia, é que no consintiesen á los papas que hiciesen otra cosa, porque en aquesto conoceria muy mejor su buena voluntad é amistad verdadera. E despues de tornados otra vez á se abrazar, le dijo Cortés que le perdonase que no podia estar mas en pláticas con él, por entender en la partida; é luego habló á Pedro de Alvarado, é á todos los soldados que con él quedaban, é les encargó que guardasen al Montezuma con mucho cuidado no se soltase, é que obedeciesen al Pedro de Alvarado, y prometióles que mediante Dios, que á todos les habia de hacer ricos, é allí quedó con ellos el clérigo Juan Diaz, que no fué con nosotros, é otros soldados sospechosos que aquí no declaro por sus nombres, é allí nos abrazamos los unos á los otros; é sin llevar indias ni servicio, sino á la ligera, tiramos por nuestras jornadas por la ciudad de Cholula, y en el camino envió Cortés á Tlaxcala á rogar á nuestros amigos Xicotenga y Maseescaci, é á todos los mas caciques, que nos enviasen de presto cuatro mil hombres de guerra, y enviaron á decir que si fueran para pelear con indios como ellos, que sí hicieran é aun muchos más de los que nos demanban, é que para contra teules como nosotros é contra bombardas é caballos, que les perdonen que no les quie-

ren dar. E proveyeron de veinte cargas de gallinas; é luego Cortés escribió en posta á Sandoval que se juntase con todos sus soldados muy prestamente con nosotros, que íbamos á unos pueblos obra de doce leguas de Cempoal, que se dice Tampaniquita é Mitalaguita, que ahora son de la encomienda de Pedro Moreno Medrano, que vive en la Puebla; é que mirase muy bien el Sandoval que Narvaez no le prendiese ni hubiese á las manos á él ni á ninguno de sus soldados. Pues yendo que íbamos de la manera que he dicho con mucho concierto para pelear si topásemos gente de guerra de Narvaez, ó al mismo Narvaez, y nuestros corredores del campo descubriendo, é siempre una jornada adelante dos de nuestros soldados grandes peones, personas de mucha confianza, y estos no iban por camino derecho sino por partes que no podian ir á caballo, para saber é inquirir de indios de la gente de Narvaez. Pues yendo nuestros corredores del campo descubriendo, vieron venir á un Alonso de Mata, el que decian que era escribano, que venia á notificar los papeles ó traslados de las provisiones, segun dije atrás en el capítulo que dello habla, é á los cuatro españoles que con él venian por testigos; y luego vinieron los dos nuestros soldados de á caballo á dar mandado, y los otros dos corredores del campo se estuvieron en palabras con el Alonso de Mata é con los cuatro testigos. Y en este instante nos dimos priesa en andar, y alargamos el paso, y cuando lle-

garon cerca de nosotros hicieron gran reverencia á Cortés y á todos nosotros, y Cortés se apeó del caballo y supo á lo que venian. Y como el Alonso de Mata queria notificar los despachos que traía, Cortés le dijo que si era escribano del rey, y dijo que sí: y mandóle que luego exhibiese el título, é que si le traia que leyese los recados é que haria lo que viese que era servicio de Dios é de su majestad; y si no le traía, que no leyese aquellos papeles: é que tambien habia de ver los originales de su majestad. Por manera que el Mata, medio cortado é medroso (porque no era escribano de su majestad) y los que con él venian, no sabian qué se decir. Y Cortés les mandó dar de comer, y porque comiesen reparamos allí, y les dijo Cortés que íbamos á unos pueblos cerca del real del señor Narvaez, que se decian Tampaniquita, y que allí podia enviar á notificar lo que su capitan mandase. Y tenia Cortés tanto sufrimiento, que nunca dijo palabra mala de Narvaez. E apartadamente habló con ellos y les untó las manos con tejuelos de oro, y luego se volvieron á su Narvaez diciendo bien de Cortés y de todos nosotros; y como muchos de nuestros soldados por gentileza en aquel instante llevábamos en las armas joyas de oro, y otras cadenas y collares al cuello, y aquellos que venian á notificar los papeles les vieron, dicen en Cempoal maravillarse de nosotros; y muchos habia en el real de Narvaez, personas principales, que querian venir á tratar pa-

ces con Cortés y su capitan Narvaez, como á todos nos veían ir ricos. Por manera que llegamos á Panguaniquita, é otro dia llegó el capitan Sandoval con los soldados que tenia, que serian hasta sesenta, porque los demás viejos y dolientes los dejó en unos pueblos de indios nuestros amigos, que se decian Papalote, para que allí les diesen de comer. Y tambien vinieron con él los cinco soldados parientes y amigos del licenciado Lúcas Vasquez de Aillon, que se habian venido huyendo del real de Narvaez, y venian á besar las manos á Cortés, á los cuales con mucha alegría recibió muy bien, y allí estuvo contando el Sandoval á Cortés de lo que les acaeció con el clérigo furioso Guevara y con el Vergara, y con los demás, y cómo los mandó llevar presos á México, segun y de la manera que dicho tengo en el capítulo pasado. Y tambien dijo cómo desde la Villa Rica envió dos soldados como indios, puestos mantillas ó mantas, y eran como indios propios, al real de Narvaez; é como eran morenos, dijo Sandoval que no parecian sino propios indios, y cada uno llevó una carguilla de ciruelas á vender, que en aquella sazon era tiempo dellas, cuando estaba Narvaez en los arenales ántes que se pasasen al pueblo de Cempoal, é que fueron al rancho del bravo Salvatierra, é que les dió por las ciruelas un sartalejo de cuentas amarillas. E cuando hubieron vendido las ciruelas, el Salvatierra les mandó que le fuesen por yerba, cre-

yendo que eran indios, allí junto á un riachuelo que está cerca de los ranchos, para su caballo, é fueron é cogieron unas carguillas dello; y esto era á hora del Ave María cuando volvieron con la yerba, y se estuvieron en el rancho en cuclillas, como indios, hasta que anocheció; y tenian ojo y sentido en lo que decian ciertos soldados de Narvaez que vinieron á tener palacio é compañía al Salvatierra, y despues les decia el Salvatiera: ¡Oh á qué tiempo hemos venido, que tiene allegado este traidor de Cortés mas de setecientos mil pesos de oro, y todos serémos ricos, pues los capitanes y soldados que consigo trae no será ménos sino que tengan mucho oro! Y decian por ahí otras palabras. Y desque fué bien escuro vienen los dos nuestros soldados que estaban hechos como indios, y callando salen del rancho y van adonde tenia el caballo, y con el freno (que estaba junto con la silla) le enfrenan y ensillan, y cabalgan en él. Y viniéndose para la Villa de camino, topan otro caballo manco cabe el riachuelo, y tambien se lo trujeron. Y preguntó Cortés al Sandoval por los mismos caballos, y dijo que los dejó en el pueblo de Papalote, donde quedaban los dolientes, porque por donde él venia con sus compañeros no podian pasar caballos porque era tierra muy fragosa y de grandes sierras, y que vino por allí por no topar con gente del Narvaez. Y cuando Cortés supo que era el un caballo del Salvatierra, se holgó en gran ma-

nera, y dijo: Ahora braveará más cuando lo halle ménos. Volvamos á decir del Salvatierra, que cuando amaneció é no halló á los dos indios que le trujeron á vender las ciruelas ni halló su caballo ni la silla y el freno, dijeron despues muchos soldados de los del mismo Narvaez, que decia cosas que los hacia reir, porque luego conoció que eran españoles de los de Cortés los que les llevaron los caballos; y desde allí adelante se velaban. Volvamos á nuestra materia, y luego Cortés con todos nuestros capitanes y soldados estuvimos platicando cómo y de qué manera dariamos en el real de Narvaez; é lo que se concertó ántes que fuésemos sobre el Narvaez, diré adelante.

CAPITULO CXVI.

Cómo acordó Cortés con todos nuestros capitanes y soldados que tornásemos á enviar al real de Narvaez al fraile de la Merced, que era muy sagaz y de buenos medios, y que se hiciese muy servidor del Narvaez, é que se mostrase favorable á su parte mas que no á la de Cortés, é que secretamente convocase al artillero que se decia Rodrigo Martin, é á otro artillero que se decia Usagre, é que hablase con Andrés de Duero para que viniese á verse con Cortés, é que otra carta que escribiésemos al Narvaez que mirase que se la diese en sus manos, é lo que en tal caso convenia é que tuviese mucha advertencia, y para esto llevó mucha cantidad de tejuelos é cadenas de oro para repartir.

Pues como ya estábamos en el pueblo todos juntos, acordamos que con el padre de la Merced se escribiese otra carta al Narvaez, que decian en ella así, ó otras palabras formales como estas que diré, despues de puesto su acato con gran cortesía: Que nos habiamos holgado de su venida, é creíamos que con su generosa persona hariamos gran servicio á Dios nuestro Señor y á su majestad; é que no nos ha querido responder cosa ninguna, ántes nos llama de traidores, siendo muy leales servidores del rey, é ha revuelto toda la tierra con las palabras que envió á decir á Montezuma; é que le envió Cortés

á pedir por merced que escogiese la provincia en cualquiera parte que él quisiese quedar con la gente que tiene, ó fuese adelante, é que nosotros iriamos á otras tierras é hariamos lo que á buenos servidores de su majestad somos obligados; é que le hemos pedido por merced que si trae provisiones de su majestad que envie los originales para ver y entender si vienen con la real firma, y ver lo que en ellas se contiene, para que luego que lo veamos, los pechos por tierra para obedecerla, é que no ha querido hacer lo uno ni lo otro, sino tratarnos mal de palabra y revolver la tierra; que le pedimos y requerimos de parte de Dios y del rey nuestro señor, que dentro en tres dias envie á notificar los despachos que trae con escribano de su majestad, é que cumpliremos como mandado del rey nuestro señor todo lo que en las reales provisiones mandare; que para aquel efeto nos hemos venido á aquel pueblo de Panguenezquita, por estar más cerca de su real; é que si no trae las provisiones y se quisiere volver á Cuba, que se vuelva y no alborote mas la tierra, con protestacion que si otra cosa hace que irémos contra él á le prender y enviallo preso á nuestro rey y señor, pues sin su real licencia nos viene á dar guerra é desasosegar todas las ciudades; é que todos los males é muertes y fuegos y menoscabos que sobre esto acaecieren, que sea á su cargo y no al nuestro: y esto se escribe ahora por carta misiva, porque no osa ningun escribano de su

majestad írselo á notificar por temor no le acaezca tan gran desacato como el que se tuvo con un oidor de su majestad, y que ¿dónde se vió tal atrevimiento de le enviar preso? Y que allende de lo que dicho tiene, por lo que es obligado á la honra y justicia de nuestro rey, que le conviene castigar aquel gran desacato y delito, como capitan general y justicia mayor que es de aquesta Nueva-España, le cita y emplaza para ello, y se lo demandará usando de justicia, pues es crímen *læsæ magestatis* lo que ha tentado, é que hace á Dios testigo de lo que ahora dice. Y tambien le enviamos á decir, que luego volviese al cacique gordo las mantas y ropa y joyas de oro que le habian tomado por fuerza, y ansimismo las hijas de señores que nos habian dado sus padres, y mandase á sus soldados que no robasen á los indios de aquel pueblo ni de otros. Y despues de puesta su cortesía y firmada de Cortés y de nuestros capitanes, y algunos soldados, iba allí mi firma; y entónces se fué con el mismo padre fray Bartolomé de Olmedo un soldado que se decia Bartolomé de Usagre, porque era hermano del artillero Usagre, que tenia cargo del artillería de Narvaez, y llegados nuestro religioso y el Usagre á Cempoal, adonde estaba el Narvaez, diré lo que dice que pasó.

CAPITULO CXVII.

Cómo el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de nuestra Señora de la Merced fué á Cempoal adonde estaba el Narvaez, é todos sus capitanes, y lo que pasó con ellos, y les dió la carta.

Como el padre fray Bartolomé Olmedo de la órden de la Merced llegó al real de Narvaez, sin mas gastar yo palabras en tornallo á recitar hizo lo que Cortés le mandó, que fué convocar á ciertos caballeros de los de Narvaez y al artillero Rodrigo Mino (que así se llamaba) é al Usagre, que tenia tambien cargo de los tiros; y para mejor le atraer fué un su hermano del Usagre con tejuelos de oro que dió de secreto al hermano, y asimismo el padre fray Bartolomé de Olmedo repartió todo el oro que Cortés le mandó; y habló al Andrés de Duero que luego se viniese á nuestro real con Cortés, y demás desto, ya el fraile habia ido á ver y hablar al Narvaez y hacérsele muy gran servidor; y andando en es-

tos pasos tuvieron gran sospecha de lo en que andaba nuestro fraile, é aconsejaban al Narvaez que luego le prendiese, é así lo querian hacer; y como lo supo Andrés de Duero (que era secretario del Diego Velazquez, y era de Tudela de Duero y se tenian por deudos el Narvaez y él, porque el Narvaez tambien era de tierra de Valladolid ó del mismo Valladolid, y en toda la armada era muy estimado é preeminente), el Andrés de Duero fué al Narvaez y le dijo que le habian dicho que queria prender al padre fray Bartolomé de Olmedo, mensajero y embajador de Cortés, que mirase que ya que hubiese sospecha que el fraile hablaba algunas cosas en favor de Cortés, que no es bien prendelle, pues que claramente se ha visto cuánta honra é dádivas da Cortés á todos los suyos del Narvaez que hallaban, é que fray Bartolomé de Olmedo ha hablado con él despues que allí ha venido, é lo que siente dél es que desea que él y otros caballeros del real de Cortés le vengan á recebir, é que todos fuesen amigos; é que mire cuánto bien dice Cortés á los mensajeros que envia, que no le sale por la boca á él ni á cuantos están con él, sino el señor capitan Narvaez, é que seria poquedad prender á un religioso; é que otro hombre que vino con él, que es hermano de Usagre el artillero, que le viene á ver; que convide á fray Bartolomé de Olmedo á comer y le saque del pecho la voluntad que todos los de Cortés tienen. Y con aquellas palabras y otras sa-

brosas que le dijo, amansó al Narvaez. Y luego, desque esto pasó, se despidió Andrés de Duero del Narvaez y secretamente habló al padre lo que habia pasado; y luego el Narvaez envió á llamar á fray Bartolomé de Olmedo, y como vino le hizo mucho acato, y medio riendo (que era el fraile muy cuerdo y sagaz) le suplicó que se apartase en secreto: y el Narvaez se fué con él paseando á un patio, y el fraile le dijo: Bien entendido tengo que vuestra merced me queria mandar prender; pues hágole saber, señor, que no tiene mejor ni mayor servidor en su real que yo, y tengo por cierto que muchos caballeros y capitanes de los de Cortés le querian ya ver en las manos de vuestra merced, y ansí creo que vendrémos todos; y para mas le atraer á que se desconcierte, le han hecho escribir una carta de desvaríos, firmada de los soldados, que me dieron que diese á vuestra merced, que no la he querido mostrar hasta agora que vine á pláticas, que en un rio la quise echar por las necedades que en ella trae; y esto hacen todos sus capitanes y soldados de Cortés por verle ya desconcertar. Y el Narvaez dijo que se la diese, y el padre fray Bartolomé de Olmedo le dijo, que la dejó en su posada, é que iria por ella: é ansí se despidió para ir por la carta: y entre tanto vino al aposento de Narvaez el bravoso Salvatierra; y de presto el padre fray Bartolomé de Olmedo llamó á Duero, que fuese luego en casa del Narvaez, para ver dalle la

carta, que bien sabia el Duero della, y aun otros capitanes de Narvaez, que se habian mostrado por Cortés, porque el fraile consigo la traía, sino porque tuviesen juntos muchos de los de aquel real, y le oyesen. E luego como vino el padre fray Bartolomé de Olmedo con la carta, se la dió al mismo Narvaez, y dijo: No se maraville vuestra merced con ella, que ya Cortés anda desvariando, y sé cierto, que si vuestra merced le habla con amor, que luego se le dará él, y todos los que consigo trae. Dejémonos de razones de fray Bartolomé, que las tenia muy buenas, y digamos, que le dijeron á Narvaez los soldados, y capitanes, que leyese la carta, y cuando la oyeron, dice que hacian bramuras el Narvaez y el Salvatierra, y los demás se reían, como haciendo burla della: y entónces dijo el Andrés de Duero: Ahora yo no sé cómo sea esto, yo no lo entiendo, porque este religioso, me ha dicho, que Cortés, y todos se le darán á vuestra merced, y escribir ahora estos desvaríos: y luego de buena tinta tambien le ayudó á la plática al Duero un Agustin Bermudez, que era capitan, é Alguacil mayor del real de Narvaez, é dijo: Ciertamente tambien he sabido del padre fray Bartolomé de Olmedo muy en secreto, que como enviase buenos terceros, que el mismo Cortés vernia á verse con vuestra merced, para que se diese con sus soldados, y será bien que envie á su real, pues no está muy léjos, al señor veedor Salvatierra, é al

señor Andrés de Duero, é yo iré con ellos: y esto dijo adrede, por ver qué diria el Salvatierra. Y respondió el Salvatierra, que estaba mal dispuesto, é que no iria á ver un traidor; y el padre fray Bartolomé de Olmedo le dijo: Señor veedor, bueno es tener templanza, pues está cierto que le terneis preso ántes de muchos dias. Pues concertada la partida del Andrés de Duero, parece ser muy en secreto trató el Narvaez con el mismo Duero, y con otros tres capitanes, que tuviesen modo con el Cortés, como se viesen en unas estancias é casas de indios, que estaban entre el real de Narvaez y el nuestro, é que allí se darian conciertos dónde habiamos de ir con Cortés á poblar, y partir términos, y en las vistas le prenderia, y para ello tenia ya hablado el Narvaez á veinte soldados de sus amigos: lo cual luego supo fray Bartolomé del Narvaez, é del Andrés de Duero, y avisaron á Cortés de todo. Dejemos al fraile en el real de Narvaez, que ya se habia hecho muy amigo, y pariente del Salvatierra, siendo el fraile de Olmedo, y el Salvatierra de Búrgos, y comia con él cada dia. E digamos de Andrés de Duero, que quedaba apercibiéndose para ir á nuestro real, y llevar consigo á Bartolomé de Usagre nuestro soldado, porque el Narvaez no alcanzase á saber de lo que pasaba: y diré lo que en nuestro real hicimos.

CAPITULO CXVIII.

Cómo en nuestro real hicimos alarde de los soldados que éramos, y cómo trajeron docientas y cincuenta picas muy largas, con unos hierros de cobre cada una, que Cortés habia mandado hacer en unos pueblos que se dicen los chichinatecas, y nos imponiamos cómo habiamos de jugar dellas, para derrocar la gente de á caballo que tenia Narvaez, y otras cosas que en el real pasaron.

Volvamos á decir algo atrás de lo dicho, y lo que mas pasó. Así como Cortés tuvo noticia del armada que traía Narvaez, luego despachó un soldado que habia estado en Italia, bien diestro de todas armas, y mas de jugar una pica, y le envió á una provincia, que se dice los Chichinatecas, junto donde estaban nuestros soldados los que fueron á buscar minas, porque aquellos de aquella provincia eran muy enemigos de los mexicanos, é pocos dias habia que tomaron nuestra amistad, é usaban por armas muy grandes lanzas mayores que las nuestras de Castilla con dos brazas de pedernal, é navajas; y

envióles á rogar, que luego le trajesen á doquiera que estuviesen trescientas dellas é que les quitasen las navajas, é que pues tenian mucho cobre, que les hiciesen á cada una dos hierros, y llevó el soldado la manera cómo habian de ser los hierros: y como llegó, de presto buscaron las lanzas, é hicieron los hierros, porque en toda la provincia á aquella sazon habia cuatro ó cinco pueblos, sin muchas estancias, y las recogieron, é hicieron los hierros muy mas perfectamente que se los enviamos á mandar: y tambien mandó á nuestro soldado que se decia Tovilla, que les demandase dos mil hombres de guerra, é que para el dia de Pascua del Espíritu Santo viniese con ellos al pueblo de Panguenequita, que ansí se decia, ó que preguntase en qué parte estábamos, é que todos dos mil hombres trajesen lanzas: por manera que el soldado se los demandó, é los caciques dijeron, que ellos vernian con la gente de guerra, y el soldado se vino luego con obra de doscientos indios, que trajeron las lanzas, y con los demás indios de guerra quedó para venir con ellos otro soldado de los nuestros, que se decia Barrientos, y este Barrientos estaba en la estancia y minas que descubrian, ya otra vez por mí nombradas, y allí se concertó que habia de venir de la manera que está dicho á nuestro real, porque seria de andadura diez ó doce leguas de lo uno á lo otro. Pues venido nuestro soldado Tovilla con las lanzas, eran muy extremadas de buenas; y allí se

daba órden, y nos imponia el soldado, é nos mostraba á jugar con ellas, y cómo nos habiamos de haber con los de á caballo: é ya teniamos hecho nuestro alarde, y copia y memoria de todos los soldados, y capitanes de nuestro ejército, y hallamos doscientos y sesenta y seis, contados atambor é pífano, sin el fraile, y con cinco de á caballo, y dos artilleros, y pocos ballesteros, y ménos escopeteros: y á lo que tuvimos ojo para pelear con Narvaez, eran las picas, y fueron muy buenas, como adelante verán: y dejemos de platicar mas en el alarde y lanzas, y diré cómo llegó Andrés de Duero, que envió Narvaez á nuestro real, é trujo consigo á nuestro soldado Usagre, y dos indios naborias de Cuba, é lo que dijeron y concertaron Cortés, y Duero, segun despues alcanzamos á saber.

CAPITULO CXIX.

Cómo vino Andrés de Duero á nuestro real y el soldado Usagre, y dos indios de Cuba, naborias del Duero, y quién era el Duero, y á lo que venia, y lo que tuvimos por cierto, y lo que se concertó.

Y es desta manera, que tengo de volver muy atrás á recitar lo pasado. Ya he dicho en los capítulos mas adelante destos, que cuando estábamos en Santiago de Cuba, que se concertó Cortés con Andrés de Duero, y con un contador del rey que se decia Amador de Lares, que eran grandes amigos del Diego Velazquez, y el Duero era su secretario, que tratase con el Diego Velazquez, que le hiciesen á Cortés capitan general para venir en aquella armada, y que partiria con ellos todo el oro y plata, y joyas que le cupiese de su parte de Cortés: y como el Andrés de Duero vió en aquel instante á Cortés su compañero tan rico y poderoso, y socolor que venia á poner paces, y á favore-

cer á Narvaez; y en lo que entendió era demandar la parte de la compañía, porque ya el otro su compañero Amador de Lares era fallecido: y como Cortés era sagaz, y manso, no solamente le prometió de dalle gran tesoro, sino que tambien le daria mando en toda la armada, ni mas ni ménos que su propia persona, y que despues de conquistada la Nueva-España, le daria otros tantos pueblos como á él, con tal que tuviese concierto con Agustin Bermudez que era alguacil mayor del real de Narvaez, y con otros caballeros, que aquí no nombro, que estaban convocados, para que en todo caso fuesen en desviar al Narvaez, para que no saliese con la vida, é con honra, y le desbaratase: y como á Narvaez tuviese muerto, ó preso, y deshecha su armada, que ellos quedarian por señores, y partirian el oro, y pueblos de la Nueva-España: y para mas le atraer, y convocar lo que dicho tengo, le cargó de oro sus dos indios de Cuba, y segun pareció, el Duero se lo prometió, y aun ya se lo tenia prometido el Agustin Bermudez por firmas y cartas: y tambien envió Cortés al Bermudez, y á un clérigo que se decia Juan de Leon, y el clérigo Guevara, que fué el que primero envió Narvaez, y otros sus amigos, muchos tejuelos, y joyas de oro, y les escribió lo que pareció que convenia, para que en todo le ayudasen: y estuvo el Andrés de Duero en nuestro real el dia que llegó, hasta otro dia despues de comer, que era dia de Pascua de Espíritu

Santo, y comió con Cortés, y estuvo hablando con él en secreto buen rato; y cuando hubieron comido, se despidió el Duero de todos nosotros, así capitanes como soldados, y luego fué á caballo otra vez adonde Cortés estaba, y dijo: ¿Qué manda vuestra merced? que me quiero ir: y respondióle que vaya con Dios, y mire, señor Andrés Duero, que haya buen concierto de lo que tenemos platicado, si no en mi conciencia (que ansí juraba Cortés) que ántes de tres dias con todos mis compañeros seré allá en vuestro real, y al primero que le eche la lanza será á vuestra merced, si otra cosa siento al contrario de lo que tenemos hablado: y el Duero se rió y dijo: No faltaré en cosa que sea contrario de servir á vuestra merced, y luego se fué: y llegado á su real, dizque dijo al Narvaez, que Cortés, y todos los que estábamos con él, sentia estar de buena voluntad para pasarnos con el mismo Narvaez. Dejemos de hablar desto del Duero, y diré cómo Cortés luego mandó llamar á nuestro capitan, que se dice Juan Velazquez de Leon, persona de mucha cuenta, y amigo de Cortés, y era pariente muy cercano del gobernador de Cuba Diego Velazquez, y á lo que siempre tuvimos creido, tambien le tenia Cortés convocado, y atraido á sí con grandes dádivas y ofrecimientos, que le daria mando en la Nueva-España, y le haria su igual, porque el Juan Velazquez siempre se mostró muy gran servidor, y verdadero amigo, como

en adelante verán. Y cuando hubo venido delante de Cortés, y hecho su acato, le dijo: ¿Qué manda vuestra merced? Y Cortés como hablaba algunas veces muy meloso, y con la risa en la boca, le dijo medio riendo: A lo que, señor Juan Velazquez, le hice llamar, es, que me dijo Andrés de Duero, que dice Narvaez, y en todo su real hay fama, que si vuestra merced va allá, que luego yo soy deshecho y desbaratado, porque creen que se ha de hacer con Narvaez; y á esta causa he acordado, que por mi vida (si bien me quiere) que luego se vaya en su buena yegua rucia, y que lleve todo su oro, y la fanfarrona (que era muy pesada cadena de oro), y otras cositas que yo le daré, que dé allá por mí á quien yo le dijere; y su fanfarrona de oro que pesaba mucho, llevará al hombro, y otra cadena que pesa mas que ella llevará con dos vueltas, y allá verá qué le quiere Narvaez; y viniendo que se venga, luego irán allá el señor Diego de Ordás, que le desean ver en su real como mayordomo que era del Diego Velazquez. Y el Juan Velazquez respondió, que él haria lo que su merced mandaba, mas que su oro ni cadenas, que no las llevaria consigo, salvo lo que le diese para dar á quien mandase, porque donde su persona estuviere, es para le siempre servir, mas que cuanto oro, ni piedras de diamantes puede haber. Ansí lo tengo yo creido, dijo Cortés, y con esta confianza, señor, le envío; mas si no lleva todo su oro, y joyas como le mando, no quiero que

vaya allá. Y el Juan Velazquez respondió: Hágase lo que vuestra merced mandare, y no quiso llevar sus joyas: y Cortés allí le habló secretamente, y luego se partió, y llevó en su compañía á un mozo de espuelas de Cortés, para que le sirviese, que se decia Juan del Rio. Y dejemos desta partida de Juan Velazquez, que dijeron que lo envió Cortés para descuidar á Narvaez, y volvamos á decir lo que en nuestro real pasó: que dende á dos horas que se partió el Juan Velazquez, mandó Cortés tocar el atambor á Canillas, que ansí se llamaba nuestro atambor, y á Benito de Beguer nuestro pífano, que tocase su tamborino, y mandó á Gonzalo de Sandoval, que era capitan, y alguacil mayor, que llamase á todos los soldados, y comenzásemos á marchar luego á paso largo camino de Cempoal, é yendo por nuestro camino, se mataron dos puercos de la tierra, que tienen el ombligo en el espinazo, y dijimos muchos soldados, que era señal de victoria; y dormimos en un repecho cerca de un riachuelo, y sendas piedras por almohadas, como lo teniamos de costumbre y nuestros corredores del campo adelante, y espías y rondas; y cuando amaneció, caminamos por nuestro camino derecho, y fuimos á hora de medio dia á un rio adonde está ahora poblada la Villa Rica de la Vera Cruz, donde desembarcan las barcas con mercaderías que vienen de Castilla, porque en aquel tiempo estaban pobladas junto al rio unas casas de

indios, y arboledas: y como en aquella tierra hace grandísimo sol, reposamos allí como dicho tengo, porque traiamos nuestras armas y picas. Y dejemos ahora de mas caminar, y digamos lo que al Juan Velazquez de Leon le avino con Narvaez, y con un su capitan, que tambien se decia Diego Velazquez, sobrino del Velazquez gobernador de Cuba.

CAPITULO CXX.

Cómo llegó Juan Velazquez de Leon, y el mozo de espuelas, que se se decia Juan del Rio, al real de Narvaez, y lo que en él pasó.

Ya he dicho cómo envió Cortés al Juan Velazquez de Leon, y al mozo de espuelas, para que le acompañase á Cempoal, y á ver lo que Narvaez queria, que tanto deseo tenia de tenello en su compañía: por manera que ansí como partieron de nuestro real, se dió tanta priesa en el camino, y fué amanecer á Cempoal; y se fué á apear el Juan Velazquez en casa del cacique gordo, porque el Juan del Rio no tenia caballo, y desde allí se van á pié á la posada de Narvaez. Pues como los indios de Cempoal le conocieron, holgaron de le ver y hablar; y decian á voces á unos soldados de Narvaez, que allí posaban en casa del cacique gordo, que aquel era Juan Velazquez de Leon, capitan de Malinche; y ansí como lo oyeron los soldados fueron corrien-

do á demandar albricias á Narvaez cómo habia venido Juan Velazquez de Leon. Y ántes que el Juan Velazquez llegase á la posada de Narvaez, que ya le iba á le hablar, como de repente supo el Narvaez su venida, le salió á recibir á la calle, acompañado de ciertos soldados, donde se encontraron el Juan Velazquez y el Narvaez y se hicieron muy grandes acatos, y el Narvaez abrazó al Juan Velazquez y le mandó sentar en una silla (que luego trajeron sillas) cerca de sí, y le dijo que por qué no se fué á apear á su posada; y mandó á sus criados que le fuesen luego por el caballo y fardaje, si le llevaba, porque en su casa y caballeriza y posada estaria. Y Juan Velazquez dijo que luego se queria volver, que no venia sino á besalle las manos y á todos los caballeros de su real, y para ver si podia dar concierto que su merced y Cortés tuviesen paz y amistad. Entónces dicen que el Narvaez apartó al Juan Velazquez y le comenzó á decir airado: ¿Cómo que tales palabras le habia de decir de tener amistad ni paz con un traidor que se alzó á su primo Diego Velazquez con la armada? Y el Juan Velazquez respondió que Cortés no era traidor, sino buen servidor de su majestad, y que ocurrir á nuestro rey y señor como envió é ocurrió no se le ha de atribuir á traicion, y que le suplica que delante dél no se diga tal palabra. Y entónces el Narvaez le comenzó á hacer grandes prometimientos que se quedase con él, y que concierte con los de Cortés que se le den y vengan

luego á se meter en su obediencia, prometiéndole con juramento que seria en todo su real el mas preeminente capitan, y en el mando segunda persona. Y el Juan Velazquez respondió, que mayor traicion haria él en dejar al capitan que tiene jurado en la guerra y desamparallo conociendo que todo lo que ha hecho en la Nueva-España es en servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad; que no dejará de acudir Cortés, como acudia, á nuestro rey y señor, y que le suplica que no hable más en ello. En aquella sazon habian venido á ver al Juan Velazquez todos los mas principales capitanes del real de Narvaez y le abrazaban con gran cortesía, porque el Juan Velazquez era muy de palacio, y de buen cuerpo, membrudo y de buena presencia y rostro y la barba bien puesta, y llevaba una cadena muy grande de oro echada al hombro que le daba vueltas debajo el brazo y parecíale muy bien, como bravoso y buen capitan. Dejemos deste buen parecer de Juan Velazquez, y cómo le estaban mirando todos los capitanes de Narvaez, y aun nuestro padre fray Bartolomé de Olmedo tambien le vino á ver y en secreto hablar, y ansimismo el Andrés de Duero y el alguacil mayor Bermudez. Y pareció ser que en aquel instante ciertos capitanes de Narvaez que se decian Gamarra y un Juan Yuste y un Juan Bono de Quejo, vizcaino, y Salvatierra el bravoso, aconsejaron al Narvaez que luego prendiese al Juan Velazquez porque les pa-

reció que hablaba muy sueltamente en favor de Cortés; é ya que habia mandado el Narvaez secretamente á sus capitanes y alguaciles que le echasen preso, súpolo Agustin Bermudez y el Andrés de Duero y el padre fray Bartolomé de Olmedo y un clérigo que se decia Juan de Leon, y otras personas que se habian dado por amigos de Cortés, y dicen al Narvaez que se maravillan de su merced querer mandar prender al Juan Velazquez de Leon; que ¿qué puede hacer Cortés contra él, aunque tenga en su compañía otros cien Juan Velazquez? Y que mire la honra y acatos que hace Cortés á todos los que en su real han ido, que les sale á recibir y á todos les da oro y joyas, y vienen cargados como abejas á las colmenas, y de otras cosas de mantas y mosqueadores, y que á Andrés de Duero y al clérigo Guevara, y Amaya, y á Vergara el escribano, y á Alonso de Mata y otros que han ido á su real, bien los pudiera prender, y no lo hizo, ántes (como dicho tienen) les hace mucha honra, y que será mejor que le torne á hablar al Juan Velazquez con mucha cortesía y le convide á comer para otro dia; por manera que al Narvaez le pareció buen consejo, y luego le tornó á hablar con palabras muy amorosas para que fuese tercero en que Cortés se le diese con todos nosotros, y le convidó para otro dia á comer. Y el Juan Velazquez respondió que él haria lo que pudiese en aquel caso; mas que tenia á Cortés por muy porfiado y

cabezudo en aquel negocio, y que seria mejor que partiesen las provincias, y que escogiese la tierra que mas su merced quisiese. Y esto decia el Juan Velazquez por le amansar; y entre aquellas pláticas llegóse al oído de Narvaez el padre fray Bartolomé de Olmedo y le dijo (como su privado y consejero que ya le habia hecho): Mande vuestra merced hacer alarde de toda su artillería y caballos, y escopeteros, y ballesteros, y soldados, para que lo vea el Juan Velazquez de Leon y el mozo de espuelas Juan del Rio para que Cortés tema vuestro poder é gente é se venga á vuestra merced aunque le pese. Y esto le dijo el fray Bartolomé de Olmedo como por via de su muy gran servidor y amigo y por hacelle que trabajasen todos los de á caballo y soldados en su real. Por manera que por el dicho de nuestro fraile hizo hacer alarde delante el Juan Velazquez de Leon y el Juan del Rio, estando presente nuestro religioso; y cuando fué acabado de hacer, dijo el Juan Velazquez á Narvaez: Gran pujanza trae vuestra merced; Dios se lo acreciente. Entónces dijo el Narvaez: Ahí verá vuestra merced que si quisiera haber ido contra Cortés lo hubiera traido preso y á cuantos estais con él. Entónces respondió el Juan Velazquez y dijo: Téngale vuestra merced por tal y á los soldados que con él estamos que sabrémos muy bien defender nuestras personas. Y ansí cesaron las pláticas; y otro dia llevóle convidado á comer al Juan Velaz-

quez, como dicho tengo, y comia con el Narvaez un sobrino del Diego Velazquez, gobernador de Cuba, que tambien era su capitan: y estando comiendo tratóse plática de cómo Cortés no se daba al Narvaez, y de la carta y requerimientos que le enviamos; y de unas palabras á otras, desmandóse el sobrino de Diego Velazquez (que tambien se decia Diego Velazquez como el tio), y dijo: que Cortés y todos los que con él estábamos éramos traidores, pues no se venian á someter al Narvaez; y el Juan Velazquez, cuando lo oyó, se levantó en pié de la silla en que estaba, y con mucho acato dijo: Señor capitan Narvaez, ya he suplicado á vuestra merced que no se consienta que se digan palabras tales como estas que dicen de Cortés, ni de ninguno de los que con él estamos, porque verdaderamente son mal dichas decir mál de nosotros que tan lealmente hemos servido á su majestad. Y el Diego Velazquez respondió que eran bien dichas; y pues volvia por un traidor, que traidor debia de ser y otro tal como él, y que no era de los Velazquez buenos. Y el Juan Velazquez, echando mano á su espada, dijo que mentia, que era mejor caballero que no él, y de los buenos Velazquez, mejores que no él, ni su tio: y que se lo haria conocer si el señor capitan Narvaez les daba licencia. Y como habia allí muchos capitanes ansí de los de Narvaez y algunos de los de Cortés, se metieron en medio, que de hecho le iba á dar el Juan Velazquez una estocada; y

aconsejaron al Narvaez que luego le mandase salir de su real, ansí á él como al padre fray Bartolomé de Olmedo é á Juan del Rio, porque á lo que sentian no hacian provecho ninguno. Y luego, sin más dilacion, les mandaron que se fuesen; y ellos, que no veían la hora de verse en nuestro real, lo pusieron por obra. E dicen que el Juan Velazquez, yendo á caballo en su buena yegua y cota puesta (que siempre andaba con ella y con su capacete y gran cadena de oro) se fué á despedir del Narvaez, y estaba allí con el Narvaez el mancebo Diego Velazquez el de la brega, y dijo al Narvaez: ¿Qué manda vuestra merced para nuestro real? Y respondió el Narvaez muy enojado, que se fuese, é que valiera mas que no hubiese venido. Y dijo el mancebo Diego Velazquez palabras de amenaza é injuriosas á Juan Velazquez; y le respondió á ellas el Juan Velazquez de Leon, que es grande su atrevimiento y digno de castigo por aquellas palabras que le dijo, y echándose mano á la barba le dijo: Para estas, que yo vea ántes de muchos dias si vuestro esfuerzo es tanto como vuestro hablar. Y como venian con el Juan Velazquez seis ó siete de los del real de Narvaez, que ya estaban convocados por Cortés, que le iban á despedir, dicen que trabaron dél como enojados y le dijeron: Váyase ya y no cure de mas hablar. Y así se despidieron, y á buen andar de sus caballos se van para nuestro real porque luego les avisaron á Juan Velazquez que el Narvaez los queria

prender y apercebia muchos de á caballo que fuesen tras ellos; é viniendo su camino nos encontraron al rio que dicho tengo, que está ahora cabe la Vera-Cruz, y estando que estábamos en el rio por mí ya nombrado, teniendo la siesta, porque en aquella tierra hace mucha calor y muy recia, porque como caminábamos con una pica estábamos cansados; y en este instante vino uno de nuestros corredores del campo á dar mandado á Cortés que vían venir buen rato de allí dos ó tres personas de á caballo, y luego presumimos que serian nuestros embajadores Juan Velazquez de Leon y fray Bartolomé de Olmedo y Juan del Rio. Y como llegaron adonde estábamos, qué regocijo y alegría tuvimos todos, y Cortés cuántas caricias y buenos comedimientos hizo al Juan Velazquez y á fray Bartolomé de Olmedo! Y tenia mucha razon, porque le fueron muy servidores. Y allí contó el Juan Velazquez paso por paso todo lo atrás por mí dicho que les acaeció con Narvaez, y cómo envió secretamente á dar las cadenas y tejuelos de oro á las personas que Cortés mandó. Pues oir de nuestro fraile, como era muy regocijado, sabíalo muy bien representar; cómo se hizo muy servidor del Narvaez, y que por hacer burla dél le aconsejó que hiciese el alarde y sacase su artillería, y con qué astucia y mañas le dió la carta: pues cuando contaba lo que le acaeció con el Salvatierra, y se le hizo muy pariente, siendo el fraile de Olmedo y el Salvatierra adelante de

Búrgos, y de los fieros que le decia el Salvatierra que habia de hacer y acontecer en prendiendo á Cortés y á todos nosotros, y aun se le quejó de los soldados que le hurtaron su caballo y el de otro capitan; y todos nosotros nos holgamos de lo oir, como si fuéramos á bodas y regocijo, y sabiamos que otro dia habiamos de estar en batalla y que habiamos de vencer ó morir en ella, siendo como hermanos docientos y sesenta y seis soldados, y los de Narvaez cinco veces más que nosotros. Volvamos á nuestra relacion; y es que luego caminamos todos para Cempoal, y fuimos á dormir á un riachuelo, adonde estaba en aquella sazon una puente, obra de una legua de Cempoal, adonde está ahora una estancia de vacas. Y dejallo he aquí y diré lo que se hizo en el real de Narvaez despues que vinieron el Juan Velazquez y el fraile y Juan del Rio, y luego volveré á contar lo que hicimos en nuestro real, porque en un instante acaecen dos ó tres cosas y por fuerza he de dejar las unas por contar lo que mas viene á propósito desta relacion.

CAPITULO CXXI.

De lo que se hizo en el real de Narvaez despues que de allí salieron nuestros embajadores.

Pareció ser que como se vinieron el Juan Velazquez y el fraile é Juan del Rio, dijeron al Narvaez sus capitanes que en su real sentian que Cortés habia enviado muchas joyas de oro, y que tenia de su parte amigos en el mismo real, y que seria bien estar muy apercebido y avisar á todos sus soldados que estuviesen con sus armas y caballos prestos. Y demás desto, el cacique gordo (otras veces por mí nombrado) temia mucho á Cortés porque habia consentido que Narvaez tomase las mantas y oro é indias que le tomó, y siempre espiaba sobre nosotros en qué parte dormiamos, por qué camino veniamos, porque así se lo habia mandado por fuerza el Narvaez. Y como supo que ya ya llegábamos cerca de Cempoal, lo dijo al Nar-

vaez el cacique gordo: ¿qué haceis que estais muy descuidado? ¿pensais que Malinche y los teules que trae consigo, que son así como vosotros? Pues yo os digo que cuando no os catáredes, será aquí y os matará. Y aunque hacian burla de aquellas palabras que el cacique gordo les dijo, no dejaron de se apercebir; y la primer cosa que hicieron fué pregonar guerra contra nosotros á fuego y sangre, y á toda ropa franca, lo cual supimos de un soldado que llamaban el Galleguillo, que se vino huyendo aquella noche del real de Narvaez ó le envió el Andrés de Duero, y dió aviso á Cortés de lo del pregon y de otras cosas que convino saber. Volvamos á Narvaez, que luego mandó sacar toda su artillería, y los de á caballo, escopeteros, y ballesteros, y soldados á un campo obra de un cuarto de legua de Cempoal, para allí nos aguardar y no dejar ninguno de nosotros que no fuese muerto ó preso. Y como llovió mucho aquel dia estaban ya los de Narvaez hartos de estar aguardándonos al agua; y como no estaban acostumbrados á aguas ni trabajos, y no nos tenian en nada sus capitanes, le aconsejaron que se volviesen á los aposentos, y que era afrenta estar allí como estaban aguardando á dos, tres y as que decian que éramos, y que asestase su artillería delante de sus aposentos, que era diez y ocho tiros gruesos, y que estuviesen toda la noche cuarenta de á caballo esperando en el camino por do habiamos de venir á Cempoal, y que

tuviese al paso del rio, que era por donde habiamos de pasar, sus espías que fuesen buenos hombres de á caballo, y peones ligeros para dar mandado, y que en los patios de los aposentos de Narvaez anduviesen toda la noche veinte de á caballo. Y este concierto que le dieron, fué por hacelle volver á los aposentos; y más le decian sus capitanes: Pues cómo, señor, ¿por tal tiene á Cortés, que se ha de atrever con unos gatos que tiene á venir á este real, por el dicho deste indio gordo? no lo crea vuestra merced sino que echa aquellas algaradas, y muestras de venir, porque vuestra merced venga á buen concierto con él. Por manera que así como dicho tengo, se volvió Narvaez á su real, y despues de vuelto, públicamente prometió, que quien matase á Cortés ó á Gonzalo de Sandoval, que daria dos mil pesos. Y luego puso espías al rio á un Gonzalo Carrasco, que vive ahora en la Puebla, y al otro que se decia Fulano Hurtado. El nombre y apellido, y señal secreta que dió cuando batallasen contra nosotros en su real, habia de ser: ¡Santa María, Santa María! Y demás deste concierto que tenian hecho, mandó Narvaez que en su aposento durmiesen muchos soldados, así escopeteros, como ballesteros, y otros con partesanas, y otros tantos mandó que estuviesen en el aposento del veedor Salvatierra, y Gamarra, y de Juan Bono. Ya he dicho el concierto que tenia Narvaez en su real, y volveré á decir la órden que se dió en el nuestro.

CAPITULO CXXII.

Del concierto y órden que se dió en nuestro real para ir contra Narvaez, y el razonamiento que Cortés nos hizo, y lo que respondimos.

Llegados que fuimos al riachuelo que ya he dicho, que estará obra de una legua de Cempoal, y habia allí unos buenos prados, despues de haber enviado nuestros corredores del campo, personas de confianza, nuestro capitan Cortés á caballo nos envió á llamar, así á capitanes como á todos los soldados; y de que nos vió juntos dijo, que nos pedia por merced que callásemos, y luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo, y plática, tan bien dichas cierto otras palabras mas sabrosas, y llenas de ofertas, que yo aquí no sabré escribir, en que nos trajo á la memoria desde que salimos de la isla de Cuba, con todo lo acaecido por nosotros hasta aquella sazon, y nos dijo: Bien saben vuestras mercedes que Diego Velazquez, gobernador de Cu-

ba, me eligió por capitan general, no porque entre vuestras mercedes no habia muchos caballeros que eran merecedores dello: y saben que creistes que veniamos á poblar, y así publicaba y pregonó, y segun han visto, enviaba á rescatar: y saben lo que pasamos sobre que me queria volver á la isla de Cuba, á dar cuenta á Diego Velazquez del cargo que me dió conforme á su instruccion. Vuestras mercedes me mandastes, y requeristes, que poblásemos esta tierra en nombre de su majestad; como gracias á nuestro señor la tenemos poblada: y fué cosa cuerda, y demás desto me hicistes vuestro capitan general y justicia mayor della, hasta que su majestad otra cosa sea servido mandar. E como ya he dicho, entre algunos de vuestras mercedes hubo algunas pláticas de tornar á Cuba, que no lo quiero mas declarar; pues á manera de decir, ayer pasó, y fué muy santa y buena nuestra quedada, y hemos hecho á Dios y á su majestad gran servicio, que esto claro está: ya saben lo que prometimos en nuestras cartas á su majestad despues de le haber dado cuenta y relacion de todos nuestros hechos, que punto no quedó, é que aquesta tierra es de la manera que hemos visto, y conocido della, que es cuatro veces mayor que Castilla, y de grandes pueblos, y muy rica de oro, y minas, y tiene cerca otras provincias: y como enviamos á suplicar á su majestad, que no la diese en gobernacion, ni de otra cualquiera manera á persona ninguna, y porque creíamos,

y teniamos por cierto, que el obispo de Búrgos don Juan Rodriguez de Fonseca, que era en aquella sazon presidente de Indias, y tenia mucho mando, que la demandaria á su majestad para el Diego Velazquez, ó algun pariente ó amigo del obispo; porque esta tierra es tal, y tan buena para dar á un infante, ó gran señor, que teniamos determinado, de no dalle á persona ninguna, hasta que su majestad oyese á nuestros procuradores, y nosotros viésemos su real firma; é vista, que con lo que fuere servido mandar, los pechos por tierra: y con las cartas ya sabian que enviábamos y serviamos á su majestad con todo el oro, y plata, joyas, é todo cuanto teniamos habido. Y más dijo: bien se les acordará, señores, cuántas veces hemos llegado á punto de muerte en las guerras y batallas que hemos habido; pues no hay que traellas á la memoria, que acostumbrados estamos de trabajos, y aguas, y vientos, y algunas veces hambres, y siempre traer las armas á cuestas, y dormir por los suelos, así nevando como lloviendo; que si miramos en ello, los cueros tenemos ya curtidos en los trabajos. No quiero decir de mas de cincuenta de nuestros compañeros que nos han muerto en las guerras, ni de todos vuestras mercedes cómo estais entrapajados, y mancos de heridas, que aun están por sanar: pues qué, les queria traer á la memoria los trabajos que trajimos por la mar, y las batallas de Tabasco, y los que se hallaron en lo de la Almería, y lo de

Cingapacinga, y cuántas veces por las sierras y caminos, nos procuraban quitar las vidas. Pues en las batallas de Tlaxcala, en qué punto nos pusieron, y cuáles nos traían: pues la de Cholula, ya tenian puestas las ollas para comer nuestros cuerpos: pues á la subida de los puertos no se les habrá olvidado los poderes que tenia Montezuma, para no dejar ninguno de nosotros, y bien vieron los caminos todos llenos de pinos, y árboles cortados: pues los peligros de la entrada y estada en la gran ciudad de México, ¡cuántas veces teniamos la muerte al ojo! ¿quién los podrá ponderar? Pues vean los que han venido de vuestras mercedes dos veces primero que no yo, la una con Francisco Hernandes de Córdoba, y la otra con Juan de Grijalva, los trabajos, hambres, y sedes, heridas y muertes de muchos soldados, que en descubrir aquestas tierras, pasastes, y todo lo que en aquellos dos viajes habeis gastado, de vuestras haciendas. Y dijo, que no queria contar otras muchas cosas que tenia por decir por menudo, y no habria tiempo para acaballo de platicar, porque era tarde, y venia la noche, y más dijo: digamos ahora señores: Pánfilo de Narvaez viene contra nosotros con mucha rabia y deseo de nos haber á las manos, y no habian desembarcado, y nos llamaban de traidores, y malos: y envió á decir al gran Montezuma, no palabras de sabio capitan, sino de alborotador: y demás desto tuvo atrevimimiento de prender á un oidor de su

majestad, que por solo este delito es digno de ser castigado. Ya habrán oído, cómo han pregonado en su real guerra contra nosotros á ropa franca, como si fuéramos moros. Y luego, despues de haber dicho Cortés, comenzó á sublimar nuestras personas, y esfuerzos en las guerras y batallas pasadas, y que entónces peleábamos por salvar nuestras vidas, y que ahora hemos de pelear con todo vigor por vida y honra: pues nos vienen á prender y echar de nuestras casas, y robar nuestras haciendas: y demás desto, que no sabemos si trae provisiones de nuestro rey y señor: salvo favores del obispo de Búrgos nuestro contrario; y si por ventura caemos debajo de sus manos de Narvaez (lo cual Dios no permita) todos nuestros servicios que hemos hecho á Dios primeramente, y á su majestad, tornarán en deservicios: y harán procesos contra nosotros, y dirán que hemos muerto, y robado, y destruido la tierra, donde ellos son los robadores, y alborotadores, y deservidores de nuestro rey y señor. Dirán que le han servido: y pues vemos por los ojos, todo lo que he dicho, y como buenos caballeros somos obligados á volver por la honra de su majestad, y por las nuestras, y por nuestras casas y haciendas, y con esta intencion salí de México, teniendo confianza en Dios, y de nosotros, que todo lo ponia en las manos de Dios primeramente; y despues en las nuestras, que veamos lo que nos parece. Entónces respondimos, y tambien juntamente con nosotros

Juan Velazquez de Leon, y Francisco de Lugo, y otros capitanes, que tuviese por cierto, que mediante Dios habiamos de vencer ó morir sobre ello, y que mirase no le convenciesen con partidos: porque si alguna cosa hacia fea, le dariamos de estocadas. Entónces como vió nuestras voluntades, se holgó mucho, y dijo, que con aquella confianza venia: y allí hizo muchas ofertas y prometimientos, que seriamos todos muy ricos y valerosos. Hecho esto, tornó á decir, que nos pedia por merced que callásemos y que en las guerras y batallas es menester mas prudencia y saber, para bien vencer los contrarios, que no demasiada osadía: y que porque tenia conocido de nuestros grandes esfuerzos, que por ganar honra cada uno de nosotros se queria adelantar de los primeros á encontrar con los enemigos, que fuésemos puestos en ordenanza, y capitanías: y para que la primera cosa que hiciésemos, fuese tomalles el artillería, que eran diez y ocho tiros que tenian asestados delante de sus aposentos de Narvaez; mandó que fuese por capitan suyo de Cortés, uno que se decia Pizarro, que ya he dicho otras veces, que en aquella sazon no habia fama de Perú ni Pizarros, que no era descubierto: y era el Pizarro suelto mancebo: y le señaló sesenta soldados mancebos, y entre ellos me nombraron á mí: y mandó que despues de tomada la artillería acudiésemos todos á los aposentos de Narvaez, que estaba en muy alto Cu, y para prender á Narvaez se-

ñaló por capitan á Gonzalo de Sandoval, con otros sesenta compañeros: y como era alguacil mayor, le dió un mandamiento que decia así: *Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor desta Nueva-España por su majestad, yo os mando que prendais el cuerpo de Pánfilo de Narvaez, é si se os defendiere, matadle, que así conviene al servicio de Dios, y de su Majestad, y le prendió á un oidor. Dado en este real*, y la firma, *Hernando Cortés*, y refrendado de su secretario Pedro Hernandez. Y despues de dado el mandamiento, prometió, que al primer soldado que le echase la mano, le daria tres mil pesos, y al segundo dos mil, y al tercero mil, y dijo que aquello que prometia, que era para guantes: que bien viamos la riqueza que habia entre nuestras manos. Y luego nombró á Juan Velazquez de Leon, para que prendiese á Diego Velazquez, con quien habia tenido la brega; y le dió otros sesenta soldados. Narvaez estaba en su fortaleza, é altos cues: y el mismo Cortés, por sobresaliente, con otros veinte soldados para acudir adonde mas necesidad hubiese, y donde él tenia el pensamiento de asistir, era para prender á Narvaez y á Salvatierra. Pues ya dadas las copias á los capitanes, como dicho tengo, dijo: Bien sé que los de Narvaez son por cuatro veces mas que nosotros; mas ellos no son acostumbrados á las armas, y como están la mayor parte dellos mal con su capitan, y muchos dolientes, les tomaremos de sobresalto: tengo pensamiento que Dios

nos dará victoria, que no porfiarán mucho en su defensa; porque mas bien les haremos nosotros, que no su Narvaez; así, señores, pues nuestra vida y honra está despues de Dios en vuestros esfuerzos é vigorosos brazos; no tengo mas que os pediros por merced, ni traer á la memoria, sino que en esto está el toque de nuestras honras y famas para siempre jamás; y mas vale morir por buenos, que vivir afrentados: y porque en aquella sazon llovia, y era tarde, no dijo mas. Una cosa he pensado despues acá, que jamás nos dijo; tengo tal concierto en el real hecho, ni fulano, ni zutano es en nuestro favor, ni cosa ninguna destas, sino que pelcásemos como varones: y esto de no decirnos, que tenia amigos en el real de Narvaez, fué de muy cuerdo capitan, que por aquel efecto no dejásemos de batallar como esforzados, y no tuviésemos esperanza en ellos, sino despues de Dios, en nuestros grandes ánimos. Dejemos desto, y digamos cómo cada uno de los capitanes por mí nombrados estaban con los soldados señalados, poniéndose esfuerzo unos á otros. Pues mi capitan Pizarro, con quien habiamos de tomar la artillería, que era la cosa de mas peligro, y habiamos de ser los primeros que habiamos de romper hasta los tiros, tambien decia con mucho esfuerzo, cómo habiamos de entrar, y calar nuestras picas, hasta tener la artillería en nuestro poder, y cuando se la hubiésemos tomado, que con ella misma mandó á nuestros artilleros, que se decian Me-

sa, y el siciliano Aruega, que con las pelotas que estuviesen por descargar, se diese guerra á los del aposento de Salvatierra. Tambien quiero decir la gran necesidad que teniamos de armas, que por un peto, capote, ó casco, ó babera de hierro, diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello, y todo cuanto habiamos ganado: y luego secretámente nos nombraron el apellido que habiamos de tener estando batallando, que era *Espíritu Santo, Espíritu Santo*, que esto se suele hacer secreto en las guerras, porque se conozcan, y apelliden por el nombre, que no lo sepan unos contrarios de los otros: y los de Narvaez tenian su apellido y voz, *Santa María, Santa María*. Ya hecho todo esto, como yo era gran amigo y servidor del capitan Sandoval, me dijo aquella noche, que me pedia por merced, que cuando hubiésemos tomado el artillería, si quedaba con la vida, siempre me hablase con él, y le siguiese, é yo se lo prometí, é así lo hice, como adelante verán. Digamos ahora en qué se entendió un rato de la noche, sino en aderezar, y en pensar en lo que teniamos por delante, pues para cenar no teniamos cosa ninguna: y luego fueron nuestros corredores del campo, y se puso espías y velas á mí, y á otros dos soldados: y no tardó mucho cuando viene un corredor del campo á me preguntar si he sentido algo: é yo dije que no: y luego vino un cuadrillero, y dijo, que el galleguillo que habia venido del real de Narvaez, no parecia,

y que era espía echada del Narvaez, é que mandaba Cortés que luego marchásemos camino de Cempoal, é oimos tocar nuestro pífano, y atambor, y los capitanes apercibiendo sus soldados, y comenzamos á marchar; y al galleguillo hallaron debajo de unas mantas durmiendo, que como llovió, y el pobre no era acostumbrado á estar al agua, ni frios, metióse allí á dormir. Pues yendo nuestro paso tendido, sin tocar pífano, ni atambor, que luego mandó Cortés que no tocasen, y nuestros corredores del campo descubriendo la tierra, llegamos al rio, donde estaban las espías de Narvaez, que ya he dicho, que se decian Gonzalo Carrasco, é Hurtado: y estaban descuidados, que tuvimos tiempo de prender al Carrasco, y el otro fué dando voces al real de Narvaez, y diciendo: ¡Al arma! que viene Cortés. Acuérdome, que cuando pasábamos aquel rio, como llovia, venia un poco hondo, y las piedras resbalaban algo, y como llevábamos á cuestas las picas, y armas, nos hacia mucho estorbo: y tambien me acuerdo cuando se prendió á Carrasco, decia á Cortés á grandes voces: Mira, señor Cortés, no vayas allá, que juro á tal, que está Narvaez esperándoos en el campo con todo su ejército. Y Cortés le dió en guarda á su secretario Pedro Hernandez: y como vimos que el Hurtado fué á dar mandado, no nos detuvimos cosa, sino que el Hurtado iba dando voces, y mandando dar al arma, y el Narvaez llamando sus capitanes, y nosotros calan-

do nuestras picas, y cerrando con su artillería, todo fué uno, que no tuvieron tiempo sus artilleros de poner fuego sino á cuatro tiros, y las pelotas algunas dellas pasaron por alto, é una dellas mató á tres de nuestros compañeros. Pues en este instante llegaron todos nuestros capitanes, tocando al arma nuestro pífano y atambor: y como habia muchos de los de Narvaez á caballo, detuviéronse un poco con ellos, porque luego derrocaron seis ó siete dellos. Pues nosotros los que tomamos el artillería no osábamos desampararla, porque el Narvaez desde su aposento nos tiraba saetas, y escopetas: y en aquel instante llegó el capitan Sandoval, y sube de presto las gradas arriba, y por mucha resistencia que le ponia el Narvaez, y le tiraban saetas, y escopetas, y con partesanas, y lanzas, todavía las subió él, y sus soldados: y luego como vimos los soldados que ganamos el artillería, que no habia quien nos la defendiese, se la dimos á nuestros artilleros por mí nombrados: y fuimos muchos de nosotros, y el capitan Pizarro á ayudar al Sandoval, que les hacian los del Narvaez venir seis ó siete gradas abajo, retrayéndose, y con nuestra llegada tornó á las subir: y estuvimos buen rato peleando con nuestras picas, que eran grandes, y cuando no me cato, oímos voces del Narvaez, que decia: Santa María váleme, que muerto me han, y quebrado un ojo: y cuando aquello oímos, luego dimos voces, vitoria, vitoria por los del nombre

del Espíritu Santo, que muerto es Narvaez: y con todo esto no les pudimos entrar en el cu donde estaban, hasta que un Martin López (el de los bergantines), como era alto de cuerpo, puso fuego á las pajas del alto cu, y vinieron todos los de Narvaez rodando las gradas abajo. Entónces prendimos á Narvaez, y el primero que le echó mano fué un Pedro Sanchez Farfan, é yo se lo dí al Sandoval y á otros capitanes del mismo Narvaez que con él estaban, todavía dando voces y apellidando ¡viva el rey! ¡viva el rey! ¡y en su real nombre Cortés! ¡Vitoria! ¡vitoria, que muerto es Narvaez! Dejemos este combate, é vamos á Cortés y á los demás capitanes, que todavía estaban batallando cada uno con los capitanes de Narvaez que aun no se habian dado porque estaban en muy altos cues. Y con los tiros que les tiraban nuestros artilleros y con nuestras voces é muerte del Narvaez, como Cortés era muy avisado, mandó de presto pregonar que todos los de Narvaez se vengan luego á someter debajo de la bandera de su majestad, y de Cortés en su real nombre, sopena de muerte; y aun con todo esto no se daban los de Diego Velazquez el mozo ni los de Salvatierra, porque estaban en muy altos cues y no los podian entrar, hasta que Gonzalo de Sandoval fué con la mitad de nosotros los que con él estábamos, y con los tiros y con los pregones les entramos, y se prendieron así al Salvatierra como los que con él es-

taban, y al Diego Velazquez el mozo; y luego Sandoval vino con todos nosotros los que fuimos á prender al Narvaez, á ponelle mas en cobro, puesto que le habiamos echado dos pares de grillos, y cuando Cortés y el Juan Velazquez y el Ordás tuvieron presos á Salvatierra y al Diego Velazquez el mozo, y á Gamarra, y á Juan Yuste, y á Juan Bono Vizcaino, y á otras personas principales, vino Cortés desconocido, acompañado de nuestros capitanes, adonde teniamos á Narvaez, y con el calor que hacia grande y como estaba cargado con las armas, é andaba de una parte á otra apellidando á nuestros soldados y haciendo dar pregones, venia muy sudando y cansado, y tal que no le alcanzaba un huelgo á otro, é dijo á Sandoval dos veces, que no lo acertaba á decir del trabajo que traía, é dijo: ¿Qué es de Narvaez? ¿qué es de Narvaez? E dijo Sandoval: Aquí está, aquí está, é á muy buen recaudo. Y tornó Cortés á decir muy sin huelgo: Mira, hijo Sandoval, que no os quiteis dél vos y vuestros compañeros, no se os suelte, miéntras yo voy á entender en otras cosas, é mirad esos capitanes que con él teneis presos, que en todo haya recaudo. Y luego se fué, y mandó dar otros pregones, que sopena de muerte que todos los de Narvaez luego en aquel punto se vengan á someter debajo de la bandera de su majestad, y en su real nombre de Hernando Cortés su capitan general y justicia mayor, é que ninguno trajese ningu-

nas armas, sino que todas las diesen y entregasen á nuestros alguaciles. Y todo esto era de noche, que no amanecia, y aun llovia de rato en rato, y entónces salia la luna, que cuando allí llegamos hacia muy escuro y llovia, y tambien la escuridad ayudó, que como hacia tan escuro, habia muchos cocayos (ansí los llaman en Cuba) que relumbran de noche, é los de Narvaez creyeron que eran mechas de las escopetas. Dejemos esto y pasemos adelante, que como el Narvaez estaba muy mal herido y quebrado el ojo, demandó licencia al Sandoval para que un cirujano que traía en su armada que se decia Maestre Juan le curase el ojo á él, y á otros capitanes que estaban heridos, y se la dió. Y estándole curando llegó allí cerca Cortés disimulado, que no le conociesen, á le ver curar. Dijéronle al Narvaez que estaba allí Cortés; y como se lo dijeron, dijo el Narvaez: Señor capitan Cortés, tened en mucho esta victoria que de mí habeis habido, y en tener presa á mi persona. Y Cortés le respondió, que daba muchas gracias á Dios que se la dió, y por los esforzados caballeros y compañeros que tenia que fueron parte para ello; é que una de las menores cosas que en la Nueva-España se ha hecho es prendelle y desbaratalle; y que si le ha parecido bien tener atrevimiento de prender á un oidor de su majestad. Y cuando hubo dicho esto, se fue de allí, que no le habló más, y mandó á Sandoval que le pusiese buenas guardas y que él

no se quitase dél, con personas de recaudo: ya le teniamos echados dos pares de grillos y le llevábamos á un aposento, y puestos soldados que le habiamos de guardar, y á mí me señaló Sandoval por uno dellos, y secretamente me mandó que no dejase hablar con él á ninguno de los de Narvaez hasta que amaneciese, que Cortés le pusiese mas en cobro. Dejemos desto, y digamos cómo Narvaez habia enviado cuarenta de á caballo para que nos estuviesen aguardando en el paso del rio cuando viniésemos á su real, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y supimos que andaban todavía en el campo. Tuvimos temor no nos viniesen á acometer para nos quitar sus capitanes, é al mismo Narvaez, que teniamos presos, y estábamos muy apercebidos; y acordó Cortés de les enviar á pedir por merced que se viniesen al real, con grandes ofrecimientos que á todos prometió; y para los traer envió á Christóval de Oli, que era nuestro maestre de campo, é á Diego de Ordás, que fueron en unos caballos que tomaron de los de Narvaez, que de todos los nuestros no trajimos ningunos, que atados quedaron en un montecillo junto á Cempoal, que no trajimos sino picas, espadas y rodelas, y puñales. Y fueron al campo con un soldado de los de Narvaez, que les mostró el rastro por donde habian ido; y se toparon con ellos, y en fin tantas palabras de ofertas y ofrecimientos les dijeron por parte de Cortés. Y ántes que llegasen á nuestro real ya era de dia

claro; y sin decir cosa ninguna Cortés ni ninguno de nosotros á los atabaleros que el Narvaez traia, comenzaron á tocar los atabales y á tañer su pífanos y tambores, y decian: ¡Viva, viva la gala de los romanos, que siendo tan pocos han vencido á Narvaez y á sus soldados! E un negro que se decia Guidela, que fué muy gracioso truhan que traía el Narvaez, daba voces que decia: Mirad que los romanos no han hecho tal hazaña. Y por más que les deciamos que callasen y no tañesen sus atabales, no querian, hasta que Cortés mandó que prendiesen al atabalero, que era medio loco, que se decia Tapia. Y en este instante vino Christóval de Oli y Diego de Ordás, y trajeron á los de á caballo que dicho tengo, y entre ellos venia Andrés de Duero y Agustin Bermudez, y muchos amigos de nuestro capitan; y así como venian, iban á besar las manos á Cortés, que estaba sentado en una silla de caderas, con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaba y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que les decia, era cosa de ver qué alegre estaba. Y tenia mucha razon, de verse en aquel punto tan señor y pujante: y así como le besaban la mano, se fueron cada uno á su posada. Digamos ahora de los muertos y heridos que hubo aquella noche. Murió el alférez de Narvaez que se decia fulano de Fuentes, que era un hidalgo de Sevilla; murió otro capitan de Nar-

vaez que se decia Rojas, natural de Castilla la Vieja; murieron otros dos de Narvaez; murió uno de los tres soldados que se le habian pasado, que habian sido de los nuestros, que llamábamos Alonso García el Carretero. Y heridos de los de Narvaez hubo muchos. Y tambien murieron de los nuestros otros cuatro, y hubo mas heridos; y el cacique gordo tambien salió herido, porque como supo que veniamos cerca de Cempoal, se acogió al aposento de Narvaez y allí le hirieron; y luego Cortés le mandó curar muy bien y le puso en su casa, y que no se le hiciese enojo. Pues Cervantes el Loco y Escalonilla, que son los que se pasaron al Narvaez, que habian sido de los nuestros, tampoco libraron bien, que Escalona salió bien herido y el Cervantes bien apaleado: é ya he dicho que murió el Carretero. Vamos á los del aposento del Salvatierra, el muy fiero que dijeron sus soldados que en toda su vida vieron hombre para ménos ni tan cortado de muerte cuando nos oyó tocar alarma, y cuando deciamos ¡vitoria, vitoria, que muerto es Narvaez! dicen que luego dijo que estaba muy malo del estómago, é que no fué para cosa ninguna. Esto lo he dicho por sus sus fieros y bravear. Y de los de su compañía tambien hubo heridos. Digamos del aposento del Diego Velazquez y otros capitanes que estaban con él, que tambien hubo heridos, y nuestro capitan Juan Velazquez de Leon prendió al Diego Velazquez, aquel con quien tuvo las bregas es-

tando comiendo con el Narvaez, y le llevó á su aposento y le mandó curar y hacer mucha honra. Pues ya he dado cuenta de todo lo acaecido en nuestra batalla, digamos agora lo que mas se hizo.

CAPITULO CXXIII.

Cómo despues de desbaratado Narvaez, segun y de la manera que he dicho, vinieron los indios de Chinanta que Cortés habia enviado á llamar, y de otras cosas que pasaron.

Ya he dicho, en el capítulo que dello habla, que Cortés envió á decir á los pueblos de Chinanta, donde trajeron las lanzas é picas, que viniesen dos mil indios dellos con sus lanzas, que son mucho mas largas que las nuestras, para nos ayudar, é vinieron aquel mismo dia y algo tarde, despues de preso Narvaez, y venian por capitanes los caciques de los mismos pueblos, é uno de nuestros soldados que se decia Barrientos que habia quedado en Chinanta para aquel efecto, y entraron en Cempoal con muy gran ordenanza, de dos en dos; y como traían las lanzas muy grandes y de buen cuerpo, y tienen en ellas una braza de cuchilla de pedernales que cortan tanto como navajas, segun ya otras ve-

ces he dicho, y traía cada indio una rodela como pavesina, y con sus banderas tendidas, y con muchos plumajes, y atambores, y trompetillas, y entre cada lancero é lancero un flechero, y dando gritos y silbos decian: ¡Viva el rey! ¡Viva el rey, y Hernando Cortés en su real nombre! Y entraron bravosos que era cosa de notar, y serian mil y quinientos, que parecian de la manera y concierto que venian que eran tres mil; y cuando los de Narvaez los vieron, se admiraron, é dicen que dijeron unos á otros que si aquella gente les tomara en medio ó entraran con nosotros, qué tal que les pararan. Y Cortés habló á los indios capitanes muy amorosamente, agradeciéndoles su venida, y les dió cuentas de Castilla y les mandó que luego se volviesen á sus pueblos y que por el camino no hiciesen daño á otros pueblos, y tornó á enviar con ellos al mismo Barrientos. Y quedarse ha aquí, y diré lo que mas Cortés hizo.

CAPITULO CXXIV.

Cómo Cortés envió al puerto al capitan Francisco de Lugo, y en su compañía dos soldados que habian sido maestres de hacer navíos, para que luego trajese allí á Cempoal todos los maestres y pilotos de los navíos, y flota de Narvaez, y que les sacasen las velas y timones, é agujas, porque no fuesen á dar mandado á la isla de Cuba á Diego Velazquez de lo acaecido, y cómo puso almirante de la mar.

Pues acabado de desbaratar al Pánfilo de Narvaez é presos él y sus capitanes, é á todos los demás tomado sus armas, mandó Cortés al capitan Francisco de Lugo que fuese al puerto donde estaba la flota de Narvaez, que eran diez y ocho navíos, y mandase venir allí á Cempoal á todos los pilotos y maestres de los navíos, y que les sacasen velas y timones é agujas porque no fuesen á dar mandado á Cuba á Diego Velazquez; é que si no le quisiesen obedecer, que les echase presas. Y llevó consigo el Francisco de Lugo dos de nuestros soldados, que habian sido hombres de la mar, para que le ayu-

dasen: y tambien mandó Cortés que luego le enviasen á un Sancho de Barahona, que le tenia preso el Narvaez con otros soldados. Este Barahona fué vecino de Guatimala, hombre rico, y acuérdome que cuando llegó ante Cortés, que venia muy doliente y flaco, y le mandó hacer honra. Volvamos á los maestres y pilotos, que luego vinieron á besar las manos al capitan Cortés, á los cuales tomó juramento que no saldrian de su mandado é que le obedecerian en todo lo que mandase; y luego les puso por almirante y capitan de la mar á un Pedro Caballero, que habia sido maestre de un navío de los de Narvaez, persona de quien Cortés se fió mucho, al cual dicen que le dió primero buenos tejuelos de oro, y á éste mandó que no dejase ir de aquel puerto ningun navío á parte ninguna, y mandó á todos los maestres y pilotos y marineros que todos le obedeciesen, y que si de Cuba enviase Diego Velazquez mas navíos (porque tuvo avisos Cortés que estaban dos navíos para venir) que tuviese modo que á los capitanes que en él viniesen les echase presos y les sacase el timon é velas y agujas, hasta que otra cosa en ello Cortés mandase; lo cual así lo hizo Pedro Caballero, como adelante diré. Y dejemos ya los navíos y el puerto seguro, y digamos lo que se concertó en nuestro real é los de Narvaez, y es que luego se dió órden que fuesen á conquistar y poblar á Juan Velazquez de Leon á lo de Pánuco, y para ello Cortés le se-

ñaló ciento y veinte soldados, los ciento habian de ser de los de Narvaez y los veinte de los nuestros entremetidos, porque tenian mas experiencia en la guerra; y tambien habian de llevar dos navíos para que desde el rio Pánuco fuesen á descubrir la costa de adelante: y tambien á Diego de Ordás dió otra capitanía de otros ciento y veinte soldados para ir á poblar á lo de Guazacualco, y los ciento habian de ser de los de Narvaez y los veinte de los nuestros, segun y de la manera que á Juan Velazquez de Leon, y habia de llevar otros dos navíos para desde el rio de Guazacualco enviar á la isla de Jamaica por ganados de yeguas y becerros, puercos, y ovejas, y gallinas de Castilla, y cabras para multiplicar la tierra, porque la provincia de Guazacualco era buena para ello. Pues para ir aquellos capitanes con sus soldados y llevar todas sus armas, Cortés se las mandó dar, y soltar todos los prisioneros capitanes de Narvaez, excepto al Narvaez y el Salvatierra, que decia que estaba malo del estómago. Pues para dalles todas las armas, algunos de nuestros soldados les teniamos ya tomado caballos y espadas y otras cosas, y mandó Cortés que luego se las volviésemos; y sobre no dárselas hubo ciertas pláticas enojosas, y fueron que dijimos los soldados que las teniamos muy claramente, que no se las queriamos dar, pues que en el real de Narvaez pregonaron guerra contra nosotros á ropa franca, y con aquella intencion

venian á nos prender, y tomar lo que teniamos, é que siendo nosotros tan grandes servidores de su majestad nos llamaban traidores, é que no se las queriamos dar. Y Cortés todavía porfiaba á que se las diésemos, é como era capitan general húbose de hacer lo que mandó, que yo les dí un caballo que tenia ya escondido (ensillado y enfrenado) y dos espadas y tres puñales y una adarga, y otros muchos de nuestros soldados dieron tambien otros caballos y armas; y como Alonso de Ávila era capitan y persona que osaba decir á Cortés cosas que convenian, é juntamente con él el padre fray Bartolomé de Olmedo hablaron aparte á Cortés y le dijeron que parecia que queria remedar á Alejandro Macedonio que despues que con sus soldados habia hecho alguna gran hazaña, que más procuraba de honrar y hacer mercedes á los que vencia, que no á sus capitanes y soldados que eran los que lo vencian. Y esto que lo decian porque lo han visto en aquellos dias que allí estábamos, despues de preso Narvaez, que todas las joyas de oro que le presentaban los indios de aquellas comarcas, y bastimentos, daba á los capitanes de Narvaez, é que como si no nos conociera ansí nos obligaba; y que no era bien hecho, sino muy grande ingratitud, habiéndole puesto en el estado en que estaba. A esto respondió Cortés, que todo cuanto tenia ansí persona como bienes era para nosotros, é que al presente no podia mas sino con dádivas y palabras y ofre-

cimientos honrar á los de Narvaez, porque como son muchos y nosotros pocos, no se levanten contra él y contra todos nosotros y le matasen. A esto respondió el Alonso de Ávila y le dijo ciertas palabras algo soberbias, de tal manera que Cortés le dijo, què quien no le quisiese seguir, *que las mujeres han parido y paren en Castilla soldados;* y el Alonso de Ávila dijo con palabras muy soberbias y sin acato, que así era verdad: que soldados y capitanes é gobernadores, é que aquello mereciamos que dijese. Y como en aquella sazon estaba la cosa de arte que Cortés no podia hacer otra cosa sino callar, y con dádivas y ofertas le trajo á sí. Y como conoció dél ser muy atrevido, y tuvo siempre Cortés temor que por ventura un dia ó otro no hiciese alguna cosa en su daño, disimuló; y dende allí adelante le enviaba siempre á negocios de importancia, como fué á la isla de Santo Domingo, y despues á España cuando enviamos la recámara y tesoro del gran Montezuma que robó Juan Florin, gran corsario frances, lo cual diré en su tiempo y lugar. Y volvamos ahora al Narvaez y á un negro que traía lleno de viruelas, que harto negro fué en la Nueva-España, que fué causa que se pegase é hinchese toda la tierra dellas, de lo cual hubo gran mortandad, que segun decian los indios jamás tal enfermedad tuvieron; y como no la conocian, lavábanse muchas veces, y á esta causa se murieron gran cantidad dellos. Por manera, que negra la ventura de Narvaez, y

mas prieta la muerte de tanta gente, sin ser cristianos. Dejemos ahora todo esto, y digamos cómo los vecinos de la Villa Rica, que habian quedado poblados, que no fueron á México, demandaron á Cortés las partes del oro que les cabia, y dijeron á Cortés, que puesto que allí les mandó quedar en aquel puerto, y villa, que tambien servian allí á Dios, y al rey, como los que fuimos á México, pues entendian en guardar la tierra, y hacer la fortaleza, y algunos dellos se hallaron en lo de Almería, que aun no tenian sanas las heridas, y que todos los mas se hallaron en la prision de Narvaez, y que les diesen sus partes: y viendo Cortés que era muy justo lo que decian, dijo, que fuesen dos hombres principales vecinos de aqulla villa con poder de todos, y que lo tenian apartado, y que se lo darian: y paréceme que les dijo, que en Tlaxcala estaba guardado, que esto no me acuerdo bien: é así luégo despacharon de aquella villa dos vecinos por el oro y sus partes, y el principal se decia Juan de Alcántara el viejo. Y dejemos de platicar en ello, y despues diremos lo que sucedió al Alcántara, y al oro: y digamos, cómo la adversa fortuna vuelve de presto su rueda, que á grandes bonanzas, y placeres siguen las tristezas. Y es, que en este instante vienen nuevas, que México está alzado, y que Pedro de Alvarado está cercado en su fortaleza, y aposento, y que le ponian fuego por todas partes en la misma fortaleza, y que le han muerto siete sol-

dados, y que estaban otros muchos heridos, y enviaba á demandar socorro con mucha instancia, y priesa: y esta nueva trujeron dos Tlaxcaltecas, sin carta ninguna, y luego vino una carta con otros tlaxcaltecas, que envió el Pedro de Alvarado, en que decia lo mismo. Y cuando aquella tan mala nueva oímos, sabe Dios cuánto nos pesó, y á grandes jornadas comenzamos á caminar para México, y quedó preso en la Villa Rica el Narvaez, y el Salvatierra, y por teniente y capitan, paréceme que quedó Rodrigo Rangre, que tuviese cargo de guardar al Narvaez, y de recoger muchos de los de Narvaez que estaban enfermos. Y tambien en este instante, ya que queriamos partir, vinieron cuatro grandes principales, que envió el gran Montezuma ante Cortés á quejarse del Pedro del Alvarado, y lo que dijeron llorando con muchas lágrimas de sus ojos, fué que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y sin causa ninguna dió en sus principales, y caciques, que estaban bailando, y haciendo fiesta á sus ídolos Huichilobos, y Tezcatepuca, con licencia que para ello les dió el Pedro de Alvarado, é que mató é hirió muchos dellos, y que por se defender le mataron seis de sus soldados. Por manera, que daban muchas quejas del Pedro de Alvarado; y Cortés les respondió á los mensajeros algo desabrido, é que él iria á México, y pornia remedió en todo: y así fueron con aquella respuesta á su gran Montezuma, y di-

cen la sintió por muy mala, y hubo enojo della. Y asimismo luego despachó Cortés cartas para Pedro de Alvarado, en que le envió á decir: que mirase que el Montezuma no se soltase, é que íbamos á grandes jornadas: y le hizo saber de la vitoria que habia habido contra Narvaez; lo cual ya sabia el gran Montezuma. Y dejallo he aquí, y diré lo que mas adelante pasó.

CAPITULO CXXV.

Cómo fuimos grandes jornadas, así Cortés con todos sus capitanes, como todos los de Narvaez, excepto Pánfilo de Narvaez, y Salvatierra, que quedaban presos.

Como llegó la nueva referida, cómo Pedro de Alvarado estaba cercado, y México rebelado, cesaron los capitanes, que habian de ir á poblar á Pánuco, y á Guazacualco, que habian dado á Juan Velazquez de Leon, y á Diego de Ordás, que no fué ninguno dellos, que todos fueron con nosotros: y Cortés habló á los de Narvaez, que sintió que no irian con nosotros de buena voluntad á hacer aquel socorro, y les rogó que dejasen atrás enemistades pasadas por lo del Narvaez, ofreciéndoles de hacerlos ricos, y dalles cargos, y pues venian á buscar la vida, y estaban en tierra donde podrian hacer servicio á Dios, y á su majestad, y enriquecer, que ahora les venia lance: y tantas palabras les di-

jo, que todos á una se le ofrecieron que irian con nosotros: y si supieran las fuerzas de México, cierto está que no fuera ninguno. Y luego caminamos á muy grandes jornadas, hasta llegar á Tlaxcala, donde supimos, que hasta que Montezuma, y sus capitanes habian sabido cómo habiamos desbaratado á Narvaez, no dejaron de darle guerra á Pedro de Alvarado, y le habian ya muerto siete soldados, y le quemaron los aposentos: y cuando supieron nuestra victoria, cesaron de dalle guerra: mas dijeron, que estaban muy fatigados por falta de agua y bastimento, lo cual nunca se lo habia mandado dar el Montezuma: y esta nueva trajeron indios de Tlaxcala en aquella misma hora que hubimos llegado. Y luego Cortés mandó hacer alarde de la gente que llevaba, y halló sobre mil y trescientos soldados, así de los nuestros como de los de Narvaez, y sobre noventa y seis caballos, y ochenta ballesteros, y otros tantos escopeteros: con los cuales le pareció á Cortés, que llevaba gente para poder entrar muy á su salvo en México: y demás desto, en Tlaxcala nos dieron los caciques dos mil hombres indios de guerra: y luego fuimos á grandes jornadas hasta Tezcuco que es una gran ciudad, y no se nos hizo honra ninguna en ella, ni pareció ningun señor, sino todo muy remontado y de mal arte: y llegamos á México dia de señor San Juan de Junio de mil y quinientos y veinte años, y no parecian por las calles caciques, ni capitanes, ni indios

conocidos, sino todas las casas despobladas. Y como llegamos á los aposentos que soliamos posar, el gran Montezuma salió al patio para hablar, y abrazar á Cortés; y dalle el bien venido, y de la victoria con Narvaez; y Cortés como venia victorioso, no le quiso oír, y el Montezuma se entró en su aposento muy triste y pensativo. Pues ya aposentados cada uno de nosotros donde soliamos estar ántes que saliésemos de México para ir á lo de Narvaez, y los de Narvaez en otros aposentos, é ya habiamos visto é hablado con el Pedro de Alvarado, y los soldados que con él quedaron, y ellos nos daban cuenta de las guerras que los mexicanos nos daban, y trabajo en que les tenian puesto, y nosotros les dábamos relacion de la victoria contra Narvaez. Y dejaré esto, y diré cómo Cortés procuró saber, qué fué la causa de se levantar México, porque bien entendido teniamos, que á Montezuma le pesó dello, que si se pluguiera, ó fuera por su consejo, dijeron muchos soldados de los que se quedaron con Pedro de Alvarado en aquellos trances, que si el Montezuma fuera en ello, que á todos les mataran, y que el Montezuma los aplacaba que cesasen la guerra: y lo que contaba el Pedro de Alvarado á Cortés sobre el caso era, que por libertar los mexicanos al Montezuma, é porque su Huichilobos se lo mandó, porque pusimos en su casa la imágen de nuestra Señora la Vírgen Santa María, y la Cruz. Y mas dijo, que habian llegado muchos

indios á quitar la santa imágen del altar donde la pusimos, y que no pudieron quitalla, y que los indios lo tuvieron á gran milagro, y que se lo dijeron al Montezuma, é que les mandó que la dejasen en el mismo lugar y altar, y que no curasen de hacer otra cosa, y así la dejaron. Y mas dijo el Pedro de Alvarado, que por lo que el Narvaez les habia enviado á decir al Montezuma, que le venia á soltar de las prisiones, y á prendernos, y no salió verdad: y como Cortés habia dicho al Montezuma, que en teniendo navíos nos habiamos de ir á embarcar y salir de toda la tierra, é que no nos íbamos, é que todo eran palabras, é que ahora habian visto venir muchos mas teules; ántes que todos los de Narvaez, y los nuestros tornásemos á entrar en México que seria bien matar al Pedro de Alvarado, y á sus soldados, y soltar al gran Montezuma, y despues no quedará á vida ninguno de los nuestros, é de los de Narvaez: cuanto más que tuvieron por cierto, que nos venciera el Narvaez. Estas pláticas y descargo dió el Pedro de Alvarado á Cortés, y le tornó á decir Cortés, que á qué causa les fué á dar guerra estando bailando, y haciendo sus fiestas y bailes, y sacrificios que hacian á su Huichilobos, y á Tezcatepuca. Y el Pedro de Alvarado dijo, que luego le habian de venir á dar guerra, segun el concierto que tenian entre ellos hecho: y todo lo demás, que lo supo de un papa, y de dos principales, y de otros mexicanos. Y Cortés le dijo: Pues hán-

me dicho, que os demandaron licencia para hacer el areito bailes: é dijo, que así era verdad, é que fué por tomalle descuidados, é porque temiesen, y no viniesen á dalle guerra, que por esto se adelantó á dar en ellos: y como aquello Cortés le oyó, le dijo muy enojado, que era muy mal hecho, y grande desatino, y poca verdad: é que pluguiera á Dios que el Montezuma se hubiera soltado, é que tal cosa no la oyera á sus ídolos: y así le dejó, que no le habló mas en ello. Tambien dijo el Pedro de Alvarado, que cuando andaba con ellos en aquella guerra, que mandó poner á un tiro que estaba cebado, fuego, con una pelota, y muchos perdigones, é que como venian muchos escuadrones de indios á le quemar los aposentos, que salió á pelear con ellos, é que mandó poner fuego al tiro, é que no salió, y que hizo una arremetida contra los escuadrones que le daban guerra, y cargaban muchos indios sobre él, é que venia retrayéndose á la fuerza y aposento, é que entónces sin poner fuego al tiro salió la pelota y los perdigones, y mató muchos indios, y que si aquello no acaeciera, que los enemigos los mataran á todos, como en aquella vez le llevaron dos de sus soldados vivos. Otra cosa dijo el Pedro de Alvarado, y esta sola cosa la dijeron otros soldados, que las demás pláticas solo el Pedro de Alvarado lo contaba: y es, que no tenia agua para beber, y cabaron en el patio, é hicieron un pozo, y sacaron agua dulce, siendo todo

salado tambien. Todo fué muchos bienes, que nuestro Señor Dios nos hacia. E á esto del agua, digo yo que en México estaba una fuente, que muchas veces, y todas las mas, manaba agua algo dulce, que lo demás que dicen algunas personas, que el Pedro de Alvarado por codicia de haber mucho oro, y joyas de gran valor con que bailaban los indios, les fué á dar guerra, yo no lo creo, ni nunca tal oí: ni es de creer que tal hiciese, puesto que lo dice el obispo fray Bartolomé de las Casas, aquello y otras cosas que nunca pasaron, sino que verdaderamente dió en ellos por metelles temor, é que con aquellos males que les hizo, tuviesen harto que curar y llorar en ellos, porque no le viniesen á dar guerra, y como dicen que quien acomete vence, y fué muy peor, segun pareció. Y tambien supimos de mucha verdad, que tal guerra nunca el Montezuma mandó dar: é que cuando combatian al Pedro de Alvarado que el Montezuma les mandaba á los suyos, que no lo hiciesen, y que le respondian, que ya no era cosa de sufrir tenelle preso, y estando bailando irles á matar, como fueron, y que le habian de sacar de allí, y matar á todos los teules que le defendian. Estas cosas y otras sé decir, que le oí á personas de fe, y que se hallaron con el Pedro de Alvarado cuando aquello pasó. Y dejallo hé aquí, y diré la gran guerra que luego nos dieron, y es desta manera.

CAPITULO CXXVI.

Cómo nos dieron guerra en México, y los combates que nos daban, y otras cosas que pasamos.

Como Cortés vió que en Tezcuco no nos habian hecho ningun recibimiento, ni aun dado de comer, sino mal y por mal cabo, y que no hallamos principales con quien hablar, y lo vió todo rematado y de mal arte, y venido á México lo mismo: y vió que no hacian tianguiz, sino todo levantado, é oyó al Pedro de Alvarado de la manera, y desconcierto con que les fué á dar guerra: y parece ser habia dicho Cortés en el camino á los capitanes alabándose de sí mismo, el gran acato y mando que tenia: é que por los pueblos é caminos le saldrian á recebir y hacer fiestas, y que en México mandaba tan absolutamente, así al gran Montezuma, como á todos sus capitanes, é que le darian presentes de oro

como solian (1), y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos, que aun de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la mucha gente de españoles que traía, y muy triste y mohino: y en este instante envió el gran Montezuma dos de sus principales á rogar á nuestro Cortés, que le fuese á ver, que le queria hablar, y la respuesta que le dió, fué: Vaya para perro, que aun tianguiz no quiere hacer, ni de comer nos manda dar: y entónces como aquello le oyeron á Cortés nuestros capitanes, que fué Juan Velazquez de Leon, y Christóval de Oli, y Alonso de Avila, y Francisco de Lugo, dijeron: Señor, temple su ira, y mire cuánto bien y honra nos ha hecho este rey destas tierras, que es tan bueno, que si por él no fuese, ya fuéramos muertos, y nos habrian comido, é mire que hasta las hijas le han dado. Y como esto oyó Cortés, se indignó más de las palabras que le dijeron, como parecian de reprension, é dijo: ¿Qué cumplimiento tengo yo de tener con un perro, que se hacia con Narvaez secretamente, é ahora veis, que aun de comer no nos dá? Y di-

(1) Todo lo que dice Castillo de Cortés en este capítulo, disuena mucho de su conducta; que se repara igual en toda la conquista: por lo mismo creo que Castillo no escribe aquí sino rumores nacidos quizá de algunos de los de Narvaez. Se debe suspender el asenso sobre hechos que no tienen pruebas bastantes, y contradicen con el carácter, principios, y política de Cortés.

jeron nuestros capitanes: Esto nos parece que debe hacer, y es buen consejo. Y como Cortés tenia allí en México tantos españoles, así de los nuestros como de los de Narvaez, no se le daba nada por cosa ninguna, é hablaba tan airado y descomedido. Por manera que tornó á hablar á los principales, que dijesen á su señor Montezuma, que luego mandase hacer tianguiz y mercados, si no que hará é que acontecerá: y los principales bien entendieron las palabras injuriosas que Cortés dijo de su señor, y aun tambien la reprehension que nuestros capitanes dieron á Cortés sobre ello, porque bien los conocian que habian sido los que solian tener en guarda á su señor, y sabian que eran grandes servidores de su Montezuma: y segun y de la manera que lo entendieron, y se lo dijeron al Montezuma, y de enojo, ó porque ya estaba concertado que nos diesen guerra, no tardó un cuarto de hora que vino un soldado á gran priesa y muy mal herido, que venia de un pueblo que está junto á México que se dice Tacuba, y traía unas indias que eran de Cortés, é la una hija de Montezuma, que parece ser las dejó á guardar allí al señor de Tacuba, que eran sus parientes del mismo señor, cuando fuimos á lo de Narvaez; y dijo aquel soldado que estaba toda la ciudad y camino por donde venia lleno de gente de guerra con todo género de armas, y que le quitaron las indias que traía y le dieron dos heridas, é que si no se les soltara, que le tenian ya asido para le meter

en una canoa y llevalle á sacrificar, y habian deshecho una puente. Y desque aquello oyó Cortés y algunos de nosotros, ciertamente nos pesó mucho, porque bien entendido teniamos los que soliamos batallar con indios la mucha multitud que dellos se suelen juntar, que por bien que peleásemos, y aunque mas soldados trujésemos ahora, que habiamos de pasar gran riesgo de nuestras vidas, y hambres y trabajos, especialmente estando en tan fuerte ciudad. Pasemos adelante, y digamos que luego mandó á un capitan que se decia Diego de Ordás, que fuese con cuatrocientos soldados, y entre ellos los mas ballesteros y escopeteros, y algunos de á caballo, é que mirase qué era aquello que decia el soldado que habia venido herido y trajo las nuevas; é que si viese que sin guerra y ruido se pudiese apaciguar, lo pacificase. Y como fué el Diego de Ordás de la manera que le fué mandado, con sus cuatrocientos soldados, aun no hubo bien llegado á media calle por donde iba, cuando le salian tantos escuadrones mexicanos de guerra, y otros muchos que estaban en las azuteas, y les dieron tan grandes combates, que le mataron á las primeras arremetidas ocho soldados y á todos los mas hirieron, y al mismo Diego de Ordás le dieron tres heridas; por manera que no pudo pasar un paso adelante, sino volverse poco á poco al aposento: y al retraer le mataron otro buen soldado que se decia Lezcano, que con un montante habia hecho cosas de muy esfor-

zado varon. Y en aquel instante, si muchos escuadrones salieron al Diego de Ordás, muchos más vinieron á nuestros aposentos, y tiran tanta vara y piedra con hondas y flechas, que nos hirieron de aquella vez sobre cuarenta y seis de los nuestros, y doce murieron de las heridas. Y estaban tantos sobre nosotros, que el Diego de Ordás, que se venia retrayendo, no podia llegar á los aposentos, por la mucha guerra que le daban, unos por detrás y otros por delante, y otros desde las azuteas. Pues quizá aprovechaban nuestros tiros y escopetas, ni ballestas, ni lanzas, ni estocadas que les dábamos, ni nuestro buen pelear, que aunque les matábamos y heriamos muchos dellos, por las puntas de las picas y lanzas se nos metian: con todo esto, cerraban sus escuadrones y no perdian punto de su buen pelear, ni les podiamos apartar de nosotros. Y en fin, con los tiros y escopetas y ballestas, y el mal que les haciamos de estocadas, tuvo lugar el Ordás de entrar en el aposento, que hasta entónces, aunque queria, no podia pasar, y con sus soldados bien heridos y veinte y tres ménos, y todavía no cesaban muchos escuadrones de nos dar guerra y decirnos que éramos como mujeres, y nos llamaban de bellacos y otros vituperios. Y aun no ha sido nada todo el daño que nos han hecho hasta ahora, á lo que despues hicieron; y es, que tuvieron tanto atrevimiento, que unos dándonos guerra por una parte y otros por otra, entraron á ponernos fuego en nues-

tros aposentos, que no nos podiamos valer con el humo y fuego, hasta que se puso remedio en derrocar sobre él mucha tierra, y atajar otras salas por donde venia el fuego, que verdaderamente allí dentro creyeron de nos quemar vivos. Y duraron estos combates todo el dia y aun la noche, y aun de noche estaban sobre nosotros tantos èscuadrones, y tiraban varas y piedras y flechas á bulto, y piedra perdida, que entónces estaban todos aquellos patios y suelos hechos parvas dellos. Pues nosotros aquella noche en curar heridos y en poner remedio en los portillos que habian hecho, y en apercebirnos para otro dia, en esto se pasó. Pues desque amaneció acordó nuestro capitan que con todos los nuestros y los de Narvaez saliésemos á pelear con ellos, y que llevásemos tiros y escopetas y ballestas, y procurásemos de los vencer, á lo ménos que sintiesen más nuestras fuerzas y esfuerzo, mejor que el dia pasado. Y digo que si nosotros teniamos hecho aquel concierto, que los mexicanos tenian concertado lo mismo, y peleábamos muy bien; mas ellos estaban tan fuertes y tenian tantos escuadrones, que se mudaban de rato en rato, que aunque estuvieran allí diez mil Hétores troyanos y otros tantos Roldanes, no les pudieran entrar; porque sabello ahora yo aquí decir cómo pasó y vimos este teson en el pelear, digo que no lo sé escribir, porque ni aprovechaban tiros ni escopetas ni ballestas, ni apechugar con ellos, ni matalles treinta

ni cuarenta de cada vez que arremetiamos, que tan enteros y con más vigor peleaban que al principio; y si algunas veces les íbamos ganando alguna poca de tierra ó parte de calle y hacian que se retraían, era para que le siguiésemos por apartarnos de nuestra fuerza y aposento para dar mas á su salvo en nosotros, creyendo que no volveriamos con las vidas á los aposentos, porque al retraernos hacian mucho mal (1). Pues para pasar á quemalles las casas, ya he dicho en el capítulo que dello habla, que de casa á casa tenian una puente de madera levadiza, alzábanla y no podiamos pasar sino por agua muy honda. Pues desde las azuteas los cantos y piedras y varas no lo podiamos sufrir. Por manera que nos maltrataban é herian muchos de los nuestros; é no sé yo para qué lo escribo así tan tibiamente, porque unos tres ó cuatro soldados que se habian hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces á Dios que guerras tan bravosas jamás habian visto en algunas que se habian hallado entre christianos y contra la artillería del rey de Francia ni del Gran Turco, ni gente como aquellos indios, con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron, y porque decian otras muchas cosas y causas que daban á ello, como adelante

(1) Cortés, hablando de la cantidad de combatientes de mexicanos, dice: "Porque estaba tanta cantidad dellos, que "los artilleros no tenian necesidad de puntería, sino asestar en "los escuadrones de los indios." *Cortés, Carta II.*

verán. Y quedarse ha aquí, y diré cómo con harto trabajo nos retrujimos á nuestros aposentos, y todavía muchos escuadrones de guerreros sobre nosotros con grandes gritos é silbos, y trompetillas é atambores, llamándonos de bellacos y para poco, que no sabiamos atendelles todo el dia en batalla, sino volvernos retrayendo. Aquel dia mataron diez ó doce soldados, y todos volvimos bien heridos, y lo que pasó de la noche fué en concertar para que de ahí á dos dias saliésemos todos los soldados cuantos sanos habia en todo el real, y con cuatro ingenios á manera de torres, que se hicieron de madera bien recios, en que pudiesen ir debajo de cualquiera dellos veinte y cinco hombres: y llevaban sus ventanillas en ellos para ir los tiros, y tambien iban escopeteros y ballesteros; y junto con ellos habiamos de ir otros soldados escopeteros y ballesteros, y los tiros y todos los demás de á caballo, hacer algunas arremetidas. Y hecho este concierto, como estuvimos aquel dia que entendiamos en la obra y fortalecer muchos portillos que nos tenian hechos, no salimos á pelear aquel dia. No sé cómo lo diga, los grandes escuadrones de guerreros que nos vinieron á los aposentos á dar guerra, no solamente por diez ó doce partes sino por más de veinte, porque en todo estábamos repartidos, y otros en muchas partes: y entretanto que los adobábamos y fortaleciamos, como dicho tengo, otros muchos escuadrones procuraron entrarnos en los aposentos

á escala vista, que por tiros ni ballestas ni escopetas, ni por muchas arremetidas y estocadas les podian retraer. Pues lo que decian, que en aquel dia no habia de quedar ninguno de nosotros, y que habian de sacrificar á sus dioses nuestros corazones y sangre, y con las piernas y brazos, que bien tendrian para hacer hartazgas y fiestas, y que los cuerpos echarian á los tigres, y leones, y víboras y culebras que tienen cerrados, que se harten dellos: é que aquel efecto há dos dias que mandaron que no les diesen de comer: y que el oro que teniamos, que habriamos mas gozo dél y de todas las mantas: y á los de Tlaxcala que con nosotros estaban, les decian que los meterian en jaulas á engordar: y que poco á poco harian sus sacrificios con sus cuerpos. Y muy afectuosamente decian, que les diésemos su gran señor Montezuma, y decian otras cosas: y de noche asimismo siempre silbos y voces, y rociadas de vara y piedra y flecha. Y cuando amaneció, despues de nos encomendar á Dios, salimos de nuestros aposentos con nuestras torres, que me parece á mí que en otras partes donde me he hallado en guerras en cosas que han sido menester las llaman buros y mantas, y con los tiros y escopetas y ballestas delante, y los de á caballo, haciendo algunas arremetidas. E como he dicho, aunque les matábamos muchos dellos no aprovechaba cosa para les hacer volver las espaldas, sino que si siempre muy bravamente habian peleado los dos dias pasa-

dos, muy más fuertes y con mayores fuerzas y escuadrones estaban este dia; y todavía determinamos que aunque á todos costase la vida, de ir con nuestras torres é ingenios hasta el gran cu del Huichilobos. No digo por extenso los grandes combates que en una casa fuerte nos dieron, ni diré cómo á los caballos los herian, ni nos aprovechábamos dellos, porque aunque arremetian á los escuadrones para rompellos, tirábanles tanta flecha y vara y piedra, que no se podian valer por bien armados que estaban; y si los iban alcanzando, luego se dejaban caer los mexicanos á su salvo en las acequias y laguna, donde tenian hechos otros reparos para los de á caballo, y estaban otros muchos indios con lanzas muy largas para acabar de matarlos: así que no aprovechaba cosa ninguna dellos. Pues apartarnos á quemar ni á deshacer ninguna casa, era por demás; porque, como he dicho, están todas en el agua, y de casa á casa una puente levadiza: pasalla á nado era cosa muy peligrosa, porque desde las azuteas tiraban tanta piedra y cantos, que era cosa perdida ponernos en ello. Y demás desto, en algunas casas que les poniamos fuego tardaba una casa en se quemar un dia entero, y no se podia pegar fuego de una casa á otra, lo uno por estar apartadas la una de otra el agua en medio, y lo otro por ser de azuteas; así que eran por demás nuestros trabajos en aventurar nuestras personas en aquello. Por manera que fuimos al gran cu de sus ído-

los, y luego de repente suben en él mas de cuatro mil mexicanos, sin otras capitanías que en ellos estaban con grandes lanzas y piedra y vara, y se ponen en defensa, y nos resistieron la subida un buen rato, que no bastaban las torres ni los tiros ni ballestas ni escopetas, ni los de á caballo, porque aunque querian arremeter los caballos, habia unas losas muy grandes, empedrado todo el patio, que se iban á los caballos los piés y manos; y eran tan lisas, que caían. E como desde las gradas del alto cu nos defendian el paso, é á un lado é otro teniamos tantos contrarios, aunque nuestros tiros llevaban diez ó quince dellos, é á estocadas y arremetidas matábamos otros muchos, cargaba tanta gente que no les podiamos subir al alto cu, y con gran concierto tornamos á porfiar sin llevar las torres, porque ya estaban desbaratadas, y les subimos arriba. Aquí se mostró Cortés muy varon, como siempre lo fué. ¡Oh qué pelear y fuerte batalla que aquí tuvimos! Era cosa de notar vernos á todos corriendo sangre y llenos de heridas, é mas de cuarenta soldados muertos. E quiso nuestro Señor que llegamos adonde soliamos tener la imágen de nuestra Señora, y no la hallamos, que pareció, segun supimos, que el gran Montezuma tenia ó devocion en ella ó miedo, y la mandó guardar. Y pusimos fuego á sus ídolos, y se quemó un pedazo de la sala con los ídolos Huichilobos y Tezcatepuca. Entónces nos ayudaron muy bien los tlaxcaltecas;

pues ya hecho esto, estando que estábamos unos peleando y otros poniendo el fuego, como dicho tengo, ver los papas que estaban en este gran cu, y sobre tres ó cuatro mil indios todos principales, y que nos bajábamos cual nos hacian venir rodando seis gradas y aun diez abajo, y hay tanto que decir de otros escuadrones que estaban en los petriles y concavidades del gran cu tirándonos tantas varas y flechas, que así á unos escuadrones como á los otros no podiamos hacer cara ni sustentarnos. Acordamos con mucho trabajo y riesgo de nuestras personas de nos volver á nuestros aposentos, los castillos deshechos y todos heridos, y muertos cuarenta y seis, y los indios siempre apretándonos y otros escuadrones por las espaldas; que quien no nos vió, aunque aquí mas claro lo diga, yo no lo sé significar, pues aun no digo lo que hicieron los escuadrones mexicanos que estaban dando guerra en los aposentos en tanto que andábamos fuera, y la gran porfia y teson que ponian de les entrar á quemallos. En esta batalla prendimos dos papas principales, que Cortés nos mandó que los llevasen á buen recaudo. Muchas veces he visto pintada entre los mexicanos y tlaxcaltecas esta batalla y subida que hicimos en este gran cu, y tiénenlo por cosa muy heróica, que aunque nos pintan á todos nosotros muy heridos corriendo sangre y muchos muertos en retratos que tienen dello hechos, en mucho lo tienen esto de poner fuego al cu y es-

tar tanto guerrero guardándalo en los petriles y concavidades, y otros muchos indios abajo en el suelo, y patios llenos, y en los lados otros muchos, y deshechas nuestras torres, cómo fué posible subille (1). Dejemos de hablar dello, y digamos cómo con gran trabajo tornamos á los aposentos; y si mucha gente nos fueron siguiendo y dando guerra, otros muchos estaban en los aposentos, que ya les tenian derrocadas unas paredes para entralles, y con nuestra llegada cesaron, mas no de manera que en todo lo que quedó del dia dejaban de tirar vara y piedra y flecha, y en la noche grita y piedra y vara. Dejemos de su gran teson y porfía, que siempre á la contina tenian de estar sobre nosotros como he dicho (2), é digamos que aquella noche se nos fué en curar heridos y enterrar los muertos, y en aderezar para salir otro dia á pelear, y

(1) "Y crea vuestra majestad [refiere Cortés] que fué tanto ganalles esta torre, que si Dios no les quebrara las alas, "bastaban veinte dellos para resistir la subida á mil hombres, "como quiera que pelearon muy valientemente hasta que murieron; é fice poner fuego á la torre." *Cortés, Carta II.*

(2) El coraje de los mexicanos y la presuncion en sus fuerzas, se conoce por la respuesta que dieron á un requerimiento de paz que les hizo Cortés. "Los cuales me respondieron que "bien veían que recebian de nos mucho daño y que morian "muchos dellos; pero que ellos estaban ya determinados de "morir todos por nos acabar. Y que mirase yo por todas aquellas calles y plazas y azoteas cuán llenas de gente estaban; "y que tenian hecha cuenta que á morir veinte y cinco mil

en poner fuerzas y mamparos á las paredes que habian derrocado, é á otros portillos que habian hecho, y tomar consejo cómo y de qué manera podriamos pelear sin que recibiésemos tantos daños ni muertes; y en todo lo que platicamos no hallábamos remedio ninguno. Pues tambien quiero decir las maldiciones que los de Narvaez echaban á Cortés y las palabras que decian, que renegaban dél y de la tierra, y aun de Diego Velazquez que acá les envió, que bien pacíficos estaban en sus casas en la isla de Cuba: y estaban embelesados y sin sentido. Volvamos á nuestra plática, que fué acordado de demandalles paces para salir de México, y desque amaneció vienen muchos más escuadrones de guerreros y muy de hecho nos cercan por todas partes los aposentos; y si mucha piedra y flecha tiraban de ántes, mucho más espesas y con

"dellos y uno de los nuestros, nos acabariamos nosotros primero, porque éramos pocos y ellos muchos; y que me hacian saber que todas las calzadas de las entradas de la ciudad eran deshechas, como de hecho pasaba, que todas las habian deshecho excepto una; é que ninguna parte teniamos por do salir sino por el agua, é que bien sabian que teniamos pocos mantenimientos y poca agua dulce, que no podiamos durar mucho que de hambre no nos muriésemos aunque ellos no nos matasen. Y de verdad que ellos tenian mucha razon, que aunque no tuviéramos otra guerra sino la hambre y necesidad de mantenimientos, bastaba para morir todos en breve tiempo, é pasamos otras muchas razones, favoreciendo cada uno sus partidos." *Cortés, Carta II.*

mayores alaridos y silbos vinieron este dia, y otros escuadrones por otras partes procuraban de nos entrar, que no aprovechaban tiros ni escopetas aunque les hacian harto mal. Y viendo todo esto, acordó Cortés que el gran Montezuma les hablase desde una azutea, y les dijesen que cesasen las guerras y que nos queriamos ir de su ciudad; y cuando al gran Montezuma se lo fueron á decir de parte de Cortés, dicen que dijo con gran dolor: ¿Qué quiere de mí ya Malinche, que yo no deseo vivir, ni oille, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traido? Y no quiso venir; y aun dicen que dijo que ya no le querian ver ni oir á él ni á sus falsas palabras, ni promesas y mentiras. Y fué el padre de la Merced y Christóval de Oli y le hablaron con mucho acato y palabras muy amorosas. Y díjoles el Montezuma: Yo tengo creido que no aprovecharé cosa ninguna para que cese la guerra, porque ya tienen alzado otro señor y han propuesto de no os dejar salir de aquí con la vida, y así creo que todos vosotros habeis de morir en esta ciudad. Y volvamos á decir de los grandes combates que nos daban, que Montezuma se puso á un petril de una azutea con muchos de nuestros soldados, que le guardaban, y les comenzó á hablar á los suyos con palabras muy amorosas, que dejasen la guerra, que nos iriamos de México: y muchos principales mexicanos, y capitanes bien le conocieron, y luego mandaron que callasen sus gentes, y no tirasen va-

ras, ni piedras, ni flechas; y cuatro dellos se allegaron en parte que Montezuma les podia hablar, y ellos á él, y llorando le dijeron: oh señor, é nuestro gran señor, y cómo nos pesa de todo vuestro mal y daño, y de vuestros hijos y parientes. Hacemos os saber que ya hemos levantado á un vuestro primo por señor, y allí le nombró cómo se llamaba, que se decia Coadlavacan, señor de Iztapalapa, que no fué Guatemuz, el cual desde á dos meses fué señor. Y mas dijeron, que la guerra que la habian de acabar; y que tenian prometido á sus ídolos de no lo dejar, hasta que todos nosotros muriésemos: y que rogaban cada dia á su Huichilobos y á Tezcatepuca, que le guardase libre y sano de nuestro poder, é como saliese como deseaban, que no lo dejarian de tener muy mejor que de ántes por señor, y que les perdonase. Y no hubieron bien acabado el razonamiento, cuando en aquella sazon tiran tanta piedra, y vara, que los nuestros le arrodelaban, y como vieron que entretanto que hablaba con ellos, no daban guerra, se descuidaron un momento del rodelar, y le dieron tres pedradas, é un flechazo, una en la cabeza, y otra en un brazo, y otra en una pierna: y puesto que le rogaban que se curase, y comiese, y le decian sobre ello buenas palabras, no quiso; ántes cuando no nos catamos, vinieron á decir que era muerto, y Cortés lloró por él y todos nuestros capitanes, y soldados: é hombres hubo entre nosotros de los que le conociamos y tra-

tábamos, que tan llorando fué, como si fuera nuestro padre: y no nos hemos de maravillar dello, viendo que tan bueno era: y decian que habia diez y siete años que reinaba, y que fué el mejor rey que en México habia habido, y que por su persona habia vencido tres desafios que tuvo sobre las tierras que sojuzgó.

CAPITULO CXXVII.

Desque fué muerto el gran Montezuma, acordó Cortés de hacello saber á sus capitanes, y principales que nos daban güerra, y lo que mas sobre ello pasó.

Pues como vimos al Montezuma que se habia muerto, ya he dicho la tristeza que todos nosotros hubimos por ello, y aun al fraile de la Merced, que siempre estaba con él, y no le pudo atraer á que se volviese christiano, y el fraile le dijo, que creyese, que de aquellas heridas moriria, á que él respondia, que él debia de mandar que le pusiesen alguna cosa. En fin de mas razones, mandó Cortés á un papa, é á un principal de los que estaban presos, que soltamos para que fuese á decir al cacique que alzaron por señor, que se decia Coadlavaca, y á sus capitanes, cómo el gran Montezuma era muerto, y que ellos le vieron morir, y de la manera que murió, y heridas que le dieron los suyos; y dijesen cómo á

todos nos pesaba dello, y que lo enterrasen como gran rey que era, y que alzasen á su primo del Montezuma, que con nosotros estaba por rey, pues le pertenecia de heredar, ó á otros sus hijos, é que al que habian alzado por señor, que no le venia de derecho, é que tratasen paces para salirnos de México, que si no lo hacian ahora que era muerto Montezuma, á quien teniamos respeto, y que por su causa no les destruíamos su ciudad, que saldriamos á dalles guerra, y á quemalles todas las casas, y les hariamos mucho mal: y porque lo viesen cómo era muerto el Montezuma, mandó á seis mexicanos muy principales, y los mas papas que teniamos presos, que lo sacasen á cuestas, y lo entregasen á los capitanes mexicanos, y les dijesen lo que el Montezuma mandó al tiempo que se queria morir, que aquellos que le llevaron á cuestas, se hallaron presentes á su muerte, y dijeron al Coadlavaca toda la verdad, cómo ellos propios le mataron de tres pedradas y un flechazo. Y cuando así le vieron muerto, vimos que hicieron muy gran llanto, que bien oimos las gritas y aullidos que por él daban: y aun con todo esto no cesó la gran batería que siempre nos daban, que era sobre nosotros de vara, y piedra, y flecha, y luego la comenzaron muy mayor, y con gran braveza nos decian: ahora pagareis muy de verdad la muerte de nuestro rey, y el deshonor de nuestros ídolos: y las paces que nos enviais á pedir, salid acá, y concertarémos cómo y

de qué manera han de ser: y decian tantas palabras sobre ello, y de otras cosas, que ya no se me acuerda, y las dejaré aquí de decir, y que ya tenian elegido buen rey, y que no era de corazon tan flaco, que le podíais engañar con palabras falsas, como fué al buen Montezuma: y del enterramiento que no tuviesen cuidado, sino de nuestras vidas, que en dos dias no quedarian ningunos de nosotros, para que tales cosas enviemos á decir: y con estas pláticas muy grandes gritas y silbos, y rociadas de piedra, vara, y flecha, y otros muchos escuadrones todavía procurando de poner fuego á muchas partes de nuestros aposentos. Y como aquello vió Cortés, y todos nosotros, acordamos que para otro dia saliésemos del real, y diésemos guerra por otra parte, adonde habia muchas casas en tierra firme, y que hiciésemos todo el mal que pudiésemos, y fuésemos hácia la calzada, y que todos los de á caballo rompiesen con los escuadrones, y los alanceasen, ó echasen en la laguna, y aunque les matasen los caballos: y esto se ordenó para ver si por ventura con el daño y muerte que les hiciésemos cesaria la guerra, y se trataria alguna manera de paz, para salir libres sin mas muertes y daños. Y puesto que otro dia lo hicimos todos muy varonilmente, y matamos muchos contrarios, y se quemaron obra de veinte casas, y fuimos hasta cerca de tierra firme, todo fué nonada para el gran daño, y muertes de mas de veinte soldados, y heridas que nos die-

ron, y no pudimos ganalles ninguna puente porque todas estaban medio quebradas, y cargaron muchos mexicanos sobre nosotros, y tenian puestas albarradas y mamparos, en parte adonde conocian que podian alcanzar los caballos. Par manera, que si muchos trabajos teniamos hasta allí, muchos mayores tuvimos adelante. Y dejallo he aquí, y volvamos á decir cómo acordamos de salir de México. En esta entrada, y salida, que hicimos con los de á caballo, que era un juéves, acuérdome que iba allí Sandoval y Lares el buen ginete, y Gonzalo Dominguez, Juan Velazquez de Leon, y Francisco de Morla, y otros buenos hombres de á caballo de los nuestros y de los de Narvaez: é asimismo iban otros buenos ginetes; mas estaban espantados, y temerosos los de Narvaez, como no se habian hallado en guerras de indios, como nosotros los de Cortés.

CAPITULO CXXVIII.

Cómo acordamos de nos ir huyendo de México, y lo que sobre ello se hizo.

Como vimos que cada dia iban menguando nuestras fuerzas, y las de los mexicanos crecian, y viamos muchos de los nuestros muertos, y todos los mas heridos, é que aunque peleábamos muy como varones, no los podiamos hacer retirar, ni que se apartasen los muchos escuadrones, que de dia y de noche nos daban guerra, y la pólvora apocada, y la comida y agua por el consiguiente, y el gran Montezuma muerto, las paces que les enviamos á demandar, no las quisieron aceptar: en fin, viamos nuestras muertes á los ojos, y las puentes que estaban alzadas, y fué acordado por Cortés, y por todos nuestros capitanes, y soldados, que de noche nos fuésemos, cuando viésemos que los escuadrones guerreros estuviesen mas descuidados: y para mas

les descuidar, aquella tarde les enviamos á decir con un papa de los que estaban presos, que era muy principal entre ellos, y con otros prisioneros, que nos dejen ir en paz de ahí á ocho dias, y que les dariamos todo el oro y esto por descuidarlos, y salirnos aquella noche. Y demás desto, estaba con nosotros un soldado que se decia Botello, al parecer muy hombre de bien, y latino, y habia estado en Roma, y decian que era negromántico, otros decian que tenia familiar, algunos le llamaban astrólogo: y este Botello habia dicho cuatro dias habia que hallaba por sus suertes, y astrologías, que si aquella noche que venia no saliamos de México, y si mas aguardábamos, que ningun soldado podria salir con la vida: y aun habia dicho otras veces que Cortés habia de tener muchos trabajos, y habia de ser desposeido de su sér, y honra, y que despues habia de volver á ser gran señor, y de mucha renta, y decia otras muchas cosas deste arte. Dejemos al Botello, que despues tornaré á hablar en él, y diré cómo se dió luego órden, que se hiciese de maderos y ballestas muy recias una puente que llevásemos para poner en las puentes que tenian quebradas: y para ponella, y llevalla, y guardar el paso, hasta que pasase todo el fardaje, y los de á caballo, y todo nuestro ejército, señalaron, y mandaron á cuatrocientos indios tlaxcaltecas, y ciento y cincuenta soldados: y para llevar el artillería, señalaron doscientos y cincuenta indios tlaxcal-

tecas, y cincuenta soldados: y para que fuesen en la delantera peleando, señalaron á Gonzalo de Sandoval, y á Francisco de Acevedo el pulido, y á Francisco de Lugo, y á Diego de Ordás, é Andrés de Tapia: y todos estos capitanes, y otros ocho ó nueve de los de Narvaez, que aquí no nombro, y con ellos para que les ayudasen, cien soldados mancebos sueltos: y para que fuesen entre medias del fardaje, y naborias, y prisioneros, y acudiesen á la parte que mas conviniese de pelear, señalaron al mismo Cortés, y á Alonso de Avila, y á Christóbal de Oli, é á Bernardino Velazquez de Tapia, y á otros capitanes de los nuestros; que no me acuerdo ya sus nombres, con otros cincuenta soldados: y para la retaguardia señalaron á Juan Velazquez de Leon, y á Pedro de Alvarado, con otros muchos de á caballo, y mas de cien soldados, y todos los mas de los de Narvaez, y para que llevasen á cargo los prisioneros, y á doña Marina, y á doña Luisa señalaron trescientos tlaxcaltecas, y treinta soldados. Pues hecho este concierto, ya era noche, y para sacar el oro, y llevallo, y repartillo, mandó Cortés á su camarero, que se decia Christóbal de Guzman, y á otros sus criados, que todo el oro y plata, y joyas lo sacasen de su aposento á la sala con muchos indios de Tlaxcala, y mandó á los oficiales del rey, que era en aquel tiempo Alonso de Avila, y Gonzalo Mejía, que pusiesen en cobro todo el oro de su majestad, y para que lo llevasen les dió sie-

te caballos heridos y cojos, y una yegua, y muchos indios tlaxcaltecas, que segun dijeron, fueron mas de ochenta, y cargaron dello lo mas que pudieron llevar, que estaba hecho todo lo mas dello en barras muy anchas, y grandes, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y quedaba mucho mas oro en la sala hecho montones. Entónces Cortés llamó su secretario, que se decia Pedro Hernandez y á otros escribanos del rey, y dijo: dadme por testimonio, que no puedo mas hacer sobre guardar este oro. Aquí tenemos en esta casa y sala sobre setecientos mil pesos por todo, y veis que no lo podemos pasar, ni poner cobro mas de lo puesto: los soldados que quisieren sacar dello, desde aquí se lo doy; ¿cómo se ha de quedar aquí perdido entre estos perros? Y desque aquello oyeron muchos soldados de los de Narvaez, y aun algunos de los nuestros cargaron dello. Yo digo, que nunca tuve codicia del oro, sino procurar salvar la vida, porque la teniamos en gran peligro: mas no dejé de apañar de una petaquilla que allí estaba, cuatro chalchihuis, que son piedras muy preciadas entre los indios, que de presto me eché entre los pechos entre las armas: y aun entónces Cortés mandó tomar la petaquilla con los chalchihuis que quedaban para que la guardase su mayordomo: y aun los cuatro chalchihuis que yo tomé, si no me los hubiera echado entre los pechos me los demandara Cortés; los cuales me fueron muy buenas para cu-

rar mis heridas, y comer del valor dellos. Volvamos á nuestro cuento, que desque supimos el concierto que Cortés habia hecho de la manera que habiamos de salir; y llevar la madera para las puentes, y como hacia algo escuro, que habia neblina é lloviznaba, y era ántes de media noche, comenzaron á traer la madera é puente, y ponella en el lugar que habia de estar, y á caminar el fardaje y artillería, y muchos de á caballo, y los indios tlaxcaltecas con el oro; y despues que se puso en la puente, y pasaron todos así como venian, y pasó Sandoval, é muchos de á caballo, tambien pasó Cortés con sus compañeros de á caballo tras de los primeros, y otros muchos soldados. Y estando en esto, suenan los cornetas y gritas y silbos de los mexicanos: y decian en su lengua: Taltelulco, taltelulco, salí presto con vuestras canoas, que se van los teules, atajadlos en las puentes: y cuando no me cato, vimos tantos escuadrones de guerreros sobre nosotros y toda la laguna cuajada de canoas, que no nos podiamos valer, y muchos de nuestros soldados ya habian pasado. Y estando desta manera, carga tanta multitud de mexicanos á quitar la puente, y á herir y matar á los nuestros, que no se daban á manos unos á otros: y como la desdicha es mala, y en tales tiempos ocurre un mal sobre otro, como llovia resbalaron dos caballos, y se espantaron, y caen en la laguna, y la puente quitada, y caida, y cargan tantos guerreros mexica-

nos para acaballa de quitar, que por bien que peleábamos, y matábamos muchos dellos, no se pudo mas aprovechar della. Por manera, que aquel paso y abertura de agua presto se hinchó de caballos muertos, y de los caballeros cuyos eran, que no podian nadar, y mataban muchos dellos, y de los indios tlaxcaltecas, é indias naborias, y fardaje, y petacas y artillería; y de los muchos que se ahogaban ellos y los caballos: y de otros muchos soldados que allí en el agua mataban, y metian en las canoas, que era muy gran lástima de lo ver y oír. Pues la grita y lloros, y lástimas que decian demandando socorro: Ayudadme, que me ahogo: otros, socorredme, que me matan: otros demandando ayuda á nuestra Señora Santa María, y á señor Santiago: otros demandaban ayuda para subir á la puente, y estos eran ya que escapaban nadando, y asidos á muertos y á petacas para subir arriba, adonde estaba la puente: y algunos que habian subido, y pensaban que estaban libres de aquel peligro, habia en las calzadas grandes escuadrones guerreros, que los apañaban é amorrinaban con unas macanas: y otros que flechaban y alanceaban. Pues quizá habia algun concierto en la salida, como lo habiamos concertado? maldito aquel; porque Cortés, y los capitanes y soldados que pasaron primero á caballo por salvar sus vidas, y llegar á tierra firme, aguijaron por las puentes y calzadas adelante, y no aguardaron unos á otros, y no lo erra-

ron, porque los de á caballo no podian pelear en las calzadas, porque yendo por la calzada, ya que arremetian á los escuadrones mexicanos, echábanseles al agua, y de la una parte la laguna, y de otra azuteas, y por tierra les tiraban tanta flecha, y vara, y piedra, y con lanzas muy largas, que habian hecho de las espadas que nos tomaron, como partesanas, mataban los caballos con ellas: y si arremetia alguno de á caballo, y mataba algun indio, luego le mataban el caballo; y así no se atrevian á correr por la calzada. Pues vista cosa es que no podian pelear en el agua: y puestos sin escopetas ni ballestas, y de noche, ¿qué podiamos hacer sino lo que haciamos? Que era que arremetiésemos treinta y cuarenta soldados que nos juntábamos, y dar algunas cuchilladas á los que nos venian á echar mano, y andar y pasar adelante hasta salir de las calzadas, porque si aguardáramos los unos á los otros no saliéramos ninguno con la vida, y si fuera de dia peor fuera; y aun los que escapamos fué que nuestro Señor Dios fué servido darnos esfuerzo para ello, y para quien no lo vió aquella noche la multitud de guerreros que sobre nosotros estaban, y las canoas que de los nuestros arrebataban y llevaban á sacrificar, era cosa de espanto. Pues yendo que íbamos cincuenta soldados de los de Cortés, y algunos de Narvaez, por nuestra calzada adelante, de cuando en cuando salian escuadrones mexicanos á nos echar manos. Acuérdome que nos decian: Oh, oh, oh, luilones, que quiere de-

cir ¡oh putos! ¿aun aquí quedais vivos, que no os han muerto los tiacanes? Y como les acudimos con cuchilladas y estocadas, pasamos adelante. E yendo por la calzada cerca de tierra firme, cabe el pueblo de Tacuba, donde ya habian llegado Gonzalo de Sandoval y Christóval de Oli y Francisco de Salcedo el pulido, y Gonzalo Dominguez, y Lares y otros muchos de á caballo, y soldados de los que pasaron adelante ántes que desamparasen la puente, segun y de la manera que dicho tengo; é ya que llegábamos cerca, oíamos voces que daba Christóval de Oli y Gonzalo de Sandoval y Francisco de Morla, y decian á Cortés, que iba adelante de todos: Aguardad, señor capitan, que dicen estos soldados que vamos huyendo y los dejamos morir en las puentes y calzadas á todos los que quedan atrás; tornémoslos á amparar y recoger, porque vienen algunos soldados muy heridos, y dicen que los demás quedan todos muertos, y no salen ni vienen ningunos. Y la respuesta que dió Cortés, que los que habiamos salido de las calzadas era milagro; que si á las puentes volviesen, pocos escaparian con las vidas, ellos y los caballos. Y todavía volvió el mismo Cortés y Christóval de Oli y Alonso de Ávila y Gonzalo de Sandoval y Francisco de Morla y Gonzalo Dominguez con otros seis ó siete de á caballo, y algunos soldados que no estaban heridos; mas no fueron mucho trecho, porque luego encontraron con Pedro de Alvarado bien herido, con una lanza en la mano

á pié, que la yegua alazana ya se la habian muerto, y traía consigo siete soldados, los tres de los nuestros y los cuatro de los de Narvaez, tambien muy heridos, y ocho tlaxcaltecas, todos corriendo sangre de muchas heridas: y entretanto, volvió Cortés por la calzada con los capitanes y soldados que dicho tengo. Reparamos en los patios junto á Tacuba, y ya habian venido de México (como está cerca), dando voces, y á dar mandado á Tacuba y á Escapuzalco y á Teneyuca para que nos saliesen al encuentro. Por manera que nos comenzaron á tirar vara y piedra y flecha, y con sus lanzas grandes engastonadas en ellas de nuestras espadas que nos tomaron en este desbarate; y haciamos algunas arremetidas, en que nos defendiamos dellos y les ofendiamos. Volvamos á Pedro de Alvarado, que como Cortés y los demás capitanes y soldados le encontraron de aquella manera que he dicho, y como supieron que no venian más soldados, se les saltaron las lágrimas de los ojos, porque el Pedro de Alvarado y Juan Velazquez de Leon, con otros mas de veinte de á caballo y más de cien soldados habian quedado en la retaguardia; y preguntando Cortés por los demás, dijo que todos quedaban muertos, y con ellos el capitan Juan Velazquez de Leon y todos los mas de á caballo que traía, así de los nuestros como de los de Narvaez, y más de ciento y cincuenta soldados que traía. Y dijo el Pedro que despues que les mataron los caballos y la ye-

gua, que se juntaron para se amparar obra de ochenta soldados, y que sobre los muertos y petacas y caballos que se ahogaron, pasaron la primera puente. En esto no se me acuerda bien si dijo que pasó sobre los muertos, y entónces no miramos lo que sobre ello dijo á Cortés, sino que allí en aquella puente le mataron á Juan Velazquez y mas de docientos compañeros que traía que no les pudieron valer. Y asimismo á esta otra puente, que les hizo Dios mucha merced en escapar con las vidas: y decia que todas las puentes y calzadas estaban llenas de guerreros. Dejemos esto, y diré que en la triste puente, que dicen ahora que fué el salto de Alvarado, yo digo que en aquel tiempo ningun soldado se paró á vello si saltaba poco ó mucho, que harto teniamos en mirar y salvar nuestras vidas, porque eran muchos los mexicanos que contra nosotros habia; porque en aquella coyuntura no lo podimos ver ni tener sentido en salto, si saltaba ó pasaba poco ó mucho; y así seria cuando el Pedro de Alvarado llegó á la puente, como él dijo á Cortés que habia pasado asido á petacas y caballos y cuerpos muertos, porque ya que quisiera saltar y sustentarse en la lanza en el agua, era muy honda y no pudiera allegar al suelo con ella para poderse sustentar sobre ella; y demás desto, la abertura muy ancha y alta, que no la podria saltar por muy mas suelto que era. Tambien digo que no la podia saltar, ni sobre la lanza ni de otra manera, porque despues desde cer-

ca de un año que volvimos á poner cerco á México y la ganamos, me hallé muchas veces en aquella puente peleando con escuadrones mexicanos, y tenian allí hechos reamparos y albarradas, que se llama ahora la Puente del salto de Alvarado, y platicábamos muchos soldados sobre ello y no hallábamos razon ni soltura de un hombre que tal saltase. Dejemos este salto, y digamos que como vieron nuestros capitanes que no acudian mas soldados, y el Pedro de Alvarado dijo que todo quedaba lleno de guerreros, y que ya que algunos quedasen rezagados que en las puentes los matarian, volvamos á decir desto del salto de Alvarado. Digo que para qué porfian algunas personas que no lo saben ni lo vieron, que fué cierto que la saltó el Pedro de Alvarado la noche que salimos huyendo aquella puente y abertura del agua? Otra vez digo que no la pudo saltar en ninguna manera, y para que claro se vea, hoy dia está la puente y la manera del altor del agua que solia venir, y que tan alta estaba la puente y el agua muy honda, que no podia llegar al suelo con la lanza. Y porque los lectores sepan que en México hubo un soldado que se decia fulano de Ocampo, que fué de los que vinieron con Garay, hombre muy plático y se preciaba de hacer libelos infamatorios y otras cosas á manera de masepasquines, y puso en ciertos libelos á muchos de nuestros capitanes cosas feas que no son de decir, no siendo verdad; y entre ellos, de-

más de otras cosas que dijo de Pedro de Alvarado, que habia dejado morir á su compañero Juan Velazquez de Leon con más de doscientos soldados y los de á caballo que les dejamos en la retaguardia, y se escapó él, y por escaparse dió aquel gran salto, como suele decir el refran: Saltó y escapó la vida. Volvamos á nuestra materia. E porque los que estábamos ya en salvo en lo de Tacuba, no nos acabásemos del todo de perder; é porque habian venido muchos mexicanos y los de Tacuba y Escapuzalco y Teneyuca, y de otros pueblos comarcanos sobre nosotros, que todos enviaron mensajeros desde México para que nos saliesen al encuentro en las puentes y calzadas, y desde los maizales nos hacian mucho daño, y mataron tres soldados que ya estaban heridos, acordamos lo mas presto que pudiésemos salir de aquel pueblo y sus maizales; y con seis ó siete tlaxcaltecas que sabian ó atinaban el camino de Tlaxcala (sin ir por camino derecho), nos guiaban con mucho concierto, hasta que saliésemos á unas caserías que en un cerro estaban, y allí junto á un cu é adoratorio y como fortaleza, adonde reparamos; que quiero tornar á decir, que seguidos que íbamos de los mexicanos y de las flechas y varas y piedras, con sus hondas nos tiraban, y cómo nos cercaban dando siempre en nosotros, es cosa de espantar. Y como lo he dicho muchas veces, estoy harto de decirlo, los lectores no lo tengan por cosa de prolijidad, por causa que cada vez

ó cada rato que nos apretaban y herian, y daban recia guerra, por fuerza tengo de tornar á decir de los escuadrones que nos seguian y mataban muchos de nosotros. Dejémoslo ya de traer tanto á la memoria, y digamos cómo nós defendiamos en aquel cu y fortaleza. Nos albergamos y se curaron los heridos, y con muchas lumbres que hicimos (1). Pues de comer no lo habia, y en aquel cu y adoratorio, despues de ganada la gran ciudad de México, hicimos una iglesia que se dice nuestra Señora de los Remedios, muy devota, é van ahora allí en romería y á tener novenas muchos vecinos y señoras de México. Dejemos esto, y volvamos á decir que lástima era de ver curar y apretar con algunos paños de mantas nuestras heridas, y como se habian resfriado y estaban hinchadas dolian. Pues más de llorar fué los caballos y esforzados soldados que faltaban: que es de Juan Velazquez de Leon, Francisco de Salcedo, y Francisco de Morla y un Lares, el buen ginete, y otros muchos de los

(1) Cuando Cortés llega en su relacion á este cerro y aposento que habia en él, dice: "Dios sabe el trabajo y fatiga que "allí se recibió, porque ya no habia caballo, de veinte y cuatro "que nos habian quedado, que pudiese correr ni caballero que "pudiese alzar el brazo, ni peon sano que pudiese menearse; y "llegados al aposento nos fortalecimos en él, y allí nos cercaron y tuvieron cercados fasta noche, sin nos dejar descansar "una hora." *Cortés, Carta II.*

nuestros de Cortés. ¿Para qué cuento yo estos pocos? Porque para escribir los nombres de los muchos que de los nuestros faltaron, es no acabar tan presto. Pues de los de Narvaez, todos los más en las puentes quedaron cargados de oro. Digamos ahora qué es de muchos tlaxcaltecas que iban cargados de barras de oro, y otros que nos ayudaban. Pues el Astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que tambien allí murió. Volvamos á decir cómo quedaron muertos así los hijos de Montezuma como los prisioneros que traíamos, y el Cacamatzin y otros reyezuelos. Dejemos ya de contar tantos trabajos, y digamos cómo estábamos pensando en lo que por delante teniamos, y era que todos estábamos heridos, y no escaparon sino veinte y tres caballos; pues los tiros y artillería y pólvora, no sacamos ninguna: las ballestas fueron pocas, y esas se remediaron luego, é hicimos saetas. Pues lo peor de todo era que no sabiamos la voluntad que habiamos de hallar en nuestros amigos los de Tlaxcala. Y demás desto, aquella noche, siempre cercados de mexicanos, y grita y vara y flecha, con hondas sobre nosotros, acordamos de nos salir de allí á media noche; y con los tlaxcaltecas (nuestras guías) por delante, con muy gran concierto, llevábamos los muy heridos en el camino en medio, y los cojos con bordones, y algunos que no podian andar y estaban muy malos, á ancas de caballos de los que iban cojos que no eran para batallar; y los de á ca-

ballo sanos, delante y á aun lado y á otro repartidos: y por este arte todos nosotros los que mas sanos estábamos, haciendo rostro y cara á los mexicanos, y los tlaxcaltecas que estaban heridos iban dentro en el cuerpo de nuestro escuadron, y los demás que estaban sanos hacian cara juntamente con nosotros, porque los mexicanos nos iban siempre picando con grandes voces y gritos y silbos, diciendo: ¡Allá iréis donde no quede ninguno de vosotros á vida! Y no entendiamos á qué fin lo decian, segun adelante verán. Olvidado me he escribir el contento que recibimos de ver viva á nuestra doña Marina y á doña Luisa, hija de Xicotenga, que las escaparon en las puentes unos tlaxcaltecas hermanos de la doña Luisa, que salieron de los primeros y quedaron muertas todas las más naborias que nos habian dado en Tlaxcala y en México: allí quedaron en las puentes con los demás. Y volvamos á decir cómo llegamos aquel dia á un pueblo grande que se dice Gualquitan, el cual pueblo fué de Alonso de Ávila; y aunque nos daban grita y voces y tiraban piedra y vara y flecha, todo lo soportábamos: y desde allí fuimos por unas caserías y pueblezuelos, y siempre los mexicanos siguiéndonos; y como se juntaban muchos, procuraban de nos matar y nos comenzaban á cercar, y tiraban tanta piedra con hondas, y vara y flecha, que mataron á dos de nuestros soldados en un paso malo, que iban mancos, y tambien un caballo, é hi-

rieron á muchos de los nuestros; y tambien nosotros á estocadas les matamos algunos dellos, y los de á caballo á lanzadas los mataban, aunque pocos: y así dormimos en aquellas casas, y allí comimos el caballo que mataron (1). Y otro dia muy de mañana comenzamos á caminar con el concierto que de ántes y aun mejor, y siempre la mitad de los de á caballo adelante; y poco más de una legua, en un llano, ya que creíamos ir en salvo, vuelven tres

(1) No es de omitir la relacion que hace Cortés del estado deplorable del ejército en este dia. "E de allí salí yo muy mal "herido en la cabeza de dos pedradas, y despues de me haber "atado las heridas, hice salir dos españoles del pueblo porque "me pareció que no era seguro aposento para nosotros. E así "caminando, siguiéndonos todavía los indios en harta cantidad, "los cuales pelearon con nosotros tan reciamente, que hirieron "cuatro ó cinco españoles y otros tantos caballos, y nos mata- "ron un caballo, que aunque Dios sabe cuánta falta nos hizo "y cuánta pena recibimos con habérnosle muerto, porque no "teniamos, despues de Dios, otra seguridad sino la de los ca- "ballos, nos consoló su carne, porque le comimos, sin dejar "cuero ni otra cosa dél, segun la grande necesidad que traía- "mos; porque despues que de la gran ciudad salimos, ninguna "otra cosa comimos sino maíz tostado y cocido, y esto no to- "das veces ni abasto, y yerbas que cogiamos del campo. E "viendo que de cada dia sobrevenia mas gente y mas recia y "nosotros íbamos enflaqueciendo, hice aquella noche que los "heridos y dolientes que llevábamos á las ancas de los caba- "llos y á cuestas, hiciesen maletas y otras maneras de ayu- "das como se pudiesen sostener y andar, porque los caballos "y españoles sanos estuviesen libres para pelear." *Cortés, Carta II.*

de los nuestros de á caballo y dicen que están los cuerpos llenos de guerreros mexicanos aguardándonos (1). Cuándo lo oímos, bien que tuvimos temor é grande, mas no para desmayar del todo ni dejar de encontrarnos con ellos y pelear hasta morir. Y allí reparamos un poco y se dió órden cómo habian de entrar y salir los de á caballo á media rienda, y que no se parasen á lancear, no las lanzas por los rostros hasta romper sus escuadrones y que todos los soldados las estocadas que diésemos que les pasásemos las entrañas, y que todos hiciésemos de manera que vengásemos muy bien nuestras muertes y heridas, por manera que si Dios fuese servido que escapásemos con las vidas; y despues de nos encomendar á Dios y á Santa María muy de corazon, é invocando el nombre del señor Santiago, desque vimos que nos comenzaban á cercar, de cinco en cinco de á caballo rompieron por ellos y todos nosotros juntamente (2). ¡Oh qué cosa de ver era esta tan temerosa y rompida batalla! ¡Cómo andábamos pié con pié, y con qué furia los perros peleaban, y qué herir y matar hacian en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de

(1) Junto á Otumba, donde se dió la célebre batalla que va á describir Castillo.

(2) "Salieron al encuentro mucha cantidad de indios, y "tanta, que por la delantera, lados ni rezaga, ninguna cosa "de los campos, que se podian ver, habia dellos vacía." *Cortés, Carta II.*

dos manos (1)! Y los de á caballo, como era el campo llano, ¡cómo alanceaban á su placer, entrando y saliendo á media rienda! Y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dejaban de batallar muy como varones esforzados. Pues todos nosotros los que teniamos caballos parece ser que á todos se nos ponia esfuerzo doblado, que aunque estábamos heridos, y de refresco teniamos más heridas, no curábamos de las apretar (por no nos parar á ello), que no habia lugar, sino con grandes ánimos apechugábamos á les dar de estocadas. Pues quiero decir, cómo Cortés, y Christóval de Olí, y Pedro de Alvarado, que tomó otro caballo de los de Narvaez, porque su yegua se la habian muerto, como dicho tengo, y Gonzalo de Sandoval, cuál andaba de una parte á otra, rompiendo escuadrones, aunque bien heridos: y las palabras que Cortés decia á los que andábamos envueltos con ellos, que la estocada y cuchillada que diésemos, fuese en señores señalados, porque todos traían grandes penachos con oro, y ricas armas y divisas. Pues oír cómo nos esforzaba el valiente y animoso Sandoval, y decia: Ea, señores, que hoy es el dia que hemos de vencer, tened esperanza en Dios, que saldrémos de aquí vivos; para algun buen fin

(1) "Los cuales pelearon con nosotros tan fuertemente "por todas partes, que casi no nos conociamos unos á otros "tan juntos y envueltos andaban con nosotros." *Cortés, Carta II.*

nos guarda Dios. Y tornaré á decir los muchos de nuestros soldados que nos mataban y herian. Y dejemos esto, y volvamos á Cortés, y Christóval de Oli, y Sandoval, y Pedro de Alvarado, y Gonzalo Dominguez, y otros muchos que aquí no nombro, y todos los soldados poniamos grande ánimo para pelear: y esto nuestro Señor Jesu-Christo, y nuestra Señora la Vírgen Santa María nos lo ponia, y señor Santiago, que ciertamente nos ayudaba: y así lo certificó un capitan de Guatemuz, de los que se hallaron en la batalla: y quiso Dios que allegó Cortés con los capitanes por mí nombrados, en parte donde andaba el capitan general de los mexicanos con su bandera tendida, con ricas armas de oro, y grandes penachos de argentería, y como lo vió Cortés al que llevaba la bandera, con otros muchos mexicanos, que todos traían grandes penachos de oro, dijo á Pedro de Alvarado, y á Gonzalo de Sandoval, y á Christóval de Oli, y á los demás capitanes: Ea, señores, rompamos con ellos. Y encomendándonos á Dios, arremetió Cortés, y Christóval de Oli, y Sandoval, y Alonso de Avila, y otros caballeros, y Cortés dió un encuentro con el caballo al capitan mexicano, que le hizo abatir su bandera, y los demás nuestros capitanes acabaron de romper el escuadron, que eran muchos indios: y quien siguió al capitan que traía la bandera, que aun no habia caido del encuentro que Cortés le dió, fué un Juan de Salamanca, natural de Ontiveros, con

una buena yegua overa, que le acabó de matar, y le quitó el rico penacho que traía: y se le dió á Cortés diciendo, que pues él le encontró primero, y le hizo abatir la bandera, y hizo perder el brio, le daba el plumaje; mas dende á ciertos años su majestad se le dió por armas al Salamanca: y así las tiene en sus reposteros sus descendientes. Volvamos á nuestra batalla, que nuestro Señor Dios fué servido, que muerto aquel capitan que traía la bandera mexicana, y otros muchos que allí murieron, aflojó su batallar de arte, que se iban retrayendo, y todos los de á caballo siguiéndoles, y alcanzándoles. Pues á nosotros no nos dolian las heridas, ni teniamos hambre, ni sed, sino que parecia que no habiamos habido ni pasado ningun mal trabajó. Seguimos la vitoria matando é hiriendo. Pues nuestros amigos los de Tlaxcala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes, y otras armas que allí apañaron, hacíanlo muy bien y esforzadamente. Ya vueltos los de á caballo de seguir la vitoria, todos dimos muchas gracias á Dios, que escapamos de tan gran multitud de gente, porque no se habia visto, ni hallado en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan gran número de guerreros juntos; porque allí estaba la flor de México, y de Tezcuco, y Saltocan, ya con pensamiento que de aquella vez no quedara roso ni velloso de nosotros (1). Pues qué armas tan ricas que traían con

(1) Y cierto creimos ser aquel el último de nuestro dias,

tanto oro y penachos y divisas, y todos los mas capitanes y personas principales: y allí junto, donde fué esta reñida y nombrada, y temerosa batalla (para en estas partes así se puede decir, pues Dios nos escapó con las vidas) habia cerca un pueblo que se decia Otumba: la cual batalla tienen muy bien pintada, y en retratos entallada los mexicanos y tlaxcaltecas, entre otras muchas batallas, que con los mexicanos hubimos, hasta que ganamos á México. Y tengan atencion los curiosos lectores, que esto leyeren, que quiero traer aquí á la memoria, que cuando entramos al socorro de Pedro de Alvarado en México, fuimos por todos sobre mas de mil y trescientos soldados con los de á caballo, que fueron noventa y siete, y ochenta ballesteros, y otros tantos escopeteros, y mas de dos mil tlaxcaltecas, y metimos mucha artillería, y fué nuestra entrada en México dia de señor San Juan de Junio de mil y quinientos y veinte años, y fué nuestra salida huyendo á diez del mes de Julio del año siguiente: y fué esta nombrada batalla de Otumba á

segun el mucho poder de los indios, y la poca resistencia, que en nosotros hallaban, por ir, como íbamos muy cansados, y casi todos heridos, y desmayados de hambre. Pero quiso nuestro señor mostrar su gran póder, y misericordia con nosotros, que con toda nuestra flaqueza quebrantámos su gran orgullo, y soberbia, en que murieron muchos dellos, y muchas personas muy principales, y señaladas, porque eran tantos, que los unos á los otros se estorbaban, que no podian pelear, ni huir. —*Cortés, Carta II.*

catorce del mes de Julio. Digamos ahora, ya que escapamos de todos los trances por mí atrás dichos, quiero dar otra cuenta qué tantos mataron, así en México, en puentes y calzadas, como en todos los reencuentros, y en esta de Otumba, y los que mataron por los caminos. Digo, que en obra de cinco dias fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y sesenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo, que se dice Tustepeque, y á cinco mujeres de Castilla, y estos que mataron en Tustepeque, eran de los de Narvaez, y mataron sobre mil y docientos tlaxcaltecas. Tambien quiero decir, cómo en aquella sazon mataron á un Juan de Alcántara el viejo, con otros tres vecinos de la Villa Rica, que venian por las partes del oro que les cabia: de lo cual tengo hecha relacion en el capítulo que dello trata. Por manera que tambien perdieron las vidas y aun el oro: y si miramos en ello, todos comunmente hubimos mal gozo de las partes del oro que nos dieron: y si de los de Narvaez murieron muchos mas que de los de Cortés en las puentes, fué por salir cargados de oro que con el peso dello no podian salir, ni nadar. Dejemos de hablar en esta materia, y digamos cómo íbamos muy alegres y comiendo unas calabazas, que llaman allotes, y comiendo y caminando hácia Tlaxcala, que por salir de aquellas poblaciones, por temor no se tornasen á juntar escuadrones mexicanos, que aun todavía nos daban grita en partes, que no podiamos ser señores

dellos, y nos tiraban mucha piedra con hondas, y vara, y flecha, hasta que fuimos á otras caserías y pueblo chico, porque estaba todo poblado de mexicanos, y allí estaba un buen cu y casa fuerte donde reparamos aquella noche, y nos curamos nuestras heridas, y estuvimos con mas reposo: y aunque siempre teniamos escuadrones de mexicanos que nos seguian, mas ya no se osaban llegar: y aquellos que venian, era, como quien dice: Allá iréis fuera de nuestra tierra. Y desde aquella poblacion y casa donde dormimos, se parecian las sierrezuelas que están cabe Tlaxcala, y como las vimos, nos alegramos, como si fueran nuestras casas. Pues quizá sabiamos cierto, que nos habian de ser leales, ó ¿qué voluntad ternian? ó ¿qué habia acontecido á los que estaban poblados en la Villa Rica, si eran muertos, ó vivos? Y Cortés nos dijo, que pues éramos pocos, que no quedamos sino cuatrocientos y cuarenta, con veinte caballos, y doce ballesteros, y siete escopeteros, y no teniamos pólvora, y todos heridos, y cojos y mancos, que mirásemos muy bien, cómo nuestro Señor Jesu-Christo fué servido escaparnos con las vidas, por lo cual siempre le hemos de dar muchas gracias y loores, y que volvimos otra vez á disminuirnos en el número y copia de los soldados que con él pasamos desde Cuba, y que primero entramos en México, cuatrocientos y cincuenta soldados, y que nos rogaba que en Tlaxcala no les hiciésemos enojo, ni se

les tomase ninguna cosa. Y esto dió á entender á los de Narvaez, porque no estaban acostumbrados á ser sujetos á capitanes en las guerras como nosotros; y mas dijo, que tenia esperanza en Dios que los hallariamos buenos, y leales: é que si otra cosa fuese, lo que Dios no permita, que nos han de tornar á andar los puños con corazones fuertes, y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercibidos. Y nuestros corredores del campo adelante, llegamos á una fuente que estaba en una ladera, y allí estaban unas como cercas, y reamparos de tiempos viejos, y dijeron nuestros amigos los tlaxcaltecas, que allí partian términos entre los mexicanos y ellos: y de buen reposo nos paramos á lavar, y á comer de la miseria que habiamos habido, y luego comenzamos á marchar, y fuimos á un pueblo de los tlaxcaltecas, que se dice Gualiopar, donde nos recibieron, y nos daban de comer, mas no tanto, que si no se lo pagábamos con algunas piecezuelas de oro, y chalchihuis que llevábamos algunos de nosotros, no nos lo daban de balde, y allí estuvimos un dia reposando, curando nuestras heridas: y ansimismo curamos los caballos. Pues cuando lo supieron en la cabecera de Tlaxcala, luego vino Maseescaci, y principales, y todos los mas sus vecinos, y Xicotenga el viejo, y Chichimeclatecle, y los de Guaxocingo: y como llegaron á aquel pueblo, donde estábamos, fueron á abrazar á Cortés, y á todos nuestros capitanes, y soldados; y

llorando algunos dellos, especial el Maseescaci, y Xicotenga, y Chichimeclatecle, y Tecapanenca, dijeron á Cortés: Oh Malinche, Malinche, y cómo nos pesa de vuestro mal, y de todos vuestros hermanos, y de los muchos de los nuestros que con vosotros han muerto: ya os lo habiamos dicho muchas veces que no os fiásedes de gente mexicana, porque de un dia á otro os habian de dar guerra: no me quisistes creer: ya es hecho, al presente no se puede hacer mas de curaros, y daros de comer: en vuestras casas estais, descansad, é iremos luego á nuestro pueblo, y os aposentaremos, y no pienses, Malinche, que habeis hecho poco en escapar con las vidas de aquella tan fuerte ciudad, y sus puentes; é yo digo, que si de ántes os teniamos por muy esforzados, ahora os tenemos en mucho mas: bien sé que lloran muchas mujeres, é indios destos nuestros pueblos las muertes de sus hijos, y maridos, y hermanos, y parientes: no te congojes por ello, y mucho debes á tus dioses, que te han aportado aquí, y salido de entre tanta multitud de guerreros que os aguardaban en lo de Ostumba, que cuatro dias habia que lo supe que os esperaban para os matar: yo queria ir en vuestra busca con treinta mil guerreros de los nuestros, y no pude salir, á causa que no estábamos juntos, y los andaba juntando. Cortés, y todos nuestros capitanes y soldados los abrazamos, y les dijimos, que se lo teniamos en merced, y Cortés les dió á todos los

principales joyas de oro y piedras que todavía se escaparon, cada cual soldado lo que pudo: y ansimesmo dimos algunos de nosotros á nuestros conocidos de lo que teniamos. Pues qué fiesta y alegría mostraron con doña Luisa, y con doña Marina cuando las vieron en salvamento, y qué llorar, y qué tristeza tenian por los demás indios que no venian, que se quedaron muertos, en especial el Masseescaci por su hija doña Elvira, y lloraba la muerte del Juan Velazquez de Leon, á quien la dió. Y desta manera fuimos á la cabeza de Tlaxcala, con todos los caciques, y á Cortés aposentaron en las casas de Maseescaci; y Xicotenga dió sus aposentos á Pedro de Alvarado, y allí nos curamos, y tornamos á convalecer, y aun se murieron cuatro soldados de las heridas, y á otros soldados no se les habian sanado. Y dejallo he aquí, y diré lo que mas pasó.

CAPITULO CXXIX.

Cómo fuimos á la cabecera y mayor pueblo de Tlaxcala y lo que allí pasamos.

Pues como habia un dia que estábamos en el pueblezuelo de Gualipar, y los caciques de Tlaxcala, por mí nombrados, nos hicieron aquellos ofrecimientos, que son dignos de no olvidar, y de ser gratificados, y hechos en tal tiempo, y coyuntura: despues que fuimos á la cabeza y pueblo mayor de Tlaxcala, nos aposentaron como dicho tengo. Parece ser que Cortés preguntó por el oro que habian traido allí, que eran cuarenta mil pesos, el cual oro fueron las partes de los vecinos que quedaban en la Villa Rica: y dijo Masseescaci, y Xicotenga el viejo, y un soldado de los nuestros, que se habia allí quedado doliente, que no se halló en lo de México cuando nos desbarataron, que habian venido de la Villa Rica un Juan de Alcántara, y

otros dos vecinos, é que lo llevaron todo, porque traían Cartas de Cortés, para que se lo diesen, la cual carta mostró el soldado, que habia dejado en poder del Masseescaci, cuando le dieron el oro, y preguntando cómo, y cuándo, y en qué tiempo lo llevó, y sabido que fué, por la cuenta de los dias, cuando nos daban guerra los mexicanos, luego entendimos cómo en el camino habian muerto, y tomado el oro, y Cortés hizo sentimiento por ello: y tambien estábamos con pena, por no saber de los de la Villa Rica no hubiesen corrido algun desman: y luego por la posta escribió con tres tlaxcaltecas, en que leshizo saber los grandes peligros que en México nos habiamos visto, y cómo y de qué manera escapamos con las vidas, yno se les dió relacion de cuantos faltaban de los nuestros; y que mirasen que siempre estuviesen muy alertos, y se velasen, y que si hubiese algunos soldados sanos, se los enviasen y que guardasen muy bien al Narvaez, y al Salvatierra: y si hubiese polvora, ó ballestas, porque queria tornar á correr los rededores de México. Y tambien escribió al capitan que quedó por guarda y capitan de la mar, que se decia Caballero, y que mirase no fuese ningun navío á Cuba, ni Narvaez se soltase: y que si viese que dos navíos de los de Narvaez que quedaban en el puerto, no estaban para navegar: que diese con ellos al través, y le enviase los marinos con todas las armas que tuviesen, y por la posta fueron y volvie-

ron los mensajeros, y trajeron cartas que no habian tenido guerras: que un Juan de Alcántara, y los dos vecinos que enviaron por el oro, que los deben de haber muerto en el camino; y que bien supieron la guerra que en México nos dieron, porque el cacique gordo de Cempoal se lo habia dicho; y ansimismo escribió el almirante de la mar, que se decia Pedro Caballero: y dijeron que harian lo que Cortés les mandaba, é enviaria los soldados, é que el un navío estaba bueno, y que al otro daria al través, y enviaria la gente, é que habia pocos marineros, porque habian adolescido, y se habian muerto, y que agora escribian las respuestas de las cartas: y luego vinieron con el socorro que enviaban de la Villa Rica, que fueron cuatro hombres, con tres de la mar, que todos fueron siete, y venia por capitan dellos un soldado que se decia Lencero, cuya fué la venta que ahora dicen de Lencero. Y cuando llegaron á Tlaxcala, como venian dolientes, y flacos, muchas veces por nuestro pasatiempo, y burlar dellos, deciamos, el socorro del Lencero, que venian siete soldados, y los cinco llenos de bubas, y los dos hinchados, con grandes barrigas. Dejemos burlas, y digamos lo que allí en Tlaxcala nos aconteció con Xicotenga el mozo, y de su mala voluntad, el cual habia sido capitan de toda Tlaxcala, cuando nos dieron las guerras por mí otras veces dichas en el capítulo que dello habla. Y es el caso, que como se supo en aquella su

ciudad, que salimos huyendo de México, y que nos habian muerto mucha copia de soldados, ansí de los nuestros, como de los indios tlaxcaltecas que habian ido de Tlaxcala en nuestra compañía, y que veniamos á nos socorrer é amparar en aquella provincia; el Xicotenga el mozo andaba convocando á todos sus parientes y amigos, y á otros que sentia que eran de su parcialidad, y les decia, que en una noche ó de dia, cuando mas aparejado tiempo viesen, que nos matasen, y que haria amistades con el señor de México, que en aquella sazon habian alzado por rey á uno que se decia Coadlavaca: y que demás desto, que en las mantas y ropas que habiamos dejado en Tlaxcala á guardar, y el oro que ahora sacamos de México, tendrian que robar, y quedarian todos ricos con ello: lo cual alcanzó á saber el viejo Xicotenga su padre, y se lo riñó, y le dijo que no le pasase tal por el pensamiento, que era mal hecho, y que si lo alcanzase á saber Masseescaci, y Chichimeclatecle, que por ventura le matarian, y al que en tal concierto fuese: y por mas que el padre se lo riñó, no curaba de lo que le decia, y todavía entendia en su mal propósito. Y vino á oidos de Chichimeclatecle, que era su enemigo mortal del mozo Xicotenga, y lo dijo á Masseescaci, y acordaron entrar en acuerdo y como cabildo, y sobre ello llamaron al Xicotenga el viejo y los caciques de Guaxocingo, y mandaron traer preso ante sí á Xicotenga el mozo, y Masseescaci

propuso un razonamiento delante de todos y dijo, que si se les acordaba ó habian oído decir de más de cien años hasta entónces; que en toda Tlaxcala habian estado tan prósperos y ricos como despues que los teules vinieron á sus tierras, ni en todas sus provincias habian sido en tanto tenidos, y que tenian mucha ropa de algodon, y oro, y comian sal, lo que hasta allí no solian comer, y por do quiera que iban de sus tlaxcaltecas con los teules les hacian honra por su respeto, puesto que ahora les habian muerto en México muchos dellos; y que tengan en la memoria lo que sus antepasados les habian dicho muchos años atrás, que de adonde sale el sol habian de venir hombres que les habian de señorear: é que á ¿qué causa agora andaba Xicotenga en aquellas traiciones y maldades, concertando de nos dar guerra y matarnos? Que era mal hecho; é que no podia dar ninguna disculpa de sus bellaquerías y maldades que siempre tenia encerradas en su pecho: y agora que los veía venir de aquella manera desbaratados, que nos habia de ayudar, para en estando sanos volver sobre los pueblos de México sus enemigos, queria hacer aquella traicion. Y á estas palabras que el Maseescaci y su padre Xicotenga el ciego le dijeron, el Xicotenga el mozo respondió, que era muy bien acordado lo que decia, por tener paces con mexicanos, y dijo otras cosas que no las pudieron sufrir; y luego se levantó el Maseescaci y el Chichimecla-

tecle, y el viejo de su padre, ciego como estaba, y tomaron al Xicotenga el mozo por los cabezones y de las mantas, y se las rompieron, y á empujones y con palabras injuriosas que le dijeron, le echaron de las gradas abajo donde estaba, y las mantas todas rompidas; y aun si por el padre no fuera, le querian matar, y á los demás que habian sido en su consejo echaron presos; y como estábamos allí retraidos y no era tiempo de le castigar, no osó Cortés hablar más en ello. He traido esto aquí á la memoria para que vean de cuánta lealtad y buenos fueron los de Tlaxcala, y cuánto les debemos, y aun al buen viejo Xicotenga, que á su hijo dicen que le habian mandado matar luego que supo sus tramas y traicion. Dejemos esto, y digamos cómo habia veinte y dos dias que estábamos en aquel pueblo curándonos nuestras heridas y convaleciendo, y acordó Cortés que fuésemos á la provincia de Tepeaca, que estaba cerca, porque allí habian muerto muchos de nuestros soldados y de los de Narvaez que se venian á México, y en otros pueblos que están junto de Tepeaca que se dice Cachula; y como Cortés lo dijo á nuestros capitanes, y apercebian á los soldados de Narvaez para ir á la guerra; y como no eran tan acostumbrados á guerras y habian escapado de la rota de México y puentes, de lo de Otumba, y no vían la hora de se volver á la isla de Cuba á sus indios é minas de oro, renegaban de Cortés y de sus conquistas, especial

el Andrés de Duero, compañero de nuestro Cortés, porque ya lo habrán entendido los curiosos lectores en dos veces que lo he declarado en los capítulos pasados, cómo y de qué manera fué la compañía. Maldecian el oro que le habia dado á él y á los demás capitanes, que todo se habia perdido en las puentes (como habian visto las grandes guerras que nos daban, y con haber escapado con las vidas estaban muy contentos), y acordaron de decir á Cortés que no querian ir á Tepeaca ni á guerra ninguna, sino que se querian volver á sus casas, que bastaba lo que habian perdido en haber venido de Cuba. Y Cortés les habló muy mansa y amorosamente, creyendo de los atraer para que fuesen con nosotros á lo de Tepeaca; y por más pláticas y reprehensiones que les dió, no querian. Y como vieron los de Narvaez que con Cortés no aprovechaban sus palabras, le hicieron requerimiento en forma, delante de un escribano del rey, para que luego se fuese á la Villa Rica, poniéndole por delante que no teniamos caballos ni escopetas ni ballestas, ni pólvora ni hilo para hacer cuerdas, ni almacen; que estábamos todos heridos, y que no habian quedado por todos nuestros soldados y los de Narvaez sino cuatrocientos y cuarenta soldados; que los mexicanos nos tomarian todos los puertos y sierras y pasos, é que los navíos si más aguardaban se comerian de broma: y dijeron en el requerimiento otras muchas cosas. Y cuando se le

hubieron dado y leido el requerimiento á Cortés, si muchas palabras decian en él, muy muchas más contrariedades respondió. Y demás desto, todos los mas de nosotros de los que habiamos pasado con Cortés le dijimos que mirase que no diese licencia á ninguno de los de Narvaez ni á otras personas para volver á Cuba, sino que procurásemos todos de servir á Dios é al rey, é que esto era lo bueno, y no volverse á Cuba. Cuando Cortés hubo respondido al requerimiento, como vieron las personas que le estaban requiriendo que muchos de nosotros ayudábamos el intento de Cortés y que les estorbábamos sus grandes importunaciones, que sobre ello le hablaban y requerian, con no mas de que deciamos que no es servicio de Dios ni de su majestad que dejen desamparado su capitan en las guerras, en fin de muchas razones que pasaron, obedecieron para ir con nosotros á las entradas que se ofreciesen. Mas fué que les prometió Cortés que en habiendo coyuntura los dejaria volver á su isla de Cuba. Y no por aquesto dejaron de murmurar dél y de su conquista, que tan caro les habia costado, en dejar sus casas y reposo y haberse venido á meter adonde no estaban seguros de las vidas. Y más decian: que si en otra guerra entrásemos con el poder de México, que no se podria excusar tarde ó temprano de tenella, que creían é tenian por cierto que no nos podriamos sustentar contra ellos en las batallas, segun habian visto lo de

México, y puentes, y en la nombrada de Otumba. Y más decian: que nuestro Cortés, por mandar y siempre ser señor, y nosotros los que con él pasábamos no tener que perder sino nuestras personas, asistiamos con él; y decian otros muchos desatinos, y todo se les disimulaba por el tiempo en que lo decian; mas no tardaron muchos meses que no les dió licencia para que se volviesen á sus casas, lo cual diré en su tiempo y sazon. Y dejémoslo de repetir, y digamos de lo que dice el coronista Gomora, que yo estoy muy harto de declarar sus borrones, que dice que le informaron, las cuales informaciones no son así como él lo escribe. Y por no me detener en todos los capítulos á tornallos á recitar y traer á la memoria cómo y de qué manera pasó, lo he dejado de escribir; y ahora, pareciéndome que en esto deste requirimiento que escribe que hicieron á Cortés, no dice quién fueron los que lo hicieron, si eran de los nuestros ó de los de Narvaez, y en esto que escribe es por sublimar á Cortés y abatir á nosotros los que con él pasamos; y sepan que hemos tenido por cierto los conquistadores verdaderos que esto vemos escrito, que le debieron de granjear al Gomora con dádivas porque lo escribiese desta manera, porque en todas las batallas y reencuentros éramos los que sosteniamos á Cortés, y ahora nos aniquila en lo que dice este coronista, que le requeriamos. Tambien dice que decia Cortés en las respuestas del mismo requiri-

miento, que para animarnos y esforzarnos que enviar á llamar á Juan Velazquez de Leon y al Diego de Ordás; que el uno dellos dijo estaba poblando en lo de Pánuco con trescientos soldados, y el otro en lo de Guazacualco con otros soldados: y no es ansí, porque luego que fuimos sobre México al socorro de Pedro de Alvarado, cesaron los conciertos que estaban hechos, que Juan Velazquez de Leon habia de ir á lo de Pánuco y el Diego de Ordás á lo de Guazacualco, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado que sobre ello tengo hecho relacion; porque estos dos capitanes fueron á México con nosotros al socorro de Pedro de Alvarado, y en aquella derrota el Juan Velazquez de Leon quedó muerto en las puentes, y el Diego de Ordás salió muy mal herido de tres heridas que le dieron en México, segun ya lo tengo escrito cómo y cuándo y de qué arte pasó; por manera que el coronista Gomora, si como tiene buena retórica en lo que escribe, acertara á decir lo que pasó, muy bien fuera. Tambien he estado mirando cuando dice en lo de la batalla de Otumba, que dice que si no fuera por la persona de Cortés, que todos fuéramos vencidos; y que él solo fué el que la venció en el dar como dió el encuentro al que traía el estandarte, y señala México. Ya he dicho, y lo torno agora á decir, que á Cortés todo la honra se le debe como bueno y esforzado capitan; mas sobre todo hemos de dar gracias á Dios, que él fué servido

poner su divina misericordia, con que siempre nos ayudaba y sustentaba, y Cortés en tener tan esforzados y valerosos capitanes y valientes soldados como tenia; é despues de Dios con nosotros le dábamos esfuerzo, y rompiamos los escuadrones, y le sustentábamos para que con nuestra ayuda, y de nuestros capitanes, guerreasen de la manera que guerreamos, como en los capítulos pasados sobre ello dicho tengo, porque siempre andaban juntos con Cortés todos los capitanes por mí nombrados, y aun agora los torno á nombrar, que fueron: Pedro de Alvarado, Christóval de Oli, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Morla, Luis Marin, Francisco de Lugo, y Gonzalo Dominguez, y otros muy buenos y valientes soldados que no alcanzábamos caballos, porque en aquel tiempo diez y seis caballos y yeguas fueron lo que pasaron desde la isla de Cuba con Cortés, y no los habia aunque nos costaran á mil pesos. Y como el Gomora dice en su historia que solo la persona de Cortés fué el que venció lo de Otumba, ¿por qué no declaró los heróicos hechos que estos nuestros capitanes y valerosos soldados hicimos en esta batalla? Ansí que por estas causas tenemos por cierto que por ensalzar á Cortés solo lo dijo, porque de nosotros no hace mencion; si no, pregúnteselo á aquel muy esforzado soldado que se decia Christóval de Olea cuántas veces se halló en ayudar á salvar la vida á Cortés, hasta que en las puentes, es cuando volvimos sobre

México, perdió la vida él y otros muchos soldados por le salvar. Olvidado se me habia de otra vez que le salvó en lo de Suchimilco, que quedó mal herido el Olea: é para que bien se entienda esto que digo, uno fué Christóval de Olea y otro Christóval de Oli. Tambien lo que dice el coronista en lo del encuentro con el caballo que dió al capitan mexicano y le hizo abatir la bandera, ansí es verdad; mas ya he dicho otra vez que un Juan de Salamanca, natural de la villa de Ontiveros, que despues de ganado México fué alcalde mayor de Guazacualco, es el que le dió una lanzada y le mató, y quitó el rico penacho que llevaba y se le dió el Salamanca á Cortés; y su majestad, el tiempo andando, lo dió por armas al Salamanca. Y esto he traido aquí á la memoria, no por dejar de ensalzar y tenclle en mucha estima á nuestro capitan Cortés, y debérsele todo honor y prez é honra de todas las batallas é vencimientos, hasta que ganamos esta Nueva-España, como se suele dar en Castilla á los muy nombrados capitanes; y como los romanos daban triunfos á Pompeyo y Julio César y á los Cipiones, mas digno es de loores nuestro Cortés que no los romanos. Tambien dice el mismo Gomora que Cortés mandó matar secretamente á Xicotenga el mozo en Tlaxcala, por las traiciones que andaba concertando para nos matar, como ántes he dicho. No pasa ansí como dice; que donde le mandó ahorcar fué en un pueblo junto á Tezcuco, como

adelante diré, sobre qué fué; y tambien dice este coronista que iban tantos millares de indios con nosotros á las entradas, que no tiene cuenta ni razon en tantos como pone: y tambien dice de las ciudades y pueblos y poblaciones que eran tantos millares de casas, no siendo la quinta parte; que si se suma todo lo que pone en su historia, son más millones de hombres que en toda Castilla están poblados, y eso se le da poner mil que ochenta mil, y en esto se jacta, creyendo que va muy apacible su historia á los oyentes, no diciendo lo que pasó. Miren los curiosos lectores cuánto va de su historia á esta mi relacion, en decir letra por letra lo acaecido, y no miren la retórica ni ornato, que ya cosa vista es, que es mas apacible que no esta tan grosera mia; mas suple la verdad la falta de plática y corta retórica. Dejemos ya de contar ni de traer á la memoria los borrones declarados; y como yo soy mas obligado á decir la verdad de todo lo que pasa que no á lisonjas, y demás del daño que hizo con no ser bien informado, ha dado ocasion que el doctor Illescas y Pablo Jobio se sigan por sus palabras. Volvamos á nuestra historia, y digamos cómo acordamos ir sobre Tepeaca, y lo que pasó en la entrada diré adelante.

CAPITULO CXXX.

Cómo fuimos á la provincia de Tepeaca, y lo que en ella hicimos, y otras cosas que pasaron.

Como Cortés habia pedido á los caciques de Tlaxcala, ya otras veces por mí nombrados (1), cinco mil hombres de guerra para ir á correr y castigar los pueblos adonde habian muerto españoles, que era á Tepeaca y Cachula y Tecamachalco, que estaria

(1) En ninguna situacion como en la de esta infeliz retirada se manifiesta más el carácter de Cortés. Siempre firme su espíritu, y siempre superior á la adversidad, no cedió de sus proyectos; ántes bien, redoblando el vigor, se le ve caminar á su empresa sobre otro plan de vasta extension. Para sostener su opinion y la de su ejército en el concepto de los americanos, harto menguada despues de la salida de México, determinó las expediciones de que habla Castillo en este y siguientes capítulos, con el fin de castigar los pueblos y provincias donde hubiesen muerto españoles y de preparar la ejecucion de sus ideas contra el señorío de México: por los

de Tlaxcala seis ó siete leguas, de muy entera voluntad tenian aparejados hasta cuatro mil indios; porque si mucha voluntad teniamos nosotros de ir á aquellos pueblos, mucha más gana tenian el Maseescaci y Xicotenga el viejo, porque les habian venido á robar unas estancias, y tenian voluntad de enviar gente de guerra sobre ellos, y la causa fué esta: Porque como los mexicanos nos echaron de México, segun y de la manera que dicho tengo en los capítulos pasados que sobre ello hablan, y supieron que en Tlaxcala nos habiamos recogido, y tuvieron por cierto que en estando sanos que habiamos de venir con el poder de Tlaxcala á correlles las tierras de los pueblos que mas cercanos confinan con Tlaxcala. A este efecto enviaron á todas las provincias adonde sentian que habiamos de ir, muchos escuadrones mexicanos de guerreros que estuviesen en guarda y guarniciones, y en Tepeaca estaba la mayor guarnicion dellos: lo cual

medios del terror, escarmiento, agrado y clemencia, resortes que supo manejar con la mayor destreza, se propuso traer á sí unas naciones, arrancar otras de la dominacion mexicana, y valerse de todas para coronar su designio. En una palabra, si se observan desde ahora las operaciones de Cortés, se echará de ver que en un estado tan deplorable formó un plan atrevido y sin ejemplo, y fué, segun se llega á entender de la serie de sucesos que se vieron despues, el de bloquear ó sea estrechar el imperio de México, que este nombre doy al proyecto de quitarle aliados y recursos aun en sus mismos vasallos hasta reducirle á una angustia cual se verá.

supo el Maseescaci y el Xicotenga, y aun se temian dellos. Pues ya que todos estábamos á punto comenzamos á caminar, y en aquella jornada no llevamos artillería ni escopetas porque todo quedó en las puentes; é ya que algunas escopetas escaparon no teniamos pólvora, y fuimos con diez y siete de á caballo y seis ballestas, y cuatrocientos y veinte soldados, los mas de espada y rodela, y con obra de cuatro mil amigos de Tlaxcala, y el bastimento para un dia, porque las tierras adonde íbamos era muy poblado y bien bastecidos de maíz y gallinas y perrillos de la tierra; y como lo teniamos de costumbre, nuestros corredores del campo adelante y con muy buen concierto fuimos á dormir obra de tres leguas de Tepeaca. E ya tenian alzado todo el fardaje de las estancias y poblacion por donde pasamos, porque muy bien tuvieron noticia cómo íbamos á su pueblo; é porque ninguna cosa hiciésemos sino por buena órden y justificadamente, Cortés les envió á decir con seis indios de su pueblo de Tepeaca, que habiamos tomado en aquella estancia, que para aquel efeto los prendimos, é con cuatro sus mujeres, cómo íbamos á su pueblo, á saber, é inquirir quién, y cuántos se hallaron en la muerte de mas de diez y ocho españoles, que mataron sin causa ninguna, viniendo camino para México: y tambien veniamos á saber qué causa tenian agora nuevamente muchos escuadrones mexicanos que con ellos habian ido á robar y saltear unas estancias de Tlax-

cala nuestros amigos; que les ruega, que luego vengan de paz adonde estábamos, para ser nuestros amigos, y que despidan de su pueblo á los mexicanos, si no, que iremos contra ellos como rebeldes, y matadores, y salteadores de caminos, y les castigaria á fuego y sangre, y los daria por esclavos: y como fueron aquellos seis indios, y cuatro mujeres del mismo pueblo, si muy fieras palabras les enviaron á decir, mucho más bravosa nos dieron la respuesta con los mismos seis indios, y dos mexicanos que venian con ellos; porque muy bien conocido tenian de nosotros, que á ningunos mensajeros que nos enviaban, haciamos ninguna demasía, sino ántes dalles algunas cuentas para atraellos: y con estos que nos enviaron los de Tepeaca, fueron las palabras bravosas dichas por los capitanes mexicanos, como estaban victoriosos de lo de las puentes de México: y Cortés les mandó dar á cada mensajero una manta, y con ellos les tornó á requerir, que viniesen á le ver, y hablar, y que no hubiesen miedo, é que pues ya los españoles que habian muerto, no los podian dar vivos, que vengan ellos de paz, y se les perdonará todos los muertos que mataron, y sobre ello se les escribió una carta: y aunque sabiamos que no la habian de entender, sino como vian papel de Castilla, tenian por muy cierto, que era cosa de mandamieto, y rogó á los dos mexicanos, que venian con los de Tepeaca, como mensajeros, que volviesen á traer la respuesta, y

volvieron; y lo que dijeron era, que no pasemos adelante, y que nos volviésemos por donde veniamos, si no que otro dia pensaban tener buenas hartazgas con nuestros cuerpos, mayores que las de México, y sus puentes, y la de Otumba: y como aquello vió Cortés, comunicólo con todos nuestros capitanes y soldados, y fué acordado, que se hiciese un auto por ante escribano, que diese fe de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos á todos los aliados de México, que hubiesen muerto españoles: porque habiendo dado la obediencia á su majestad, se levantaron y mataron sobre ochocientos y sesenta de los nuestros, y sesenta caballos, y á los demás pueblos por salteadores de caminos, y matadores de hombres; é hecho este auto, envióseles á hacer saber, amonestándolos, y requeriendo con la paz: y ellos tornaron á decir, que si luego no nos volviamos, que saldrian á nos matar, y se apercibieron para ello, y nosotros lo mismo. Otro dia tuvimos en un llano una buena batalla con los mexicanos, y tepeaquenos, y como el campo era labranzas de maíz, é magueyales, puesto que peleaban valerosamente los mexicanos, presto fueron desbaratados por los de á caballo y los que no los teniamos no estábamos de espacio; pues ver á nuestros amigos los de Tlaxcala, tan animosos como peleaban con ellos, y les siguieron el alcance: allí hubo muertes de los mexicanos, y de Tepeaca muchos: y de nuestros amigos los de Tlaxcala tres, y hirieron dos caballos, el uno

se murió, y tambien hirieron doce de nuestros soldados, mas no de suerte que peligró ninguno. Pues seguida la victoria, allegáronse muchas indias, y muchachos que se tomaron por los campos, y casas que hombres no curábamos dellos, que los tlaxcaltecas los llevaban por esclavos. Pues como los de Tepeaca vieron, que con el bravear que hacian los mexicanos que tenian en su pueblo, y guarnicion, eran desbaratados, y ellos juntamente con ellos, acordaron que sin decilles cosa ninguna, viniesen adonde estábamos: y los recibimos de paz, y dieron la obediencia á su majestad, y echaron los mexicanos de sus casas, y nos fuimos nosotros al pueblo de Tepeaca, adonde se fundó una villa, que se nombró la Villa de Segura de la Frontera, porque estaba en el camino de la Villa Rica, en una buena comarca de buenos pueblos, sujetos á México, y habia mucho maíz, y guardaban la raya nuestros amigos los de Tlaxcala: y allí se nombraron alcaldes y regidores, y se dió órden en cómo se corriese los rededores sujetos á México, en especial los pueblos adonde habian muerto españoles: y allí hicieron hacer el hierro con que se habian de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una G, que quiere decir guerra (1). Y desde la Villa de Segu-

(1) Justifícase este procedimiento de Cortés con sus mismas palabras "en cierta parte desta provincia (Tepeaca), que es donde mataron aquellos diez españoles, porque los naturales de allí siempre estuvieron muy de guerra, y muy rebeldes,

ra de la Frontera corrimos todos los rededores, que fué Cachula, y Tecemechalco, y el pueblo de las Guayabas, y otros pueblos que no se me acuerda el nombre, y en lo de Cachula fué adonde habian muerto en los aposentos quince españoles, y en este de Cachula hubimos muchos esclavos; de manera que en obra de cuarenta dias tuvimos aquellos pueblos pacíficos y castigados. Ya en aquella sazon habian alzado en México, otro señor por rey, porque el señor que nos echó de México, era fallecido de viruelas: y aquel señor que hicieron rey, era un sobrino ó pariente muy cercano del gran Montezuma, que se decia Guatemuz, mancebo de hasta veinticinco años, bien gentil hombre, para ser indio, y muy esforzado, y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban dél, y estaba casado con una hija de Montezuma, bien hermosa mujer para ser india: y como este Guatemuz, señor de México, supo cómo habiamos desbaratado los escuadrones mexicanos que estaban en Tepeaca, y que habian dado la obediencia á su majestad del emperador Cárlos V,

y por fuerza de armas se tomaron, hice ciertos esclavos de que se dió el quinto á los oficiales de vuestra majestad: porque demás de haber muerto á los dichos españoles, y rebeládose contra el servicio de vuestra alteza, comen todos carne humana; por cuya notoriedad no envío á vuestra majestad probanza dello. Y tambien me movió á facer los dichos esclavos, por poner algun espanto á los de Culúa, y porque tambien hay tanta gente, que si no ficiese grande, y cruel castigo en ellos, nunca se enmendarian jamás.—*Cortés, Carta II.*"

y nos servian y daban de comer, y estábamos allí poblados, y temió que les correriamos lo de Guaxaca, y otras provincias, y que á todos les atraeríamos á nuestra amistad, envió á sus mensajeros por todos los pueblos, para que estuviesen muy alerta con todas sus armas: y á los caciques les daba joyas de oro, y á otros perdonaba los tributos, y sobre todo mandaba ir muy grandes capitanes y guarniciones de gente de guerra, para que mirasen no les entrásemos en sus tierras: y les enviaba á decir que peleasen muy reciamente con nosotros, no les acaeciese como en lo de Tepeaca, adonde estaba nuestra villa doce leguas. Para que bien se entiendan los nombres destos pueblos, un nombre es Cachula, otro nombre es Guacachula. Y dejaré de contar lo que en Guacachula se hizo hasta su tiempo y lugar, y diré, cómo en aquel tiempo é instante vinieron de la Villa Rica mensajeros, cómo habia venido un navío de Cuba, y ciertos soldados en él.

CAPITULO CXXXI.

Cómo vino un navío de Cuba, que enviaba Diego Velazquez, é venia en él por capitan Pedro Barba, y la manera que el almirante que dejó nuestro Cortés por guarda de la mar, tenia para los prender, y es desta manera.

Pues como andábamos en aquella provincia de Tepeaca castigando á los que fueron en la muerte de nuestros compañeros, que fueron diez y ocho los que mataron en aquellos pueblos, y atrayéndolos de paz, y todos daban la obediencia á su majestad, vinieron cartas de la Villa Rica, cómo habia venido un navío al puerto, y vino en él por capitan un hidalgo que se decia Pedro Barba, que era muy amigo de Cortés: y este Pedro Barba habia estado por teniente del Diego Velazquez en la Habana, y traía trece soldados, y un caballo, y una yegua, porque el navío que traía era muy chico: y traía cartas para Pánfilo de Narvaez, el capitan que

Diego Velazquez habia enviado contra nosotros, creyendo que estaba por él la Nueva-España; en que le enviaba á decir el Diego Velazquez, que si acaso no habia muerto á Cortés, que luego se le enviase preso á Cuba, para envialle á Castilla, que ansí lo mandaba D. Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos, y arzobispo de Rosano, presidente de Indias, que luego fué preso, con otros de nuestros capitanes; porque el Diego Velazquez tenia por cierto que éramos desbaratados, ó á lo ménos que Narvaez señoreaba la Nueva-España. Pues como el Pedro Barba llegó al puerto con su navío, y echó anclas, luego le fué á visitar y dar el bien venido el almirante de la mar que puso Cortés, el cual se decia Pedro Caballero, otras veces por mí nombrado, con un batel bien esquifado de marineros, y armas encubiertas, y fué al navío de Pedro Barba, y despues de hablar palabras de buen comedimiento, qué tal viene vuestra merced, y quitar las gorras, y abrazarse unos á otros, como se suele hacer: preguntó el Pedro Caballero por el señor Diego Velazquez, gobernador de Cuba, qué tal queda, y responde el Pedro Barba, que bueno: y el Pedro Barba, y los demás, que consigo traían, preguntan por el señor Pánfilo de Narvaez, y cómo le va con Cortés: y responden que muy bien, é que Cortés anda huyendo y alzado con veinte de sus compañeros, é que Narvaez está muy próspero, é rico, y que la tierra es muy buena: y de plática en

plática, le dicen al Pedro Barba, que allí junto estaba un pueblo, que desembarque, é que se vayan á dormir, y estar en él, que les traerán comida, y lo que hubieren menester, que para solo aquello estaba señalado aquel pueblo: y tantas palabras les dicen que en el batel, y en otros que allí luego venian de los otros navíos que estaban surtos, les sacaron en tierra, y cuando los vieron fuera del navío, y tenian copia de marineros juntos con el Almirante Pedro Caballero, dijeron al Pedro Barba: Sed preso por el señor capitan Cortés mi señor. Y ansí los prendieron, y quedaban espantados, y luego les sacaban del navío las velas y timon y agujas, y los enviaban adonde estábamos con Cortés en Tepeaca, por los cuales habiamos gran placer con el socorro que venia en el mejor tiempo que podia ser, porque en aquellas entradas que he dicho, que haciamos, no eran tan en salvo, que muchos de nuestros soldados no quedábamos heridos, y otros adolescian del trabajo: porque de sangre y polvo que estaba cuajado en las entrañas, no echábamos otra cosa del cuerpo, y por la boca, como traiamos siempre las armas á cuestas, y no parar noches, ni dias; por manera que ya se habian muerto cinco de nuestros soldados de dolor de costado en obra de quince dias. Tambien quiero decir, que con este Pedro Barba vino un Francisco López vecino y regidor que fué de Guatimala, y Cortés hacia mucha honra al Pedro Barba, y le hizo capitan de ballesteros,

y dió nuevas que estaba otro navío chico en Cuba, que le queria enviar el Diego Velazquez con cabi y bastimentos: el cual vino dende á ocho dias, y venia en él por capitan un hidalgo natural de Medina del Campo, que se decia Rodrigo Morejon de Lobera, y traía consigo ocho soldados, y seis ballestas, y mucho hilo para cuerdas, é una yegua: y ni más ni ménos que habian prendido al Pedro Barba, ansí hicieron á este Rodrigo de Morejon; y luego fueron á Segura de la Frontera, y con todos ellos nos alegramos, y Cortés les hacia mucha honra, y les daba cargos: y gracias á Dios ya nos íbamos fortaleciendo con soldados, y ballestas, y dos ó tres caballos mas. Y dejallo hé aquí, y volveré á decir lo que en Guacachula hacian los ejércitos mexicanos que estaban en frontera: y cómo los caciques de aquel pueblo vinieron secretamente á demandar favor á Cortés para echallos de allí.

CAPITULO CXXXII.

Cómo los de Guacachula vinieron á demandar favor á Cortés, sobre que los ejércitos mexicanos los trataban mal, y los robaban, y lo que sobre ello se hizo.

Ya he dicho que Guatemuz, señor que nuevamente era alzado por rey de México, enviaba grandes guarniciones á sus fronteras, en especial envió una muy poderosa y de mucha copia de guerreros á Guacachula, y otra á Ozucar, que estaba dos ó tres leguas de Guacachula; porque bien temió que por allí le habiamos de correr las tierras y pueblos sujetos á México: y parece ser que como envió tanta multitud de guerreros, y como tenian nuevo señor, hacian muchos robos y fuerzas á los naturales de aquellos pueblos adonde estaban aposentados, y tantas que no les podian sufrir los de aquella

provincia, porque decian, que les robaban las mantas, y maíz, y gallinas, y joyas de oro, y sobre todo las hijas y mujeres, si eran hermosas, y que las forzaban delante de sus maridos, y padres y parientes: como oyeron decir, que los del pueblo de Cholula estaban todos muy de paz y sosegados. Despues que los mexicanos no estaban en él, y agora ansí mesmo en lo de Tepeaca, y Tacamachalco y Cachula, á esta causa vinieron cuatro principales muy secretamente de aquel pueblo, por mí otras veces nombrado, y dicen á Cortés, que envie teules y caballos á quitar aquellos robos, y agravios que les hacian los mexicanos, é que todos los de aquel pueblo, y otros comarcanos nos ayudarian, para que matásemos á los escuadrones mexicanos: y de que Cortés lo oyó, luego propuso, que fuese por capitan Christóbal de Oli, con todos los mas de á caballo, y ballesteros, y con gran copia de tlaxcaltecas, porque con la ganancia que los de Tlaxcala habian llevado de Tepeaca, habian venido á nuestro real, é villa, muchos mas tlaxcaltecas: y nombró Cortés para ir con el Christóval de Oli á ciertos capitanes de los que habian venido con Narvaez, por manera que llevaba en su compañía sobre trecientos soldados, y todos los mejores caballos que teniamos. E yendo que iba con todos sus compañeros camino de aquella provincia, pareció ser, que en el camino dijeron ciertos indios á los de Narvaez, cómo estaban todos los campos, y casas

llenas de gente de guerra de mexicanos, mucho mas que los de Otumba, y que estaba allí con ellos el Guatemuz, señor de México, y tantas cosas dicen que les dijeron, que atemorizaron á los de Narvaez, y como no tenian buena voluntad de ir á entradas, ni ver guerras, sino volverse á su isla de Cuba, y como habian escapado de la de México, y calzadas y puentes; y la de Otúmba, no se querian ver en otra como lo pasado; y sobre ello dijeron los de Narvaez tantas cosas al Christóval de Oli, que no pasase adelante, sino que se volviese, y que mirase no fuese peor esta guerra que las pasadas, donde perdiesen las vidas: y tantos inconvenientes le dijeron, y dábanle á entender, que si el Christóval de Oli queria ir, que fuese en buen hora, que muchos dellos no querian pasar adelante; de modo que por muy esforzado que era el capitan que llevaban, aunque les decia que no era cosa volver sino ir adelante, que buenos caballos llevaban y mucha gente, y que si volviesen un paso atrás que los indios los ternian en poco, é que en tierra llana era, y que no queria volver sino ir adelante, y para ello de nuestros soldados de Cortés le ayudaban á decir que no se volviese, y que en otras entradas y guerras peligrosas se habian visto, é que gracias á Dios habian tenido vitoria, no aprovechó cosa ninguna con cuanto les decian, sino por via de ruegos le trastornaron su seso que volviesen, y que desde Cholula escribiesen á Cortés sobre el caso, y así se

volvió. Y de que Cortés lo supo se enojó, y envió á Christóval de Oli, otros dos ballesteros, y le escribió que se maravillaba de su buen esfuerzo y valentía, que por palabras de ninguno dejase de ir á una cosa señalada como aquella. Y de que el Christóval de Oli vió la carta, hacia bramuras de enojo, y dijo á los que tal le aconsejaron, que por su causa habia caido en falta; y luego, sin mas determinacion, les mandó fuesen con él, é que el que no quisiese ir, que se volviese al real por cobarde, que Cortés le castigaria en llegando. Y como iba hecho un bravo leon de enojo con su gente, camino de Guacachula, ántes que llegase con una legua le salieron á decir los caciques de aquel pueblo, de la manera y arte que estaban los de Culúa, y cómo habia de dar en ellos, y de qué manera habia de ser ayudado. Y como lo hubieron entendido, apercibió á los de á caballo y ballesteros y soldados, y segun y de la manera que tenian en el concierto, da en los de Culúa; y puesto que pelearon muy bien por un buen rato, y le hirieron ciertos soldados y mataron dos caballos, y hirieron otros ocho en unas fuerzas y albarradas que estaban en aquel pueblo, en obra de una hora estaban ya puestos en huida todos los mexicanos: y dicen que nuestros Tlaxcaltecas que lo hicieron muy varonilmente, que mataban y prendian muchos dellos. Y como les ayudaban todos los de aquel pueblo y provincia, hicieron muy grande estrago en los mexicanos,

que presto procuraron retraerse é hacerse fuertes en otro gran pueblo que se dice Ozucar (1), donde estaban otras muy grandes guarniciones de mexicanos y estaban en gran fortaleza, y quebraron una puente porque no pudiesen pasar caballos ni el Christóval de Olí, porque, como he dicho, andaba enojado, hecho un tigre, y no tardó mucho en aquel pueblo, que luego se fué á Ozucar con todos los que le pudieron seguir, y con los amigos de Guacachula pasó el rio y dió en los escuadrones mexicanos, que de presto los venció, y allí le mataron dos caballos y á él le dieron dos heridas y la una en el muslo, y el caballo muy bien herido, y estuvo en Ozucar dos dias; y como todos los mexicanos fueron desbaratados, luego vinieron los caciques y señores de aquel pueblo y de otros comarcanos á demandar paz, y se dieron por vasallos de nuestro rey y señor; y como todo fué pacífico, se fué con todos sus soldados á nuestra Villa de la Frontera. Y porque yo no fuí en esta entrada, digo en esta relacion que dicen que pasó lo que he dicho. Y nuestro Cortés le salió á recibir y todos nosotros, y hubimos mucho placer; y reíamos de cómo le habian convocado á que se volviese, y el Christóval de Olí tambien reía, y decia que mucho más cuidado tenian algunos de sus minas y de Cuba, que no de las armas; y que juraba á Dios que no le acaeciese llevar

(1) Izzucan le llama Cortés.

consigo, si á otra entrada fuese, sino de los pobres soldados de los de Cortés y no de lós ricos que venian de Narvaez, que querian mandar más que no él. Dejemos de platicar mas desto, y digamos cómo el coronista Gomora dice en su historia que por no entender bien el Christóval de Oli á los naguatatos é intérpretes se volvia del camino de Guacachula, creyendo que era trato doble contra nosotros; y no fué así como dice, sino que los mas principales capitanes de los del Narvaez, como les decian otros indios que estaban grandes escuadrones de mexicanos juntos, y más que en lo de México y Otumba, y que con ellos estaba el señor de México, que se decia Guatemuz, que entónces le habian alzado por rey, como habian escapado tan mal parados de lo de México, tuvieron grande temor de entrar en aquellas batallas, y por esta causa convocaron al Christóval de Oli que se volviese, y aunque todavía porfiaba de ir adelante: esta es la verdad. Y tambien dice que fué el mismo Cortés á aquella guerra, cuando el Christóval de Oli se volvia, no fué ansí, que el mismo Christóval de Oli, maestre de campo, es el que fué como dicho tengo. Tambien dice dos veces que los que informaron á los de Narvaez cómo estaban los muchos millares de indios juntos, que fueron los de Guaxocingo, cuando pasaban por aquel pueblo. Tambien digo que se engañó, porque claro está que para ir desde Tepeaca á Cachula no habian de volver atrás por Guaxocingo, que era ir como si estu-

viésemos agora en Medina del Campo, y para ir á Salamanca tomar camino por Valladolid: no es mas lo uno comparacion de lo otro. Y dejemos esta materia, y digamos lo que más en aquel instante aconteció, é fué que vino un navío al puerto del Peñol, del nombre feo, que se decia el tal de Bernal, junto á la Villa Rica, que venia de lo de Pánuco, que era de los que enviaba Garay, y venia en él por capitan uno que se decia Camargo, y lo que pasó adelante diré (1).

(1) Cortés por este tiempo comenzaba ya á percibir los frutos de su política, y antes de retirarse de la villa de Segura de la Frontera á Tlaxcala, acudieron muchos pueblos á prestar vasallaje. "Vinieron asimismo [dice] á se ofrecer por "vasallos de vuestra majestad el señor de una ciudad que se "dice Guaxocingo, y el señor de otra ciudad que está á diez "leguas desta de Izzucan y son fronteros de la tierra de "México. Tambien vinieron de ocho pueblos de la provin-"cia de Coastoaca, que es una de que en los capítulos ántes "deste hice mencion, que habian visto los españoles que yo "envié á buscar oro á la provincia de Zuzula, donde, y en la "de Tamazula, porque está junto á ella, dije que habia muy "grandes poblaciones y casas muy bien obradas, de mejor can-"tería, que en ninguna destas partes se habia visto; la cual "dicha provincia de Coastoaca está cuarenta leguas de allí de "Izzucan; é los naturales de los dichos ocho pueblos se ofre-"cieron asimismo por vasallos de vuestra alteza, é dijeron que "otros cuatro que restaban en la dicha provincia vernian muy "presto; é me dijeron que les perdonase porque ántes no habian "venido, que la causa habia sido no osar por temor de los de "Culúa, porque ellos nunca habian tomado armas contra mí "ni habian sido en muerte de ningun español, é que siempre,

"despues que al servicio de vuestra alteza se habian ofrecido, "habian sido buenos y leales vasallos suyos en sus voluntades, "pero que no las habian osado manifestar por temor de los de "Culúa. De manera que puede vuestra alteza ser muy cierto "que siendo nuestro Señor servido en su real ventura, en muy "breve tiempo se tornará á ganar lo perdido, ó mucha parte "dello, porque de cada dia se vienen á ofrecer por vasallos de "vuestra majestad, de muchas provincias y ciudades que án-"tes eran sujetas á Muteczuma, viendo que los que así lo ha-"cen son de mí muy bien recibidos y tratados, y los que al "contrario, de cada dia destruidos." *Cortés, Carta II.*

CAPITULO CXXXIII.

Cómo aportó al Peñol y puerto que está junto á la Villa Rica un navío de los de Francisco Garay que habia enviado á poblar el rio de Pánuco, y lo que sobre ello mas pasó.

Estando que estábamos en Segura de la Frontera, de la manera que en mi relacion habrán oído, vinieron cartas á Cortés cómo habia aportado un navío de los que el Francisco de Garay habia enviado á poblar á Pánuco, é que venia por papitan uno que se decia fulano Camargo, y traía sobre sesenta soldados y todos dolientes y muy amarillos é hinchadas las barrigas; y que habian dicho que otro capitan que el Garay habia enviado á poblar á Pánuco, que se decia fulano Alvarez Pinedo, que los indios del Pánuco los habian muerto, y á todos los soldados y caballos que habia enviado á aquella provincia, y que los navíos se los habian quemado; y que este Camargo, viendo el mal suceso, se em-

barcó con los soldados que dicho tengo y se vino á socorrer á aquel puerto, porque bien tenia noticia que estábamos poblados allí, y á causa que por sustentar las guerras con los indios no tenian que comer, y venian muy flacos y amarillos é hinchados. Y más dijeron: que el capitan Camargo habia sido fraile dominico, é que habia hecho profesion, los cuales soldados con su capitan se fueron luego su poco á poco á la villa de la Frontera porque no podian andar á pié de flacos. E cuando Cortés los vió tan hinchados y amarillos, que no eran para pelear, harto teniamos que curar en ellos: al Camargo hizo mucha honra y á todos los soldados. Y tengo que el Camargo murió luego, que no me acuerdo bien qué se hizo, y tambien se murieron muchos soldados; y entónces por burlar les llamamos y pusimos por nombre los Panzaverdetes, porque traían las colores de muertos y las barrigas muy hinchadas; y por no me detener en contar cada cosa en qué tiempo y lugar acontecian, pues eran todos los navíos que en aquel tiempo venian á la Villa Rica del Garay, y puesto que se vinieron los unos de los otros un mes delanteros, hagamos cuenta que todos aportaron á aquel puerto, agora sea un mes ántes los unos que los otros. Y esto digo porque vino luego un Miguel Diaz de Auz, aragonés, por capitan de Francisco de Garay, el cual le enviaba para socorro al capitan fulano Alvarez Pinedo, que creía que estaba en Pánuco. Y como llegó al puerto de

Pánuco y no halló ni pelo de la armada de Garay, luego entendió por lo que vido que le habian muerto, porque al Miguel Diaz le dieron guerra luego que llegó con un navío los indios de aquella provincia, y por aquel efecto vino á aquel nuestro puerto, y desembarcó sus soldados (que eran más de cincuenta), y más siete caballos, y se fué luego para donde estábamos con Cortés, y este fué el mejor socorro y al mejor tiempo que le habiamos menester. Y para que bien sepan quién fué este Miguel Diaz de Auz, digo yo que sirvió muy bien á su majestad en todo lo que se ofreció en las guerras y conquistas de la Nueva-España, y éste fué el que trajo pleito despues de ganada la Nueva-España con un cuñado de Cortés que se decia Andrés de Barrios, natural de Sevilla, que llamábamos el Danzador, sobre el pleito de la mitad de Mestitan, que se sentenció despues, con que le den la parte de lo que rentare el pueblo mas de dos mil y quinientos pesos de su parte, con tal que no éntre en el pueblo por dos años, porque en lo que le acusaban era que habia muerto ciertos indios en aquel pueblo y en otros que habian tenido. Dejemos de hablar desto, y digamos que desde á pocos dias que Miguel Diaz de Auz habia venido á aquel puerto, de la manera que dicho tengo, aportó luego otro navío que enviaba el mismo Garay en ayuda y socorro de su armada, creyendo que todos estaban buenos y sanos en el rio de Pánuco, y venian en él por

capitan un viejo que se decia Ramirez, é ya era hombre anciano; y á esta causa le llamamos Ramirez el viejo, porque habia en nuestro real dos Ramirez, y traía sobre cuarenta soldados y diez caballos é yeguas, y ballesteros y otras armas; y el Francisco de Garay no hacia sino echar unos navíos tras de otros al perdido, y todo era favorecer y enviar socorro á Cortés, tan buena fortuna le ocurria, y á nosotros era de gran ayuda; y todos estos de Garay que dicho tengo fueron á Tepeaca adonde estábamos. Y porque los soldados que traía Miguel Diaz de Auz venian muy recios y gordos, les pusimos por nombre los de los lomos recios, y los que traía el viejo Ramirez traían unas armas de algodon, de tanto gordor, que no las pasara ninguna flecha, y pesaban mucho, y pusímosles por nombre los de los albardillas: y cuando fueron los capitanes que dicho tengo delante de Cortés les hizo mucha honra. Dejemos de contar de los socorros que teniamos de Garay, que fueron buenos, y digamos cómo Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á una entrada á unos pueblos que se dicen Xalacingo y Cacatami.

CAPITULO CXXXIV.

Cómo envió Cortés á Gonzalo de Sandoval á pacificar los pueblos de Xalacingo y Cacatami, y llevó docientos soldados y veinte de á caballo y doce ballesteros, y para que supiese qué españoles mataron en ellos y que mirase qué armas les habian tomado, y qué tierra era, y les demandase el oro que robaron, y de lo que mas en ello pasó.

Como ya Cortés tenia copia de soldados y caballos, é ballestas, é se iba fortaleciendo con los dos navichuelos que envió Diego Velazquez, y envió en ellos por capitanes á Pedro Barba y Rodrigo de Morejon de Lobera, y trajeron en ellos sobre veinte y cinco soldados, y dos caballos y una yegua; y luego vinieron los tres navíos de los de Garay, que fué el primero capitan que vino Camargo, y el segundo Miguel Diaz de Auz, y el postrero Ramirez el viejo, y traían entre todos estos capitanes que he nombrado sobre ciento y veinte soldados y diez y siete caballos é yeguas, é las yeguas eran de juego y de

carrera; y Cortés tuvo noticia de que en unos pueblos que se dicen Cacatami y Xalacingo é en otros sus comarcanos habian muerto muchos soldados de los de Narvaez que venian camino de México, é ansí mesmo que en aquellos pueblos habian muerto y robado el oro á un Juan de Alcántara é á otros dos vecinos de la Villa Rica, que era lo que les habia cabido de las partes á todos los vecinos que quedaban en la misma Villa, segun mas largo lo he escrito en el capítulo que dello se trata, y envió Cortés para hacer aquella entrada por capitan á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y muy esforzado y de buenos consejos, y llevó consigo docientos soldados, todos los más de los nuestros de Cortés, y veinte de á caballo é doce ballesteros y buena copia de tlaxcaltecas (1). Y ántes que llegase á aquellos pueblos supo que estaban todos puestos en armas, y juntamente tenian consigo guarniciones de mexicanos, é que se habian muy bien fortalecido con albarradas y pertrechos, porque bien habian entendido que por las muertes de los españoles que habian muerto, que luego habiamos de ser contra ellos para los castigar, como á los de Tepeaca y Cachula y Tecamechalco. Y

(1) Parece que Sandoval salió de la villa de Segura de la Frontera, provincia de Tepeaca, para esta jornada ántes de mediado Diciembre de 1520. "*Cortés, Carta II.* Importaba "castigar y sujetar estas provincias para asegurar la comuni- "cacion con Vera-Cruz."

Sandoval ordenó muy bien sus escuadrones y ballesteros, y mandó á los de á caballo cómo y de qué manera habian de ir y romper. Y primero que entrasen en su tierra les envió mensajeros á decilles que viniesen de paz, y que diesen el oro y armas que habian robado, é que la muerte de los españoles se les perdonaria. Y á esto de les enviar mensajeros á decilles que viniesen de paz, fueron tres ó cuatro veces, y la respuesta que les enviaban era que allá iban, que como habian muerto é comido los teules que les demandaban, que ansí harian al capitan y á todos los que llevaba; por manera que no aprovechaban mensajes. Y otra vez les tornó á enviar á decir que él les haria esclavos por traidores y salteadores de caminos, y que se aparejasen á defender; y fué Sandoval con sus compañeros y les entró por dos partes, que puesto que peleaban muy bien todos los mexicanos y los naturales de aquellos pueblos, sin mas referir lo que allí en aquellas batallas pasó, los desbarató, y fueron huyendo todos los mexicanos y caciques de aquellos pueblos, y siguió el alcance, y se prendieron muchas gentes menudas, que de los indios no se curaban, por no tener que guardar: y hallaron en unos cues de aquel pueblo muchos vestidos, y armas, y frenos de caballos, y dos sillas, y otras muchas cosas de la gineta, que habian presentado á sus ídolos: y acordó Sandoval de estar allí tres dias, y vinieron los ca-

ciques de aquellos pueblos á pedir perdon y á dar la obediencia á su majestad cesárea: y Sandoval les dijo que diesen el oro que habian robado á los españoles que mataron é que luego les perdonaria: y respondieron que el oro que los mexicanos lo hubieron, y que lo enviaron al señor de México, que entónces habian alzado por rey, y que no tenian ninguno: por manera, que les mandó que en cuanto el perdon, que fuesen adonde estaba el Malinche, é que él les hablaria é perdonaria: y ansí se volvió con una buena presa de mujeres y muchachos que echaron el hierro por esclavos: y Cortés se holgó mucho cuando le vió venir bueno y sano, puesto que traía cosa de ocho soldados mal heridos y tres caballos ménos, y aun el Sandoval traía un flechazo: é yo no fuí en esta entrada, que estaba muy malo de calenturas, y echaba sangre por la boca, é gracias á Dios estuve bueno, porque me sangraron muchas veces. E como Gonzalo de Sandoval habia dicho á los caciques de Xalacingo é Zacatami, que viniesen á Cortés á demandar paces, no solamente vinieron aquellos pueblos solos, sino tambien otros muchos de la comarca, y todos dieron la obediencia á su majestad, y traían de comer á aquella villa adonde estábamos. E fué aquella entrada que hizo de mucho provecho, y se pacificó toda la tierra: y dende en adelante tenia Cortés tanta fama en todos los pueblos de la Nueva–España, lo uno de muy justificado, y lo otro de muy esforzado, que á

todos ponia temor, y muy mayor á Guatemuz, el señor y rey nuevamente alzado en México: y tanta era la autoridad, sér y mando que habia cobrado nuestro Cortés, que venian ante él pleitos de indios de lejas tierras, en especial sobre cosas de cacicazgos y señoríos: que como en aquel tiempo anduvo la viruela tan comun en la Nueva-España, fallecian muchos caciques, y sobre á quién le pertenecia el cacicazgo, y ser señor, y partir tierras ó vasallos ó bienes venian á nuestro Cortés, como á señor absoluto de toda la tierra, para que por su mano é autoridad alzase por señor á quien le pertenecia. Y en aquel tiempo vinieron del pueblo de Ozucar y Guacachula, otras veces ya por mí nombrado, porque en Ozucar estaba casada una parienta muy cercana de Montezuma con el señor de aquel pueblo, y tenian un hijo, que decian era sobrino del Montezuma, é segun parece, heredaba el señorío, é otros decian que le pertenecia á otro señor, y sobre ello tuvieron muy grandes diferencias, y vinieron á Cortés, y mandó que le heredase el pariente de Montezuma, y luego cumplieron su mandado, é ansí vinieron de otros muchos pueblos de á la redonda sobre pleitos, y á cada uno mandaba dar sus tierras y vasallos, segun sentia por derecho, que les pertenecia. Y en aquella sazon, tambien tuvo noticia Cortés, que en un pueblo que estaba de allí seis leguas, que se decia Cocotlan, y le pusimos por nombre Castil-Blanco (como ya otras ve-

ces he dicho, dando la causa por qué se le puso este nombre) habian muerto nueve españoles: envió al mismo Gonzalo de Sandoval para que los castigase y los trajese de paz: y fué allá con treinta de á caballo, y cien soldados, y ocho ballesteros, y cinco escopeteros y muchos tlaxcaltecas, que siempre se mostraron muy aficionados y eran buenos guerreros. Y despues de hechos sus requerimientos y protestaciones que vieron, y les enviaron á decir otras muchas cosas de cumplimientos con cinco indios principales de Tepeaca, y si no venian, que les daria guerra y haria esclavos. Y pareció ser estaban en aquel pueblo otros escuadrones de mexicanos en su guarda y amparo, y respondieron, que señor tenian, que era Guatemuz, que no habian menester, ni venir, ni ir, á llamado de otro señor, que si allá fuesen, que en el campo les hallarian, que no se les habian ahora fallecido las fuerzas ménos que las tenian en México, y puentes y calzadas, é que ya sabian á qué tanto llegaban nuestras valentías. Y cuando aquello oyó Sandoval, puesta muy en órden su gente cómo habia de pelear, y los de á caballo, y escopeteros, y ballesteros, mandó á los tlaxcaltecas que no se metiesen en los enemigos al principio, porque no estorbasen á los caballos, y porque no corriesen peligro ó hiriesen algunos dellos con las ballestas y escopetas, ó los atropellasen con los caballos, hasta haber rompido los escuadrones, y cuando los hubie-

sen desbaratado, que prendiesen á los mexicanos y siguiesen el alcance, y luego comenzó á caminar hácia el pueblo: y salen al camino y encuentro dos escuadrones de guerreros junto á unas fuerzas y barrancas, y allí estuvieron fuertes un rato, y con las ballestas y escopetas les hacian mucho mal: por manera que tuvo Sandoval lugar de pasar aquella fuerza é albarradas con los caballos, y aunque le hirieron nueve caballos, y uno murió, y tambien le hirieron cuatro soldados, como se vió fuera de mal paso, é tuvo lugar por donde corriesen los caballos, y aunque no era buena tierra, ni llano, que habia muchas piedras, da tras los escuadrones, rompiendo por ellos que los llevó hasta el mismo pueblo adonde estaba un gran patio, y allí tenian otra fuerza, y unos cues adonde se tornaron á hacer fuertes, y puesto que peleaban muy bravosamente, todavía los venció, y mató hasta siete indios: porque estaban en malos pasos: y los tlaxcaltecas no habian menester mandalles que siguiesen el alcance, que con la ganancia, como eran guerreros, ellos tenian el cargo, especialmente como sus tierras no estaban muy léjos de aquel pueblo. Allí se hubieron muchas mujeres y gente menuda, y estuvo allí el Gonzalo de Sandoval dos dias, y envió á llamar los caciques de aquel pueblo con unos principales de Tepeaca, que iban en su compañía, y vinieron y demandaron de perdon la muerte de los españoles; y Sandoval les dijo, que si daban las ropas y hacien-

da que robaron de los que mataron, que se les perdonaria, y respondieron que todo lo habian quemado, y que no tenian ninguna cosa, y que los que mataron, que los mas dellos habian ya comido, y que cinco teules enviaron vivos á Guatemuz su señor, y que ya habian pagado la pena con los que agora les habian muerto en el campo y en el pueblo; que les perdonase, é que llevarian muy bien de comer, y bastecerian la villa donde estaba Malinche. Y como el Gonzalo de Sandoval vió que no se podia hacer mas, les perdonó y allí se ofrecieron de servir bien en lo que les mandasen: y con este recaudo se fué á la villa, y fué bien recebido de Cortés, y de todos los del real. Donde dejaré de hablar mas en ello, y digamos cómo se herraron todos los esclavos que se habian habido en aquellos pueblos y provincia, y lo que sobre ello se hizo.

CAPITULO CXXXV.

Cómo se recogieron todas las mujeres y esclavos de todo nuestro real, que habiamos habido en aquello de Tepeaca y Cachula, Tecamechalco, y en Castil-Blanco, y en sus tierras para que se herrasen con el hierro en nombre de su majestad, y lo que sobre ello pasó.

Como Gonzalo de Sandoval hubo llegado á la villa de Segura de la Frontera de hacer aquellas entradas que ya he dicho, y en aquella provincia todos los teniamos ya pacíficos, y no teniamos por entónces donde ir á entrar, porque todos los pueblos de los rededores habian dádo la obediencia á su majestad; acordó Cortés con los oficiales del rey, que se herrasen las piezas y esclavos que se habian habido para sacar su quinto, despues que se hubiese primero sacado el de su majestad, y para ello mandó dar pregones en el real é villa que todos los soldados llevásemos á una casa que estaba señalada pa-

ra aquel efecto, á herrar todas las piezas que tuviesen recogidas, y dieron de plazo aquel dia que se pregonó y otro: y todos ocurrimos con todas las indias muchachas y muchachos que habiamos habido, que de hombre de edad no nos curábamos dellos que eran malos de guardar, y no habiamos menester su servicio teniendo á nuestros amigos los tlaxcaltecas. Pues ya juntas todas las piezas, y hecho el hierro, que era una G como ésta, que queria decir guerra, cuando no nos catamos, apartan el real quinto, y luego sacan otro quinto para Cortés; y demás desto la noche ántes cuando metimos las piezas, como he dicho, en aquella casa habian ya escondido y tomado las mejores indias, que no pareció allí ninguna buena, y al tiempo del repartir dábannos las viejas y ruines, y sobre esto hubo muy grandes murmuraciones contra Cortés, y de los que mandaban hurtar y esconder las buenas indias, y de tal manera se lo dijeron al mismo Cortés soldados de los de Narvaez, que juraban á Dios que no habian visto tal, haber dos reyes en la tierra de nuestro rey y señor, y sacar dos quintos: y uno de los soldados que se lo dijeron, fué un Juan Bono de Quejo, y mas dijo, que no estarian en tal tierra, y que se lo haria saber en Castilla á su Majestad, y á los de su real consejo de Indias: y tambien dijo á Cortés otro soldado muy claramente, que no bastó repartir el oro que se habia habido en Méxi-

co, de la manera que lo repartió, y que cuando estaba repartiendo las partes decia, que eran trescientos mil pesos los que se habian llegado: y que cuando salimos huyendo de México, mandó tomar por testimonio que quedaban mas de setecientos mil, y que agora el pobre soldado que habia echado los bofes, y estaba lleno de heridas por haber una buena india, y les habian dado enaguas y camisas, habian tomado y escondido las tales indias; y que cuando dieron el pregon para que se llevasen á herrar, que creyeron que á cada soldado volverian sus piezas, y que apreciarian qué tantos pesos valian, y que como las apreciasen pagasen el quinto á su majestad, y que no habria mas quinto para Cortés, y decia otras murmuraciones peores que estas: y como Cortés aquello vió, con palabras algo blandas dijo, que juraba en su conciencia (que aquesto tenia costumbre de jurar) que de allí adelante no seria, ni se haria de aquella manera, sino que buenas ó malas indias sacallas al almoneda, y la buena se venderia por tal, y la que no lo fuese por ménos precio, y de aquella manera no tenian que reñir con él. Y puesto que allí en Tepeaca no se hicieron mas esclavos, mas despues en lo de Tezcuco casi que fué desta manera, como adelante diré. Y dejaré de hablar en esta materia, y digamos otra cosa casi peor que esto de los esclavos: y es, que ya he dicho en el capítulo que dello habla, cuando la triste noche que salimos de México huyendo, cómo

quedaban en la sala donde posaba Cortés muchas barras de oro perdido que no lo podian sacar, mas de lo que cargaron en la yegua y caballos, y muchos tlaxcaltecas, y lo que hurtaron los amigos y otros soldados que cargaron dello: y como lo demás se quedaba perdido en poder de los mexicanos, Cortés dijo delante de un escribano del rey, que cualquiera que quisiese sacar oro de lo que allí quedaba, que se lo llevase mucho en buena hora por suyo, cómo se habia de perder: y muchos soldados de los de Narvaez cargaron dello, y asimismo algunos de los nuestros, y por sacallo, perdieron muchos dellos las vidas, y los que escaparon con la presa que traían, habian estado en gran riesgo de morir, y salieron llenos de heridas. Y como en nuestro real y villa de Segura de la Frontera, que así se llamaba, alcanzó Cortés á saber, que habia muchas barras de oro, y que andaban en el juego, y como dice el refran, que el oro y amores son malos de encubrir, mandó dar un pregon so graves penas, que traigan á manifestar el oro que sacaron, y que les dará la tercia parte dello, y si no lo traen que se lo tomará todo: y muchos soldados de los que lo tenian no lo quisieron dar, y á algunos se lo tomó Cortés, como prestado, y mas por fuerza que por grado: y como todos los mas capitanes tenian oro, y aun los oficiales del rey muy mejor, que hicieron sacos dello, se calló lo del pregon que no se habló en ello; mas pare-

ció muy mal esto que mandó Cortés. Dejémoslo ya de mas declarar, y digamos cómo todos los mas capitanes y personas principales de los que pasaron con Narvaez, demandaron licencia á Cortés para se volver á Cuba, y Cortés se la dió, y lo que mas acaeció.

CAPITULO CXXXVI.

Cómo demandaron licencia á Cortés los capitanes y personas mas principales de los que Narvaez habia traido en su compañía para se volver á la isla de Cuba, y Cortés se la dió, y se fueron: y de cómo despachó Cortés embajadores para Castilla, y para Santo Domingo y Jamaica, y lo que sobre cada cosa acaeció.

Como vieron los capitanes de Narvaez que ya teniamos socorros, así de los que vinieron de Cuba, como los de Jamayca, que habia enviado Francisco de Garay para su armada, segun lo tengo declarado en el capítulo que dello habla, y vieron que los pueblos de la provincia de Tepeaca estaban pacíficos, despues de muchas palabras que á Cortés dijeron con grandes ofertas y ruegos, le suplicaron, que les diese licencia para se volver á la isla de Cuba, pues se lo habia prometido, y luego Cortés se la dió, y les prometió que si volvia á ganar la Nueva-España y ciudad de México, que al Andrés de Due-

ro, su compañero, que le daria mucho mas oro que le habia de ántes dado: y así hizo otras ofertas á los demás capitanes, en especial á Agustin Bermudez, y les mandó dar matalotaje que en aquella sazon habia, que era maiz, y perrillos salados, y algunas gallinas, y un navío de los mejores; y escribió Cortés á su mujer Catalina Juarez la Marcayada, y á Juan Juarez su cuñado, que en aquella sazon vivia en la isla de Cuba, y les envió ciertas barras y joyas de oro: y les hizo saber todas las desgracias y trabajos que nos habian acaecido, y cómo nos echaron de México. Dejemos esto, y digamos las personas que pidieron la licencia para se volver á Cuba, que todavía iban ricos: y fueron Andrés de Duero, y Agustin Bermudez, y Juan Bono de Quejo, y Bernardino de Quesada, y Francisco Velazquez el Corcobado, pariente del Diego Velazquez, el gobernador de Cuba, y Gonzalo Carrasco, el que vive en la Puebla, que despues se volvió á esta Nueva-España, y un Melchor de Velasco, que fué vecino de Guatimala, y un Jimenez que vive en Guajaca, que fué por sus hijos, y el comendador Leon de Cervantes que fué por sus hijas, que despues de ganado México las casó muy honradamente: y se fué uno que se decia Maldonado, natural de Medellin, que estaba doliente: no digo Maldonado el que fué marido de doña María del Rincon, ni por Maldonado el ancho, ni otro Maldonado, que se decia Albaro Maldonado el Fiero que fué ca-

sado con una señora que se decia María Arias: y tambien se fué un Vargas, vecino de la Trinidad, que le llamaban en Cuba Vargas el Galan, no digo el Vargas que fué suegro de Christóval Lobo, vecino que fué de Guatimala; y se fué un soldado de los de Cortés, que se decia Cárdenas, piloto. Aquel Cárdenas fué el que dijo á un su compañero que cómo podiamos reposar los soldados teniendo dos reyes en esta Nueva-España. Éste fué á quien Cortés dió trecientos pesos para que se fuese con su mujer é hijos. Y por excusar prolijidad de ponellos todos por memoria, se fueron otros muchos, que no me acuerdo bien sus nombres. Y cuando Cortés les dió la licencia, dijimos que para qué se la daba, pues que éramos pocos los que quedábamos. Y respondió que por excusar escándalos é importunaciones, y que ya veíamos que para la guerra algunos de los que se volvian á Cuba no lo eran, y que valia más estar solos que mal acompañados. Y para los despachar del puerto envió Cortés á Pedro de Alvarado, y en habiéndolos embarcado le mandó que se volviese luego á la Villa. Y digamos ahora que tambien envió á Castilla á Diego de Ordás y á Alonso de Mendoza, natural de Medellin ú de Cáceres, con ciertos recaudos de Cortés, que yo no sé otros que llevase nuestros, ni nos dió parte de cosa de los negocios que enviaba á tratar cos su majestad ni lo que pasó en Castilla, yo no lo alcancé á saber, salvo que á boca llena

decia el obispo de Búrgos delante del Diego de Ordás, que así Cortés como todos los soldados que pasamos con él, éramos malos y traidores, puesto que el Ordás sé cierto respondia muy bien por todos nosotros. Y entónces le dieron al Ordás una encomienda de señor Santiago, y por armas el volcan que está entre Guaxocingo y cerca de Cholula; y lo que negoció adelante lo diré, segun lo supimos por carta. Dejemos esto aparte, y diré cómo Cortés envió á Alonso de Ávila, que era capitan y contador desta Nueva-España, juntamente con él envió otro hidalgo que se decia Francisco Alvarez Chico, que era hombre que entendia de negocios; y mandó que fuesen con otro navío para la isla de Santo Domingo á hacer relacion de todo lo acaecido á la Real Audiencia que en ella residia, y á los frailes gerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas, que tuviesen por bueno lo que habiamos hecho en las conquistas y el desbarate de Narvaez, y cómo habia hecho esclavos en los pueblos que habian muerto españoles y se habian quitado de la obediencia que habian dado á nuestro rey y señor, y que así se entendia hacer en todos los mas pueblos que fueron de la liga y nombre de mexicanos; y que suplicaba que hiciese relacion dello en Castilla á nuestro gran emperador, y tuviesen en la memoria los grandes servicios que siempre le haciamos, y que por su intercesion y de la Real Audiencia fuésemos favorecidos con justicia contra la

mala voluntad y obras que contra nosotros trataba el obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano. Y tambien envió otro navío á la isla de Jamaica por caballos é yeguas, y el capitan que con él fué se decia fulano de Solís, que despues de ganado México le llamamos Solís el de la Huerta, yerno de uno que se decia el Bachiller Ortega. Bien sé que dirán algunos curiosos lectores, que sin dineros cómo enviaba al Diego de Ordás á negocios á Castilla, pues está claro que para Castilla y para otras partes son menester dineros: y que asimismo envió á Alonso de Ávila y á Francisco Alvarez Chico á Santo Domingo á negocios, y á la isla de Jamaica por caballos é yeguas. A esto digo, que como al salir de México salimos huyendo la noche por mí muchas veces referida, que como quedaban en la sala muchas barras de oro perdido en un monton, que todos los mas soldados apañaban dello, en especial los de á caballo, y los de Narvaez mucho mejor; y los oficiales de su majestad, que lo tenian en poder y cargo, llevaron los fardos hechos. Y demás desto, cuando se cargaron de oro más de ochenta indios tlaxcaltecas por mandado de Cortés, y fueron los primeros que salieron de las puentes, vista cosa era que salvarian muchas cargas dello, que no se perderia todo en la calzada. Y como nosotros los pobres soldados que no teniamos mando sino ser mandados, en aquella sazon procurábamos de salvar nuestras vidas, y despues de curar nues-

tras heridas, á esta causa no mirábamos en el oro si salieron muchas cargas dello en las puentes ó no, ni se nos daba mucho por ello: y Cortés con algunos de nuestros capitanes lo procuraron de haber de algunos de los tlaxcaltecas que lo sacaron, y tuvimos sospecha que los cuarenta mil pesos de las partes de los de la Villa Rica, que tambien lo hubo, y echó fama que lo habian robado, y con ello envió á Castilla á los negocios de su persona y á comprar caballos, y á la isla de Santo Domingo á la Audiencia Real, porque en aquel tiempo todos se callaban con las barras de oro que tenian, aunque mas pregones habian dado (1). Dejemos esto, y digamos como ya estaban de paz todos los pueblos comarcanos de Tepeaca, acordó Cortés que quedase en la villa de Segura de la Frontera por capitan un Francisco de Orozco, con obra de veinte soldados que estaban heridos y dolientes, y con todos los más de nuestro ejército fuimos á Tlaxcala y se dió órden que se cortase madera para hacer trece bergantines para ir otra vez sobre México, porque hallábamos por muy cierto que para la la-

(1) Aun cuando fuese cierta la sospecha de Castillo, los negocios de Cortés eran en beneficio y gloria de la nacion y utilidad de la conquista y de los conquistadores. Véase el principio del capítulo CXXIX, donde Cortés queda justificado. El hecho fué demasiado público y funesto, pues perecieron cincuenta españoles en este robo y asalto de los mexicanos. *Cortés, Carta II.*

guna, sin bergantines no la podiamos señorear ni podiamos dar guerra, ni entrar otra vez por las calzadas en aquella gran ciudad sino con gran riesgo de nuestras vidas. Y el que fué maestro de cortar la madera y dar el galivo y cuenta y razon cómo habian de ser veleros y ligeros para aquel efeto y los hizo, fué un Martin López, que ciertamente demás de ser un buen soldado, en todas las guerras sirvió muy bien á su majestad. En esto de los bergantines trabajó en ellos como fuerte varon; y me parece que si por dicha no viniera en nuestra compañía de los primeros, como vino, que hasta enviar por otro maestro á Castilla, se pasara mucho tiempo, ó no viniera ninguno. Volveré á nuestra materia, é digamos ahora que cuando llegamos á Tlaxcala (1) ya era fallecido de viruelas nuestro gran amigo y muy leal vasallo de su majestad, Maseescaci, de la cual muerte nos pesó á todos, y Cortés lo sintió tanto, como él decia, como si fuera su padre, y se puso luto de mantas negras, y asimismo muchos de nuestros capitanes y soldados, y á sus hijos y parientes del Maseescaci Cortés y todos nosotros les haciamos mucha honra. Y porque en Tlaxcala habia diferencias sobre el mando y cacicazgo, señaló y mandó que lo fuese un su hijo legítimo de Maseescaci, porque así se lo habia man-

(1) Cortés marchó de Segura de la Frontera para Tlaxcala á mediados de Diciembre de 1520. *Cortés, Carta III.*

dado su padre ántes que muriese: y aun dijo á sus hijos y parientes que mirasen que no saliesen del mandado de Malinche y de sus hermanos, porque ciertamente éramos los que habiamos de señorear estas tierras, y les dió otros muchos buenos consejos. Dejemos ya de contar del Maseescaci, pues ya es muerto, y digamos de Xicotenga el viejo y de Chichimecatecle y de todos los demás caciques de Tlaxcala que se ofrecieron de servir á Cortés así en cortar la madera para los bergantines como para todo lo demás que les quisiesen mandar en la guerra contra mexicanos, é Cortés los abrazó con mucho amor y les dió gracias por ello, especialmente á Xicotenga el viejo y á Chichimecatecle; y luego procuró que se volviese christiano, y el buen viejo de Xicotenga de buena voluntad dijo que lo queria ser, y con la mayor fiesta que en aquella sazon se pudo hacer en Tlaxcala le bautizó el padre de la Merced y le puso nombre don Lorenzo de Vargas. Volvamos á decir de nuestros bergantines, que el Martin López se dió tanta priesa en cortar la madera con la gran ayuda de los indios que le ayudaban, que en pocos dias la tenian ya cortada toda y señalada su cuenta en cada madero para qué parte y lugar hábia de ser, segun tienen sus señales los oficiales, maestros y carpinteros de ribera. Y tambien le ayudaba otro buen soldado que se decia Andrés Núñez, é un viejo carpintero que estaba cojo de una herida, que se decia Ramirez el viejo:

y luego despachó Cortés á la Villa Rica por mucho hierro y clavazon de los navíos que dimos al través, y por áncoras y velas é jarcias y cables y estopa, y por todo aparejo de hacer navíos, y mandó venir todos los herreros que habia, y á un Hernando de Aguilar que era medio herrero, que ayudaba á machacar; y porque en aquel tiempo habia en nuestro real tres hombres que se decian Aguilar, llamamos á este Hernando de Aguilar majahierro; y envió por capitan á la Villa Rica por los aparejos que he dicho para mandallo traer á un Santa Cruz, burgalés, regidor que despues fué de México, persona muy buen soldado y diligente; y hasta las calderas para hacer brea y todo cuanto de ántes habian sacado de los navíos, trujo con mas de mil indios que todos los pueblos de aquellas provincias enemigos de mexicanos luego se los daban para traer las cargas. Pues como no teniamos pez para brear, ni aun los indios lo sabian hacer, mandó Cortés á cuatro hombres de la mar que sabian de aquel oficio, que en unos pinares cerca de Guaxocingo (que los hay buenos) fuesen á hacer la pez. Pasemos adelante, puesto que no va muy á propósito de la materia en que estaba hablando, que me han preguntado ciertos caballeros curiosos que conocian muy bien á Alonso de Ávila que cómo siendo capitan y muy esforzado, y era contador de la Nueva-España, y siendo belicoso y de su inclinacion más para guerra que no para ir á solicitar negocios con los

frailes gerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas, por qué causa le envió Cortés, teniendo otros hombres que estaban mas acostumbrados á negocios, como era un Alonso de Grado ó un Juan de Cáceres el rico, y otros que me nombraron. A esto digo que Cortés le envió á él Alonso de Avila porque sintió dél ser muy varon y porque osaria responder por nosotros conforme á justicia, y tambien le envió por causa que como el Alonso de Avila habia tenido diferencias con otros capitanes y tenia gran atrevimiento de decir á Cortés cualquiera cosa que veía que convenia decille, y por excusar ruidos y por dar la capitanía que tenia á Andrés de Tapia, y la contaduría á Alonso de Grado, como luego se la dió, por estas razones le envió (1). Volvamos á nuestra relacion. Pues viendo Cortes que ya era cortada la madera para los bergantines y se habian ido á Cuba las personas por mí nombradas, que eran de los de Narvaez, que los teniamos por sobre huesos, especialmente poniendo temores que siempre nos ponian, que no seriamos bastantes para resistir el gran poder de mexicanos cuando oían que deciamos que habiamos de ir á poner cerco sobre México; y libres de aquellos temores, acordó Cortés que fuésemos con todos

(1) Un hombre de esta condicion, á título de sostener las pretensiones de los soldados, era bastante para turbar el buen órden del ejército y desorganizarlo, en un tiempo que siendo pocos toda su fuerza estaba en la disciplina.

nuestros soldados á Tezcuco, é sobre ello hubo grandes y muchos acuerdos, porque unos soldados decian que era mejor sitio y acequias, y zanjas para hacer los bergantines en Ayocingo (junto á Chalco) que no en la zanja y estero de Tezcuco; y otros porfiaban que mejor seria en Tezcuco, por estar en parte y sitio, y cerca de muchos pueblos, y que teniendo aquella ciudad por nosotros, desde allí hariamos entradas en las tierras comarcanas de México; y puestos en aquella ciudad tomariamos el mejor parecer cómo sucediesen las cosas. Pues ya que estaba acordado lo por mí dicho, viene nueva y cartas que trujeron tres soldados, de cómo habia venido á la Villa Rica un navío de Castilla y de las Islas de Canaria, de buen porte, cargado de muchas ballestas y tres caballos, é muchas mercaderías, escopetas, pólvora, é hilo de ballestas y otras armas; y venia por señor de la mercadería y navío un Juan de Búrgos, y por maestre un Francisco Medel, y venian trece soldados, y con aquella nueva nos alegramos en gran manera. Y si de ántes que supiésemos del navío nos dábamos priesa en la partida para Tezcuco, mucho más nos dimos entónçes, porque luego le envió Cortés á comprar todas las armas y pólvora, y todo lo más que traía, y aun el mismo Juan de Búrgos y el Medel y todos los pasajeros que traía se vinieron luego para donde estábamos, con los cuales recibimos contento viendo tan buen socorro y en tal tiempo. Acuérdome que en-

tónces vino un Juan del Espinar, vecino que fué de Guatimala, persona que fué muy rica; y tambien vino un Sagredo, tio de una mujer que se decia la Sagreda, que estaba en Cuba, naturales de la villa de Medellin; y tambien vino un vizcaino que se decia Monjaraz, tio que decia ser de Andrés de Monjaraz y Gregorio de Monjaraz, soldados que estaban con nosotros, y padre de una mujer que despues vino á México, que se decia la Monjaraz, muy hermosa mujer. He traido aquí esto á la memoria por lo que de adelante diré, y es que jamás fué el Monjaraz á guerra ninguna ni entrada con nosotros, porque andaba doliente en aquel tiempo; é ya que estaba muy bueno y sano, é presumia de muy valiente soldado, cuando teniamos puesto cerco á México, dijo el Monjaraz que queria ir á ver cómo batallábamos con los mexicanos, porque no tenia á los mexicanos ni á otros indios por valientes. Y fué, y se subió en un alto cu como torrecilla, y nunca supimos cómo ni de qué manera le mataron indios en aquel mismo dia: y muchas personas dijeron que le habian conocido en la Isla de Santo Domingo; que fué permision divina que muriese aquella muerte, porque habia muerto á su mujer (muy honrada y buena y hermosa) sin culpa ninguna, y que buscó testigos falsos que juraron que le hacia maleficio. Quiero dejar ya de contar cosas pasadas, y digamos cómo fuimos á la ciudad de Tezcuco, y lo que mas pasó.

CAPITULO CXXXVII.

Cómo caminamos con todo nuestro ejército camino de la ciudad de Tezcuco, y lo que en el camino nos avino, y otras cosas que pasaron.

Como Cortés vió tan buena prevencion así de escopetas y pólvora y ballestas y caballos, y conoció de todos nosotros, así capitanes como soldados, el gran deseo que teniamos de estar ya sobre la gran ciudad de México, acordó de hablar á los caciques de Tlaxcala para que le diesen diez mil indios de guerra que fuesen con nosotros aquella jornada hasta Tezcuco, que es una de las mayores ciudades que hay en toda la Nueva-España despues de México; y como se lo demandó y les hizo un buen parlamento sobre ello, luego Xicotenga el viejo, que en aquella sazon se habia vuelto christiano y se llamó don Lorenzo de Vargas como dicho tengo, dijo que le placia de buena voluntad,

no solamente diez mil hombres sino muchos más si los queria llevar, y que iria por capitan dellos otro cacique muy esforzado, é nuestro gran amigo que se decia Chichimecatecle, y Cortés le dió las gracias por ello. Y despues de hecho nuestro alarde, que ya no me acuerdo bien qué tanta copia éramos, así de soldados como de los demás (1), un dia despues de la Pascua de Navidad

(1) "El segundo dia de la dicha Pascua de Navidad hice alarde en la dicha ciudad de Tlaxcaltecal, y hallé cuarenta de caballo y quinientos y cincuenta peones, los ochenta dellos ballesteros y escopeteros, y ocho ó nueve tiros de campo, con bien poca pólvora; y hice de los de caballo cuatro cuadrillas, de diez en diez cada una, y de los peones hice nueve capitanías de á sesenta españoles cada una, y á todos juntos en el dicho alarde les hablé y dije que ya sabian cómo ellos y yo, por servir á vuestra sacra majestad, habíamos poblado en esta tierra, y que ya sabian cómo todos los naturales della se habian dado por vasallos de vuestra majestad y como tales habian perseverado algun tiempo, recibiendo buenas obras de nosotros y nosotros dellos; y cómo, sin causa ninguna, todos los naturales de Culúa, que son los de la gran ciudad de Temistitan, y los de todas las otras provincias á ellos sujetas no solamente se habian rebelado contra vuestra majestad, mas aun nos habian muerto muchos hombres, deudos y amigos nuestros, y nos habian echado fuera de toda su tierra, y que se acordasen de cuántos peligros y trabajos habiamos pasado, y viesen cuánto convenia al servicio de Dios y de vuestra católica majestad tornar á cobrar lo perdido, pues para ello teniamos de nuestra parte justas causas y razones: lo uno, por pelear en aumento de nuestra fe y contra gente bárbara; y lo otro, por servir á vuestra majestad; y lo otro, por seguridad

del año de mil y quinientos y veinte años comenzamos á caminar con mucho concierto, como lo teniamos de costumbre: fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco, y los del mismo pueblo nos dieron lo que habiamos menester: de allí adelante era tierra de mexicanos, é íbamos mas recatados, nuestra artillería puesta en mucho concierto, y ballesteros, y escopeteros, y siempre cuatro corredores del campo á caballo, y otros cuatro soldados de espada y rodela muy sueltos, juntamente con los de á caballo, para ver los pasos si estaban para pasar caballos, porque en el camino tuvimos aviso que estaba embarazado de aquel dia un mal paso, y la sier-

de nuestras vidas; y lo otro, porque en nuestra ayuda tengamos muchos de los naturales nuestros amigos, que eran causas potísimas para animar nuestros corazones; por tanto que les rogaba, que se alegrasen y esforzasen; y que porque yo en nombre de vuestra majestad habia fecho ciertas ordenanzas, para la buena órden y cosas tocantes á la guerra, las cuales luego allí fice pregonar públicamente, y que tambien les rogaba que las guardasen y cumpliesen, porque de ello redundaria mucho servicio á Dios y á vuestra majestad. Y todos prometieron de lo facer y cumplir así, y que de muy buena gana querian morir por nuestra fe, y por servicio de vuestra majestad ó tornar á recobrar lo perdido, y vengar tan gran traicion como nos habian hecho los de Temistitan y sus aliados. Y yo en nombre de vuestra majestad se lo agradescí; y así con mucho placer nos volvimos á nuestras posadas aquel dia del alarde. Otro dia siguiente, que fué dia de San Juan Evangelista, hice llamar á todos los señores de la provincia de Tascaltecal, y venidos díjeles: que ya sabian cómo yo me

ra con árboles cortados; porque bien tuvieron noticia en México y en Tezcuco cómo caminábamos hácia su ciudad, y aquel dia no hallamos estorbo ninguno, y fuimos á dormir al pié de la sierra, que serian tres leguas, y aquella noche tuvimos buen frio, y con nuestras rondas y espías, y velas, y corredores del campo la pasamos: y cuando amaneció comenzamos á subir un puertezuelo, y unos malos pasos como barrancas, y estaba cortada la sierra por donde no podiamos pasar, y puesta mucha madera y pinos en el camino; y como llevábamos tantos amigos tlaxcaltecas, de presto se desembarazó, y con mucho concierto caminamos con una capita-

habia de partir otro dia, para entrar por la tierra de nuestros enemigos, y que ya veían cómo la ciudad de Temistitan no se podia ganar sin aquellos bergantines, que allí se estaban faciendo, qué les rogaba que á los maestros de ellos, y á los otros españoles que allí dejaba, les diesen lo que hubiesen menester, y les ficiesen el buen tratamiento que siempre nos habian fecho, y que estuviesen aparejados, para cuando yo, desde la ciudad de Tesaico, si Dios nos diese victoria, enviase por la ligazon y tablazon, y otros aparejos de los dichos bergantines: y ellos me prometieron, que así lo farian, y que tambien querian ahora enviar gente de guerra conmigo, y que para cuando fuesen con los bergantines ellos todos irian con toda cuanta gente tenian en su tierra, y que querian morir donde yo muriese, ó vengarse de los de Culúa, sus capitales enemigos. E otro dia que fueron veinte y ocho de Diciembre dia de los Inocentes, me partí con toda la gente puesta en órden, y fuimos á dormir á seis leguas de Tascaltecal.—*Cortés, Carta III.*"

nía de escopetas y ballestas delante, y con nuestros amigos cortando y apartando árboles para poder pasar los caballos hasta que subimos la sierra, y aun bajamos un poco abajo, adonde se descubria la laguna de México, y sus grandes ciudades pobladas en el agua; y cuando la vimos dimos muchas gracias á Dios, que nos la tornó á dejar ver: entónces nos acordamos de nuestro desbarate pasado, de cuando nos echaron de México, y prometimos, si Dios fuese servido de darnos mejor suceso en esta guerra, de ser otros hombres en el trato y modo de cercarla: y luego bajamos la sierra, donde vimos grandes ahumadas que hacian, así los de Texcuco como los de los pueblos sujetos: é andando mas adelante topamos con un buen escuadron de gente, guerreros de México, y de Tezcuco, que nos aguardaban á un mal paso, que era un arcabuezo, donde estaba una puente como quebrada de madera algo honda, y corria un buen golpe de agua; mas luego desbaratamos los escuadrones y pasamos muy á nuestro salvo. Pues oír la grita que nos daban desde las estancias y barrancas, no hacian otra cosa, y era en parte que no podian correr caballos y nuestros amigos los tlaxcaltecas les apañaban gallinas, y lo que podian roballes no les dejaban; puesto que Cortés les mandaba, que si no diesen guerra que no se la diesen: y los tlaxcaltecas decian que si estuvieran de buenos corazones y de paz, que no salieran al camino

á darnos guerra, como estaban al paso de las barrancas y puente para no nos dejar pasar. Volvamos á nuestra materia, y digamos cómo fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco, y estaba despoblado, y puestas nuestras velas y rondas, y escuchas y corredores del campo, y estuvimos aquella noche con cuidado no diesen en nosotros muchos escuadrones de mexicanos guerreros, que estaban aguardándonos en unos malos pasos; de lo cual tuvimos aviso, porque se prendieron cinco mexicanos en la puente primera, que dicho tengo, y aquellos dijeron lo que pasaba de los escuadrones: y segun despues supimos no se atrevieron á darnos guerra, ni á mas aguardar; porque segun pareció entre los mexicanos y los de Tezcuco tuvieron diferencias y bandos: y tambien como aun no estaban muy sanos de las viruelas, que fué dolencia que en toda la tierra dió y cundió: y como habian sabido, cómo en lo de Guacachula, é Ozucar, y en Tepeaca, y Xalacingo, y Castilblanco, todas las guarniciones mexicanas habiamos desbaratado, y asimismo corria fama, y así lo creían que iban con nosotros en nuestra compañía todo el poder de Tlaxcala y Guaxocingo, acordaron de no nos aguardar, y todo esto nuestro Señor Jesu-Christo lo encaminaba. Y desque amaneció, puestos todos nosotros en gran concierto, así artillería como escopetas y ballestas y los corredores del campo adelante descubriendo tierra, comenzamos á caminar hácia Tezcuco, que seria de allí de donde

dormimos obra de dos leguas, é aun no habiamos andado media legua, cuando vimos volver nuestros corredores del campo muy alegres, y dijerón á Cortés que venian hasta diez indios, y que traían unas señas y veletas de oro, y que no traían armas ningunas: y que en todas las caserías y estancias por donde pasaban no les daban grita ni voces, como habian dado el dia ántes; ántes al parecer todo estaba de paz: y Cortés y nuestros capitanes y soldados nos alegramos, y luego mandó Cortés reparar hasta que llegaron siete indios principales, naturales de Tezcuco, y traían una bandera de oro en una lanza larga, y ántes que llegasen abajaron su bandera, y se humillaron, que es señal de paz: y cuando llegaron ante Cortés estando doña Marina, é Gerónimo de Aguilar delante, dijeron: Malinche, Cocovaizin nuestro señor, y señor de Tezcuco, te envia á rogar que le quieras recibir á tu amistad, y te está esperando de paz en su ciudad de Tezcuco, y en señal dello recibe esta bandera de oro: y que te pide por merced que mandes á todos los tlaxcaltecas, é á tus hermanos que no les hagan mal en su tierra, y que te vayas á aposentar en su ciudad, y él te dará lo que hubieres menester: y más dijeron, que los escuadrones que allí estaban en las barrancas y pasos malos, que no eran de Tezcuco, sino mexicanos que los enviaba Guatemuz. Y cuando Cortés oyó aquellas paces, holgó mucho dellas, y asimismo todos nosotros, é abrazó á los

mensajeros, en especial á tres dellos que eran parientes del buen Montezuma, y los conociamos todos los mas soldados, que habian sido sus capitanes: y considerada la embajada, luego mandó Cortés llamar los capitanes tlaxcaltecas, y les mandó muy afectuosamente que no hiciesen mal ninguno, ni les tomasen cosa ninguna en toda la tierra, porque estaban de paz, y así lo hacian como se lo mandó; mas comida no se les defendia, si era solamente maíz, é frísoles, y aun gallinas y perrillos, que habia muchos en todas las casas llenas dello: y entónces Cortés tomó consejo con nuestros capitanes, y á todos les pareció que aquel pedir de paz y de aquella manera que era fingido, porque si fueran verdaderas no vinieran tan arrebatadamente, y aun trujeran bastimento; y con todo eso recibió Cortés la bandera, que valia hasta ochenta pesos, y dió muchas gracias á los mensajeros; y les dijo que no tenian por costumbre de hacer mal ni daño á ningunos vasallos de su majestad, ántes les favorecia y miraba por ellos, y que si guardaban las paces que decian, que les favoreceria contra los mexicanos, é que ya habia mandado á los tlaxcaltecas que no hiciesen daño en su tierra, como habian visto, y que así lo cumplirian adelante: y que bien sabia que en aquella ciudad mataron sobre cuarenta españoles nuestros hermanos, cuando salimos de México, y sobre docientos tlaxcaltecas, y que robaron muchas cargas de oro, y otros

despojos que dellos hubieron; que ruega á su señor Cocovaicin, é á todos los mas caciques y capitanes de Tezcuco, que le den el oro y ropa, y que la muerte de los españoles, que pues ya no tenia remedio, que no se les pediria: y respondieron aquellos mensajeros, que ellos lo dirian á su señor así como se lo mandaba; mas que el que los mandó matar fué el que en aquel tiempo alzaron en México por señor, despues de muerto Montezuma, que se decia Coadlavaca, é hubo todo el despojo y le llevaron á México todos los mas teules, y que luego los sacrificaron á su Huichilobos: y como Cortés vió aquella respuesta, por no los resabiar ni atemorizar, no les replicó en ello, sino que fuesen con Dios, y quedó uno dellos en nuestra compañía. Y luego nos fuimos á unos arrabales de Tezcuco, que se decian Guautinchan ó Huaxutan, que ya se me olvidó el nombre, é allí nos dieron bien de comer, y todo lo que hubimos menester, y aun derribamos unos ídolos que estaban en unos aposentos donde posábamos: y otro dia de mañana fuimos á la ciudad de Tezcuco, y en todas las calles ni casas no viamos mujeres, ni muchachos, ni niños, sino todos los indios como asombrados, y como gente que estaba de guerra: y fuímonos á aposentar á unos aposentos y salas grandes, y luego mandó Cortés llamar á nuestros capitanes, y todos los mas soldados, y nos dijo que no saliésemos de unos patios grandes que allí habia, y que estuviésemos muy aper-

cebidos, porque no le parecia que estaba aquella ciudad pacífica, hasta ver cómo y de qué manera estaba: y mandó al Pedro de Alvarado, y á Christóval de Oli, é á otros soldados, y á mí con ellos, que subiésemos al gran cu que era bien alto, y llevásemos hasta veinte escopeteros para nuestra guarda; y que mirásemos desde el alto cu la laguna y la ciudad, porque bien se parecia toda, y vimos que todos los moradores de aquellas poblaciones se iban con sus haciendas y hatos, é hijos y mujeres, unos á los montes, y otros á los carrizales que hay en la laguna, que toda iba cuajada de canoas dellas grandes y otras chicas; y como Cortés lo supo, quiso prender al señor de Tezcuco, que envió la bandera de oro: y cuando le fueron á llamar ciertos papas que envió Cortés por mensajeros, ya estaba puesto en cobro, que él fué el primero que se fué huyendo á México, y fueron con él otros muchos principales. Y así se pasó aquella noche que tuvimos grande recaudo de velas, y rondas y espías: y otro dia muy de mañana mandó llamar Cortés á todos los mas principales indios que habia en Tezcuco, porque como es gran ciudad habia otros muchos señores partes contrarias del cacique que se fué huyendo, con quien tenian debates y diferencias sobre el mando y reino de aquella ciudad (1)

(1) Tezcuco era ciudad de treinta mil vecinos, capital de la provincia de Aculuacan, confinante con Tlaxcala; tres leguas de Tezcuco estaba la ciudad de Acuruman, y á seis la de

y venidos ante Cortés informado dellos, cómo y de qué manera y desde qué tiempo acá señoreaba el Cocovaizin, dijeron que por codicia de reinar, habia muerto malamente á su hermano mayor, que se decia Cuxcuxca, con favor que para ello le dió el señor de México, que ya he dicho, que se decia Coadlavaca; el cual fué el que nos dió la guerra cuando salimos huyendo, despues de muerto Montezuma: é que allí habia otros señores á quien venia el reino de Tezcuco mas justamente que no al que lo tenia; que era un mancebo que luego en aquella sazon se volvió christiano con mucha solemnidad, y le bautizó el fraile de la merced, y se llamó D. Hernando Cortés, porque fué su padrino nuestro capitan. E aqueste mancebo dijeron que era hijo legítimo del señor y rey de Tezcuco, que se decia su padre Nezabal Pintzintli: y luego sin mas dilaciones, con grandes fiestas y regocijos de todo Tezcuco, le alzaron por rey y señor natural, con todas las ceremonias que á los tales reyes solian hacer, é con mucha paz, y en amor de todos sus vasallos y otros pueblos comarcanos, é mandaba muy absolutamente y era obedecido: y para mejor le industriar en las cosas de nuestra santa fe, y ponelle en toda policía, y para que deprendiese nuestra lengua, mandó Cortés que tuviese por ayos á Antonio de Villareal, marido que fué de una se-

Otumba, cada una dellas de tres á cuatro mil vecinos.—*Cortés, Carta II.*

ñora hermosa, que se dijo Isabel de Ojeda; é á un bachiller, que se decia Escobar, puso por capitan de Tezcuco para que viese y defendiese, que no contratasen con el don Fernando ningun mexicano, y á un buen soldado, que se decia Pedro Sanchez Farfan, marido que fué de la buena y honrada mujer María de Estrada. Dejemos de contar su gran servicio de aqueste cacique, y digamos cuán amado y obedecido fué de los suyos: y digamos cómo Cortés le demandó que diese mucha copia de indios trabajadores para ensanchar y abrir mas las acequias y zanjas por donde habiamos de sacar los bergantines á la laguna, de que estuviesen acabados, y puestos á punto para ir á la vela; y se le dió á entender al mismo don Hernando, y á otros sus principales, á qué fin y efecto se habian de hacer, y cómo y de qué manera habiamos de poner cerco á México: y para todo ello se ofreció con todo su poder y vasallos, que no solamente aquello que le mandaba, sino que enviaria mensajeros á otros pueblos comarcanos, para que se diesen por vasallos de su majestad, y tomasen nuestra amistad y voz contra México. Y todo esto concertado, despues de nos haber aposentado muy bien, y cada capitanía por sí, y señalado los puestos y lugares donde habiamos de acudir, si hubiese rebato de mexicanos, porque estábamos á guarda la raya de su laguna; porque de cuando en cuando enviaba Guatemuz grandes piraguas y canoas con muchos guerre-

ros, y venian á ver si nos tomaban descuidados: y en aquella sazon vinieron de paz ciertos pueblos sujetos á Tezcuco á demandar perdon y paz, si en algo habian errado en las guerras pasadas, y habian sido en la muerte de los españoles, los cuales se decian Guatinchan: y Cortés les habló á todos muy amorosamente y les perdonó. Quiero decir, que no habia dia ninguno que dejasen de andar en la obra y zanja y acequia de siete á ocho mil indios, y la abrian y ensanchaban muy bien, que podian nadar por ella navíos de gran porte. Y en aquella sazon, como teniamos en nuestra compañía sobre siete mil tlaxcaltecas, y estaban deseosos de ganar honra, y de guerrear contra mexicanos, acordó Cortés, pues que tan fieles compañeros teniamos, que fuésemos entrar y dar una vista á un pueblo, que se dice Iztapalapa; el cual pueblo fué por donde habiamos pasado, cuando la primera vez veniamos para México, y el señor dél fué el que alzaron por rey en México despues de la muerte del gran Montezuma, que ya he dicho otras veces, que se decia Coadlavaca, y de aqueste pueblo, segun supimos recebiamos mucho daño, porque eran muy contrarios contra Chalco, y Talmalanco, y Mecameca, y Chimaloacan que querian venir á tener nuestra amistad, y ellos lo estorbaban: y como habia ya doce dias que estábamos en Tezcuco sin hacer cosa que de contar sea, fuimos á aquella entrada de Iztapalapa.

CAPITULO CXXXVIII.

Cómo fuimos á Iztapalapa con Cortés, y llevó en su compañía á Christóval de Oli, y á Pedro de Alvarado, y quedó Gonzalo de Sandoval por guarda de Tezcuco, y lo que nos acaeció en la toma de aquel pueblo.

Pues como habia doce dias que estábamos en Tezcuco, y teníamos los tlaxcaltecas por mí ya otra vez nombrados, que estaban con nosotros, y porque tuviesen qué comer, porque para tantos como eran no se lo podian dar abastadamente los de Tezcuco, y porque no recibiesen pesadumbre dello, y tambien porque estaban deseosos de guerrear con los mexicanos, y se vengar por los muchos tlaxcaltecas que en las derrotas pasadas les habian muerto y sacrificado, acordó Cortés que él por capitan general, y con Pedro de Alvarado, y Christóval de Oli, y con trece de á caballo, y veinte ballesteros, y seis escopeteros y docientos y veinte soldados, y con nuestros amigos de Tlaxcala, y con otros veinte principales de Tezcuco, que

nos dió don Hernando, cacique mayor de Tezcuco, y estos sabiamos que eran sus primos y parientes del mismo cacique, y enemigos de Guatemuz, que ya le habian alzado por rey en México, fuésemos camino de Iztapalapa, que estará de Tezcuco obra de cuatro leguas (1). Ya he dicho otra vez en el capítulo que dello trata, que estaba más de la mitad de las casas edificadas en el agua y la mitad en tierra firme: é yendo nuestro camino con mucho concierto, como lo teniamos de costumbre, como los mexicanos siempre tenian velas y guarniciones, y guerreros contra nosotros, que sabian que íbamos á dar guerra á algunos de sus pueblos para luego les socorrer, así lo hicieron saber á los de Iztapalapa para que se apercebiesen, y les enviaron sobre ocho mil mexicanos de socorro. Por manera que en tierra firme aguardaron como buenos guerreros, así los mexicanos que fueron en su ayuda, como los pueblos de Iztapalapa, y pelearon un buen rato muy valerosamente con nosotros; mas los de á caballo rompieron por ellos, y con las ballestas y escopetas, y todos nuestros amigos los tlaxcaltecas, que se metian en ellos como perros rabiosos, de presto dejaron el campo y se metieron en su pueblo; y esto fué sobre cosa pensada, y con un ardid que entre ellos tenian acordado, que fue-

(1) El objeto de esta expedicion contra Iztapalapa, ejecutada el mes de Enero de 1521, fué castigar al señor de ella, autor principal de la guerra que los mexicanos dieron á los españoles para echarlos de México. *Cortés, Carta III.*

ra harto dañoso para nosotros si de presto no saliéramos de aquel pueblo. Y fué desta manera: que hicieron que huyeron, y se metieron en canoas en el agua, y en las casas que estaban en el agua, y dellos en unos carrizales; y como ya era noche oscura, nos dejan aposentar en tierra firme sin hacer ruido ni muestra de guerra: y con el despojo que habiamos habido é la vitoria estábamos contentos. Y estando de aquella manera, puesto que teniamos velas, espías y rondas, y aun corredores del campo en tierra firme, cuando no nos catamos vino tanta agua por todo el pueblo, que si los principales que llevábamos de Tezcuco no dieran voces y nos avisaran que saliésemos presto de las casas, todos quedáramos ahogados, porque soltaron dos acequias de agua, y abrieron una calzada con que de presto se hinchó todo de agua, y los tlaxcaltecas nuestros amigos, como no son acostumbrados á rios caudalosos ni sabian nadar, quedaron muertos dos dellos; y nosotros, con gran riesgo de nuestras personas, todos bien mojados y la pólvora perdida, salimos sin hato; y como estábamos de aquella manera y con mucho frio, y aun sin cenar, pasamos mala noche, y lo peor de todo era la burla y grita que nos daban los de Iztapalapa y los mexicanos desde sus casas y canoas. Pues otra cosa peor nos avino, que como en México sabian el concierto que tenian hecho de nos anegar, con haber rompido la calzada y acequias, estaban espe-

rando en tierra y en la laguna muchos batallones de guerreros, y cuando amaneció nos dan tanta guerra, que harto teniamos que nos sustentar contra ellos no nos desbaratasen, é mataron dos soldados y un caballo, é hirieron otros muchos así de nuestros soldados como tlaxcaltecas, y poco á poco aflojaron en la guerra, y nos volvimos á Tezcuco medio afrentados de la burla y ardid de echarnos el agua, y tambien como no ganamos mucha reputacion en la batalla postrera que nos dieron porque no habia pólvora; mas todavía quedaron temerosos, y tuvieron bien en que entender en enterrar é quemar muertos y curar heridos, y en reparar sus casas; donde lo dejaré, y diré cómo vinieron de paz á Tezcuco y otros pueblos, y lo que mas se hizo.

CAPITULO CXXXIX.

Cómo vinieron tres pueblos comarcanos á Tezcuco á demandar paces y perdon de las guerras pasadas y muertes de españoles, y los descargos que daban sobre ello, y cómo fué Gonzalo de Sandoval á Chalco y Talmalanco en su socorro contra mexicanos, y lo que mas pasó.

Habiendo dos dias que estábamos en Tezcuco de vuelta de la entrada de Iztapalapa, vinieron á Cortés tres pueblos de paz á demandar perdon de las guerras pasadas, y de muertes de españoles que mataron, y los descargos que daban era que el señor de México que alzaron despues de la muerte del gran Montezuma, el cual se decia Coadlavaca, que por su mandado salieron á dar guerra con los demás sus vasallos; y que si algunos teules mataron y prendieron y robaron, que el mismo señor les mandó que así lo hiciesen, y los teules que se los llevaron á México para sacrificar, y tambien le

llevaron el oro y caballos y ropa; y que ahora que piden perdon por ello, y que por esta causa que no tienen culpa ninguna, por ser mandados y apremiados por fuerza para que lo hiciesen. Y los pueblos que digo que en aquella sazon vinieron se decian Tepetezcuco y Otumba, el nombre del otro pueblo no me acuerdo; mas sé decir que en este de Otumba fué la nombrada batalla que nos dieron cuando salimos huyendo de México, adonde estuvieron juntos los mayores escuadrones de guerreros que ha habido en toda la Nueva-España contra nosotros, adonde creyeron que no escapáramos con las vidas, segun mas largo lo tengo escrito en los capítulos pasados que dello hablan. Y como aquellos pueblos se hallaban culpados, y habian visto que habiamos ido á lo de Iztapalapa y no les fué muy bien con nuestra ida, y aunque nos quisieron anegar con el agua y esperaron dos batallas campales con muchos escuadrones mexicanos; en fin, por no se hallar en otras como las pasadas, vinieron á demandar paces ántes que fuésemos á sus pueblos á castigarlos. Y Cortés, viendo que no estaba en tiempo de hacer otra cosa, les perdonó, puesto que les dió grandes reprehensiones sobre ello, y se obligaron con palabras de muchos ofrecimientos de siempre ser contra mexicanos, y de ser vasallos de su majestad y de nos servir, y así lo hicieron. Dejemos de hablar destos pueblos, y digamos cómo vinieron luego en aquella sazon á demandar paces y nuestra

amistad los de un pueblo que está en la laguna, que se dice Mezquique, que por otra parte le llamábamos Venenzuela: y estos, segun pareció, jamás estuvieron bien con mexicanos y los querian mal de corazon. Y Cortés y todos nosotros tuvimos en mucho la venida deste pueblo, por estar dentro en la laguna por tenellos por amigos, y con ellos creímos que habian de convocar á sus comarcanos, que tambien estaban poblados en la laguna, y Cortés se lo agradeció mucho, y con ofrecimientos y palabras blandas los despidió. Pues estando que estábamos desta manera, vinieron á decir á Cortés cómo venian grandes escuadrones de mexicanos sobre los cuatro pueblos que primero habian venido á nuestra amistad, que se decian Guautinchan y Huaxutlan, de los otros dos pueblos no se me acuerda el nombre; y dijeron á Cortés que no osarian esperar en sus casas, é que se querian ir á los montes ó venirse á Texcuco adonde estábamos. Y tantas cosas le dijeron á Cortés para que les fuese á socorrer, que luego apercebió veinte de á caballo y docientos soldados, y trece ballesteros y diez escopeteros, y llevó en su compañía á Pedro de Alvarado y á Christóval de Oli, que era maestre de campo, y fuimos á los pueblos que vinieron á Cortés á dar tantas quejas, como dicho tengo, que estarian de Tezcuco obra de dos leguas; y segun pareció era verdad que los mexicanos los enviaban á amenazar que les habian de destruir y dalles guerra

porque habian tomado nuestra amistad; mas sobre lo que mas los amenazaban y tenian contiendas, era por unas grandes labores de tierra de maizales que estaban ya para coger cerca de la laguna, donde los de Tezcuco y aquellos pueblos bastecian nuestro real, y los mexicanos por tomalles el maíz, porque decian que era suyo, y aquella vega de los maizales tenian por costumbre aquellos cuatro pueblos de los sembrar y beneficiar para los papas de los ídolos mexicanos; y sobre esto destos maizales se habian muerto los unos á los otros muchos indios. Y como aquello entendió Cortés, despues de les decir que no hubiesen miedo y que se estuviesen en sus casas, les mandó que cuando hubiesen de ir á coger maíz así para su mantenimiento como para abastecer nuestro real, que enviaria para ello un capitan con muchos de á caballo y soldados para en guarda de los que fuesen á traer el maíz: y con aquello que Cortés les dijo quedaron muy contentos, y nos volvimos á Tezcuco. Y dende en adelante, cuando habia necesidad en nuestro real de maíz, apercebiamos á los tamemes de todos aquellos pueblos, é con nuestros amigos los de Tlaxcala y con diez de á caballo y cien soldados con algunos ballesteros y escopeteros íbamos por el maíz. Y esto digo porque yo fuí dos veces por ello, y la una tuvimos una buena escaramuza con grandes escuadrones de mexicanos que habian venido en más de mil canoas, aguardándonos en los maizales,

y como llevábamos amigos, puesto que los mexicanos pelearon muy como varones, los hicimos embarcar en sus canoas, y allí mataron uno de nuestros soldados é hirieron doce; y asimismo hirieron muchos tlaxcaltecas, y ellos no se fueron alabando, que allí quedaron tendidos quince ó veinte, y otros cinco que llevamos presos. Dejemos de hablar desto, y digamos cómo otro dia tuvimos nueva cómo querian venir de paz los de Chalco y Talmalanco y sus sujetos, y por causa de las guarniciones mexicanas que estaban en sus pueblos no les daban lugar á ello, y les hacian mucho daño en su tierra, y les tomaban las mujeres y más si eran hermosas, y delante de sus padres ó madres, ó maridos, tenian acceso con ellas; y asimismo, como estaba en Tlaxcala cortada la madera y puesta á punto para hacer los bergantines, y se pasaba el tiempo sin la traer á Tezcuco, sentiamos mucha pena dello todos los mas soldados; y demás desto, vienen del pueblo de Venezuela, que se decia Mezquique, y de otros pueblos de nuestros amigos, á decir á Cortés que los mexicanos les daban guerra porque han tomado nuestra amistad; y tambien nuestros amigos los tlaxcaltecas, como tenian ya junta cierta ropilla y sal, y otras cosas de despojos é oro, y querian algunos dellos volverse á su tierra, no osaban por no tener camino seguro. Pues viendo Cortés que para socorrer á unos pueblos de los que les demandaban socorro, é ir á ayudar á los de Chal-

co para que viniesen á nuestra amistad, no podia dar racaudo á unos ni á otros, porque allí en Tezcuco habia menester estar siempre la barba sobre el hombro é muy alerta, lo que acordó fué que todo se dejase atrás, y la primera cosa que se hiciese fuese ir á Chalco y Talmalanco, y para ello envió á Gonzalo de Sandoval y á Francisco de Lugo con quince de á caballo y docientos soldados, y con escopeteros y ballesteros, y nuestros amigos los de Tlaxcala; é que procurase de romper y deshacer en todas maneras á las guarniciones mexicanas, y que se fuesen de Chalco y Talmalanco porque estuviese el camino de Tlaxcala muy desembarazado y pudiesen ir y venir á la Villa Rica sin temer contradicciones de los guerreros mexicanos (1). Y luego como esto fué concertado muy secretamente con indios de Tezcuco, se lo hizo saber á los de Chalco para que estuviesen muy apercebidos para dar de dia ú de noche en las guarniciones de mexicanos; y los de Chalco, que no esperaban otra cosa, se apercebieron muy bien; y como el Gonzalo de Sandoval iba con su ejército, parecióle que era bien dejar en la retaguardia cinco de á caballo y otros tantos ballesteros con todos los mas tlaxcaltecas, que iban cargados de los despojos que habian

(1) El fin de esta entrada de Sandoval fué asegurar los pueblos y países que mediaban entre Tezcuco y Tlaxcala, donde se hacian los bergantines, para tener libre la comunicacion con esta república y Villa Rica. *Cortés, Carta III.*

habido; y como los mexicanos siempre tenian puestas velas y espías y sabian cómo los nuestros iban camino de Chalco, tenian aparejados nuevamente, sin los que estaban en Chalco en guarnicion, muchos escuadrones de guerreros que dieron en la rezaga, donde iban los tlaxcaltecas con su hato, y los trataron mal, que no los pudieron resistir los cinco de á caballo y ballesteros, porque los dos ballesteros quedaron muertos y los demas heridos, de manera que aunque el Gonzalo de Sandoval muy presto volvió sobre ellos y los desbarató y mató siete mexicanos, como estaba la laguna cerca se le acogieron á las canoas en que habian venido (porque todas aquellas tierras están muy pobladas de los sugetos de México), y cuando los hubo puesto en huida é vió que los cinco de á caballo que habia dejado con los ballesteros y escopeteros en la retaguardia, eran dos de los ballesteros muertos y estaban los demás heridos, ellos y sus caballos, y aun con haber visto todo esto no dejó de decilles á los demás que dejó en su defensa que habian sido para poco en no haber podido resistir á los enemigos y defender sus personas y de nuestros amigos, y estaba muy enojado dellos porque eran de los nuevamente venidos de Castilla, y les dijo que bien se parecia que no sabian qué cosa era guerra, y luego puso en salvo todos los indios de Tlaxcala con su ropa, y tambien despachó unas cartas que envió Cortés á la Villa Rica, en que en ellas envió á

decir al capitan que en ella quedó todo lo acaecido acerca de nuestras conquistas y el pensamiento que tenia de poner cerco á México, y que siempre estuviesen con mucho cuidado velándose; y que si habia algunos soldados que estuviesen en disposicion para tomar armas, que se los enviase á Tlaxcala, y que de allí no pasasen hasta estar los caminos mas seguros, porque corrian riesgos. Y despachados los mensajeros, y los tlaxcaltecas puestos en su tierra, volvió Sandoval para Chalco, que era muy cerca de allí, y con gran concierto sus corredores del campo adelante, porque bien entendió que en todos aquellos pueblos y caserías por donde iba que habia de tener rebato de mexicanos. E yendo por su camino, cerca de Chalco, vió venir muchos escuadrones mexicanos contra él, y en un campo llano, puesto que habia grandes labranzas de maizales y magueis, que es de donde sacan el vino que ellos beben, le dieron una buena refriega de vara y flecha, y piedra con hondas, y con lanzas largas para matar á los caballos; de manera que Sandoval, cuando vido tanto guerrero contra sí, esforzando á los suyos rompió por ellos dos veces, y con las escopetas y ballestas, y con pocos amigos que le habian quedado, los desbarató, y puesto que le hirieron cinco soldados y seis caballos y muchos amigos; mas tal priesa les dió, y con tanta furia, que le pagaron muy bien el mal que primero le habian hecho; y como lo supieron los de Chalco que esta-

ban cerca, le salieron á recebir al Sandoval al camino y le hicieron mucha honra y fiesta, y en aquella derrota se prendieron ocho mexicanos, y los tres personas muy principales. Pues hecho esto, otro dia dijo el Sandoval que se queria volver á Tezcuco, y los de Chalco le dijeron que querian ir con él para ver y hablar á Malinche y llevar consigo dos hijos del señor de aquella provincia, que habia pocos dias que era fallecido de viruelas, y que ántes que muriese que habia encomendado á todos sus principales y viejos que llevasen sus hijos para verse con el capitan y que por su mano fuesen señores de Chalco; y que todos procurasen de ser sujetos al gran rey de los teules, porque ciertamente sus antepasados les habian dicho que habian de señorear aquellas tierras hombres que vernian con barbas de hácia donde sale el sol, y que por las cosas que han visto éramos nosotros. Y luego se fué el Sandoval con todo su ejército á Tezcuco, y llevó en su compañía los hijos del señor y los demás principales, y los ocho prisioneros mexicanos; y cuando Cortes supo su venida se alegró en gran manera, y despues de le haber dado cuenta el Sandoval de su viaje, y cómo venian aquellos señores de Chalco, se fué á su aposento: y los caciques se fueron luego ante Cortés y despues de le haber hecho grande acato, le dijeron la voluntad que traían de ser vasallos de su majestad, y segun y de la manera que el padre de aquellos dos mancebos se lo habia

mandado, y para que por su mano les hiciese señores: y cuando hubieron dicho su razonamiento le presentaron en joyas ricas, obra de docientos pesos de oro. Y como el capitan Cortés lo hubo muy bien entendido por nuestras lenguas doña Marina y Gerónimo de Aguilar, les mostró mucho amor, y les abrazó, y dió por su mano el señorío de Chalco al hermano mayor, con mas de la mitad de los pueblos sus sujetos, y lo de Talmalanco y Chimaloacan dió al hermano menor con Ayocingo, y otros pueblos sujetos. Y despues de haber pasado otras muchas razones de Cortés á los principales viejos, y con los caciques nuevamente elegidos, le dijeron, que se querian volver á su tierra, y que en todo servirian á su majestad, y á nosotros en su real nombre contra mexicanos, é que con aquella voluntad habian estado siempre: é que por causa de las guarniciones mexicanas, que habian estado en su provincia, no han venido ántes de ahora á dar la obediencia: y tambien dieron nuevas á Cortés, que dos españoles que habia enviado á aquella provincia por maíz ántes que nos echasen de México, que porque los culchuas no los matasen, que los pusieron en salvo una noche en Guaxocingo nuestros amigos y que allí salvaron las vidas; lo cual ya lo sabiamos dias habia, porque el uno dellos era el que se fué á Tlaxcala: y Cortés se lo agradeció mucho, y les rogó que esperasen allí dos dias, porque habia de enviar un capitan por la madera y tablazon

á Tlaxcala, y los llevaria en su compañía, y les pornia en su tierra, porque los mexicanos no les saliesen al camino: y ellos fueron muy contentos, y se lo agradeciéron mucho. Y dejemos de hablar en esto: y diré cómo Cortés acordó de enviar á México aquellos ocho prisioneros que prendió Sandoval en aquella derrota de Chalco, á decir al señor que entónces habian alzado por rey, que se decia Guatemuz, que deseaba mucho que no fuesen causa de su perdicion ni de aquella tan gran ciudad, y que viniesen de paz, y que les perdonaria la muerte y daños que en ella nos hicieron, y que no se les demandaria cosa ninguna: y que las guerras, que á los principios son buenas de comenzar, y que al cabo se destruirian: y que bien sabiamos de las albarradas y pertrechos, almacenes de varas y flechas, y lanzas, y macanas, é piedras rollizas, y todos los géneros de guerra, que á la contina están haciendo y aparejando, que para qué es gastar el tiempo en balde en hacello: y que para qué quiere que mueran todos los suyos, y la ciudad se destruya: é que mire el gran poder de nuestro Señor Dios, que es en el que creemos y adoramos, que él siempre nos ayuda: é que tambien mire que todos los pueblos sus comarcanos tenemos de nuestro bando, pues los tlaxcaltecas no desean sino la misma guerra para vengarse de las traiciones y muertes de sus naturales, que les han hecho: y que dejen las armas y vengan de paz, y les prometió de hacer

siempre mucha honra: y les dijo doña Marina é Aguilar otras muchas buenas razones y consejos sobre el caso: y fueron ante el Guatemuz aquellos ocho indios nuestros mensajeros; mas no quiso hacer cuenta dellos el Guatemuz, ni enviar respuesta ninguna, sino hacer albarradas y pertrechos, y enviar por todas sus provincias á mandar, que si algunos de nosotros tomasen desmandados, que se los trujesen á México para sacrificar, y que cuando los enviase á llamar, que luego viniesen con sus armas: y les envió á quitar y perdonar muchos tributos, y aun prometer grandes promesas. Dejemos de hablar en los aderezos de guerra que en México se hacian, y digamos cómo volvieron otra vez muchos indios de los pueblos de Guautinchan, ó Guaxutlan descalabrados de los mexicanos, porque habian tomado nuestra amistad, y por la contienda de los maizales que solian sembrar para los papas mexicanos, en el tiempo que les servian, como otras veces he dicho en el capítulo que dello habla, y como estaban cerca de la laguna de México, cada semana les venian á dar guerra, y aun llevaron ciertos indios presos á México: y como aquello vió Cortés, acordó de ir otra vez por su persona, y con cien soldados y veinte de á caballo, y doce escopeteros y ballesteros, y tuvo buenas espías para cuando sintiesen venir los escuadrones mexicanos, que se lo viniesen á decir; y como estaba de Tezcuco aun no dos leguas, un miércoles por la mañana

amaneció donde estaban los escuadrones mexicanos, y pelearon ellos de manera que presto los rompió, y se metieron en la laguna en sus canoas, y allí se mataron cuatro mexicanos, y se prendieron otros tres, y se volvió Cortés con su gente á Tezcuco: y dende en adelante no vinieron mas los Culchuas sobre aquellos pueblos. Y dejemos esto, y digamos cómo Cortés envió á Gonzalo de Sandoval á Tlaxcala por la madera y tablazon de los bergantines, y lo que más en el camino hizo.

CAPITULO CXL.

Cómo fué Gonzalo de Sandoval á Tlaxcala por la madera de los bergantines, y lo que mas en el camino hizo en un pueblo, que le pusimos por nombre el pueblo Morisco.

Como siempre estábamos con grande deseo de tener ya los bergantines acabados, y vernos ya en el cerco de México, y no perder ningun tiempo en balde, mandó nuestro capitan Cortés, que luego fuese Gonzalo de Sandoval por la madera, y que llevase consigo docièntos soldados, y veinte escopeteros, y ballesteros, y quince de á caballo, y buena copia de tlaxcaltecas, y veinte principales de Tezcuco, y llevase en su compañía á los mancebos de Chalco y á los viejos, y los pusiesen en salvo en sus pueblos: é ántes que partiesen, hizo amistades entre los tlaxcaltecas y los de Chalco; porque como los de Chalco solian ser del bando y confederados de los mexicanos; y cuando iban á la guerra

los mexicanos sobre Tlaxcala llevaban en su compañía los de la provincia de Chalco para que les ayudasen, por estar en aquella comarca, desde entónces se tenian mala voluntad, y se trataban como enemigos; mas como he dicho, Cortés los hizo amigos allí en Tezcuco, de manera que siempre entre ellos hubo gran amistad, y se favorecieron de allí adelante los unos de los otros. Y tambien mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval, que cuando tuviesen puestos en su tierra los de Chalco, que fuesen á un pueblo que allí cerca estaba en el camino, que en nuestra lengua le pusimos por nombre el pueblo morisco, que era sujeto á Tezcuco, porque en aquel pueblo habian muerto cuarenta y tantos soldados de los de Narvaez, y aun de los nuestros, y muchos tlaxcaltecas, y robado tres cargas de oro cuando nos echaron de México: y los soldados que mataron eran que venian de la Vera-Cruz á México, cuando íbamos en el socorro de Pedro de Alvarado, y Cortés le encargó al Sandoval que no dejase aquel pueblo sin buen castigo, puesto que mas merecian los de Tezcuco, porque ellos fueron los agresores y capitanes de aquel daño, como en aquel tiempo eran muy hermanos en armas con la gran ciudad de México: y porque en aquella sazon no se podia hacer otra cosa, se dejó de castigar en Tezcuco. Y volvamos á nuestra plática, y es que Gonzalo de Sandoval hizo lo que el capitan le mandó, así en ir á la provincia de Chalco, que poco se

rodeaba, y dejar allí á los dos mancebos señores della, y fué al pueblo Morisco: y ántes que llegasen los nuestros ya sabian por sus espías, cómo iban sobre ellos, y desmamparan el pueblo, y se van huyendo á los montes, y el Sandoval los siguió, y mató tres ó cuatro, porque hubo mancilla dellos; mas hubiéronse mujeres y mozas, é prendió cuatro principales, y el Sandoval los halagó á los cuatro que prendió, y les dijo, ¿qué cómo habian muerto tantos españoles? y dijeron que los de Tezcuco y de México los mataron en una celada que les pusieron en una cuesta por donde no podian pasar sino uno á uno, porque era muy angosto el camino, y que allí cargaron sobre ellos gran copia de mexicanos y de Tezcuco, y que entónces los prendieron y mataron: y que los de Tezcuco los llevaron á su ciudad, y los repartieron con los mexicanos, y esto que les fué mandado, y que no pudieron hacer otra cosa: y que aquello que hicieron que fué en venganza del señor de Tezcuco, que se decia Cacamatzin, que Cortés tuvo preso, y se habia muerto en las puentes. Hallóse allí en aquel pueblo mucha sangre de los españoles que mataron por las paredes que habian rociado con ella á sus ídolos: y tambien se halló dos caras que habian desollado, y adobado los cueros, como pellejos de guantes, y las tenian con sus barbas puestas, y ofrecidas en unos de sus altares; y asimismo se halló cuatro cueros de caballos curtidos muy bien aderezados que

tenian sus pelos, y con sus herraduras, colgados y ofrecidos á sus ídolos en el su cu mayor: y halláronse muchos vestidos de los españoles que habian muerto, colgados y ofrecidos á los mismos ídolos: y tambien se halló en un mármol de una casa, adonde los tuvieron presos, escrito con carbones: « Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste con otros muchos que traía en mi compañía. » Este Juan Yuste era un hidalgo de los de á caballo que allí mataron, y de las personas de calidad que Narvaez habia traido; de todo lo cual el Sandoval, y todos sus soldados hubieron mancilla, y les pesó: mas qué remedio habia ya que hacer, sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fueron huyendo, y no aguardaron y llevaron sus mujeres é hijos, y algunas mujeres que se prendian lloraban por sus maridos y padres. Y viendo esto el Sandoval á cuatro principales que prendió, y á todas las mujeres las soltó, y envió á llamar á los del pueblo; los cuales vinieron y le demandaron perdon, y dieron la obediencia á su majestad, y prometieron de ser siempre contra mexicanos y servirnos muy bien: y preguntados por el oro que robaron á los tlaxcaltecas, cuando por allí pasaron, dijeron que otros habian tomado las cargas dello, y que los mexicanos y los señores de Tezcuco se lo llevaron, porque dijeron que aquel oro habia sido de Montezuma, y que lo habia tomado de sus templos, y se lo dió á Malinche que lo tenia preso. Dejemos de hablar

desto, y digamos cómo fué Sandoval camino de Tlaxcala, y junto á la cabecera del pueblo mayor donde residian los caciques, topó con toda la madera y tablazon de los bergantines que la traían á cuestas sobre ocho mil indios, y venian otros tantos á la retaguarda dellos con sus armas y penachos, y otros dos mil para remudar las cargas que traían el bastimento: y venian por capitanes de todos los tlaxcaltecas Chichimecatecle, que ya he dicho otras veces en los capítulos pasados que dello hablan, que era indio muy principal y esforzado: y tambien venian otros dos principales, que se decian Teulepile y Teutical, y otros caciques y principales; y á todos los traía á cargo Martin López, que era el maestro que cortó la madera, y dió la cuenta para las tablazones, y venian otros españoles que no me acuerdo sus nombres: y cuando Sandoval los vió venir de aquella manera hubo mucho placer, por ver que le habian quitado aquel cuidado, porque creyó que estuviera en Tlaxcala algunos dias detenido esperando á salir con toda la madera y tablazon; y así como venian con el mismo concierto, fueron dos dias caminando hasta que entraron en tierra de mexicanos, y les daban gritos desde las estancias y barrancas, y en partes que no les podian hacer ningun mal los nuestros con caballos ni escopetas; entónces dijo el Martin López, que lo traía todo á cargo, que seria bien que fuesen con otro recaudo que hasta entónces venian; porque los

tlaxcaltecas le habian dicho que temian aquellos caminos, no saliesen de repente los grandes poderes de México, y les desbaratasen como iban cargados y embarazados con la madera y bastimentos: y luego mandó Sandoval repartir los de á caballo, y ballesteros y escopeteros, que fuesen unos en la delantera, y los demás en los lados: y mandó á Chichimecatecle que iba por capitan delante de todos los tlaxcaltecas, que se quedase detrás para ir en la retaguarda juntamente con el Gonzalo de Sandoval: de lo cual se afrentó aquel cacique, creyendo que no le tenian por esforzado: y tantas cosas le dijeron sobre aquel caso, que lo hubo por bueno, y viendo que el Sandoval quedaba juntamente con él, y le dieron á entender que siempre los mexicanos daban en el fardaje que quedaba atrás: y como lo hubo bien entendido, abrazó al Sandoval, y le dijo que le hacian honra en aquello. Dejemos de hablar en esto, y digamos que en otros dos dias de camino llegaron á Tezcuco; y ántes que entrasen en aquella ciudad se pusieron muy buenas mantas y penachos, y con atambores y cornetas puestos en ordenanza caminaron, y no quebraron el hilo en mas de medio dia, que iban entrando, y dando voces y silbos, y diciendo: Viva, viva el emperador nuestro señor, y Castilla, Castilla, y Tlaxcala, Tlaxcala: y llegaron á Tezcuco; y Cortés y ciertos capitanes les salieron á recibir con grandes ofrecimientos, que Cortés hizo á Chichimecla-

tecle, y á todos los capitanes que traía, é las piezas de maderos y tablazones, y todo lo demás perteneciente á los bergantines, se puso cerca de las zanjas y esteros donde se habian de labrar (1): y desde allí adelante tanta priesa se daban en hacer trece bergantines el Martin López, que fué el maestro de los hacer, con otros españoles que le ayudaban, que se decian Andrés Núñez, y un viejo que se decia Ramirez, que estaba cojo de una herida, y un Diego Hernandez aserrador, y ciertos carpinteros, y dos herreros con sus fraguas, y un Hernando de Aguilar que les ayudaba á machacar, todos se dieron gran priesa hasta que los bergantines estuvieron armados; y no faltó sino calafeteallos y ponelles los mástiles, y jarcias y velas. Pues ya hecho esto, quiero decir el grande recaudo que teniamos en nuestro real de espías y escuchas, y

(1) El lector tendrá la bondad de oír de boca de Cortés muchos sucesos referidos por Castillo: "E otro dia que llegó partieron de allí con la tablazon y ligazon de ellos, la cual traían con mucho concierto, mas de ocho mil hombres, que era cosa maravillosa de ver, y así me parece que es de oír, llevar trece fustas, diez y ocho leguas por tierra, que certifico á vuestra majestad, que desde la avanguarda á la retroguarda, habia bien dos leguas de distancia. E como comenzaron su camino llevando en la delantera ocho de caballo y cien españoles, y en ella y en los lados por capitanes de mas de diez mil hombres de guerra á Yutecad y Teutipil, que son dos señores de los principales de Tascaltecal; y en la rezaga venian otros ciento y tantos españoles con otros ocho de caballo, y en ella venia por capitan con otros diez mil hombres de guerra, muy bien aderezados Chichimecatecle, que es de los principales señores de aquella provincia, con otros capitanes que traía consigo.—*Cortés, Carta III.*"

guarda para los bergantines, porque estaban junto á la laguna, y los mexicanos procuraron tres veces de les poner fuego, y aun prendimos quince indios de los que lo venian á poner, de quien se supo muy largamente todo lo que en México hacian y concertaba Guatemux: y era que por via ninguna habian de hacer paces, sino morir todos peleando, ó quitarnos á todos las vidas. Quiero tornar á decir los llamamientos y mensajeros en todos los pueblos sujetos á México, y cómo les perdonaba el tributo; y el trabajar, que de dia y de noche trabajaban de hacer casas, y ahondar los pasos de las puentes; y hacer albarradas muy fuertes, y poner á punto sus varas y tiraderas, y hacer unas lanzas muy largas para matar los caballos, engastadas en ellas de las espadas que nos tomaron la noche del desbarate, y poner á punto sus hondas con piedras rollizas, y espadas de á dos manos, y otras mayores que espadas, como macanas, y todo género de guerra. Dejemos esta materia y volvamos á decir de nuestra zanja y acequia, por donde habian de salir los bergantines á la gran laguna, que estaba ya muy ancha y honda, que podian nadar por ella navíos de razonable porte; porque como otras veces he dicho, siempre andaban en la obra ocho mil indios trabajadores. Dejemos esto, y digamos cómo nuestro Cortés fué á una entrada de Saltocan.

CAPITULO CXLI.

Cómo nuestro capitan Cortés fué á una entrada al pueblo de Saltocan que está de la ciudad de México obra de seis leguas, puesto y poblado en la laguna, y dende allí á otros pueblos, y lo que en el camino pasó diré adelante.

Como habian venido allí á Texcuco sobre quince mil tlaxcaltecas con la madera de los bergantines, y habia cinco dias que estaban en aquella ciudad sin hacer cosa que de contar sea, y no tenian mantenimientos, ántes les faltaba, y como el capitan de los tlaxcaltecas era muy esforzado y orgulloso, que ya he dicho otras veces que se decia Chichimecatecle, dijo á Cortés que queria ir á hacer algun servicio á nuestro gran emperador y batallar contra mexicanos, ansi por mostrar sus fuerzas y buena voluntad para con nosotros, como para vengarse de las muertes y robos que habian hecho á sus hermanos y vasallos, ansí en México como en sus tierras, y que le pedia por merced que ordenase y

mandase á qué parte podrian ir que fuesen nuestros enemigos. Y Cortés les dijo que les tenia en mucho su buen deseo, y que otro dia queria ir á un pueblo que se dice Saltocan, que está de aquella ciudad cinco leguas; mas que están fundadas las casas en el agua de la laguna, é que habia entrada para él por tierra: el cual pueblo habia enviado á llamar de paz dias habia tres veces y no quiso venir; y que les tornó á enviar mensajeros nuevamente con los de Tepetezcuco y de Otumba, que eran sus vecinos; y que en lugar de venir de paz, no quisieron, ántes trataron mal á los mensajeros y descalabraron dellos, y la respuesta que dieron fué que si allá íbamos, que no tenian ménos fuerza y fortaleza; que fuesen cuando quisiesen, que en el campo les hallariamos, é que habian tenido aquella respuesta de sus ídolos, que allí nos matarian; y que les aconsejaron los ídolos que esta respuesta diesen: y á esta causa Cortés se apercebió para ir él en persona á aquella entrada, y mandó á docientos y cincuenta soldados que fuesen en su compañía, y treinta de caballo, y llevó consigo á Pedro de Alvarado y á Christóval de Oli, y muchos ballesteros y escopeteros, y á todos los tlaxcaltecas, y una capitanía de hombres de guerra de Tezcuco, y los más dellos principales, y dejó en guarda de Tezcuco á Gonzalo de Sandoval para que mirase mucho por los bergantines y real, no diesen una noche en él; porque ya he dicho que

siempre habiamos de estar la barba sobre el hombro, lo uno por estar tan á la raya de México, y lo otro por estar en tar gran ciudad como era Tezcuco, y todos los vecinos de aquella ciudad eran parientes y amigos de mexicanos. Y mandó al Sandoval y á Martin López, maestro de hacer los bergantines, que dentro de quince dias los tuviesen muy á punto para echar al agua y navegar en ellos, y se partió de Tezcuco para hacer aquella entrada. Despues de haber oído misa salió con su ejército, é yendo su camino, no muy léjos de Saltocan, encontró con unos grandes escuadrones de mexicanos que le estaban aguardando en parte que creyeron aprovecharse de nuestros españoles y matar los caballos; mas Cortés marchó con los de á caballo, y él juntamente con ellos, y despues de haber disparado las escopetas y ballestas, rompieron por ellos y mataron algunos de los mexicanos, porque luego se acogieron á los montes y á partes que los de á caballo no los pudieron seguir, mas nuestros amigos los tlaxcaltecas prendieron y mataron obra de treinta. Y aquélla noche fué Cortés á dormir á unas caserías, y estuvo muy sobre aviso con sus corredores del campo y velas, y rondas y espías, porque estaba entre grandes poblaciones; y supo que Guatemuz, señor de México, habia enviado muchos escuadrones de gente de guerra á Saltocan para les ayudar, los cuales fueron en canoas por unos hondos esteros. Y otro dia de mañana junto

al pueblo comenzaron los mexicanos y los de Saltocan á pelear con los nuestros, y tirábanles mucha vara y flecha, y piedra con hondas desde las acequias donde estaban, é hirieron á diez de nuestros soldados y muchos de los amigos tlaxcaltecas, y ningun mal les podian hacer los de á caballo porque no podian correr ni pasar los esteros, que estaban todos llenos de agua, y el camino y calzada que solian tener por donde entraban por tierra en el pueblo, de pocos dias le habian deshecho y le abrieron á mano, y la ahondaron de manera que estaba hecho acequia y lleno de agua, y por esta causa los nuestros no podian en ninguna manera entralles en el pueblo ni hacer daño ninguno; y puesto que los escopeteros y ballesteros tiraban á los que andaban en canoas, traíanlas tambien armadas de talabardones de madera, é demás de los talabardones guardábanse bien. Y nuestros soldados, viendo que no aprovechaban cosa ninguna, y no podian atinar al camino y calzada que de ántes tenian en el pueblo, porque todo lo hallaban lleno de agua, renegaban del pueblo y aun de la venida sin provecho, y aun medio corridos de cómo los mexicanos y los del pueblo les daban grande grita y les llamaban de mujeres, é que Malinche era otra mujer, y que no era esforzado sino para engañarlos con palabras y mentiras. Y en este instante, dos indios de los que allí venian con los nuestros (que eran de Tepetezcuco, que estaban muy mal con los de Saltocan), dijeron á un nues-

tro soldado, que habia tres dias que vieron cómo abrian la calzada y la lavaron y la hicieron zanja, y echaron de otra acequia el agua por ella, y que no muy léjos adelante está por abrir, é iba camino al pueblo. Y cuando nuestros soldados lo hubieron entendido, y por donde los indios les señalaron, se ponen en gran concierto los ballesteros y escopeteros, unos armando y otros soltando, y esto poco á poco y no todos á la par, y el agua á vuela pié, y á otras partes á más de la cinta, pasan todos nuestros soldados, y muchos amigos siguiéndolos, y Cortés con los de á caballo aguardándolos en tierra firme, haciéndoles espaldas, porque temió no viniesen otra vez los escuadrones de México y diesen en la rezaga. Y cuando pasaban las acequias los nuestros, como dicho tengo, los contrarios daban en ellos como á terrero, y hirieron muchos; mas como iban deseosos de llegar á la calzada que estaba por abrir, todavía pasan adelante hasta que dieron en ella por tierra sin agua, y vánse al pueblo, y en fin de mas razones tal mano les dieron, que les mataron muchos mexicanos y lo pagaron muy bien é la burla que dellos hacian, donde hubieron mucha ropa de algodon y oro y otros despojos. Y como estaban poblados en la laguna, de presto se meten los mexicanos y los naturales del pueblo en sus canoas con todo el hato que pudieron llevar y se van á México; y los nuestros de que los vieron despoblados quemaron algunas casas, y no osaron

dormir en él por estar en el agua, y se vinieron donde estaba el capitan Cortés aguardándolos. Y allí en aquel pueblo se hubieron muy buenas indias, y los tlaxcaltecas salieron ricos con mantas, sal y oro, y otros despojos, y luego se fueron á dormir á unas caserías que seria una legua de Saltocan, y allí se curaron, y un soldado murió dende á pocos dias de un flechazo que le dieron por la garganta; y luego se pusieron velas y corredores del campo, y hubo buen recaudo porque todas aquellas tierras estaban muy pobladas de culchuas. Y otro dia fueron camino de un gran pueblo que se dice Colvatitlan; é yendo por el camino, los de aquellas poblaciones, y otros muchos mexicanos que con ellos se juntaban, les daban muy grande grita y voces, diciéndoles vituperios, y era en parte que no podian correr los caballos ni se les podia hacer ningun daño porque estaban entre acequias, y desta manera llegaron á aquella poblacion, y estaba despoblado de aquel mismo dia y alzado el hato. Y en aquella noche durmieron allí con grandes velas y rondas, y otro dia fueron camino de un gran pueblo que se dice Tenayuca, y este pueblo soliamos llamar la primera vez que entramos en México el pueblo de las Sierpes, porque en el adoratorio mayor que tenian hallamos dos grandes bultos de sierpes de malas figuras, que eran sus ídolos en quienes adoraban. Dejemos esto, y digamos del camino, y es que este pueblo hallaron despoblado

como el pasado, que todos los indios naturales dellos se habian juntado en otro pueblo que estaba mas adelante; y desde allí fué á otro pueblo que se dice Escapuzalco, que seria del uno al otro una legua, y asimismo estaba despoblado. Este Escapuzalco era donde labraban el oro é plata al gran Montezuma, y solíamosle llamar el pueblo de los Plateros; y desde aquel pueblo fué á otro, que ya he dicho que se dice Tacuba, que es obra de média legua el uno del otro. En este pueblo fué donde reparamos la triste noche cuando salimos de México desbaratados, y en él nos mataron ciertos soldados, segun dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla; y tornemos á nuestra plática, que ántes que nuestro ejército llegase al pueblo, estaban en campo aguardando á Cortés muchos escuadrones de todos aquellos pueblos por donde habia pasado, y los de Tacuba y de mexicanos, porque México está muy cerca dél; y todos juntos comenzaron á dar en los nuestros, de manera que tuvo harto nuestro capitan de romper en ellos con los de á caballo; y andaban tan juntos los unos con los otros, que nuestros soldados á buenas cuchilladas los hicieron retraer; y como era noche, durmieron en el pueblo con buenas velas y escuchas; y otro dia de mañana, si muchos mexicanos habian estado juntos, muchos más se juntaron aquel dia, y con gran concierto venian á darnos guerra; de tal manera, que herian algunos soldados, mas todavía los nuestros los hi-

cieron retraer en sus casas y fortaleza, de manera que tuvieron tiempo de les entrar en Tacuba y quemalles muchas casas y metelles á sacomano. Y como aquello supieron en México, ordenaron de salir muchos más escuadrones de su ciudad á pelear con Cortés, y concertaron que cuando peleasen con él, que hiciesen que volvian huyendo hácia México y que poco á poco metiesen á nuestro ejército en su calzada, y que cuando los tuviesen dentro, haciendo como que se retraían de miedo: é ansí como lo concertaron lo hicieron. Y Cortés, creyendo que llevaba vitoria los mandó seguir hasta una puente; y cuando los mexicanos sintieron que tenian ya metido á Cortés en el garlito pasada la puente, vuelve sobre él tanta multitud de indios, que unos por tierra, otros con canoas y otros en las azuteas, le dan tal mano, que le ponen en tan gran aprieto que estuvo la cosa de arte que creyó ser perdido é desbaratado, porque á una puente donde habia llegado cargaron tan de golpe sobre él, que ni poco ni mucho se podia valer. E á un alférez que llevaba una bandera, por sostener el gran ímpetu de los contrarios, le hirieron muy malamente y cayó con su bandera desde la puente abajo en el agua, y estuvo en ventura de no se ahogar, y aun le tenian ya asido los mexicanos para le meter en unas canoas, y él fué tan esforzado que se escapó con su bandera. Y en aquella refriega mataron cinco soldados é hirieron muchos de los nuestros.

Y Cortés, viendo el grande atrevimiento y mala consideracion que habia hecho en haber entrado en la calzada de la manera que he dicho, y sintió cómo los mexicanos le habian cebado, luego mandó que todos se retrajesen; y con el mejor concierto que pudo, y no vueltas las espaldas sino los rostros á los contrarios, pié con pié como quien hace represas, y los ballesteros y escopeteros unos armando y otros tirando, y los de á caballo haciendo algunas arremetidas; mas eran muy pocas, porque luego les herian los caballos, y desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de México, y cuando se vió en tierra firme dió muchas gracias á Dios. Allí en aquella calzada y puente fué donde un Pedro de Ircio, muchas veces por mí nombrado, dijo al alférez que cayó con la bandera en la laguna, que se decia Juan Volante, por le afrentar (que no estaba bien con él por amores de una mujer) ciertas palabras pesadas; y no tuvo razon de decir aquellas palabras, porque el alférez era un hidalgo y hombre muy esforzado, y como tal se mostró aquella vez y otras muchas: y al Pedro de Ircio no le fué muy bien de su mala voluntad que tenia contra Juan Volante, el tiempo andando. Dejemos á Pedro Ircio y digamos que en cinco dias que allí en lo de Tacuba estuvo Cortés, tuvo batalla y reencuentros con los mexicanos y sus aliados; y desde allí dió la vuelta para Tezcuco, y por el camino que habia venido se volvió, y le daban grita los mexicanos cre-

yendo que volvia huyendo, y aun sospecharon lo cierto, que con gran temor volvió, y les esperaban en partes que querian ganar honra con él y matalle los caballos, y le echaban celadas; y como aquello vió, les echó una en que les mató é hirió muchos de los contrarios, é á Cortés entónces le mataron dos caballos é un soldado, y con esto no le siguieron más: é á buenas jornadas llegó á un pueblo sujeto á Tezcuco, que se dice Aculman, que estará de Tezcuco dos leguas y media. Y como lo supimos cómo habia llegado, salimos con Gonzalo de Sandoval á le ver y recibir, acompañado de muchos caballeros y soldados y de los caciques de Tezcuco, especial de don Hernando, principal de aquella ciudad; y en las vistas nos alegramos mucho, porque habia más de quince dias que no habiamos sabido de Cortés ni de cosa que le hubiese acaecido. Y despues de le haber dado el bien venido y haberle hablado algunas cosas que convenian sobre lo militar, nos volvimos á Tezcuco aquella tarde, porque no osábamos dejar el real sin buen recaudo, y nuestro Cortés se quedó en aquel pueblo hasta otro dia que llegó á Tezcuco. Y los tlaxcaltecas, como ya estaban ricos y venian cargados de despojos, demandaron licencia para irse á su tierra, y Cortés se la dió; y fueron por parte que los mexicanos no tuvieron espías sobre ellos, y salvaron sus haciendas. Y al cabo de cuatro dias que nuestro capitan reposaba y estaba dando priesa en hacer los ber-

gantines, vinieron unos pueblos de la costa del Norte á demandar paces y darse por vasallos de su majestad, los cuales pueblos se llaman Tucapan y Mascalcingo é Naultran, é otros pueblezuelos de aquellas comarcas, y trajeron un presente de oro y ropa de algodon. Y cuando llegaron delante de Cortés, con gran acato (despues de haber dado su presente) dijeron que le pedian por merced que les admitiese á su amistad y que querian ser vasallos del rey de Castilla; y dijeron que cuando los mexicanos mataron sus teules en lo de Almería y era capitan dellos Quete Alpopoca, que ya habiamos quemado por justicia, que todos aquellos pueblos que allí venian fueron en ayudar á los teules. Y despues que Cortés les hubo oído, puesto que entendia que habian sido con los mexicanos en la muerte de Juan de Escalante y los seis soldados que le mataron en lo de Almería, segun he dicho en el capítulo que dello habla, les mostró mucha voluntad, y recibió el presente, y por vasallos del emperador nuestro señor, y no les demandó cuentá sobre lo acaecido ni se lo trajo á la memoria porque no estaba en tiempo de hacer otra cosa, y con buenas palabras y ofrecimientos los despachó. Y en este instante vinieron á Cortés otros pueblos de los que se habian dado por nuestros amigos á demandar favor contra mexicanos, y decian que les fuésemos á ayudar porque venian contra ellos grandes escuadrones, y les habian entrado en su tierra y llevado presos mu-

chos de sus indios, y á otros habian descalabrado. Y tambien en aquella sazon vinieron los de Chalco y Talmalanco, y dijeron que si luego no les socorrian que serian perdidos, porque estaban sobre ellos muchas guarniciones de sus enemigos; y tantas lástimas decian que traían en un paño de mantas de nequen pintado al natural los escuadrones que sobre ellos venian, que Cortés no sabia qué se decir ni qué respondelles, ni dar remedio á los unos ni á los otros, porque habia visto que estábamos muchos de nuestros soldados heridos y dolientes y se habian muerto ocho de dolor de costado y de echar sangre cuajada revuelta con lodo por la boca y narices, y era del quebrantamiento de las armas que siempre traíamos á cuestas, é de que á la continua íbamos á las entradas, y de polvo que en ellas tragábamos; y demás desto, viendo que se habian muerto tres ó cuatro soldados de heridas, que nunca parábamos de ir á entrar, unos venidos y otros vueltos. La respuesta que les dió á los primeros pueblos fué que les halagó, y dijo que iria presto á les ayudar, y que entretanto que iba que se ayudasen de otros pueblos sus vecinos y que esperasen en el campo á los mexicanos, que todos juntos les diesen guerra; é que si los mexicanos viesen que les mostraban cara y ponian fuerzas contra ellos, que temerian, é que ya no tenian tantos poderes los mexicanos para les dar guerra como solian porque tenian muchos contrarios. Y tantas palabras

les dijo con nuestras lenguas é les esforzó, que reposaron algo sus corazones, y no tanto que luego demandaron cartas para dos pueblos sus comarcanos nuestros amigos para que les fuesen á ayudar. Las cartas en aquel tiempo no las entendian; mas bien sabian que entre nosotros se tenia por cosa cierta que cuando se enviaban eran como mandamientos ó señales que les mandaban algunas cosas de calidad, é con ellas se fueron muy contentos, y las mostraron á sus amigos y los llamaron: y como nuestro Cortés se lo mandó, aguardaron en el campo á los mexicanos, y tuvieron con ellos una batalla, y con ayuda de nuestros amigos sus vecinos, á quien dieron la carta, no les fué mal en la pelea. Volvamos á los de Chalco que viendo nuestro Cortés, que era cosa muy importante para nosotros, que aquella provincia estuviese desembarazada de gentes de Culchua, porque como he dicho otra vez, por allí habian de ir é venir á la Villa Rica de la Vera Cruz, é á Tlaxcala, y habiamos de mantener nuestro real, porque es tierra de mucho maiz, luego mandó á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, que se aparejase para otro dia de mañana ir á Chalco, y le mandó dar veinte á caballo, y docientos soldados, y doce ballesteros, y diez escopeteros: y los tlaxcaltecas que habia en nuestro real que eran muy pocos; porque como dicho habemos en este capítulo, todos los mas se habian ido á su tierra, cargados de despojos, y tambien

llevó una capitanía de los de Tezcuco, y en su compañía al capitan Luis Marin, que era su muy íntimo amigo, y quedamos en guarda de aquella ciudad y bergantines, Cortés, é Pedro de Alvarado, y Christóval de Oli con los demás soldados. Y ántes que Gonzalo de Sandoval vaya para Chalco, como está acordado, quiero aquí decir, cómo estando escribiendo en esta relacions odo lo acaecido á Cortés de Saltocan, acaso estaban presentes dos hidalgos muy curiosos, que habian leido la historia de Gomora, y me dijeron que tres cosas se me olvidaban de escribir, que tenia escrito el coronista Gomora de la misma entrada que hizo Cortés: y la una era que dió Cortés vista á México con trece bergantines, y peleó muy bien con el gran poder de Guatemuz, con sus grandes canoas y piraguas en la laguna. La otra era que cuando Cortés entró en la calzada de México, que tuvo pláticas con los señores y caciques mexicanos, y les dijo que les quitaria el bastimento, y se moririan de hambre: y la otra fué que Cortés no quiso decir á los de Tezcuco que habia de ir á Saltocan, porque no les diesen aviso. Yo respondí á los mismos hidalgos que me lo dijeron, que en aquella sazon los bergantines no estaban acabados de hacer, é que cómo podia llevar por tierra bergantines, ni por la laguna los caballos, ni tanta gente, que es cosa de reir ver lo que escribe: y que cuando entró en la calzada de Tacuba, como dicho habemos, que harto tuvo Cor-

tés en escapar él y su ejército, que estuvo medio desbaratado: y en aquella sazon no habiamos puesto cerco á México para vedalles los mandamientos, ni tenian hambre, y eran señores de todos sus vasallos, y lo que pasó muchos dias adelante cuando los teniamos en grande aprieto, pone ahora el Gomora, y en lo que dice que se apartó Cortés por otro camino para ir á Saltocan, no lo supiesen los de Tezcuco, digo, que por fuerza fueron por sus pueblos y tierras de Tezcuco: porque por allí era el camino y no otro: y en lo que escribe va muy errado, y á lo que yo he sentido, no tiene él la culpa, sino el que le informó, que por sublimar á quien él se le antojó, ensalzó sus cosas, y porque no se declarasen nuestros heroicos hechos, le daban aquellas relaciones: y esta es la verdadera: y como lo hubieron bien entendido los mismos que me lo dijeron, y vieron claro lo que les dije ser ansí, se convencieron. Y dejemos esta plática, y tornemos al capitan Gonzalo de Sandoval, que partió de Tezcuco despues de haber oído misa, y fué á amanecer cerca de Chalco, y lo que pasó diré adelante.

CAPITULO CXLII.

Cómo el capitan Gonzalo de Sandoval fué á Chalco, é á Tálmanalco con todo su ejército, y lo que en aquella jornada pasó diré adelante.

Ya he dicho en el capítulo pasado, cómo los pueblos de Chalco y Talmanalco vinieron á decir á Cortés que les enviase socorro, porque estaban grandes guarniciones juntas para les venir á dar guerra, é tantas lástimas le dijeron, que mandó á Gonzalo de Sandoval, que fuese allá con docientos soldados y veinte de á caballo, é diez ó doce ballesteros y otros tantos escopeteros, y nuestros amigos los de Tlaxcala, y otra capitanía de los de Tezcuco, y llevó al capitan Luis Marin por compañero, porque era su muy grande amigo: y despues de haber oído misa, en doce dias del mes de Marzo de mil y quinientos y veinte un años fué á dormir á unas estancias del mismo Chalco, y otro dia llegó

por la mañana á Talmanalco: y los caciques y capitanes le hicieron buen recibimiento, y le dieron de comer, y le dijeron que luego fuese hácia un gran pueblo, que se dice Guaztepeque, porque hallaria juntos los poderes de México en el mismo Guaztepeque, ó en el camino ántes de llegar á él, é que todos los de aquella provincia de Chalco irian con él: y al Gonzalo de Sandoval parecióle que seria muy bien ir muy á punto, y puesto en concierto, fué á dormir á otro pueblo sujeto del mismo Chalco, Chimalacan; porque las espías que los de Chalco tenian puestas sobre los Culchuas, vinieron á avisar, cómo estaban en el campo no muy léjos de allí la gente de guerra sus enemigos, é que habia algunas quebradas, é arcabuezos adonde esperaban: y como el Sandoval era muy avisado, y de buen consejo, puso los escopeteros y ballesteros por delante, y los de á caballo mandó que de tres en tres se hermanasen, y cuando hubiesen gastado los ballesteros y escopeteros algunos tiros, que todos juntos los de á caballo rompiesen por ellos á media rienda, y las lanzas terciadas, y que no curasen alancear sino por los rostros, hasta ponerlos en huida, y que no se deshermanasen: y mandó á los soldados de á pié que siempre estuviesen hechos un cuerpo, y no se metiesen entre los contrarios hasta que se lo mandase; porque como le decian que eran muchos los enemigos (y ansí fué verdad), y estaban entre aquellos malos pasos, y no sabian si

tenian hoyos hechos, ó algunas albarradas, queria tener sus soldados enteros, no le viniese algun desman: é yendo por su camino, vió venir por tres partes repartidos los escuadrones de mexicanos, dando gritas, y tañendo trompetillas y atabales con todo género de armas, segun lo suelen traer, y se vinieron como leones bravos á encontrar con los nuestros: y cuando el Sandoval los vió tan denodados, no guardó á la órden que habia dado, y dijo á los de á caballo, que ántes que se juntasen con los nuestros, que luego rompiesen, y el Sandoval delante, animando á los suyos, dijo Santiago, y á ellos: y de aquel tropel fueron algunos de los escuadrones de mexicanos medio desbaratados, mas no del todo, que se juntaron todos, é hicieron rostro; porque se ayudaban con los malos pasos é quebradas, porque los de á caballo por ser los pasos muy agros no podian correr, y se estuvieron sin ir tras ellos: á esta causa les tornó á mandar Sandoval á todos los soldados, que con buen concierto les entrasen los ballesteros y escopeteros delante, y los rodeleros que les fuesen á los lados, y cuando viesen que les iban hiriendo, y haciendo mala obra, y oyesen un tiro desta otra parte de la barranca, que seria señal que todos los de á caballo á una arremetiesen á les echar de aquel sitio, creyendo que les meterian en tierra llana que habia allí cerca, y apercibió á los amigos, que ellos ansí mismo acudiesen con los españoles, y ansí se hizo como lo mandó: y

en aquel tropel recibieron los nuestros muchas heridas, porque eran muchos los contrarios que sobre ellos cargaron: y en fin de mas pláticas les hicieron ir retrayendo, mas fué hácia otros malos pasos; y Sandoval con los de á caballo los fué siguiendo, y no alcanzó sino tres ó cuatro, y uno de los nuestros de á caballo, que iba en el alcance, que se decia Gonzalo Dominguez, como era mal camino, rodó el caballo y tomóle debajo, y dende á pocos dias murió de aquella mala caida. He traido esto aquí á la memoria deste soldado, porque este Gonzalo Dominguez era uno de los mejores ginetes y esforzado que Cortés habia traido en nuestra compañía, y teníamosle en tanto en las guerras por su esfuerzo como al Christóval de Oli, y á Gonzalo de Sandoval: por la cual muerte hubo mucho sentimiento entre todos nosotros. Volvamos á Sandoval y á todo su ejército, que los fué siguiendo hasta cerca del pueblo, que se dice Guaztepeque: y ántes de llegar á él le salen al encuentro sobre quince mil mexicanos; y le comenzaban á cercar, y le hirieron muchos soldados y cinco caballos; mas como la tierra era en parte llana, con el gran concierto que llevaba, rompe los dos escuadrones, con los de á caballo, y los demás escuadrones vuelven las espaldas hácia el pueblo, para tornar á guardar á unos mamparos que tenian hechos, mas nuestros soldados y los amigos les siguieron de manera que no tuvieron tiempo de aguardar y los de á caballo

siempre fueron en el alcance por otras partes, hasta que se encerraron en el mismo pueblo en partes que no se pudieron haber: y creyendo que no volverian mas á pelear aquel dia, mandó Sandoval reposar su gente, y se curaron los heridos, y comenzaron á comer, que se habia habido mucho despojo; y estando comiendo vinieron dos de á caballo, y otros dos soldados que habia puesto ántes que comenzase á comer, los unos para corredores del campo, y los otros por espías, y vinieron diciendo: Al arma, al arma, que vienen muchos escuadrones de mexicanos, y como siempre estaban acostumbrados á tener sus armas muy á punto, de presto cabalgan, y salen á una gran plaza, y en aquel instante vinieron los contrarios, y allí hubo otra buena batalla: y despues que estuvieron buen rato haciendo cara en unos mamparos, desde allí hirieron algunos de los nuestros, y tal priesa les dió el Gonzalo de Sandoval con los de á caballo, y con las escopetas y ballestas, y cuchilladas los soldados, que les hicieron huir del pueblo por otras barrancas, y por aquel dia no volvieron mas; y cuando el capitan Sandoval se vió libre desta refriega, dió muchas gracias á Dios, y se fué á reposar y dormir á una huerta que habia en aquel pueblo la mas hermosa, y de mayores edificios, y cosa mucho de mirar que se habia visto en la Nueva-España, y tenia tantas cosas, que era muy admirable, y ciertamente era huerta para un gran príncipe, y aun no se acabó

de andar por entónces toda, porque tenia mas de un cuarto de legua de largo. Y dejemos de hablar de la huerta, y digamos que yo no vine en esta entrada, ni en este tiempo que digo anduve esta huerta, sino desde obra de veinte dias que vine con Cortés, cuando rodeamos los grandes pueblos de la laguna, como adelante diré: y la causa porque no vine en aquella sazon, es porque estaba muy mal herido de un bote de lanza que me dieron en la garganta junto al gaznate, que estuve della á peligro de muerte, de que agora tengo una señal, y diéronmela en lo de Iztapalapa, cuando nos apretaron tanto: y como yo no fuí en esta entrada, por eso digo en esta mi relacion, fueron, y esto hicieron, y tal les acaeció, y no digo hicimos, ni hice, ni vine, ni en ello me hallé; mas todo lo que escribo acerca dello, pasó al pié de la letra; porque luego se sabe en el real de la manera que en las entradas acaece, y ansí no se puede quitar ni alargar mas de lo que pasó. Y dejaré de hablar en esto, y volveré al capitan Gonzalo de Sandoval, que otro dia de mañana, viendo que no habia mas bullicio de guerreros mexicanos, envió á llamar á los caciques de aquel pueblo con cinco indios naturales de los que habian prendido en las batallas pasadas, y los dos dellos eran principales, y les envió á decir que no hubiesen miedo, y que vengan de paz, y que lo pasado se lo perdona; y les dijo otras buenas razones: y los mensajeros que fueron á tratar lar paces, mas no osaron ve-

nir los caciques por miedo de los mexicanos, y en aquel mismo dia tambien envió á decir á otro gran pueblo, que estaba de Guaztepeque obra de dos leguas, que se dice Acapistla, que mirasen que son buenas las paces, que no quieran guerra; y que miren y tengan en la memoria en qué han parado los escuadrones de culchuas que estaban en aquel pueblo de Guaztepeque, sino que todos han sido desbaratados, que vengan de paz; y que los mexicanos que tienen en guarnicion que les echen fuera de su tierra, y que si no lo hacen, que irá allá de guerra y los castigará: y la respuesta fué que vayan cuando quisieren, que bien piensan tener con sus cuerpos y carnes buenas hartazgas, y sus ídolos sacrificios: y como aquella respuesta le dieron, y los caciques de Chalco que con Sandoval estaban que sabian que en aquel pueblo de Acapistla estaban muchos mas mexicanos en guarnicion para les ir á Chalco á dar guerra, cuando viesen vuelto al Sandoval, á esta causa le rogaron que fuese allá, y los echase de allí, y el Sandoval estaba para no ir, lo uno porque estaba herido, y tenia muchos soldados y caballos heridos, y lo otro como habia tenido tres batallas no se quisiera meter por entónces en hacer mas de lo que Cortés le mandaba, y tambien algunos caballeros de los que llevaba en su compañía, que eran de los de Narvaez, le dijeron que se volviese á Tezcuco, y que no fuese á Acapistla, porque estaba en gran fortaleza, no le acaeciese algun desman: y el

capitan Luis Marin le aconsejó que no dejase de ir á aquella fuerza, y hacer lo que pudiese, porque los caciques de Chalco decian: que si desde allí se volvian sin deshacer el poder que estaba junto en aquella fortaleza, que ansí como vean ó sepan que Sandoval vuelve á Tezcuco, que luego son sus enemigos en Chalco: y como era el camino de un pueblo á otro obra de dos leguas, acordó de ir, y apercibió sus soldados, y fué allá: y luego como llegó á vista del pueblo: ántes de llegar á él le salen muchos guerreros, y le comenzaron á tirar vara y flecha y piedra con hondas, y fué tanta como granizo, que le hirieron tres caballos y muchos soldados, sin podelles hacer cosa ni daño ninguno: y hecho esto luego se suben entre sus riscos y fortalezas, y desde allí les daban voces y gritas, y tañian sus caracoles y atabales: y como el Sandoval ansí vió la cosa, acordó de mandar á algunos de á caballo que se apeasen, y á los demás de á caballo que se estuviesen en el campo en lo llano á punto, mirando no viniesen algunos socorros mexicanos á los de Acapistla entretanto que combatian aquel pueblo: y como vió que los caciques de Chalco y sus capitanes, y muchos de sus indios de guerra que allí estaban remolinando, y no osaban pelear con los contrarios, adrede para proballos, y ver lo que decian, les dijo Sandoval, ¿qué haceis ahí? ¿por qué no los comenzais á combatir? y entrad en ese pueblo y fortaleza, que aquí estamos que os defenderemos: y ellos

respondieron que no se atrevian, porque era gran fortaleza, y que por esta causa venia el Sandoval, y sus hermanos los teules con ellos, y con su mamparo y esfuerzo venian los de Chalco á les echar de allí: por manera que se apercibe el Sandoval de arte, que él y todos sus soldados y escopeteros y ballesteros, les comenzaron de entrar y subir, y puesto que recibieron en aquella subida muchas heridas, y al mismo capitan le descalabraron otra vez, y le hirieron muchos de los amigos, todavía les entró en el pueblo donde se les hizo mucho daño; y todos los que mas daño les hicieron fueron los indios de Chalco, y los demás amigos tlaxcaltecas: porque nuestros soldados si no fué hasta rompellos y ponellos en huida, no curaron de dar cuchilladas á ningun indio, porque les parecia crueldad, y en lo que mas se empleaban, era en buscar una buena india, ó haber algun despojo, y lo que comunmente hacian, era reñir á los amigos porque eran tan crueles, y por quitalles algunos indios ó indias, porque no los matasen. Dejemos de hablar de esto, y digamos que aquellos guerreros mexicanos que allí estaban por se defender, se vinieron por unos riscos abajo cerca del pueblo; y como habia muchos dellos heridos de los que se venian á esconder en aquella quebrada y arroyo, y se desangraban, venia el agua algo turbia de sangre, y no duró aquella turbieza un Ave María. E aquí dice el coronista Gomora en su historia, que por venir el

rio tinto en sangre los nuestros pasaron sed por causa de la sangre. A esto digo que habia fuentes de agua clara abajo, en el mismo pueblo, que no tenian necesidad de otra agua (1). Volvamos á decir que luego que aquello fué hecho se volvió el Sandoval con todo su ejército á Tezcuco, y con buen despojo, en especial con muy buenas piezas de indias. Digamos ahora como el señor de México, que se decia Guatemuz, lo supo, y el desbarate de sus ejércitos, dicen que mostró mucho sentimiento dello, y más de que los de Chalco tenian tanto atrevimiento, siendo sus súbditos y vasallos, de osar tomar armas tres veces contra ellos. Y estando tan enojado, acordó que entretanto que el Sandoval se volvia al real de Tezcuco, de enviar grandes poderes de guerreros que de presto juntó en la ciudad de México, con otros que estaban junto á la laguna, y en más de dos mil canoas grandes con todo género de armas salen sobre veinte mil mexicanos y vienen de repente en la tierra de Chalco por hacerles todo el mal que pudiesen; y fué de tal arte y tan presto, que aun no hubo bien llegado el Sandoval á Tezcuco ni hablado á Cortés, cuando estaban otra vez mensajeros de Chalco en canoas por la laguna demandando favor de Cortés, porque le dijeron habian venido sobre dos mil canoas y en

(1) Cortés dice que todos los que se hallaron en esta accion aseguraban que el rio por más de una hora fué teñido en sangre. *Cortés, Carta III.*

ellas veinte mil mexicanos, y que fuesen presto á los socorrer. Y cuando Cortés lo oyó, y Sandoval, que entónces en aquel instante llegaba á hablarle y á darle cuenta de lo que habia hecho en la entrada donde venia, el Cortés no le quiso escuchar á Sandoval de enojo, creyendo que por su culpa ó descuido recibian mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego, sin mas dilacion ni le oir, le mandó volver y que dejase allí en el real todos los heridos que traía, y con los sanos luego fué muy en posta; y destas palabras que Cortés le dijo recibió mucha pena el Sandoval, y porque no le quiso escuchar, y luego partió para Chalco; y como llegó con todo su ejército bien cansado de las armas y largo camino, pareció ser que los de Chalco luego como lo supieron por sus espías que los mexicanos venian tan de repente sobre ellos, y cómo habia tenido Guatemuz aquella cosa concertada que diesen sobre ellos, como dicho tengo, sin mas aguardar socorro de nosotros, enviaron á llamar á los de la provincia de Guaxocingo é Tlaxcala, que estaban cerca, los cuales vinieron aquella noche misma muy aparejados con sus armas, y se juntaron con los de Chalco, que serian por todos más de veinte mil de ellos, é ya les habian perdido el temor á los mexicanos y gentilmente los aguardaron en el campo y pelearon como muy varones, puesto que de los mexicanos mataron y prendieron hasta quince capitanes y hombres principales, y de otra gente de

guerra de no tanta cuantía se prendieron otros muchos. Y túvose esta batalla entre los mexicanos por grande deshonra suya, viendo que los de Chalco los vencieron, y en mucho más que si los desbaratáramos nosotros. Y como llegó Sandoval á Chalco y vió que no tenia qué hacer ni de qué se temer, que ya no volverian otra vez los mexicanos sobre Chalco, da vuelta á Tezcuco y llevó los presos mexicanos, con lo cual se holgó mucho Cortés, y Sandoval mostró grande enojo de nuestro capitan por lo pasado, y no le fué á ver ni hablar puesto que Cortés le envió á decir que lo habia entendido de otra manera, y que creyó que por descuido del Sandoval no se habia remediado, pues que iba con mucha gente de á caballo y soldados, y sin haber desbaratado los mexicanos se volvia. Dejemos de hablar desta materia, porque luego tornaron á ser amigos Cortés y el Sandoval, y no sabia Cortés placer que hacer al Sandoval, por tenerle contento, que no le hacia. Dejallo he aquí, y diré cómo acordamos de herrar todas las piezas, esclavas y esclavos que se habian habido, que fueron muchas, y de cómo vino en aquel instante un navío de Castilla, y lo que mas pasó.

CAPITULO CXLIII.

Cómo se herraron los esclavos en Tezcuco, y cómo vino nueva que habia venido al puerto de la Villa Rica un navío, y los pasajeros que en él vinieron, y otras cosas que pasaron diré adelante.

Como hubo llegado Gonzalo de Sandoval con gran presa de esclavos, y otros muchos que se habian habido en las entradas pasadas, fué acordado que luego se herrasen; y de que se hubo pregonado que se llevasen á herrar á una casa señalada, todos los más soldados llevamos las piezas que habiamos habido para echar el hierro de su majestad que era una G, que quiere decir guerra, segun y de la manera que lo teniamos de ántes concertado con Cortés, segun he dicho en el capítulo que dello habla, creyendo que se nos habia de volver despues de pegado el real quinto que las apreciasen cuánto podia valer cada pieza. Y no fué así; porque si en lo de Tepeaca se hizo muy malamente, segun otra

vez dicho tengo, muy peor se hizo en esto de Tezcuco, que despues que sacaban el real quinto, era otro quinto para Cortés y otras para los capitanes, y en la noche ántes cuando las tenian juntas nos desaparecieron las mejores indias. Pues como Cortés nos habia dicho y prometido, que las buenas piezas se habian de vender en almoneda por lo que valiesen, y las que no fuesen tales por ménos precio, tampoco hubo buen concierto en ello, porque los oficiales del rey que tenian cargo dellas hacian lo que querian; por manera que si mal se hizo una vez, esta vez peor; y desde allí adelante muchos soldados que tomábamos algunas buenas indias, porque no nos las tomasen como las pasadas, las escondiamos y no las llevábamos á herrar, y deciamos que se habian huido; y si era privado de Cortés, secretamente la llevaban de noche á herrar y las apreciaban en lo que valian, y les echaban el hierro y pagaban el quinto, y otras muchas se quedaban en nuestros aposentos y deciamos que eran naborias que habian venido de paz de los pueblos comarcanos y de Tlaxcala. Tambien quiero decir que como ya habia dos ó tres meses pasados que algunas de las esclavas que estaban en nuestra compañía y en todo el real conocian á los soldados cuál era bueno é cuál malo, y trataba bien á las indias naborias que tenia, ó cuál las trataba mal, y tenian fama de caballeros, y de otra manera cuando las vendian en el almoneda, y si las sacaban

algunos soldados que á las tales indias ó indios no les contentaban ó las habian tratado mal, de presto se les desaparecian que no las vían más; y preguntar por ellas era por demás, y en fin, todo se quedaba por deuda en los libros del rey, así en lo de las almonedas y los quintos; y al dar las partes del oro se consumió, que ningunos ó muy pocos soldados llevaron partes porque ya lo debian, y aun muchos más pesos de oro que despues cobraron los oficiales del rey. Dejemos esto, y digamos cómo en aquella sazon vino un navío de Castilla en el cual vino por tesorero de su majestad un Julian de Alderete, vecino de Tordesillas, y vino un Orduña el viejo, vecino que fué de la Puebla, que despues de ganado México trajo cuatro ó cinco hijas que casó muy honradamente: era natural de Tordesillas. Y vino un fraile de San Francisco, que se decia fray Pedro Melgarejo de Urrea, natural de Sevilla, que trajo unas bulas de señor San Pedro, y con ellas nos componian si algo éramos en cargo en las guerras en que andábamos, por manera que en pocos meses el fraile fué rico y compuesto á Castilla. Trajo entónces por comisario, y quien tenia cargo de las bulas, á Gerónimo López, que despues fué secretario en México. Vinieron un Antonio Caravajal, que ahora vive en México, ya muy viejo, capitan que fué de un bergantin; y vino Gerónimo Ruiz de la Mota, yerno que fué despues de ganado México del Orduña, que asimismo fué capitan

de un bergantin, natural de Búrgos; y vino un Briones, natural de Salamanca: á este Briones ahorcaron en esta provincia de Guatemala por amotinador de ejércitos desde á cuatro años que se vino huyendo de lo de Honduras. Y vinieron otros muchos que ya no me acuerdo; y tambien vino un Alonso Diaz de la Reguera, vecino que fué de Guatimala, que ahora vive en Valladolid: y trajeron en este navío muchas armas y pólvora, y en fin, como navío que venia de Castilla. E vino cargado de muchas cosas, y con él nos alegramos: y de las nuevas que de Castilla trajeron no me acuerdo bien; mas paréceme que dijeron que el obispo de Búrgos ya no tenia mano en el gobierno, que no estaba su majestad bien con él desde que alcanzó á saber de nuestros muy buenos é notables servicios; y como el obispo escribia á Flandes al contrario de lo que pasaba y en favor de Diego Velazquez, y halló muy claramente su majestad ser verdadero todo lo que nuestros procuradores de nuestra parte le fueron á informar, y á esta causa no le oía cosa que dijese. Dejemos esto, y volvamos á decir que como Cortés vió los bergantines que estaban acabados de hacer, y la gran voluntad que todos los soldados teníamos de estar ya puestos en el cerco de México, y en aquella sazon volvieron otra vez los de Chalco á decir que los mexicanos venian sobre ellos, y que les enviasen socorro; y Cortés les envió á decir que él queria ir en persona á sus pueblos y tierras, y no

se volver hasta que á todos los contrarios echase de aquellas comarcas: y mandó apercebir trecientos soldados y treinta de á caballo, y todos los mas escopeteros y ballesteros que habia, y gente de Tezcuco; y fué en su compañía Pedro de Alvarado, y Andrés de Tapia, y Christóval de Olí, y asimismo fué el tesorero Julian de Alderete y el fraile fray Pedro Melgarejo, que ya en aquella sazon habia llegado á nuestro real, é yo fuí entónces con el mismo Cortés porque me mandó que fuese con él, y lo que pasamos en aquella entrada diré adelante.

CAPITULO CXLIV.

Cómo nuestro capitan Cortés fué á una entrada, y se rodeó la laguna y todas las ciudades y grandes pueblos que al rededor hallamos, y lo que mas nos pasó en aquella entrada (1).

Como Cortés habia dicho á los de Chalco que les habia de ir á socorrer porque los mexicanos no viniesen y les diesen guerra, porque harto teniamos cada semana de ir y venir á les favorecer, mandó apercebir todos los soldados y ejército, que fueron trecientos soldados, y treinta de á caballo, y veinte ballesteros, y quince escopeteros, y el tesorero Julian de Alderete, y Pedro de Alvarado, y Andrés

(1) Para concertar su plan de ataque en el asedio y bloqueo de México, parece que resolvió Cortés esta entrada con el fin de rodear la laguna, reconocer los pueblos situados en sus orillas, sus calzadas ó comunicaciones con Temixtitan, y todo lo que le podia dar ideas para elegir los parajes ó puntos principales de ataque. Esta expedicion es el asunto de este capítulo y del siguiente.

de Tapia, y Christóval de Oli, y fué tambien el fraile fray Pedro Melgarejo, y á mí me mandó que fuese con él, y muchos tlaxcaltecas y amigos de Tezcuco, y dejó en guarda de Tezcuco y bergantines á Gonzalo de Sandoval con buena copia de soldados y de á caballo. Y una mañana, despues de haber oído misa, que fué viérnes cinco dias del mes de Abril de mil y quinientos y veinte y un años, fuimos á dormir á Talmanalco, y allí nos recibieron muy bien, y el otro dia fuimos á Chalco, que estaba muy cerca el uno del otro. Allí mandó Cortés llamar á todos los caciques de aquella provincia, y se les hizo un parlamento con nuestras lenguas doña Marina é Gerónimo de Aguilar, en que se les dió á entender cómo ahora al presente íbamos á ver si podria atraer de paz á algunos de los pueblos que estaban mas cerca de la laguna, y tambien para ver la tierra y sitio para poner cerco á la gran ciudad de México, y que por la laguna habian de echar los bergantines (que eran trece), y que les rogaba á todos que para otro dia que estuviesen aparejadas todas sus gentes de guerra para ir con nosotros. Y cuando lo hubieron entendido, todos á una de muy buena voluntad dijeron que sí lo harian; y otro dia fuimos á dormir á otro pueblo que estaba sujeto al mismo Chalco, que se dice Chimaluacan, y allí vinieron más de veinte mil amigos ansí de Chalco y de Tezcuco y Guaxocingo, y los tlaxcaltecas y otros pueblos; y vinieron tantos, que en todas las entra-

das que yo habia ido, despues que en la Nueva-España entré, nunca ví tanta gente de guerra de nuestros amigos como ahora fueron en nuestra compañía. Ya he dicho otra vez, que iba tanta multitud dellos á causa de los despojos que habian de haber, y lo mas cierto, por hartarse de carne humana si hubiese batallas, porque bien sabian que las habia de haber, y son á manera de decir como cuando en Italia salia un ejército de una parte á otra y les seguian cuervos y milanos y otras aves de rapiña que se mantenian de los cuerpos muertos que quedaban en el campo cuando se daba alguna muy sangrienta batalla, así he juzgado que nos seguian tantos millares de indios. Dejemos desta plática y volvamos á nuestra relacion, que en aquella sazon se tuvo nueva que estaban en un llano cerca de allí aguardando muchos escuadrones y capitanías de mexicanos é sus aliados, todos los de aquellas comarcas, para pelear con nosotros; y Cortés nos apercibió que fuésemos muy alerta y saliésemos de aquel pueblo donde dormimos, que se dice Chimaluacan, despues de haber oído misa (que fué bien de mañana), y con mucho concierto fuimos caminando entre unos peñascos y por medio de dos sierrezuelas, que en ellas habia fortalezas y mamparos donde habia muchos indios é indias recogidos é hechos fuertes, y dende su fortaleza nos daban gritos é voces y alaridos, y nosotros no curamos de pelear con ellos, sino callar y caminar y pasar

adelante hasta un pueblo grande que estaba despoblado, que se dice Yautepeque, y tambien pasamos de largo, y llegamos á un llano donde habia unas fuentes de muy poca agua, é á una parte estaba un gran peñol con una fuerza muy mala de ganar, segun luego apareció por la obra; y como llegamos en el paraje del peñol, porque vimos que estaba lleno de guerreros, y de lo alto dél nos daban gritos y tiraban piedras é varas y flechas, y hirieron tres soldados de los nuestros, entónces mandó Cortés que reparásemos allí, y dijo: Parece que todos estos mexicanos se ponen en fortalezas y hacen burla de nosotros de que no les acometemos. Y esto dijo por los que dejábamos atrás en las serrezuelas (1), y luego mandó á unos de á caballo y á ciertos ballesteros que diesen una vuelta á una parte del peñol, y que mirasen si habia otra subida mas conveniente de buena entrada para les poder combatir: y fueron y

(1) Cortés declara el motivo de atacar este peñon. "Y aun-"que habimos visto que en el campo no nos habian osado es-"perar, parecíame, aunque era otro nuestro camino, que era "poquedad pasar adelante sin hacerles algun mal sabor; y "porque no creyesen nuestros amigos que de cobardía lo de-"jábamos de hacer, comencé á dar una vista en torno del pe-"ñol, que habia casi una legua; y cierto era tan fuerte, que "parecia locura querernos poner en ganárselo; é aunque les pu-"diera poner cerco y hacerles darse de pura necesidad, yo no "me podia detener. E así, estando en esta confusion, determi-"né de le subir el risco por tres partes que yo habia visto." *Cortés, Carta III.*

dijeron, que lo mejor de todo era donde estábamos, porque en todo lo demás no habia subida ninguna, que era todo peña tajada: y luego Cortés mandó que les fuésemos entrando y subiendo, el alférez Christóval del Corral delante, y otras banderas, y todos nosotros siguiéndolas, y Cortés con los de á caballo, aguardando en lo llano por guarda de otros escuadrones de mexicanos no viniesen á dar en nuestro fardaje ó en nosotros, entretanto que combatiamos aquella fuerza: y como comenzamos á subir por el peñol arriba, echan los indios guerreros que en él estaban tantas piedras muy grandes y peñascos, que fué cosa espantosa cómo se venian despeñando y saltando, cómo no nos mataron á todos: y fué cosa inconsiderada y no de cuerdo capitan mandarnos subir, y luego á mis piés murió un soldado que se decia fulano Martinez valenciano, que habia sido maestresala de un señor de salva en Castilla, y este llevaba una celada, y no dijo ni habló palabra, y todavía subiamos: y como venian las galgas rodando y despeñándose, y dando saltos (que así llamábamos á las grandes piedras que venian despeñadas) luego mataron á otros dos soldados, que se decian Gaspar Sanchez, sobrino del tesorero de Cuba, y á un fulano Bravo, y todavía subiamos; y luego mataron á otro soldado muy esforzado, que se decia Alonso Rodriguez, y á otros dos descalabrados, y en las piernas golpes todos los mas de nosotros, y todavía porfiar y ir adelan-

te, é yo como en aquel tiempo era suelto, no dejaba de seguir al alférez Corral, é íbamos debajo de unas como socarreñas é concavidades, que se hacian en el peñol de trecho á trecho, á ventura de si me encontraban algunos peñascos entretanto que subia de socarreña á socarreña que fué muy gran ventura: y estaba el alférez Christóval del Corral, mamparándose detrás de unos árboles gruesos que tenian muchas espinas, que nacen en aquellas concavidades, y estaba descalabrado y el rostro todo lleno de sangre, é la bandera rota, y me dijo: Oh señor Bernal Diaz del Castillo, que no es cosa el pasar mas adelante; y mira no os cojan algunas lanchas ó galgas, estése al reparo de aquella concavidad; porque ya no nos podiamos tener aun con las manos, cuanto mas podelles subir. En este tiempo ví que de la misma manera que Corral é yo habiamos subido de socarreña en socarreña venia Pedro Barba, que era capitan de ballesteros, con otros dos soldados, é yo le dije desde arriba: Oh señor capitan, no suba mas adelante que no se podrá tener con piés y manos, no vuelva rodando: y cuando se lo dije me respondió como muy esforzado, ó por dar aquella respuesta como gran señor, dijo que eso no habia de decir, sino ir adelante; é yo recibí de aquella palabra remordimiento de mi persona, y le respondí, pues veamos cómo sube donde yo estoy, y todavía pasó é bien arriba: y en aquel instante vienen tantas piedras muy grandes que

echaron de lo alto, que tenian represadas para aquel efecto, que hirieron á Pedro Barba y le mataron un soldado, y no pasaron mas un paso de allí donde estaban: y entónces el alférez Corral dió voces para que dijesen á Cortés de mano en mano que no se podia subir mas arriba, y que al retraer tambien era muy peligroso: y como Cortés lo entendió porque allá abajo donde estaba en tierra llana le habian muerto tres soldados y herido siete del gran ímpetu de las galgas que iban despeñándose, y aun tuvo por cierto Cortés, que todos los mas de los que habiamos subido arriba estábamos muertos, ó bien heridos; porque donde él estaba no podia ver las vueltas que daba aquel peñol: y luego por señas y por voces y por unas escopetas que soltaron, tuvimos arriba nuestras señas que nos mandaban retraer: y con buen concierto de socarreña en socarreña bajamos á bajo todos descalabrados y corriendo sangre: y las banderas rotas, y ocho muertos, y desque Cortés ansí nos vió, dió muchas gracias á Dios: y luego le dijeron lo que habiamos pasado yo y el Pedro Barba, porque se lo dijo el mismo Pedro Barba, y el alférez Corral estando platicando de la gran fuerza, é que fué maravilla cómo no nos llevaron las galgas de vuelo, segun eran muchas, y aun lo supieron luego en todo el real. Dejemos todo esto, y digamos cómo estaban muchas capitanías de mexicanos aguardando en artes pque no los podiamos ver, ni saber dellos, y

estaban esperando para socorrer y ayudar á los del peñol, y bien entendieron lo que fué, que no podriamos subilles en la fuerza, y que entretanto que estábamos peleando, tenian concertado, que los del peñol por una parte, y ellos por otra darian en nosotros, y como lo tenian acordado, ansí vinieron á les ayudar á los del peñol: y cuando Cortés lo supo que venian, mandó luego á los de á caballo, y á todos nosotros que fuésemos á encontrar con ellos, y ansí se hizo: y aquella tierra era llana, y á partes habia unas como vegas, que estaban entre otros serrejones, y seguimos á los contrarios hasta que llegamos á otro muy fuerte peñol, y en el alcance se mataron muy pocos indios, porque se acogian en partes que no se podian haber. Pues vueltos á la fuerza que probábamos á subir, é viendo que allí no habia agua, ni la habiamos bebido en todo el dia, ni aun los caballos, porque las fuentes que dicho tengo, que allí estaban no la tenian, sino lodo, que como teniamos tantos enemigos estaban sobre ellas y no las dejaban manar, y á esta causa mudamos nuestro real, y fuimos por una vega abajo cerca de otro peñol, que seria del uno al otro obra de legua y media, poco más ó ménos, creyendo que hallariamos agua, y no la habia sino muy poca: y cerca de aquel peñol habia unos árboles de morales de la tierra, y allí nos paramos, y estaban obra de doce ó trece casas al pié de la sierra y fuerza: y ansí nosotros llegamos, nos comenzaron á dar grita, y

tirar galgas, y vara y flechas desde lo alto, y estaba en esta fuerza mucha mas gente que en el primero peñol, y aun era muy mas fuerte, segun despues vimos, y nuestros escopeteros y ballesteros les tiraban, mas estaban tan altos y tenian tantos mamparos, que no se les podia hacer mal ninguno; pues entralles ó subilles no habia remedio, y aunque probamos dos veces, que por las casas que allí estaban habia unos pasos, hasta dos vueltas podiamos ir, mas desde allí adelante ya he dicho peor que el primero: de manera que ansí en esta fuerza como en la primera no ganamos ninguna reputacion, ántes los mexicanos y sus confederados tenian vitoria: é aquella noche dormimos en aquellos morales bien muertos de sed, y se acordó para otro dia, que desde otro peñol que estaba cerca dél fuesen todos los ballesteros y escopeteros, y que subiesen en él, que habia subida, aunque no buena, porque desde aquel alcanzarian las ballestas y escopetas al otro peñol fuerte, y podíanle combatir, y mandó Cortés á Francisco Verdugo, y al tesorero Julian de Alderete que se apercibiesen los buenos ballesteros y á Pedro Barba que era capitan, que fuesen por caudillos, y que todos los mas soldados hiciésemos acometimiento, que por los pasos y subidas de las casas que dicho tengo, que les queriamos subir, y ansí los comenzamos á entrar: mas echaban tanta piedra grande y menuda, que hirieron á muchos soldados, y demás desto no les subiamos de hecho,

porque era por demás, que aun tenernos con las manos y piés no podiamos: y entretanto que nosotros estábamos de aquella manera, los ballesteros y escopeteros desde el peñol que he dicho, les alcanzaban con las ballestas y escopetas, y aunque no muy bien, mataban algunos, y herian otros, de manera que estuvimos dándoles combates obra de media hora; y quiso nuestro Señor Dios, que acordaron de se dar de paz, y fué por causa que no tenian agua ninguna, que estaba mucha gente arriba en el peñol ¡en un llano que se hacia arriba, é habíase acogido á él de todas aquellas comarcas ansí hombres como mujeres y niños, é gente menuda; y para que entendiésemos abajo que querian paces desde el peñol, las mujeres meneaban unas mantas hácia abajo, y con las palmas daban unas con otras, señalando que nos harian pan y tortillas, y los guerreros no nos tiraban vara, ni piedra, ni flecha: y cuando Cortés lo entendió, mandó que no se les hiciese mal ninguno, y por señas se les dió á entender que bajasen cinco principales á entender en las paces, los cuales bajaron, y con grande acato dijeron á Cortés que les perdonase, que por favorecerse y defenderse se habian subido en aquella fuerza; y Cortés les dijo con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar algo enojado, que eran dignos de muerte, por haber empezado la guerra, mas que pues han venido, que vayan luego al otro peñol, é llamen los caciques é hombres principales que

en él están, é traigan los muertos, é que lo pasado se les perdonará, y que vengan de paz, si no que habiamos de ir sobre ellos, y ponelles cerco hasta que se mueran de sed: porque bien sabiamos que no tenian agua, porque en toda aquella tierra no la hay sino muy poca: y luego fueron á llamarlos así como se lo mandó. Dejemos de hablar en ello hasta que vuelvan con la respuesta: y digamos cómo estando platicando Cortés con el fraile Melgarejo y el tesorero Alderete, sobre las guerras pasadas que habiamos habido ántes que viniesen á la Nueva-España, y en la del peñol: y el gran poder de los mexicanos, y las grandes ciudades que habian visto despues que vinieron de Castilla: y decian que si al emperador, nuestro señor, le informara de la verdad el obispo de Búrgos, como le escribia al contrario, que nos enviaria á hacer grandes mercedes y que no se acuerdan que otros mayores servicios haya recibido ningun rey en el mundo, que el que nosotros le habiamos hecho en ganar tantas ciudades sin ser sabidor su majestad de cosa ninguna. Dejemos otras muchas pláticas que pasaron, y digamos cómo mandó nuestro capitan Cortés al alférez Corral, y á otros dos capitanes, que fueron Juan Xaramillo y á Pedro de Ircio, y á mí que me hallé con ellos, que subiésemos al peñol, y viésemos la fortaleza qué tal era, é que si estaban muchos indios heridos ó muertos de saetas y escopetas, é qué gente estaba recogida: é cuan-

do esto nos mandó, dijo: Mirá, señores, que no les tomeis ni un grano de maíz; y segun yo entendí, quisiera que nos aprovecháramos: y subidos al peñol por unos malos pasos, digo que era mas fuerte que el primero, porque era peña tajada; é ya que estábamos arriba para entrar en la fuerza era como quien entra por una abertura, no mas ancha que dos bocas de silo ó de horno: é ya puestos en lo mas alto é llano, estaban grandes anchuras de prados, y todo lleno de gente ansí de guerra, como de muchas mujeres é niños, é hallamos hasta veinte muertos y muchos heridos, y no tenian gota de agua que beber, y tenian todo su hato y su hacienda hechos fardajes, y otros muchos lios de mantas, que eran del tributo que daban á Guatemuz: é como yo ansí ví tantas cargas de ropa, y supe que eran del tributo, comencé á cargar cuatro tlaxcaltecas mis Naborias que llevé conmigo, y tambien eché á cuestas de otros cuatro indios de los que la guardaban, otros cuatro fardos, y á cada uno eché una carga: é como Pedro de Ircio lo vió, dijo que no lo llevase, é yo porfiaba que sí, y como era capitan, hízose lo que mandó, porque me amenazó que se lo diria á Cortés, y me dijo el Pedro de Ircio, que bien habia visto que dijo Cortés, que no les tomásemos un grano de maíz, é yo dije que ansí era verdad, que por esa palabra misma queria llevar de aquella ropa, por manera que no me dejó llevar cosa ninguna: y bajamos á dar cuenta á Cor-

tés de lo que habiamos visto, é á lo que nos envió; y dijo el Pedro de Ircio á Cortés por me revolver con él lo pasado, pensando que le contentaba mucho, despues de le dar cuenta de lo que habia, dijo: No se les tomó cosa ninguna, que ya habia cargado Bernal Diaz del Castillo de ropa á ocho indios, é si no se lo estorbara yo, ya los traía cargados: entónces dijo Cortés medio enojado: pues por qué no lo trajo: y tambien os habíades de quedar allá vos con la ropa é indios con los de arriba, é dijo: Mira como no entendieron que los envié porque se aprovechasen, y á Bernal Diez que me entendió, quitaron el despojo que traía destos perros, que se quedaron riendo con los que nos han muerto y herido: é cuando aquello oyó el Pedro de Ircio, dijo que queria tornar á subir á la fuerza, y entónces le dijo que ya no habia coyuntura para ello, y que no fuese allá de ninguna manera. Dejemos esta plática y digamos cómo vinieron los del otro peñol, y en fin de muchas razones que pasaron sobre que les perdonase, todos dieron la obediencia á su majestad: y como no habia agua en aquel paraje nos fuimos luego camino de un pueblo ya nombrado en el capítulo pasado, que se dice Guaztepeque, adonde estaba la huerta que he dicho que es la mejor que habia visto en toda mi vida, y ansí la tornó á decir, que Cortés y el tesorero Alderete, desque entónces la vieron, y pasearon algo della, se admiraron, y dijeron que mejor cosa

de huerta no habian visto en Castilla. Y digamos cómo en aquella noche nos aposentamos todos en ella: y los caciques de aquel pueblo vinieron de paz á hablar y servir á Cortés, porque Gonzalo de Sandoval los habia ya recibido de paz cuando entró en aquel pueblo, segun mas largamente he escrito en el capítulo pasado que dello habla, y aquella noche reposamos allí: y otro dia muy de mañana nos partimos para Cornavaca, y hallamos unos escuadrones de guerreros mexicanos, que de aquel pueblo habian salido, y los de á caballo les siguieron mas de legua y media, hasta encerrarlos en otro gran pueblo que se dice Tepuztlan, y estaban tan descuidados los moradores dél, que dimos en ellos ántes que sus espías, que tenian sobre nosotros, llegasen. Aquí se hubieron muy buenas indias, é despojos, y no aguardaron ningunos mexicanos, ni los naturales en el pueblo: y nuestro Cortés envió á llamar á los caciques por tres ó cuatro veces que viniesen todos de paz, y que si no venian que les quemaria el pueblo, y los iriamos á buscar: y la respuesta fué que no querian venir: é porque otros pueblos tuviesen temor dello, mandó poner fuego á la mitad de las casas que allí cerca estaban: y en aquel instante vinieron los caciques del pueblo por donde aquel dia pasamos, que ya he dicho que se dice Yautepeque, y dieron la obediencia á su majestad, y otro dia fuimos camino de otro mejor y mayor pueblo, que se dice Coadalbaca, y comunmente cor-

rompimos ahora aquel vocablo y le llamamos Cuernavaca, y habia dentro en él mucha gente de guerra, ansí de mexicanos como de los naturales, y estaba muy fuerte por unas cavas y riachuelo que están en las barrancas por donde corre el agua, muy hondas de mas de ocho estados abajo, puesto que no llevaban mucha agua, y es fortaleza para ellos, y tambien no habia entrada para caballos, sino por unas dos puentes, y teníanlas quebradas, y desta manera estaban tan fuertes, que no los podiamos llegar, puesto que nos llegábamos á pelear con ellos desta parte de sus cavas, y riachuelo en medio, y ellos nos tiraban mucha vara y flecha, é piedras con hondas: y estando desta manera, avisaron á Cortés que mas adelante obra de media legua habia entrada para los caballos, y luego fué allá con los de á caballo, y todos nosotros estábamos buscando paso, y vimos que desde unos árboles que estaban junto con la cava, se podia pasar á la otra parte de aquella honda cava, y puesto que cayeron tres soldados desde los árboles abajo en el agua, y aun el uno se quebró la pierna, todavía pasamos, aunque con harto peligro, porque de mí digo que verdaderamente cuando pasaba que lo ví muy peligroso é malo de pasar, y se me desvanecia la cabeza, y todavía pasé yo, y otros veinte ó treinta soldados, y muchos tlaxcaltecas, y comenzamos á dar por las espaldas de los mexicanos, que estaban tirando vara y flecha á los nuestros; y

cuando lo vieron que lo tenian por cosa imposible, creyeron que éramos muchos más: y en este instante allegaron Christóbal de Oli é Pedro de Alvarado, y Andrés de Tapia, con otros de á caballo que habian pasado con mucho riesgo de sus personas por una puente quebrada, y damos en los contrarios, por manera que volvieron las espaldas, y se fueron huyendo á los montes y á otras partes de aquella honda cava, donde no se pudieron haber: é dende á poco rato, tambien llegó Cortés con todos los demás de á caballo. En este pueblo se hubo gran despojo, ansí de mantas muy grandes, como de buenas indias, é allí mandó Cortés que estuviésemos aquel dia, y en una huerta del señor de aquel pueblo nos aposentamos todos, y era muy buena. Que quiera decir el gran recaudo de velas y escuchas, y corredores del campo, que doquiera que estábamos, ó por los caminos llevábamos, es prolijidad recitallo tantas veces; y por esta causa pasaré adelante, y diré que vinieron nuestros corredores del campo á decir á Cortés que venian hasta veinte indios, y á lo que parecia en sus meneos y semblante eran caciques, y hombres principales que traían mensajes ó á demandar paces, y eran los caciques de aquel pueblo: y cuando llegaron adonde Cortés estaba, le hicieron mucho acato, y le presentaron ciertas joyas de oro, y le dijeron que les perdonase porque no salieron de paz, que el señor de México les enviaba á mandar, que pues estaban en fortaleza, que

desde allí nos diesen guerra, y les envió un buen escuadron de mexicanos para que les ayudasen, é que á lo que ahora han visto, que no habrá cosa por fuerte que sea, que no la combatamos y señoreemos, y que le piden por merced que los reciba de paz: y Cortés les mostró buena cara, y dijo que somos vasallos de un gran señor, que es el emperador don Cárlos, que á los que le quisieren servir que á todos les hace mercedes, y que á ellos (en su real nombre) los recibe de paz, y allí dieron la obediencia á su majestad. Y acuérdome que dijeron aquellos caciques, que en pago de no haber venido de paz hasta entónces, permitieron nuestros dioses á los suyos que se les hiciese castigo en sus personas y haciendas (1). Donde los dejaré agora, y digamos cómo otro dia de mañana caminamos para otra gran poblacion que se dice Suchimilco, y lo que pasamos en el camino y en la ciudad, y reencuentros de guerra que nos dieron, diré adelante, hasta que volvimos á Tezcuco, y lo que mas pasamos.

(1) Es muy singular lo que estos caciques dijeron á Cortés, y debe llamar la atencion de un observador para hacer juicio de los extraños principios que caracterizaban á aquellas gentes: "Estos indios y los otros que venian á se dar por va-"sallos de vuestra majestad, despues de les haber quemado y "destruido sus casas y haciendas, nos dijeron que la causa "porque venian tarde á nuestra amistad, era porque pensaban "que satisfacian sus culpas en consentir primero hacerles da-"ño, creyendo que hecho no terniamos despues tanto enojo de "ellos." *Cortés, Carta III.*

CAPITULO CXLV.

De la gran sed que hubo en este camino, y del peligro en que nos vimos en Suchimilco con muchas batallas y reencuentros que con los mexicanos y con los naturales de aquella ciudad tuvimos, y de otros muchos reencuentros de guerras que hasta volver á Tezcuco pasamos.

Pues como caminamos para Suchimilco, que es una gran ciudad, y en toda la más della están fundadas las casas en el agua (de agua dulce), y estará de México obra de dos leguas y média; pues yendo por nuestro camino con gran concierto y ordenanza, como lo teniamos de costumbre, fuimos por unos pinares, y no habia agua en todo el camino; y como íbamos con nuestras armas á cuestas y era ya tarde y hacia gran sol, aquejábanos mucho la sed, y no sabiamos si habia agua adelante, y habiamos andado ciertas leguas, ni tampoco teniamos certinidad qué tanto estaba de allí un

pozo que nos decian que habia en el camino. Y como Cortés así vido todo nuestro ejército cansado, y los amigos tlaxcaltecas se desmayaron y se murió uno de sed, y un soldado de los nuestros que era viejo y estaba doliente me parece que tambien se murió de sed, acordó Cortés de parar á la sombra de unos pinares, y mandó á seis de á caballo que fuesen adelante, camino de Sochimilco, é que viesen qué tanto de allí habia poblacion ó estancias, ó el pozo que tuvimos noticia que estaba cerca, para ir á dormir á él. Y cuando fueron los de á caballo, que era Christóval de Oli y un Valdenebro, y Pedro Gonzalez de Trujillo, y otros muy esforzados varones, acordé yo de me apartar en parte que no me viese Cortés ni los de á caballo, y llevé tres naborias mios tlaxcaltecas, bien esforzados é sueltos indios, y fuí tras ellos hasta que me vieron ir, y me aguardaron para me hacer volver no hubiese algun rebato de guerreros mexicanos donde no me pudiese valer. E yo todavía porfiaba ir con ellos; y el Christóval de Oli, como era yo su amigo, me dijo que fuese y que aparejase los puños á pelear con los indios, y los piés á ponerme en salvo. Y era tanta la sed que tenia, que aventuraba mi vida por me hartar de agua. Y pasando obra de média legua adelante, habia muchas estancias y caserías de los de Suchimileco en unas laderas de unas sierrezuelas: entónces los de á caballo que he dicho, se apartaron para buscar agua en las casas,

y la hallaron, y se hartaron della, y uno de mis tlaxcaltecas me sacó de una casa un gran cántaro de agua, que así los hay grandes cántaros en aquella tierra, de que me harté yo y ellos. Y entónces acordé desde allí de me volver donde estaba Cortés reposando, porque los moradores de aquellas estancias ya comenzaban á se apellidar y nos daban grita, y truje el cántaro lleno de agua con los tlaxcaltecas, y hallé á Cortés que ya comenzaba á caminar con todo su ejército. Y como le dije que habia agua en unas estancias muy cerca de allí, y que habia bebido y que traía agua en el cántaro, la cual traían los tlaxcaltecas muy escondida porque no me la tomasen, porque á la sed no hay ley; de la cual bebió Cortés y otros caballeros, y se holgó mucho, y todos se alegraron y se dieron priesa á caminar, y llegamos á las estancias ántes de se poner el sol, y por las casas hallaron agua aunque no mucha, y con la sed que traían algunos soldados comian unos como cardos, y á algunos se les dañaron las bocas y lenguas. Y en este instante vinieron los de á caballo é dijeron que el pozo que estaba léjos, y que ya estaba toda la tierra apellidando guerra, é que era bien dormir allí; y luego pusieron velas y espías y corredores del campo, é yo fuí uno de los que pusieron por velas, y paréceme que llovió aquella noche un poco ó que hizo mucho viento. Y otro dia, muy de mañana, comenzamos á caminar, é á obra de las ocho llegamos á Suchimilco. Saber yo

ahora decir la multitud de guerreros que nos estaban esperando unos por tierra é otros en un paso de una puente que tenian quebrada, é los muchos mamparos y albarradas que tenian hecho en ellas, é las lanzas que traían hechas, como al modo de las espadas que hubieron cuando la gran matanza que hicieron de los nuestros en lo de las puentes de México, y otros muchos indios capitanes (que todos traían espadas de las nuestras muy relucientes), pues flecheros y varas de á dos gajos y piedra con hondas y espadas de á dos manos como montantes (hechas de á dos manos de navajas), digo que estaba toda la tierra firme llena dellos, y al pasar de aquella puente estuvieron peleando con nosotros cerca de media hora, que no les podiamos entrar, que ni bastaban ballestas ni escopetas ni grandes arremetidas que haciamos; y lo peor de todo era que ya venian otros escuadrones dellos por la espaldas dándonos guerra: y cuando aquello vimos, rompimos por el agua y puente medio nadando, y otros á vuela pié, y allí hubo algunos de nuestros soldados que bebieron tanta agua por fuerza, que se les hincharon las barrigas dello. Y volvamos á nuestra batalla, que al pasar de la puente hirieron á muchos de los nuestros é mataron dos soldados, y luego les llevamos á buenas cuchilladas por unas calles donde habia tierra firme adelante, y los de á caballo juntamente con Cortés salen por otras partes á tierra firme, adonde toparon sobre

más de diez mil indios todos mexicanos que venian de refresco para ayudar á los de aquel pueblo, y peleaban de tal manera con los nuestros, que les aguardaban con las lanzas á los de á caballo é hirieron cuatro dellos y Cortés que se halló en aquella gran presa; y el caballo en que iba, que era muy bueno (castaño oscuro, que le llamaban el romo), y de muy gordo ú de cansado, como estaba holgado, desmayó el caballo y los contrarios mexicanos, como eran muchos, echaron mano á Cortés y le derribaron del caballo. Otros dijeron que por fuerza le derrocaron: ahora, sea por lo uno ó por lo otro, en aquel instante llegaron muchos más guerreros mexicanos para si pudieran apañarle vivo á Cortés; y como aquello vieron unos tlaxcaltecas y un soldado muy esforzado que se decia Christóval de Olea, natural de Castilla la Vieja, de tierra de Medina del Campo, de presto llegaron, y á buenas cuchilladas y estocadas hicieron lugar y tornó Cortés á cabalgar, aunque bien herido en la cabeza, y quedó el Olea muy malamente herido de tres cuchilladas; y en aquel tiempo acudimos allí todos los mas soldados que mas cerca dél nos hallamos, porque en aquella sazon, como en aquella ciudad habia en cada calle muchos escuadrones de guerreros y por fuerza habiamos de seguir las banderas, no podiamos estar todos juntos sino pelear unos á unas partes y otros á otras, como nos fué mandado por Cortés; mas bien entendimos que donde andaba

Cortés y los de á caballo que habia mucho que hacer, por las muchas gritas y voces y alaridos que oíamos. Y en fin de mas razones, puesto que habia adonde andábamos muchos guerreros, fuimos con gran riesgo de nuestras personas adonde estaba Cortés, que ya se le habian juntado hasta quince de á caballo y estaban peleando con los enemigos junto á unas acequias adonde se mamparaban y estaban albarradas; y como llegamos, los pusimos en huida, aunque no del todo volvian las espaldas; y porque el soldado Olea que ayudó á nuestro Cortés estaba muy mal herido de tres cuchilladas y se desangraba, y las calles de aquella ciudad estaban llenas de guerreros, dijimos á Cortés que se volviese á unos mamparos y se curase el Cortés y el Olea, y así volvimos y no muy sin obra de vara y piedra y flecha que nos tiraban de muchas partes donde tenian mamparos y albarradas, creyendo los mexicanos que volviamos retrayéndonos, é nos seguian con gran furia. Y en este instante vino Pedro de Alvarado é Andrés de Tapia y Christóval de Oli, y todos los mas de á caballo que fueron con ellos á otras partes, el Oli corriendo sangre de la cara, y el Pedro de Alvarado herido y el caballo, y todos los demás cada cual con su herida, y dijeron que habian peleado con tanto mexicano en el campo, que no se podian valer; y porque cuando pasamos la puente que dicho tengo, parece ser Cortés los repartió, que la mitad de á caballo fué-

sen por una parte y la otra mitad por otra, y así fueron siguiendo tras unos escuadrones, y la otra mitad tras los otros. Pues ya que estábamos curando los heridos con quemalles con aceite é apretalles con mantas, suenan tantas voces y trompetillas é caracoles por unas calles en tierra firme, y por ellas vienen tantos mexicanos á un patio donde estábamos curando los heridos, é tíranos tanta vara y piedra, que hirieron de repente á muchos soldados; mas no les fué muy bien de aquella cabalgada, que presto arremetimos con ellos, y á buenas cuchilladas y estocadas quedaron hartos dellos tendidos, pues los de á caballo no tardaron en salirles al encuentro, que mataron á muchos puesto que entónces hirieron dos caballos é mataron un soldado. De aquella vez los echamos de aquel sitio é patio, y cuando Cortés vió que no habia más contrarios nos fuimos á reposar á otro grande patio adonde estaban los grandes adoratorios de aquella ciudad, y muchos de nuestros soldados subieron en el cu más alto adonde tenian sus ídolos, y desde allí vieron la gran ciudad de México y toda la laguna, porque bien se señoreaba todo. Y vieron venir sobre dos mil canoas que venian de México llenas de guerreros, y venian derechos adonde estábamos, porque segun otro dia supimos el señor de México, que se decia Guatemuz, les enviaba para que aquella noche y dia diesen en nosotros; y juntamente envió por tierra sobre otros

diez mil guerreros para que unos por una parte y otros por otra tuviese manera para que no saliésemos de aquella ciudad con las vidas ninguno de nosotros. Tambien habia apercibido otros diez mil hombres para les enviar de refresco cuando estuviesen dándonos guerra, y esto se supo á otro dia de cinco capitanes mexicanos que en las batallas prendimos; y mejor lo ordenó nuestro Señor Jesu-Christo, porque así como vino aquella gran flota de canoas, luego se entendió que venia contra nosotros y acordóse que hubiese muy buena vela en todo nuestro real, repartido á los puertos é acequias por donde habian de venir á desembarcar, y los de á caballo muy á punto toda la noche ensillados y enfrenados aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los capitanes y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche; é á mí é á otros diez soldados nos pusieron por velas sobre unas paredes de cal y canto, y tuvimos muchas piedras é ballestas y escopetas y lanzas grandes adonde estábamos para que si por allí en unas acequias (que era desembarcadero) llegasen canoas, que les resistiésemos é hiciésemos volver: á otros soldados pusieron en guarda en otras acequias. Pues estando velando yo y mis compañeros, sentimos el rumor de muchas canoas que venian á remo callado á desembarcar á aquel puesto donde estábamos, y á buenas pedradas y con las lanzas les resistimos, que no osaron desembarcar, y á uno

de nuestros compañeros enviamos que fuese á dar aviso á Cortés. Y estando en esto volvieron otra vez otras muchas canoas cargadas de guerreros, y nos comenzaron á tirar mucha vara y piedra y flecha, y los tornamos á resistir; y entónces descalabraron á dos de nuestros soldados, y como era de noche muy escuro se fueron á juntar las canoas con sus capitanes de la flota de canoas, y todas juntas fueron á desembarcar á otro puertezuelo ó acequias hondas; y como no son acostumbrados á pelear de noche, se juntaron todos con los escuadrones que Guatemuz enviaba por tierra, que eran ya dellos más de quince mil indios. Tambien quiero decir (y esto no por me jactanciar) que como nuestro compañero fué á dar aviso á Cortés cómo habian llegado allí en el puerto donde velábamos muchas canoas de guerreros, segun dicho tengo, luego vino á hablar con nosotros el mismo Cortés, acompañado de diez de á caballo; y cuando llegó cerca, sin nos hablar, dimos voces yo y un Gonzalo Sanchez (que era del Algarbe portugues) y dijimos: ¿Quién viene ahí? ¿No podeis hablar? Y le tiramos tres ó cuatro pedradas. Y como me conoció Cortés en la voz á mí y á mi compañero, dijo Cortés al tesorero Julian de Alderete y á fray Pedro Melgarejo y al maestre de campo, que era Christóval de Oli, que le acompañaban á rondar: No es menester poner aquí mas recaudo, que dos hombres están aquí puestos entre los que valen, que son de los

que pasaron conmigo de los primeros, que bien podemos fiar dellos esta vela. Y aunque sea otra cosa de mayor afrenta; y desque nos hablaron dijo Cortés que mirásemos el peligro en que estábamos. Se fueron á requerir á otros puestos; y cuando no me cato, sin más nos hablar, oímos cómo traían á un soldado azotando por la vela, y era de los de Narvaez. Pues otra cosa quiero traer á la memoria, y es, que ya que nuestros escopeteros no tenian pólvora ni los ballesteros saetas, que el dia ántes se dieron tal priesa que lo habian gastado; y aquella misma noche mandó Cortés á todos los ballesteros que alistasen todas las saetas que tuviesen, y las emplumasen y pusiesen sus casquillos, porque siempre traíamos en las entradas muchas cargas de almacen de saetas y sobre cinco cargas de casquillos hechos de cobre, y todo aparejo, para donde quiera que llegásemos tener saetas. Y toda la noche estuvieron emplumando y poniendo casquillos todos los ballesteros; y Pedro Barba, que era su capitan, no se quitaba de encima de la obra y Cortés que de cuando en cuando acudia. Dejemos esto, y digamos ya que fué de dia claro cuál nos vinieron á cercar todos los escuadrones mexicanos en el patio donde estábamos; y como nunca nos cogian descuidados, los de á caballo por una parte (como era tierra firme) y nosotros por otra, y nuestros amigos los tlaxcaltecas que nos ayudaban, rompimos con ellos y se mataron y hirieron tres de sus capi-

tanes, sin otros muchos que luego otro dia se murieron: y nuestros amigos hicieron buena presa. Y se prendieron cinco principales, de los cuales supimos los escuadrones que Guatemuz habia enviado: y en aquella batalla quedaron muchos de nuestros soldados heridos, é uno murió luego. Pues no se acabó en esta refriega; que yendo los de á caballo siguiendo el alcance, se encuentran con los diez mil guerreros que el Guatemuz enviaba en ayuda é socorro de refresco de los que de ántes habia enviado, y los capitanes mexicanos que con ellos venian traían espadas de las nuestras, haciendo muchas muestras con ellos de esforzados, y decian que con nuestras armas nos habian de matar: y cuando los nuestros de á caballo se hallaron cerca dellos, como eran pocos, y eran muchos escuadrones, temieron, é á esta causa se pusieron en parte para no se encontrar luego con ellos, hasta que Cortés y todos nosotros fuésemos en su ayuda. E como lo supimos, en aquel instante cabalgan todos los de á caballo que quedaban en el real, aunque estaban heridos ellos y sus caballos, y salimos todos los soldados y ballesteros, y con nuestros amigos los tlaxcaltecas, y arremetimos de manera que rompimos y tuvimos lugar de nos junjuntar con ellos pié con pié, y á buenas estocadas y cuchilladas se fueron con la mala ventura y nos dejaron de aquella vez el campo. Dejemos esto, y tornarémos á decir que allí se prendieron otros principales y se supo dellos que tenia Guatemuz ordenado de

enviar otra gran flota de canoas, y muchos mas guerreros por tierra: y dijo á sus guerreros, que cuando estuviésemos cansados y heridos muchos, y muertos de los reencuentros pasados, que estariamos descuidados con pensar que no enviaria mas escuadrones contra nosotros, é que con los muchos que entónces enviaria nos podria desbaratar; y como aquello se supo, si muy apercibidos estábamos de ántes, mucho mas lo estuvimos entónces, y fué acordado que para otro dia saliésemos de aquella ciudad y no aguardásemos mas batallas, y aquel dia se nos fué en curar heridos, y en adobar armas y hacer saetas: y estando de aquella manera pareció ser, que como en aquella ciudad eran ricos, y tenian unas casas muy grandes llenas de mantas y ropa y camisas de mujeres de algodon, y habia en ella oro y otras muchas cosas y plumajes, alcanzáronlo á saber los tlaxcaltecas y ciertos soldados en qué parte ó paraje estaban las casas, y se las fueron á mostrar unos prisioneros de Suchimilco, y estaban en la laguna dulce, y podian pasar á ellos por una calzada, puesto que habia dos ó tres puentes chicas en la calzada, que pasaban á ellas de unas acequias hondas á otras: y como nuestros soldados fueron á las casas y las hallaron llenas de ropa, y no habia guarda, cárganse ellos y muchos tlaxcaltecas de ropa, y otras cosas de oro, y se vienen con ello al real, y como lo vieron otros soldados, van á las mismas casas, y estando dentro sacando ropa

de unas cajas muy grandes de madera, vino en aquel instante una gran flota de canoas de guerreros de México y dan sobre ellos, é hirieron muchos soldados, y apañan á cuatro soldados vivos é los llevaron á México, y los demás se escaparon de buena: y llamábanse los que llevaron Juan de Lara, y el otro Alonso Hernandez, y de los demás no me acuerdo sus nombres, mas sé que eran de la capitanía de Andrés de Monjaraz. Pues como le llevaron á Guatemuz estos cuatro soldados, alcanzó á saber cómo éramos muy pocos los que veniamos con Córtés, y que muchos estaban heridos, y tanto como quiso saber de nuestro viaje, tanto supo: y como fué bien informado, mandó cortar piés y brazos á los tristes nuestros compañeros, y los envia por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habian venido de paz, y les envia á decir, que ántes que volvamos á Tezcuco piensa no quedará ninguno de nosotros á vida, y con los corazones y sangre hizo sacrificio á sus ídolos. Dejemos esto, y digamos cómo luego tornó á enviar muchas flotas de canoas llenas de guerreros, y otras capitanías por tierra; y les mandó que procurasen que no saliésemos de Suchimilco con las vidas. Y porque ya estoy harto de escribir de los muchos rencuentros y batallas que en estos cuatro dias tuvimos con mexicanos, é no puedo otra vez dejar de hablar en ellas, digo, que cuando amaneció, vinieron desta vez tantos culchuas mexicanos por los es-

teros, y otros por las calzadas y tierra firme, que tuvimos harto que romper en ellos, y luego nos salimos de aquella ciudad á una gran plaza, que estaba algo apartada del pueblo donde solian hacer sus mercados; y allí puestos con todo nuestro fardaje para caminar, Cortés comenzó á hacer un parlamento cerca del peligro en que estábamos; porque sabiamos cierto que en los caminos á pasos malos estaban aguardando todo el poder de México, y otros muchos guerreros puestos en esteros y acequias, é nos dijo que seria bien, é así nos lo mandaba de hecho, que fuésemos desembarazados, y dejásemos el fardaje é hato, porque no nos estorbase para el tiempo de pelear. Y cuando aquello le oímos, todos á una le respondimos, que mediante Dios que hombres éramos para defender nuestra hacienda y personas é la suya, y que seria gran poquedad si tal hiciésemos: y desque vió nuestra voluntad y respuesta dijo que á la mano de Dios lo encomendaba: y luego se puso en concierto cómo habiamos de ir, el fardaje y los heridos en medio, y los de á caballo repartidos, la mitad dellos adelante, y la otra mitad en la retaguardia, y los ballesteros tambien con todos nuestros amigos, é allí poniamos mas recaudo, porque siempre los mexicanos tenian por costumbre que daban en el fardaje: de los escopeteros no nos aprovechábamos, porque no tenian pólvora ninguna; y desta manera comenzamos á caminar. Y cuando los escuadrones mexi-

canos que habia enviado Guatemuz aquel dia vieron que nos íbamos retrayendo de Suchimilco, creyeron que de miedo no les osábamos esperar, como ello fué verdad, y salen de repente tantos dellos, y se vienen derechos á nosotros, é hirieron dos soldados, é dos murieron de ahí á ocho dias: é quisieron romper y desbaratar por el fardaje; mas como íbamos con el concierto que he dicho, no tuvieron lugar, y en todo el camino hasta que llegamos á un gran pueblo que se dice Cuyoacan, que está obra de dos leguas de Suchimilco, nunca nos faltaron rebatos de guerreros que nos salian en partes que no nos podiamos aprovechar dellos, y ellos sí de nosotros, de mucha vara, y piedra, y flecha, y como tenian cerca los esteros y zanjas, poníanse en salvo. Pues llegados á Cuyoacan á obra de las diez del dia, hallámosla despoblada. Quiero ahora decir que están muchas ciudades las unas de las otras cerca de la gran ciudad de México obra de dos leguas: porque Suchimilco, y Cuyoacan, y Chohuilobusco, é Iztapalapa, y Coadlavaca y Mezquique, y otros tres ó cuatro pueblos que estaban poblados los mas dellos en el agua, que están á legua y media ó á dos leguas las unas de las otras: y de todas ellas se habian juntado allí en Suchimilco muchos indios guerreros contra nosotros. Pues volvamos á decir que como llegamos á aquel gran pueblo, ya estaba despoblado, y está en tierra llana, acordamos de reposar aquel dia que llegamos, é otro

porque se curasen los heridos, y hacer saetas; porque bien entendido teniamos que habiamos de haber mas batallas ántes de volver á nuestro real, que era Tezcuco: é otro dia muy de mañana comenzamos á caminar con el mismo concierto que soliamos llevar camino de Tacuba, que está de donde salimos obra de dos leguas, y en el camino salieron en tres partes muchos escuadrones de guerreros, y todas tres les resistimos, y los de á caballo los seguian por tierra llana, hasta que se acogian á los esteros é acequias: é yendo por nuestro camino de la manera que he dicho, apartóse Cortés con diez de á caballo á echar una celada á los mexicanos que salian de aquellos esteros, y salian á dar guerra á los nuestros, y llevó consigo cuatro mozos de espuelas, y los mexicanos hacian que iban huyendo, y Cortés con los de á caballo y sus criados siguiéndolos: y cuando miró por sí, estaba una gran capitanía de contrarios puestos en celada, y dan en Cortés y los de á caballo, que les hirieron los caballos, y si no dieran vuelta de presto, allí quedaran muertos ó presos. Por manera que apañaron los mexicanos dos de los soldados mozos de espuelas de Cortés, de los cuatro que llevaba: y vivos los llevaron á Guatemuz, é los sacrificaron. Dejemos de hablar deste desman por causa de Cortés, y digamos cómo habiamos llegado á Tacuba con nuestras banderas tendidas, con todo nuestro ejército y fardaje, y todos los mas de á caballo habian llega-

do, y tambien Pedro de Alvarado, y Christóval de Oli, y Cortés no venia con los diez de á caballo que llevó en su compañía. Tuvimos mala sospecha no les hubiese acaecido algun desman: y luego fuimos con Pedro de Alvarado, y Christóval de Oli é Andrés de Tapia con otros de á caballo hácia los esteros donde le vimos apartar, y en aquel instante vinieron los otros dos mozos de espuelas que habian ido con Cortés, que se escaparon, é se decia el uno Monroy, y el otro Tomás de Rijóles, y dijeron que ellos por ser ligeros escaparon, é que Cortés y los demás se vienen poco á poco porque traen los caballos heridos: y estando en esto viene Cortés, con el cual nos alegramos, puesto que él venia muy triste y como lloroso: llamábanse los mozos de espuelas que llevaron á México á sacrificar el uno Francisco Martin Vendobal, y este nombre de Vendobal se puso por ser algo loco, y el otro se decia Pedro Gallego. Pues como allí llegó Cortés á Tacuba, llovia mucho, y reparamos cerca de dos horas en unos grandes patios, y Cortés con otros capitanes, y el tesorero Alderete, que venia ya malo, y el frailo Melgarejo y otros muchos soldados subimos en el alto cu de aquel pueblo, que desde él se señoreaba muy bien la ciudad de México, que está muy cerca, y toda la laguna, y las ciudades que están en el agua pobladas: y cuando el fraile y el tesorero Alderete vieron tantas ciudades y tan grandes, y todas asentadas en el agua

estaban admirados. Pues cuando vieron la gran ciudad de México y la laguna, y tanta multitud de canoas, que unas iban cargadas con bastimentos, y otras iban á pescar y otras baldías, mucho mas se espantaron porque no las habian visto hasta en aquella sazon: y dijeron que nuestra venida en esta Nueva-España que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era quien nos sostenia: é que otras veces han dicho que no se acuerdan haber leido en ninguna escritura, que hayan hecho ningunos vasallos tan grandes servicios á su rey como son los nuestros: é que ahora lo dicen muy mejor, y que dello haria relacion á su majestad. Dejemos de otras muchas pláticas que allí pasaron, y cómo consolaba el fraile á Cortés por la pérdida de sus mozos de espuelas que estaba muy triste por ellos, y digamos cómo Cortés y todos nosotros estábamos mirando desde Tacuba el gran cu del ídolo Huichilobos, y el Taltelulco, y los aposentos donde soliamos estar, y mirábamos toda la ciudad, y las puentes y calzadas por donde salimos huyendo, y en este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que de ántes traía por los hombres que le mataron ántes que en el alto cu subiese: y desde entónces dijeron un cantar ó romance: «En Tacuba está Cortés, con su escua-
« dron esforzado, triste estaba y muy penoso, tris-
« te y con gran cuidado: la una mano en la meji-

« lla, y la otra en el costado, etc.» Acuérdome que entónces le dijo un soldado, que se decia el Bachiller Alonso Perez, que despues de ganada la Nueva-España fué Fiscal y vecino en México: Señor capitan, no esté vuestra merced tan triste, que en las guerras estas cosas suelen acaecer; y no se dirá por vuestra merced, mira Nero de Tarpeya á Roma cómo se ardia. Y Cortés le dijo que ya veía cuántas veces habia enviado á México á rogalles con la paz, y que la tristeza no la tenia por sola una cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos habiamos de ver hasta tornar á señorear: y que con la ayuda de Dios presto lo porniamos por la obra. Dejemos estas pláticas y romances, pues no estábamos en tiempo dellos, y digamos cómo se tomó parecer entre nuestros capitanes y soldados si dariamos una vista á la calzada, pues estaba tan cerca de Tacuba donde estábamos: y como no habia pólvora ni muchas saetas, y todos los mas soldados de nuestro ejército heridos, acordándosenos que otra vez poco mas habia de un mes que Cortés les probó á entrar en la calzada con muchos soldados que llevaba y estuvo en gran peligro, porque temió ser desbaratado, como dicho tengo en el capítulo pasado que dello habla: y fué acordado que luego nos fuésemos nuestro camino por temor no tuviésemos en ese dia ó en la noche alguna refriega con los mexicanos; porque Tacuba está muy cerca de la gran ciudad

de México: y con la llevada que entónces llevaron vivos de los soldados no enviase Guatemuz sus grandes poderes contra nosotros: y comenzamos á caminar, y pasamos por Escapuzalco, y hallámosle despoblado; y luego fuimos á Tenayuca, que era gran pueblo, que le soliamos llamar el pueblo de las sierpes. Ya he dicho otra vez en el capítulo que dello habla, que tenian tres sierpes en el adoratorio mayor en que adoraban, y las tenian por sus ídolos, y tambien estaban despoblados: y desde allí fuimos á Guatitlan, y en todo este dia no dejó de llover muy grandes aguaceros; y como íbamos con nuestras armas á cuestas, que jamás las quitábamos de dia ni de noche, y con la mucha agua y el peso dellas íbamos quebrantados, y llegamos ya que anochecia á aquel gran pueblo, y tambien estaba despoblado, y en toda la noche no dejó de llover, y habia grandes lodos, y los naturales dél y otros escuadrones mexicanos nos daban tanta grita de noche desde unas acequias y partes que no les podiamos hacer mal, y como hacia muy escuro y llovia no se podian poner velas ni rondas, y no hubo concierto ninguno, ni acertábamos con los puestos; y esto digo porque á mí me pusieron para velar la prima, y jamás acudió á mi puesto ni cuadrillero ni rondas, y así se hizo en todo el real. Dejemos deste descuido, y tornemos á decir que otro dia fuimos camino de otra gran poblacion, que no me acuerdo el nombre, y habia gran-

des lodos en él, y hallámosla despoblada: y otro dia pasamos por otros pueblos, y tambien estaban despoblados; y otro dia llegamos á un pueblo que se dice Aculman, sujeto de Tezcuco; y como supieron en Tezcuco cómo íbamos, salieron á recibir á Cortés, é vinieron muchos españoles que habian venido entónces de Castilla. Y tambien vino á recibirnos el capitan Gonzalo de Sandoval con muchos soldados, y juntamente el señor de Tezcuco, que ya he dicho que se decia don Fernando: y se hizo á Cortés buen recebimiento, así de los nuestros, como de los recien venidos de Castilla, y muchos mas de los naturales de los pueblos comarcanos: pues trujeron de comer, y luego esa noche se volvió Sandoval á Tezcuco con todos sus soldados á poner en cobro su real. Y otro dia por la mañana fué Cortés con todos nosotros camino de Tezcuco (1): y como íbamos cansados y heridos, y dejábamos muertos nuestros soldados y compañeros, y sacrificados en poder de los mexicanos, en lugar de descansar y curar nuestras heridas, tenian ordenada una conjuracion ciertas personas de calidad de la parcialidad de Narvaez, de matar á Cortés, y á Gonzalo de Sandoval, é á Pedro de Alvarado, é Andrés de Tapia: y lo que mas pasó diré adelante.

(1) Cortés entró en Tezcuco en fines de Abril de 1521.

CAPITULO CXLVI.

Cómo desque llegamos con Cortés á Tezcuco con todo nuestro ejército y soldados, de la entrada de rodear los pueblos de la laguna, tenian concertado entre ciertas personas de los que habian pasado con Narvaez de matar á Cortés y á todos los que fuésemos en su defensa: y quien fué primer autor de aquella chirinola, fué uno que habia sido gran amigo de Diego Velazquez, Gobernador de Cuba; al cual soldado Cortés le mandó ahorcar por sentencia: y cómo se herraron los esclavos, y se apercibió todo el real, y los pueblos nuestros amigos, y se hizo alarde y ordenanzas, y otras cosas que más pasaron.

Ya he dicho cómo veniamos tan destrozados y heridos de la entrada por mí nombrada, pareció ser que un gran amigo del gobernador de Cuba que se decia Antonio de Villafaña, natural de Zamora, ú de Toro, se concertó con otros soldados de los de Narvaez; los cuales no nombro sus nombres por su honor; que ansí como viniese Cortés de aquella entrada que le matasen, y habia de ser desta manera: que como en aquella sazon habia venido un na-

vío de Castilla, que cuando Cortés estuviese sentado á la mesa comiendo con sus capitanes é soldados, que entre aquellas personas que tenian hecho el concierto, que trujesen una carta muy cerrada y sellada, como que venia de Castilla, y que dijesen que era de su padre Martin Cortés; y que cuando la estuviese leyendo le diesen de puñaladas, así al Cortés como á todos los capitanes y soldados que cerca de Cortés nos hallásemos en su defensa. Pues ya hecho y consultado todo lo por mí dicho, los que lo tenian concertado quiso nuestro Señor que dieron parte del negocio á dos personas principales, que aquí tampoco quiero nombrar, que habian ido en la entrada con nosotros, y aun á uno dellos en el concierto que tenian le habian nombrado por uno de los capitanes generales despues que hubiesen muerto á Cortés, y asimismo á otros soldados de los de Narvaez hacian alguacil mayor, é alférez, y alcaldes, y regidores, y contador y tesorero, y veedor, y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes y caballos. Y este concierto estuvo encubierto dos dias despues que llegamos á Tezcuco; y nuestro Señor Dios fué servido que tal cosa no pasase, porque era perderse la Nueva-España y todos nosotros muriéramos, porque luego se levantaran bandos y chirinolas. Pareció ser que un soldado lo descubrió á Cortés, que luego pusiese remedio en ello ántes que más fuego sobre aquel caso se encendiese, porque le certificó aquel buen soldado que

eran muchas personas de calidad en ello. Y como Cortés lo supo, despues de hacer grandes ofrecimientos y dádivas que le dió á quien se lo descubrió, muy presto secretamente lo hace saber á todos nuestros capitanes, que fueron Pedro de Alvarado é á Francisco de Lugo y á Christóval de Oli é á Gonzalo de Sandoval é Andrés de Tapia é á mí, y á dos alcaldes ordinarios, que eran de aquel año, que se decian Luis Marin y Pedro de Ircio, y á todos nosotros los que éramos de la parte de Cortés; y así como lo supimos, nos apercebimos y sin mas tardar fuimos con Cortés á la posada de Antonio de Villafaña, y estaban con él muchos de los que eran en la conjuracion, y de presto le echamos mano al Villafaña con cuatro alguaciles que Cortés llevaba; y los capitanes y soldados que con el Villafaña estaban comenzaron á huir, y Cortés les mandó detener y prender algunos dellos. Y cuando tuvimos preso al Villafaña, Cortés le sacó del seno el memorial que tenia con las firmas de los que fueron en el concierto que dicho tengo; y como lo hubo leido y vió que eran muchas personas en ello de calidad, é por no infamarlos echó fama que comió el memorial el Villafaña y que no le habia visto ni leido. E luego hizo proceso contra él; y tomada la confesion, dijo la verdad é con muchos testigos que habia de fe y de creer, que tomaron sobre el caso, por sentencia que dieron los alcaldes ordinarios juntamente con Cortés y el maestre de campo Chris-

tóval de Olí; y despues que se confesó con el padre Juan Diaz, le ahorcaron de una ventana del aposento donde posaba el Villafaña, y no quiso Cortés que otro ninguno fuese infamado en aquel mal caso, puesto que en aquella sazon echaron presos á muchos por poner temores y hacer señal que queria hacer justicia de otros. Y como el tiempo no daba lugar á ello, se disimuló, y luego acordó Cortés de tener guarda para su persona, y fué su capitan un hidalgo que se decia Antonio de Quiñones, natural de Zamora, con doce soldados, buenos hombres y esforzados, y le velaban de dia y de noche, y á nosotros de los que sentia que éramos de su banda nos rogaba que mirásemos por su persona. Y desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuracion, siempre se recelaba dellos. Dejemos esta materia, y digamos cómo luego se mandó pregonar que todos los indios é indias que habiamos habido en aquellas entradas los llevásen á herrar, dentro de dos dias, á una casa que estaba señalada para ello; y por no gastar mas palabras en esta relacion sobre la manera que se vendian en la almoneda, mas de las que otras veces tengo dichas en las dos veces que se herraron, si mal lo habian hecho de ántes, muy peor se hizo esta vez, que despues de sacado el real quinto, sacaba Cortés el suyo, y otras treinta sacaliñas para capitanes; y si eran hermosas y buenas indias las que metiamos á herrar, las hur-

taban de noche del monton, que no parecian hasta de ahí á buenos dias, y por esta causa se dejaban de herrar muchas piezas que despues teniamos por naborias. Dejemos de hablar en esto, y digamos lo que despues en nuestro real se ordenó.

CAPITULO CXLVII.

Cómo Cortés mandó á todos los pueblos nuestros amigos que estaban cercanos de Tezcuco, que hiciesen almacen de saetas é casquillos de cobre, y lo que en nuestro real mas pasó.

Como se hubo hecho justicia del Antonio de Villafaña y estaban ya pacíficos los que eran juntamente con él conjurados de matar á Cortés y á Pedro de Alvarado, y al Sandoval, y á los que fuésemos en su defensa, segun mas largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado; é viendo Cortés que ya los bergantines estaban hechos y puestas sus jarcias y velas y remos muy buenos, y mas remos de los que habian menester para cada bergantin, y la zanja de agua por donde habian de salir á la laguna, muy ancha é hondable (1), envió

(1) La obra de la zanja es una prueba del poder á que llegó Cortés. "Despues de haber dado vueltas á las lagunas, en

á decir á todos los pueblos nuestros amigos que estaban cerca de Tezcuco, que en cada pueblo hiciesen ocho mil casquillos de cobre, que fuesen segun otros que les llevaron por muestra, que eran de Castilla. Y asimismo les mandó que en cada pueblo labrasen y desbastasen otras ocho mil saetas de una madera muy buena, que tambien les llevaron muestra; y les dió de plazo ocho dias para que trujesen las saetas y casquillos á nuestro real, lo cual trujeron para el tiempo que se les mandó, que fueron más de cincuenta mil casquillos y otras tantas mil saetas: y los casquillos fueron mejores que los de Castilla. Y luego mandó Cortés á Pedro

"que tomamos muchos avisos para poner el cerco á Temixti-"tan por la tierra y por el agua, yo estuve en Tesaico forne-"ciéndome lo mejor que pude de gente y de armas, y dando "priesa en que se acabasen los bergantines y una zanja que se "hacia para los llevar por ella fasta la laguna, la cual zanja "se comenzó á facer luego que la ligazon y tablazon de los "bergantines se trujeron en una acequia de agua que iba por "cabe los aposentamientos fasta dar en la laguna; é desde don-"de los bergantines se ligaron y la zanja se comenzó á hacer "hay bien média legua hasta la laguna; y en esta obra andu-"vieron cincuenta dias más de ocho mil personas cada dia de "los naturales de la provincia de Aculuacan y Tesaico, por-"que la zanja tenia más de dos estados de hondura, y otros "tantos de anchura, y iba toda chapada y estacada, por ma-"nera que el agua que por ella iba la pusieron en el peso de "la laguna, de forma que las fustas se podian llevar sin peli-"gro y sin trabajo fasta el agua, que cierto que fué obra gran-"dísima y mucho para ver." *Cortés, Carta III.*

Barba, que en aquella sazon era capitan de ballesteros, que los repartiese, así saetas como casquillos, entre todos los ballesteros, é que les mandase que siempre desbastasen el almacen y las emplumasen con engrudo, que pega mejor que lo de Castilla, que se hace de unas como raíces, que se dice cactle; y asimismo mandó al Pedro Barba, que cada ballestero tuviese dos cuerdas bien pulidas y aderezadas para sus ballestas, y otras tantas nueces para que si se quebrase alguna cuerda ó saltase la nuez, que luego se pusiese otra, é que siempre tirasen á terrero y viesen á qué pasos allegaba la fuga de sus ballestas; y para ello se les dió mucho hilo de Valencia para las cuerdas, porque en el navío que he dicho que vino pocos dias habia de Castilla (que era de Juan de Búrgos) trujo mucho hilo y gran cantidad de pólvora y ballestas, y otras muchas armas, y herraje y escopetas. Y tambien mandó Cortés á los de á caballo que tuviesen sus caballos herrados y las lanzas puestas á punto, é que cada dia cabalgasen y corriesen, y les mostrasen muy bien á revolver y escaramuzar. Y hecho esto envió mensajeros y cartas á nuestro amigo Xicotenga el viejo, que, como ya he dicho otras veces, era vuelto christiano y se llamaba don Lorenzo de Vargas, y á su hijo Xicotenga el mozo, y á sus hermanos, y al Chichimecatecle, haciéndoles saber que en pasando el dia de Corpus-Christi habiamos de partir de aquella ciudad para ir sobre México á

ponelle cerco, y que les enviase veinte mil guerreros de los suyos de Tlaxcala, y los de Guaxocingo y Cholula, pues todos eran amigos y hermanos en armas, é ya lo sabian los tlaxcaltecas de sus mismos indios, el plazo y concierto, como siempre iban de nuestro real cargados de despojos de las entradas que haciamos. Tambien apercibió á los de Chalco y Talmalanco, y sus sujetos, que se apercibiesen para cuando los enviásemos á llamar; y se les hizo saber cómo era para poner cerco á México y en qué tiempo habiamos de ir; y tambien se les dijo á don Hernando, señor de Tezcuco, y á sus principales y á todos sus sujetos, y á todos los más pueblos nuestros amigos, y todos á una respondieron que lo harian muy cumplidamente lo que Cortés les enviaba á mandar é que vernian, y los de Tlaxcala vinieron pasada la Pascua del Espíritu Santo. Hecho esto, se acordó de hacer alarde un dia de Pascua, lo cual diré adelante el concierto que se dió.

CAPITULO CXLVIII.

Cómo se hizo alarde en la ciudad de Tezcuco en los patios mayores de aquella ciudad, y los de á caballo, ballesteros y escopeteros y soldados que se hallaron, y las ordenanzas que se pregonaron y otras cosas que se hicieron.

Despues que se dió la órden, así como ántes he dicho, y se enviaron mensajeros y cartas á nuestros amigos los de Tlaxcala y á los de Chalco, y se dió aviso á los demás pueblos, acordó Cortés con nuestros capitanes y soldados que para el segundo dia del Espíritu Santo, que fué el año de mil y quinientos é veinte y un años, se hiciese alarde, el cual alarde se hizo en los patios mayores de Tezcuco, y halláronse ochenta y cuatro de á caballo y seiscientos y cincuenta soldados de espada y rodela, é muchos de lanzas, é ciento y noventa y cuatro ballesteros y escopeteros, y destos se sacaron para los trece bergantines los que ahora diré. Para cada bergantin doce ballesteros y escopeteros: estos

no habian de remar. Y demás desto tambien se sacaron otros doce remeros para cada bergantin, á seis por banda, que son los doce que he dicho. Y demás desto un capitan para cada bergantin; por manera que sale á cada bergantin á veinte y cinco soldados con el capitan, é trece bergantines que eran á veinte y cinco soldados, son doscientos y ochenta y ocho, y con los artilleros que les dieron demás de los veinte y cinco soldados, fueron en todos los bergantines trescientos soldados por la cuenta que he dicho, y tambien les repartió los tiros de frulera é halconetes que teniamos, y la pólvora que les parecia que habian menester. Y esto hecho, mandó pregonar las ordenanzas que todos habiamos de guardar.

Lo primero, que ninguna persona fuese osada de blasfemar de nuestro Señor Jesu-Christo ni de nuestra Señora, su bendita Madre, ni de los santos apóstoles ni otros santos, so graves penas.

Lo segundo, que ningun soldado tratase mal á nuestros amigos, pues iban para nos ayudar, ni les tomasen cosa ninguna, aunque fuesen de las cosas que ellos habian adquirido en la guerra, ni aunque fuese india ni indio, ni oro, ni plata, ni chalchihuies.

Lo tercero, que ningun soldado fuese osado de salir, ni de dia ni de noche, de nuestro real para ir á ningun pueblo de nuestros amigos ni á otra parte á traer de comer, ni á otra cualquier cosa, so graves penas.

Lo cuarto, que todos los soldados llevasen muy buenas armas, y bien colchadas, y gorjal, y papahigos, y antiparas y rodela, que como sabiamos que era tanta la multitud de vara y piedra, y flecha y lanza, para todo era menester llevar las armas que decía el pregon.

Lo quinto, que ninguna persona jugase caballo ni armas por via ninguna, con gran pena que se les puso.

Lo sexto y último, que ningun soldado, ni hombre de á caballo, ni ballestero, ni escopetero, duerma sin estar con todas sus armas vestidas, y con alpargates calzados, excepto si no fuese con gran necesidad de heridas ó estar doliente, porque estuviésemos muy bien aparejados para cualquiera tiempo que los mexicanos viniesen á nos dar guerra. Y demás desto se pregonaron las leyes que se mandan guardar en lo militar, que es al que se duerma en la vela ó se va del puesto que le ponen, pena de muerte; y se pregonó que ningun soldado vaya de un real á otro sin licencia de su capitan, so pena de muerte. Más, se pregonó que el soldado que dejare su capitan en la guerra ó batalla, é se huya, pena de muerte. Esto pregonado, diré en lo que más entendió.

CAPITULO CXLIX.

Cómo Cortés buscó á los marineros que era menester para remar en los bergantines, y se les señaló capitanes que habian de ir en ellos, y de otras cosas que se hicieron.

Despues de hecho el alarde, ya otras veces dicho, como vió Cortés que para remar los bergantines no hallaban tantos hombres del mar que supiesen remar, puesto que bien se conocian los que habiamos traido en nuestros navíos que dimos al través con ellos, cuando venimos con Cortés, é asimismo se conocian los marineros de los navíos de Narvaez y de los de Jamaica, y todos estaban puestos por memoria, y les habian apercebido porque habian de remar, y aun con todos ellos no habia recaudo para todos trece bergantines, y muchos dellos rehusaban y aun decian que no habian de remar; y Cortés hizo pesquisa para saber los que eran marineros y habian visto que iban á pescar, ó

si eran de Palos, ó Moguer, ú de Triana, ú del Puerto, ú de otro cualquier puerto ó parte donde hay marineros, les mandaron so graves penas que entrasen en los bergantines; y aunque mashidalgos dijesen que eran, les hizo ir á remar: y desta manera juntó ciento y cincuenta hombres para remar, y ellos fueron los mejor librados que nosotros los que estábamos en las calzadas batallando, y quedaron ricos de despojos, como adelante diré: y desque Cortés les hubo mandado que anduviesen en los bergantines, y les repartió los ballesteros, y escopeteros, y pólvora, y tiros, é saetas, y todo lo demás que era menester, y les mandó poner en cada bergantin las banderas reales, y otras banderas del nombre que se decia ser el bergantin, y otras cosas que convenian; nombró por capitanes para cada uno dellos á los que ahora aquí diré. A Garci-Holguin, Pedro Barba, Juan de Limpias, Carvajal el Sordo, Juan Jaramillo, Gerónimo Ruiz de la Mota, Carvajal su compañero, que ahora es muy viejo, y vive en la calle de San Francisco: é á un Portillo que entónces vino de Castilla, buen soldado, que tenia una mujer hermosa: é á un Zamora, que fué maestre de navíos, que vivia ahora en Guaxaca é á un Colmenero que era marinero, buen soldado: é á un Lerma, é á Gines Nortes, é á Briones, natural de Salamanca; el otro capitan no me acuerdo su nombre, é á Miguel Diaz de Aux: é cuando los hubo nombrado, mandó á

todos los ballesteros y escopeteros, é á los demás soldados que habian de remar que obedeciesen á los capitanes que les ponia, y no saliesen de su mandado so graves penas; y les dió las instrucciones que cada capitan habia de hacer, y en qué puesto habian de ir de las calzadas, é con qué capitanes de los de tierra. Acabado de poner en concierto todo lo que he dicho, viniéronle á decir á Cortés que venian los capitanes de Tlaxcala con gran copia de guerreros (1), y venia en ellos por capitan general Xicotenga el Mozo, el que fué capitan cuando las guerras de Tlaxcala: y éste fué el que nos trataba la traicion en Tlaxcala, cuando salimos huyendo de México, segun otras muchas veces lo he referido: é que traía en su compañía otros dos hermanos, hijos del buen viejo don Lorenzo de Vargas, é que traía gran copia de tlaxcaltecas, y de Guaxocingo, y otro capitan de cholultecas; y aunque eran pocos, porque á lo que siempre ví, despues que en Cholula se les hizo el castigo, ya otra vez por mí dicho en el capítulo que dello habla, despues acá jamás fueron con los mexicanos, ni aun con nosotros, sino que se estaban á la mira, que aun cuando nos echaron de México no se hallaron ser nuestros contrarios. Dejemos desto, y volvamos á nuestra relacion, que como Cortés supo que venia Xicotenga y sus hermanos, y otros capita-

(1) Cincuenta mil tlaxcaltecas.—*Cortés, Carta III.*

nes, é vinieron un dia primero del plazo que les envió á decir, que viniesen, salió á les recibir Cortés un cuarto de legua de Tezcuco con Pedro de Alvarado, y otros nuestros capitanes; y como encontraron con el Xicotenga y sus hermanos, les hizo Cortés mucho acato, y les abrazó, y á todos los mas capitanes: y venian en gran ordenanza, y todos muy lucidos, con grandes divisas, cada capitanía por sí, y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas, que parece águila con sus alas tendidas: traían sus alféreces, revolando sus banderas y estandartes, y todos con sus arcos y flechas, y espadas de á dos manos, y varas con tiraderas, é otros macanas y lanzas grandes, é otras chicas, é sus penachos, y puestos en concierto, y dando voces y gritos, é silbos, diciendo: Viva el emperador nuestro señor y Castilla, Castilla, Tlaxcala, Tlaxcala: y tardaron en entrar en Tezcuco mas de tres horas, y Cortés les mandó aposentar en unos buenos aposentos, y los mandó dar de comer de todo lo que en nuestro real habia: é despues de muchos abrazos y ofrecimientos que los haria ricos, se despidió dellos, y les dijo que otro dia les diria lo que habian de hacer, é que ahora venian cansados, que reposasen: y en aquel instante que llegaron aquellos caciques de Tlaxcala, que dicho tengo, entraron en nuestro real cartas que enviaba un soldado que se decia Hernando de Barrientos, desde un pueblo que se dice Chinanta, que esta-

rá de México obra de noventa leguas: y lo que en ella se contenia era que habian muerto los mexicanos en el tiempo que nos echaron de México á tres compañeros suyos, cuando estaban en las estancias y minas donde los dejó el capitan Pizarro (que así se llamaba) para que buscasen y descubriesen todas aquellas comarcas si habia minas ricas de oro, segun dicho tengo en el capítulo que dello habla: y que el Barrientos que se acogió á aquel pueblo de Chinanta, adonde estaba, y que son enemigos de mexicanos. Este pueblo fué donde trujeron las picas cuando fuimos sobre Narvaez. Y porque no hacen al caso á nuestra relacion otras particularidades que decia en la carta, se dejará de decir: y Cortés sobre ella le escribió en respuesta, dándole relacion de la manera que íbamos de camino para poner cerco á México, y que á todos los caciques de aquellas provincias, les diese sus encomiendas, y que mirase que no se viniese de aquella tierra hasta tener carta suya, porque en el camino no le matasen los mexicanos. Dejemos esto, y digamos cómo Cortés ordenó de la manera que habiamos de ir á poner cerco á México, y quién fueron los capitanes, y lo que mas en el cerco sucedió.

CAPITULO CL.

Cómo Cortés mandó que fuesen tres guarniciones de soldados, y de á caballo, y ballesteros, y escopeteros por tierra á poner cerco á la gran ciudad de México, y los capitanes que nombró para cada guarnicion, y los soldados, y de á caballo, y ballesteros, y escopeteros que les repartió, y los sitios y ciudades donde habíamos de asentar nuestros reales.

Mandó que Pedro de Alvarado fuese por capitan de ciento y cincuenta soldados de espada y rodela, y muchos llevaban lanzas, y les dió treinta de á caballo, y diez y ocho escopeteros y ballesteros; y nombró que fuesen juntamente con él á Jorge de Alvarado su hermano, y á Gutierrez de Badajoz, y á Andrés de Monjaraz, y á estos mandó que fuesen capitanes de cada cincuenta soldados, y que repartiesen entre todos tres los escopeteros y ballesteros; tanto á una capitanía como á otra: y que el Pedro de Alvarado fuese capitan de los de á caballo y general de las tres capitanías, y le dió

ocho mil tlaxcaltecas con sus capitanes, y á mí me señaló y mandó que fuese con el Pedro de Alvarado, y que fuésemos á poner sitio en la ciudad de Tacuba: y mandó que las armas que llevásemos fuesen muy buenas, y papahigos, y gorjales, y antiparas, porque era mucha la vara y piedra como granizo, y flechas, y lanzas, y macanas, y otras armas de espadas de á dos manos, con que los mexicanos peleaban con nosotros, y para tener defensa con ir bien armados: y aun con todo esto cada dia que batallábamos habia muertos y heridos, segun adelante diré. Pasemos á otra capitanía.

Dió á Christóval de Oli, que era maestre de campo, otros treinta de á caballo, y ciento y setenta y cinco soldados, y veinte escopeteros y ballesteros, y todos con sus armas, segun y de la manera que los dió á Pedro de Alvarado, y le nombró otros tres capitanes, que fué Andrés de Tapia, y Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, y entre todos tres capitanes repartiesen los soldados, y escopeteros y ballesteros; y que el Christóval de Oli fuese capitan general de las tres capitanías, y de los de á caballo, y le dió otros ocho mil tlaxcaltecas, y le mandó que fuese á asentar su real en la ciudad de Cuyoacan, que estará de Tacuba dos leguas.

De otra guarnicion de soldados hizo capitan á Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y le dió veinticuatro de á caballo, y catorce escopeteros y ballesteros, y ciento y cincuenta soldados de es-

pada y rodela y lanza, y mas de ocho mil indios de guerra de los de Chalco y Guaxocingo, y de otros pueblos por donde el Sandoval habia de ir, que eran nuestros amigos, y le dió por compañeros y capitanes á Luis Marin y á Pedro de Ircio, que eran amigos del Sandoval; y les mandó que entre los dos capitanes repartiesen los soldados, y ballesteros y escopeteros; y que el Sandoval tuviese á su cargo los de á caballo, y que fuese general de todos, y que sentase su real junto á Iztapalapa, é que le diese guerra, y le hiciese todo el mal que pudiese hasta que otra cosa le fuese mandado: y no partió Sandoval de Tezcuco hasta que Cortés, que era capitan de los bergantines, estaba muy á punto para salir con los trece bergantines por la la laguna; en los cuales llevaba trecientos soldados con ballesteros y escopeteros, porque así estaba ordenado. Por manera que Pedro de Alvarado y Christóval de Oli habiamos de ir por una parte y Sandoval por otra. Digamos ahora que los unos á mano derecha, y los otros desviados por otro camino, y esto es así; porque los que no saben aquellas ciudades y la laguna lo entiendan, porque se tornaban casi que á juntar. Dejemos de hablar mas en ello, y digamos que á cada capitan se le dió las instrucciones de lo que les era mandado, y cómo nos habiamos de partir para otro dia por la mañana: y porque no tuviésemos tantos embarazos en el camino, enviamos adelante todas las capitanías de

Tlaxcala hasta llegar á tierra de mexicanos. E yendo que iban los tlaxcaltecas descuidados con su capitan Chichimecatecle, é otros capitanes con sus gentes, no vieron que iba Xicotenga el Mozo, que era el capitan general dellos; y preguntando y pesquisando el Chichimecatecle qué se habia hecho, ó adónde se habia quedado, alcanzaron á saber que se habia vuelto aquella noche encubiertamente para Tlaxcala, y que iba á tomar por fuerza el cacicazgo, é vasallos y tierra del mismo Chichimecatecle: y las causas que para ello decian los tlaxcaltecas, eran, que como el Xicotenga el Mozo vió ir los capitanes de Tlaxcala á la guerra, especialmente á Chichimecatecle, que no tendria contraditores, porque no tenia temor de su padre Xicotenga el ciego, que como padre le ayudaria, y nuestro amigo Maseescaci, que ya era muerto, é á quien temia era el Chichimecatecle. Y tambien dijeron que siempre conocieron del Xicotenga no tener voluntad de ir á la guerra de México, porque le oían decir muchas veces que todos nosotros y ellos habian de morir en ella. Pues desque aquello vió y entendió el Chichimecatecle, cuyas eran las tierras y vasallos que iba á tomar, vuelve del camino mas que de paso, é viene á Tezcuco á hacérselo saber á Cortés; é como Cortés lo supo, mandó que con brevedad fuesen cinco principales de Tezcuco, y otros dos de Tlaxcala, amigos del Xicotenga, á hacelle volver del camino, y le dijesen que Cortés le rogaba que

luego se volviese para ir contra sus enemigos los mexicanos, y que mire que su padre don Lorenzo de Vargas si no fuera viejo, y ciego como estaba, viniera sobre México; y que pues toda Tlaxcala fueron y son muy leales servidores de su majestad, que no quiera él infamarlos con lo que ahora hace, y le envió á hacer muchos prometimientos y promesas, y que le daria oro y mantas porque volviese: y la respuesta que le envió á decir fué, que si el viejo de su padre, y Maseescaci le hubieran creido, que no se hubieran señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere: y por no gastar mas palabras, dijo que no queria venir. Y como Cortés supo aquella respuesta, de presto dió un mandamiento á un alguacil, y con cuatro de á caballo, y cinco indios principales de Tezcuco que fuesen muy en posta, y donde quiera que lo alcanzasen, que lo ahorcasen, é dijo: Ya en este cacique no hay enmienda: sino que siempre nos ha de ser traidor y malo, y de malos consejos; y que no era tiempo para mas le sufrir, que bastaba lo pasado y presente. Y como Pedro de Alvarado lo supo, rogó mucho por él, y Cortés, ó le dió buena respuesta, ó secretamente mandó al alguacil é á los de caballo que no le dejasen con la vida, y así se hizo, que en un pueblo sujeto á Tezcuco le ahorcaron; y en esto hubieron de parar sus traiciones. Algunos tlaxcaltecas hubo que dijeron que su padre don Lorenzo de Vargas envió á decir á Cortés

que aquel su hijo era malo, y que no se confiase dél, y que procurase de le matar. Dejemos esta plática así, y diré que por esta causa nos detuvimos aquel dia sin salir de Tezcuco; y otro dia que fueron trece de Mayo de mil y quinientos y veinte y un años salimos entrambas capitanías juntas, porque así Christóval de Oli como Pedro de Alvarado habiamos de llevar un camino, y fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco que se dice Aculma: y pareció ser que el Christóval de Oli envió adelante á aquel pueblo á tomar posada, y tenia puesto en cada casa por señal ramos verdes encima de las azuteas: y cuando llegamos con Pedro de Alvarado no hallamos donde posar, y sobre ello ya habiamos echado mano á las armas los de nuestra capitanía contra los de Christóval de Oli, y aun los capitanes desafiados, y no faltó caballeros de entrambas partes que se metieron entre nosotros, y se pacificó algo el ruido, y no tanto, que todavía estábamos todos resabidos: y desde allí lo hicieron saber á Cortés, y luego envió en posta á fray Pedro de Melgarejo y al capitan Luis Marin, y escribió á los capitanes y á todos nosotros, reprehendiéndonos por la cuestion, y persuadiéndonos la paz: y como llegaron nos hicieron amigos; mas desde allí adelante no se llevaron bien los capitanes, que fué Pedro de Alvarado, y Christóval de Oli: y otro dia fuimos caminando entrambas las capitanías juntas, y fuímonos á dormir á un gran pueblo que

estaba despoblado porque ya era tierra de mexicanos: y otro dia fuimos nuestro camino tambien á dormir á otro gran pueblo que se decia Guautitlan, que otras veces he nombrado, y tambien estaba sin gente: é otro dia pasamos por otros dos pueblos que se decian Tenayuca y Escapuzalco, y tambien estaban despoblados; y así mismo se aposentaron todos nuestros amigos los tlaxcaltecas, y aun aquella tarde fueron por las estancias de aquellas poblaciones, y trujeron de comer, y con buenas velas y escuchas, y corredores del campo, como siempre teniamos para que no nos cogiesen desapercibidos, dormimos aquella noche; porque ya he dicho otras veces que la ciudad de México está junto á Tacuba (1) é ya que anochecia oímos grandes gritas que nos daban desde la laguna, diciéndonos muchos vituperios, y que no éramos hombres para salir á pelear con ellos, y tenian tantas de las canoas llenas de gente de guerra, y las calzadas asimismo llenas de guerreros: y aquellas palabras que nos decian eran con pensamiento de nos indignar para que saliésemos aquella noche á guerrear, y herirnos mas á su salvo: y como estábamos escarmentados de lo de las calza-

(1) Téngase presente que Tacuba, adonde habia de mandar Alvarado, con quien iba el autor, estaba muy cerca, aun no media legua de Temixtitan, de cuya plaza ó Tlaltelulco salia una calle y calzada que llegaba hasta Tacuba. Iztapalapa distaba legua y media á corta diferencia, como tambien Cuyoacan.

das y puentes muchas veces por mí nombradas, no quisimos salir hasta otro dia, que fué domingo despues de haber oido misa, que nos la dijo el padre Juan Diaz: y despues de nos encomendar á Dios, acordamos que entrambas capitanías juntas fuésemos á quebrar el agua de Chapultepeque, de que se provea la ciudad, que estaba desde allí de Tacuba aun no media legua. E yendo á les quebrar los caños topamos muchos guerreros que nos esperaban en el camino, porque bien entendido tenian que aquello habia de ser lo primero en que los podríamos dañar; y así como nos encontraron cerca de unos pasos malos, comenzaron á nos flechar y tirar vara y piedra con hondas, é nos hirieron á tres soldados; mas de presto les hicimos volver las espaldas, y nuestros amigos los de Tlaxcala los siguieron de manera que mataron veinte, y prendieron siete ó ocho dellos; y como aquellos grandes escuadrones estuvieron puestos en huida, les quebramos los caños por donde iba el agua á su ciudad, y desde entónces nunca fué á México entretanto que duró la guerra. Y como aquello hubimos hecho, acordaron nuestros capitanes que luego fuésemos á dar una vista, y entrar por la calzada de Tacuba, y hacer lo que pudiésemos para los ganar una puente: y llegados que fuimos á la calzada, eran tantas las canoas que en la laguna estaban llenas de guerreros, y en las mismas canoas é calzadas, que nos admirábamos dello, y tiraron tanta de va-

ra, y flecha, y piedra con hondas, que la primera refriega hirieron treinta de nuestros soldados, é murieron tres, y aunque nos hacian tanto daño todavía les fuimos entrando por la calzada adelante hasta una puente: y á lo que yo entendí, ellos nos daban lugar á ello por meternos de la parte de la puente, y como allí nos tuvieron digo que cargaron tanta multitud de guerreros sobre nosotros que no nos podiamos valer; porque por la calzada dicha, que son ocho pasos de ancho, ¿qué podiamos hacer á tan gran poderío, que estaban de la una parte y de la otra de la calzada, y daban en nosotros como á terrero? porque ya que nuestros escopeteros y ballesteros no hacian sino armar y tirar á las canoas, no les haciamos daño sino muy poco, porque las traían muy bien armadas de talabardones de madera. Pues cuando arremetimos á los escuadrones que peleaban en la misma calzada, luego se echaban al agua: y habia tantos dellos que no nos podiamos valer, pues los de á caballo no aprovechaban cosa ninguna, porque les herian los caballos de la una parte y de la otra desde el agua; y ya que arremetian tras los escuadrones echábanse al agua, y tenian hechos otros mamparos, donde estaban otros guerreros aguardando con unas lanzas largas, que habian hecho con las armas que nos tomaron cuando nos echaron de México, é salimos huyendo. Y desta manera estuvimos peleando con ellos obra de una hora; y tanta priesa nos daban, que no nos

podiamos sustentar contra ellos, y aun vimos que venia por otras partes una gran flota de canoas á atajarnos los pasos para tomarnos las espaldas. Y conociendo esto nuestros capitanes y todos nuestros soldados, apercibimos que los amigos tlaxcaltecas que llevábamos nos embarazaban mucho la calzada, que se saliesen fuera, porque en el agua vista cosa es que no pueden pelear, y acordamos de con buen concierto retraernos y no pasar mas adelante. Pues cuando los mexicanos nos vieron retraer y echar fuera los tlaxcaltecas, qué grita y alaridos nos daban y cómo se venian á juntar con nosotros pié con pié, digo que yo no lo sé escribir, porque toda la calzada hincharon de vara y flecha é piedra de las que nos tiraban, pues las que caían en el agua muchas más serian. Y como nos vimos en tierra firme, dimos gracias á Dios por nos haber librado de aquella batalla; y ocho de nuestros soldados quedaron aquella vez muertos, y más de cincuenta heridos, y aun con todo esto nos daban grita y decian vituperios desde las canoas; y nuestros amigos los tlaxcaltecas les decian que saliesen á tierra, y que fuesen doblados los contrarios y pelearian con ellos. Esta fué la primera cosa que hicimos, quitalles el agua y darle vista á la laguna, aunque no ganamos honra con ellos. Y aquella noche nos estuvimos en nuestro real, y se curaron los heridos, y aun se murió un caballo, y pusimos buen cobro de velas y escuchas; y otro dia de mañana dijo el capi-

tan Christóval de Oli que se queria ir á su puesto, que era á Cuyoacan, que estaba de allí legua y média, é por más que le rogó Pedro de Alvarado y otros caballeros que no se apartasen aquellas dos capitanías, sino que se estuviesen juntas, jamás quiso, porque como era el Christóval muy esforzado, y en la vista que el dia ántes dimos á la laguna no nos sucedió bien, decia el Christóval de Oli que por culpa de Pedro Alvarado habiamos entrado inconsideramente; por manera que jamás quiso quedar, y se fué adonde Cortés le mandó, que es Cuyoacan, y nosotros nos quedamos en nuestro real. Y no fué bien apartarse una capitanía de otra en aquella sazon; porque si los mexicanos tuvieran aviso que éramos pocos soldados, en cuatro ó cinco dias que allí estuvimos apartados ántes que los bergantines viniesen, y dieran sobre nosotros y en los de Christóval de Oli, corriéramos harto trabajo ó hicieran gran daño. Y de aquesta manera estuvimos en Tacuba, y el Christóval de Oli en su real sin osar dar mas vista ni entrar por las calzadas, y cada dia teniamos en tierra rebatos de muchos mexicanos que salian á tierra firme á pelear con nosotros, y aun nos desafiaban para meternos en parte donde fuesen señores de nosotros y no les pudiésemos hacer ningun daño. Y dejallo he aquí, y diré cómo Gonzalo de Sandoval salió de Tezcuco cuatro dias despues de la fiesta de Corpus-Christi y se vino á Iztapalapa, que casi todo el camino era de

amigos y sujeto de Tezcuco, y como llegó á la poblacion de Iztapalapa luego les comenzó á dar guerra y á quemar muchas casas de las que estaban en tierra firme, porque las demás casas todos estaban en la laguna; mas no tardó muchas horas que luego vinieron en socorro de aquella ciudad grandes escuadrones de mexicanos, y tuvo Sandoval con ellos una buena batalla y grandes reencuentros cuando peleaban en tierra; y despues de acogidos á las canoas, les tiraban mucha vara y flecha y piedra, y herian algunos soldados. Estando desta manera peleando, vieron que en una sierrezuela, que está allí junto á Iztapalapa en tierra firme, hacian grandes ahumadas y que les respondian con otras ahumadas de otros pueblos que están poblados en la laguna, y era señal que se apellidaban todas las canoas de México, y de todos los pueblos de alrededor de la laguna, porque vieron á Cortés que ya habia salido de Tezcuco con los trece bergantines, porque luego que se vino el Sandoval de Tezcuco no aguardó allí más Cortés. Y la primera cosa que hizo en entrando en la laguna fué combatir á un peñol que estaba en una isleta junto á México, donde estaban recogidos muchos mexicanos ansí de los naturales de aquella ciudad como de los forasteros que se habian ido á hacer fuertes, y salió á la laguna contra Cortés todo el número de canoas que habia en todo México y en todos los pueblos que están poblados en el agua ó cerca de-

lla, que son Suchimileco, Cuyoacan, Iztapalapa, é Huichilobusco, y Mexicalcingo é otros pueblos que por no me detener no nombro, y todos juntamente fueron contra Cortés, y á esta causa aflojaron algo los que daban guerra en Iztapalapa á Sandoval; y como todos los más de aquella ciudad en aquel tiempo estaban poblados en el agua, no les podia hacer mal ninguno, puesto que á los principios mató muchos de los contrarios, y como llevaba muy gran copia de amigos, con ellos cautivó y prendió mucha gente de aquellas poblaciones. Dejemos al Sandoval, que quedó aislado en Iztapalapa, que no podia venir con su gente á Cuyoacan si no era por una calzada que atravesaba por mitad de la laguna, y si por ella viniera no hubiera bien entrado cuando le desbarataran los contrarios, por causa que por entrambas á dos partes del agua le habian de guerrear y él no habia de ser señor de poderse defender, y á esta causa se estuvo quedo. Dejemos al Sandoval, y digamos que como Cortés vió que se juntaban tantas flotas de canoas contra sus trece bergantines, las temió en gran manera, y eran de temer, porque eran más de cuatro mil canoas, y dejó el combate del peñol y se puso en parte de la laguna para, si se viese en aprieto, poder salir con sus bergantines á lo largo y correr á la parte que quisiese. Y mandó á sus capitanes que en ellos venian que no curasen de embestir ni apretar contra canoas ningunas hasta que refrescase mas

el viento de tierra, porque en aquel instante comenzaba á ventear; y como las canoas vieron que los bergantines reparaban, creían que de temor dellos lo hacian (y era verdad como lo pensaron), y entónces les daban mucha priesa los capitanes mexicanos y mandaban á todas sus gentes que luego fuesen á embestir con nuestros bergantines. Y en aquel instante vino un viento muy recio y muy bueno, y con buena priesa que se dieron nuestros remeros y el tiempo aparejado, mandó Cortés embestir con la flota de canoas, y trastornaron muchas dellas y prendieron y mataron muchos indios, y las demás canoas se fueron á recoger entre las casas que están en la laguna en parte que no podian llegar á ellas nuestros bergantines; por manera que este fué el primer combate que se hubo por la laguna, é Cortés tuvo victoria. Gracias á Dios por todo. Amen (1). Y como aquello fué hecho, se fué con los bergantines hácia Cuyoacan, adonde estaba

(1) Cortés describe la situacion de los españoles en este tiempo. "E como la gente de los nuestros estaba dividida en "tantas partes, los de las guarniciones (de Alvarado y Olí, "que marcharon ántes que Sandoval), deseaban mi llegada "con los bergantines como la salvacion..... Los de la guarni- "cion de Cuyoacan, que podian mejor que los de la ciudad de "Tacuba ver cómo veniamos con los bergantines, como vieron "todas las trece velas por el agua y que traíamos tan buen "tiempo y que desbaratábamos todas las canoas de los ene- "migos, segun despues me certificaron, fué la cosa del mundo "de que mas placer hobieron y que mas ellos deseaban, por-

asentado el real de Christóval de Oli, y peleó con muchos escuadrones mexicanos que lo esperaban en partes peligrosas, creyendo de tomarles los bergantines. Y como le daban mucha guerra desde las canoas que estaban en la laguna y desde unas torres de ídolos, mandó sacar de los bergantines cuatro tiros y con ellos daba guerra y mataba y heria á muchos indios; y tanta priesa tenian los artilleros, que por descuido se les quemó la pólvora y aun se chamuscaron algunos dellos las caras y manos. Y luego despachó Cortés un bergantin muy ligero á Iztapalapa al real de Sandoval para que trajesen toda la pólvora que tenia, y le escribió que de allí donde estaba no se mudase. Dejemos á Cortés, que siempre tenia rebatos de mexicanos hasta que se juntó en el real de Christóval de Oli, y en dos dias que allí estuvo siempre le combatian muchos contrarios; y porque yo en aquella sazon estaba en lo de Tacuba con Pedro de Alvarado, diré lo que hi-

"que, como he dicho, ellos y los de Tacuba tenian muy gran "deseo de mi venida, y con mucha razon, porque estaba la "una guarnicion y la otra entre tanta multitud de enemigos, "que milagrosamente los animaba nuestro Señor, y enflaque-"cia los ánimos de los enemigos para que no se determinasen "á los salir acometer á su real; lo cual, si fuera, no pudiera "ser ménos de recibir los españoles mucho daño, aunque siem-"pre estaban muy apercibidos y determinados de morir ó ser "vencedores, como aquellos que se hallaban apartados de to-"da manera de socorro, salvo de aquel que de Dios espera-"ban." *Cortés, Carta III.*

cimos en nuestro real, y es que como sentimos que Cortés andaba por la laguna, entramos por nuestra calzada adelante, y con gran concierto y no como la primera vez, y les llegamos á la puente, y los ballesteros y escopeteros con mucho concierto tirando unos y armando otros, y á los de á caballo les mandó Pedro de Alvarado que no entrasen con nosotros entre las calzadas; y desta manera estuvimos unas veces peleando y otras poniendo resistencia no entrasen por tierra, porque cada dia teniamos refriegas, y en ellas nos mataron tres soldados, y tambien entendiamos en adobar los malos pasos. Dejemos esto, y digamos cómo Gonzalo de Sandoval, que estaba en Iztapalapa, viendo que no les podia hacer mal á los de Iztapalapa porque estaban en el agua, y ellos á él le herian sus soldados, acordó de se venir á unas casas é poblacion que estaban en el agua, que podian entrar en ellas, y les comenzó á combatir. Y estándoles dando guerra, envió Guatemuz, gran señor de México, á muchos guerreros á les ayudar, y deshacer y abrir la calzada por donde habia entrado el Sandoval, para tomalles dentro y que no tuviesen por donde salir. Y envió por otra parte mucha más gente de guerra. Y como Cortés estaba con Christóval de Oli é vieron salir gran copia de canoas hácia Iztapalapa, acordó de ir con los bergantines y con toda la capitanía de Christóval de Oli hácia Iztapalapa en busca de Sandoval; é yendo por la laguna con los bergantines, y el Chris-

tóval de Oli por la calzada, vieron que estaban abriendo la calzada muchos mexicanos, y tuvieron por cierto que estaba allí en aquellas casas el Sandoval, y fueron con los bergantines é le hallaron peleando con el escuadron de guerreros que envió el Guatemuz, y cesó algo la pelea; y luego mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que dejase aquello de Iztapalapa é fuese por tierra á poner cerco á otra calzada que va desde México á un pueblo que se dice Tepeaquilla, adonde ahora llaman nuestra Señora de Guadalupe, donde hace y ha hecho muchos y admirables milagros. E digamos cómo Cortés repartió los bergantines, y lo que mas se hizo.

CAPITULO CLI.

Cómo Cortés mandó repartir los doce bergantines y mandó que se sacase la gente del mas pequeño bergantin, que se decia Busca Ruido, y de lo demás que pasó.

Como Cortés y todos nuestros capitanes y soldados entendimos que sin los bergantines no podriamos entrar por las calzadas para combatir á México, envió cuatro dellos á Pedro de Alvarado, y en su real, que era el de Christóval de Oli, dejó seis bergantines, y á Gonzalo de Sandoval, en la calzada de Tepeaquilla, envió dos; y mandó que el bergantin mas pequeño, que no anduviese más en el agua porque no lo trastornasen las canoas, que no era de sustento, y la gente y marineros que en él andaban mandó repartir en esotros doce, porque ya estaban muy mal heridos veinte hombres de los que en ellos andaban. Pues desque nos vimos en nuestro real de Tacuba con aquella ayuda de los bergantines, mandó Pedro de Alvarado que

los dos dellos anduviesen por la una parte de la calzada, y los otros dos de la otra parte; é comenzamos á pelear muy de hecho, porque las canoas que nos solian dar guerra desde el agua, los bergantines las desbarataban, y ansí teniamos lugar de les ganar algunas puentes y albarradas; y cuando con ellos estábamos peleando era tanta la piedra con hondas, y vara y flecha que nos tiraban, que por bien que íbamos armados todos los más soldados nos descalabraban y quedábamos heridos, y hasta que la noche nos despartia no dejábamos la pelea y combate. Pues quiero decir el mudarse de escuadrones con sus divisas é insignias de las armas que de los mexicanos se remudaban de rato en rato, pues á los bergantines cuál los paraban de las azoteas, que los cargaban de vara y flecha y piedra, porque era más que granizo, y no lo sé aquí decir ni habrá quien lo pueda comprender, sino los que en ello nos hallamos, que venia tanta multitud dellas como granizo, é de presto cubrian la calzada: pues ya que con tantos trabajos les ganábamos alguna puente ó albarrada y la dejábamos sin guarda, aquella misma noche la habian de tornar á hondar, y ponian muy mejores defensas, y hacian hoyos encubiertos en el agua para que otro dia cuando peleásemos, al tiempo de retraer, nos embarazásemos y cayésemos en los hoyos, y pudiesen en sus canoas desbaratarnos, porque ansimismo tenian aparejadas muchas canoas para ello

puestas en partes que no las viesen nuestros bergantines para cuando nos tuviesen en aprieto en los hoyos, los unos por tierra y los otros por el agua dar en nosotros; y para que nuestros bergantines no nos pudiesen venir á ayudar, tenian hechas muchas estacadas en el agua encubiertas en partes que en ellas zabordasen, y desta manera peleábamos cada dia. Y he dicho otras veces que los caballos muy poco aprovechaban en las calzadas, porque si arremetian ó daban alcance á los escuadrones que con nosotros peleaban, luego se les arrojaban en el agua y á unos mamparos que tenian hechos en las calzadas, donde estaban otros escuadrones de guerreros aguardando con lanzas largas de las nuestras, ó dalles que habian hecho muy mas largas que son las nuestras, de las armas que tomaron cuando el gran desbarate que nos dieron en México; y con aquellas lanzas y grandes rociadas de flecha y vara, é piedra que tiraban de la laguna, herian y mataban los caballos ántes que se les hiciesen á los contrarios daño; y demás desto, los caballeros cuyos eran no los querian aventurar, porque costaba en aquella sazon un caballo ochocientos pesos, y aun algunos costaban á mas de mil, y no los habia, especialmente no pudiendo alancear por las calzadas sino muy pocos contrarios. Dejemos esto, y digamos que cuando la noche nos despartia, curábamos nuestros heridos con aceite; é un soldado que se decia Juan Catalan que nos las santiguaba y ensalmaba, y verdaderamente

digo que hallábamos que nuestro Señor Jesu-Christo era servido de darnos esfuerzo, demás de las muchas mercedes que cada dia nos hacia, y de presto sanaban; y ansí heridos y entrepajados habiamos de pelear desde la mañana hasta la noche, que si los heridos se quedaran en el real sin salir á los combates, no hubiera de cada capitanía veinte hombres sanos para salir. Pues nuestros amigos los de Tlaxcala como veían que aquel hombre que dicho tengo, nos santiguaba, todos los heridos y descalabrados venian á él, y eran tantos que en todo el dia harto tenia que curar. Pues quiero decir de nuestros capitanes y alféreces y compañeros de bandera, que salimos llenos de heridas y las banderas rotas; y digo que cada dia habiamos menester un alférez, porque saliamos tales, que no podian tornar á entrar á pelear y llevar las banderas: pues con todo esto, ¿por ventura teniamos que comer, no digo de falta de tortillas de maíz, que hartas teniamos, sino algun refrigerio para los heridos? Maldito aquel. Lo que nos daba la vida era unos quilites (que son unas yerbas que comen los indios) y cerezas de la tierra miéntras las habia, y despues tunas, que en aquella sazon vino el tiempo dellas; y otro tanto como haciamos en nuestro real, hacian en el real donde estaba Cortés, y en el de Sandoval, que jamás dia ninguno faltaban capitanías de mexicanos que siempre les iban á dar guerra. Ya he dicho otras veces que desde que amanecia hasta la noche, porque

para ello tenia Guatemuz señalados los capitanes y escuadrones que á cada calzada habian de acudir; y el Taltelulco, é los pueblos de la laguna, ya otra vez por mí nombrados, tenian señaladas para que en viendo una señal en el cu mayor de Taltelulco, acudiesen unos en canoas y otros por tierra, y para ello tenian los capitanes mexicanos señalados y con gran concierto, cómo y cuándo, y á qué partes habian de acudir. Dejemos esto, y digamos cómo nosotros mudamos otra órden y manera de pelear, y es esta que diré: que como viamos que cuantas obras de agua ganábamos de dia, y sobre lo ganar mataban de nuestros soldados: y todos los mas estábamos heridos, lo tornaban á cegar los mexicanos, acordamos que todos nos fuésemos á meter en la calzada, en una placeta donde estaban unas torres de ídolos que las habiamos ya ganado, y habia espacio para hacer nuestros ranchos (1); aunque eran muy malos, que en lloviendo todos nos mojámos, é no eran para mas de cubrirnos del sereno, é del sol, y dejamos en Tacuba las indias que nos hacian pan, y quedaron en su guarda todos los de á caballo, y nuestros amigos los de Tlaxcala, para que mirasen y guardasen los pasos no viniesen de los pueblos comarcanos á darnos en la rezaga en las calzadas, miéntras que estábamos peleando: y des-

(1) Esto se ha de entender de los del real de Pedro de Alvarado, que se alojaron en la calzada, osadía que admiró Cortés cuando lo supo.—*Cortés, Carta III.*

que hubimos asentado nuestros ranchos adonde dicho tengo, desde allí adelante procuramos, que luego las casas, ó barrios ó aberturas de agua que les ganásemos, que luego lo cegásemos (1) y que las casas diésemos con ellas en tierra, y las deshiciésemos, porque ponellas fuego, tardaban mucho en se quemar, y desde unas casas á otras no se podian encender, porque como ya otras veces he dicho, cada casa estaba en el agua, y sin pasar en puentes ó en canoas no pueden ir de una parte á otra, porque si queriamos ir por el agua nadando, desde las azoteas que tenian nos hacian mucho mal, y derrocándose las casas estábamos muy mas seguros, y cuando les ganábamos alguna albarrada, ó puente, ó paso malo donde ponian mucha resistencia, procurábamos de la guardar de dia y de noche, y es desta manera: que todas nuestras capitanías velábamos las noches juntas, y el concierto que para ello se dió fué que tomaba la vela desde que anochecia hasta media noche la primera capitanía, y eran sobre cuarenta soldados; y dende media noche hasta dos horas ántes que amaneciese, tomaba la vela otra capitanía de otros cuarenta hombres, y no se iban del puesto los primeros, que allí en el suelo dormiamos, y este cuarto es el de la modorra: y luego venian otros cuarenta y tantos soldados,

(1) Esta fué la ordenanza mas esencial en el asedio de México, y lo que Cortés encargó á los capitanes con el mayor rigor.

y velaban el alba, que eran aquellas dos horas que habia hásta el dia, y tampoco se habian de ir los que velaban la modorra, que allí habian de estar, por manera que cuando amanecia nos hallábamos velando sobre ciento y veinte soldados todos juntos, y aun algunas noches cuando sentiamos mucho peligro, desde que anochecia hasta que amanecia, todos los del real estábamos juntos aguardando el gran ímpetu de los mexicanos por temor no nos rompiesen; porque teniamos aviso de unos capitanes mexicanos que en las batallas prendimos, que el Guatemuz tenia pensamiento, y puesto en plática con sus capitanes, que procurasen en una noche ó de dia romper por nosotros en nuestra calzada, é que venciéndonos por aquella nuestra parte, que luego eran vencidas y desbaratadas las dos calzadas donde estaba Cortés, y en la donde estaba Gonzalo de Sandoval: y tambien tenia concertado, que los nueve pueblos de la laguna, y el mismo Tacuba, y Escapuzalco, y Tenayuca, que se juntasen, é que para el dia que ellos quisiesen romper, y dar en nosotros, que se diese en las espaldas en la calzada, é que las indias que nos hacian pan, que teniamos en Tacuba, y fardaje, que las llevasen de vuelo una noche. Y como esto alcanzamos á saber, apercebimos á los de á caballo que estaban en Tacuba, que toda la noche velasen y estuviesen alerta, y tambien á nuestros amigos los tlaxcaltecas: y ansí como el Guatemuz lo tenia concertado, lo

puso por obra, que vinieron muy grandes escuadrones, y unas noches nos venian á romper y dar guerra á media noche, y otras á la modorra, y otros al cuarto del alba, é venian algunas veces sin hacer rumor, y otras con grandes alaridos, de suerte que no nos daban un punto de quietud: y cuando llegaban adonde estábamos velando, la vara, piedra y flecha que tiraban, é otros muchos con lanzas, era cosa de ver, y puesto que herian algunos de nosotros, como los resistiamos volvian muchos heridos; é otros muchos guerreros vinieron á dar en nuestro fardaje, é los de á caballo, é los tlaxcaltecas los desbarataron diferentes veces, porque como era de noche no aguardaban mucho: y desta manera que he dicho velábamos, que ni porque lloviese, ni vientos, ni frios, y aunque estábamos metidos en medio de grandes lodos, y heridos, allí habiamos de estar; y aun esa miseria de tortillas, é yerbas que habiamos de comer, ó tunas, sobre la obra del batallar, como dicen los oficiales, habia de ser; pues con todos estos recaudos que poniamos con tanto trabajo, heridas y muertes de los nuestros, nos tornaban á abrir la puente ó calzada que les habiamos ganado, que no se les podia defender de noche, que no lo hiciesen, é otro dia se la tornábamos á ganar y á cegar, y ellos á la tornar á abrir, é hacer mas fuerte con mamparos, hasta que los mexicanos mudaron otra manera de pelear, la cual diré en su coyuntura. Y dejemos de hablar de

tantas batallas como cada dia teniamos, y otro tanto en el real de Cortés, y en el de Sandoval, y digamos, que ¿qué aprovechaba haberles quitado el agua de Chapultepeque? ni ménos aprovechaba haberles vedado que por las tres calzadas no les entrase bastimento ni agua, ni tampoco aprovechaban nuestros bergantines estándose en nuestros reales, no sirviendo de mas de cuando peleábamos, poder hacernos espaldas de los guerreros de las canoas, y de los que peleaban de las azoteas; porque los mexicanos metian mucha agua y bastimentos de los nueve pueblos que estaban poblados en el agua, porque en canoas les proveían de noche, é de otros pueblos sus amigos, de maíz é gallinas, é todo lo que querian: é para otro dia evitar que no les entrase aquesto, fué acordado por todos los tres reales que dos bergantines anduviesen de noche por la laguna á dar caza á las canoas que venian cargadas con bastimentos é agua, é tódas las canoas que se les pudiese quebrar ó traer á nuestros reales que se las tomasen: y hecho este concierto fué bueno, puesto que para pelear y guardarnos hacian falta de noche los dos bergantines; mas hicieron mucho provecho en quitar que no les entrasen bastimentos é agua: y aun con todo esto no dejaban de ir muchas canoas cargadas dello: y como los mexicanos andaban descuidados en sus canoas metiendo bastimentos, no habia dia que no traían los bergantines que andaban en su busca, presa de canoas y muchos indios colgados de

las entenas. Dejemos esto, y digamos el ardid que los mexicanos tuvieron para tomar nuestros bergantines, y matar los que en ellos andaban, y es desta manera, que, como he dicho, cada noche, y en las mañanas iban á buscar por la laguna sus canoas, y las trastornaban con los bergantines, y prendian muchas dellas, acordaron de armar treinta piraguas que son canoas muy grandes, con muy buenos remeros y guerreros, y de noche se metieron todas treinta entre unos carrizales en parte que los bergantines no las pudiesen ver, y cubiertas de ramas echaban de antenoche dos ó tres canoas, como que llevaban bastimentos ó metian agua, y con buenos remeros: y en parte que les parecia á los mexicanos que los bergantines habian de correr cuando con ellos peleasen, habian hincado muchos maderos gruesos hechos estacadas para que en ellos zabordasen; pues como iban las canoas por la laguna mostrando señal de temerosas, arrimadas algo á los carrizales, salen dos de nuestros bergantines tras ellas, y las dos canoas hacen que se van retrayendo á tierra á la parte que estaban las treinta piraguas en celada, y los bergantines siguiéndolas, é ya que llegaban á la celada, salen todas las piraguas juntas, y dan tras nuestros bergantines, é de presto hirieron á todos los soldados, é remeros, y capitanes, y no podian ir á una parte ni á otra por las estacadas que les tenian puestas, por manera que mataron al un capitan que se decia Fula-

no de Portillo, gentil soldado que habia sido en Italia, é hirieron á Pedro Barba, que fué otro muy buen capitan, y desde á tres dias murió de las heridas; tomaron el bergantin. Estos dos bergantines eran del real de Cortés, de lo cual recibió muy gran pesar, mas dende á pocos dias se lo pagaron muy bien con otras celadas que echaron, lo cual diré á su tiempo. Y dejemos agora de hablar dellos, y digamos cómo en el real de Cortés, y en el de Gonzalo de Sandoval siempre tenian muy grandes combates, y muy mayores en el de Cortés, porque mandaba quemar, y derrocar casas, y cegar puentes, y todo lo que ganaba cada dia lo cegaba; y enviaba á mandar á Pedro de Alvarado, que mirase que no pasásemos puente ni abertura de la calzada, sin que primero la tuviésemos ciega, é que no quedase casa que no se derrocase, y se pusiese fuego: y con los adobes y madera de las casas que derrocábamos, cegábamos los pasos y aberturas de las puentes: y nuestros amigos los de Tlaxcala nos ayudaban en toda la guerra muy como varones. Dejemos desto, y digamos cómo los mexicanos vieron que todas las casas las allanábamos por el suelo, é que las puentes y aberturas las cegábamos; acordaron de pelear de otra manera, y fué que abrieron una puente y zanja muy ancha y honda (1), que cuando la pasábamos en partes, no hallábamos pié,

(1) Por el lado de la calle y calzada de Tacuba donde estaban Alvarado y el autor, quien habla como testigo de vista de lo que pasó en su real.

é tenian en ellas hechos muchos hoyos, que no los podiamos ver dentro en el agua, é unos mamparos é albarradas, ansí de la una parte como de la otra de aquella abertura, y tenian hechas muchas estacadas con maderos gruesos en partes que nuestros bergantines zabordasen si nos viniesen á socorrer, cuando estuviésemos peleando sobre tomalles aquella fuerza, porque bien entendian que la primera cosa que habiamos de hacer, era deshacerles el albarrada, y pasar aquella abertura de agua para entralles en la ciudad: y ansimismo tenian aparejadas en partes escondidas muchas canoas bien armadas de guerreros, y buenos guerreros: y un domingo de mañana comenzaron á venir por tres partes grandes escuadrones de guerreros, y nos acometen de tal manera, que tuvimos bien que hacer en sustentarnos no nos desbaratasen, y ya en aquella sazon habia mandado Pedro de Alvarado, que la mitad de los de á caballo que solian estar en Tacuba, durmiesen en la calzada, porque no tenian tanto riesgo como al principio, porque ya no habia azoteas, y todas las mas casas estaban derrocadas, y podian correr por algunas partes de las calzadas, sin que de las canoas ni azoteas les pudiesen herir los caballos. Y volvamos á nuestro propósito, y es que de aquellos tres escuadrones que vinieron muy bravosos, los unos por una parte donde estaba la gran abertura en el agua, y los otros por unas casas de las que les habiamos derrocado, y el otro escuadron nos habia tamado

las espaldas de la parte de Tacuba, y estábamos como cercados, los de á caballo con nuestros amigos los de Tlaxcala, rompieron por los escuadrones que nos habian tomado las espaldas, y todos nosotros estuvimos peleando muy valerosamente con los otros dos escuadrones hasta les hacer retraer; mas era fingida aquella muestra que hacian que huían y les ganamos la primera albarrada y la otra albarrada donde se hicieron fuertes, tambien la desampararon, y nosotros creyendo que llevábamos vitoria pasamos aquella agua á vuela pié, y por donde la pasamos no habia ningunos hoyos, é vamos siguiendo el alcance entre unas grandes casas, y torres de adoratorios, y los contrarios hacian que todavía huían, é se retraían, é no dejaban de tirar vara y piedra con hondas y mucha flecha: y cuando no nos catamos, tenian encubiertos en partes que no los podiamos ver, tanta multitud de guerreros que nos salen al encuentro, y otros muchos dende las azoteas é dende las casas; y los que primero hacian que se iban retrayendo vuelven sobre nosotros todos á una, y nos dan tal mano, que no les podiamos sustentar, y acordamos de nos volver retrayendo con gran concierto: y tenian aparejadas en el agua y abertura que les teniamos ganado, tanta flota de canoas en la parte por donde primero habiamos pasado, donde no habia hoyos, porque no pudiésemos pasar por aquel paso, que nos hicieron ir á pasar por otra parte, adonde he dicho que estaba muy mas honda el agua:

y tenian hechos muchos hoyos, y como venian contra nosotros tanta multitud de guerreros, y nos veniamos retrayendo, pasábamos el agua á nado, é á vuela pié, é caíamos todos los mas soldados en los hoyos; entónces acudieron todas las canoas sobre nosotros, y allí apañaron los mexicanos cinco de nuestros soldados, y los llevaron á Guatemuz é hirieron á todos los mas: pues los bergantines que aguardábamos para nuestra ayuda, no podian venir porque todos estaban zabordados en las estacas que les tenian puestas, y con las canoas y azoteas les dieron buena mano de vara y flecha, y mataron dos soldados remeros, é hirieron á muchos de los nuestros. E volvamos á los hoyos é aberturas, digo que fué maravilla cómo no nos mataron á todos en ellos: de mí digo, que ya me habian echado mano muchos indios, y tuve manera para desembarazar el brazo y nuestro Señor Jesu-Christo me dió esfuerzo, para que á buenas estocadas que les dí me salvase, y bien herido en un brazo: y como me ví fuera de aquella agua en parte segura me quedé sin sentido, sin me poder sostener en mis piés, é sin huelgo ninguno: y esto causó la gran fuerza que puse para me descabullir de aquella gentecilla, é de la mucha sangre que me salió; é digo que cuando me tenian engarrafado, que en el pensamiento yo me encomendaba á nuestro Señor Dios, é á nuestra Señora su bendita Madre, y ponia la fuerza que he dicho, por donde me salvé, gracias á Dios por las

mercedes que me hace. Otra cosa quiero decir, que Pedro de Alvarado, y los de á caballo, como tuvieron harto en romper los escuadrones que nos venian por las espaldas de la parte de Tacuba, no pasó ninguno dellos aquella agua ni albarradas, si no fué uno solo de á caballo que habia venido poco habia de Castilla, y allí le mataron á él y al caballo: y como vió el Pedro de Alvarado, que nos veniamos retrayendo, nos iba ya á socorrer con otros de á caballo y si allá pasara, por fuerza habiamos de volver sobre los indios, y si volviera no quedara ninguno dellos, ni de los caballos, ni de nosotros á vida porque la cosa estaba de arte, que cayeran en los hoyos y habia tantos guerreros, que les mataran los caballos con lanzas que para ello tenian largas, y dende las muchas azoteas que habia, porque esto que pasó era en el cuerpo de la ciudad: y con aquella vitoria que tenian los mexicanos, todo aquel dia que era domingo, como dicho tengo, tornaron á venir á nuestro real otra tanta multitud de guerreros, que no nos dejaban, ni nos podiamos valer, que ciertamente creyeron de nos desbaratar, y nosotros con unos tiros de bronce y buen pelear nos sostuvimos contra ellos, y con velar todas las capitanías juntas cada noche. Dejemos desto, y digamos cómo Cortés lo supo del gran enojo que tenia, (1) escribió luego en un bergan-

(1) Por haber faltado á la rigorosa ordenanza de cegar toda puente y paso de agua que se ganase.—*Cortés, Carta III.*

tin á Pedro de Alvarado, que mirase que en bueno ni en malo dejase un paso por cegar, y que todos los de á caballo durmiesen en las calzadas, y en toda la noche estuviesen ensillados y enfrenados, y que no curásemos de pasar más adelante hasta haber cegado con adobes y madera aquella gran abertura: y que tuviesen buen recaudo en el real. Pues como vimos que por nosotros habia acaecido aquel desman, desde allí adelante procurábamos de tapar y cegar aquella abertura; y aunque fué con harto trabajo, y heridas que sobre ellas nos daban los contrarios, é muerte de seis soldados, en cuatro dias la tuvimos cegada, y en las noches sobre ella misma velábamos todas las tres capitanías, segun la órden que dicho tengo: y quiero decir que entónces como los mexicanos estaban junto á nosotros cuando velábamos, que tambien ellos tenian sus velas, y por cuartos se mudaban, y era desta manera; que hacian grande lumbre que ardia toda la noche, y los que velaban estaban apartados de la lumbre, y desde léjos no les podiamos ver, porque con la claridad de la leña, que siempre ardia, no podiamos ver los indios que velaban, mas bien sentiamos cuando se remudaban, y cuando venian á atizar su leña: y muchas noches habia, que como llovia en aquella sazon mucho les apagaba la lumbre, y la tornaban á encender, y sin hacer rumor, ni hablar entre ellos palabra, se entendian con unos silbos que daban. Tambien quiero decir que nuestros escopeteros y

ballesteros, muchas veces (cuando sentiamos que se venian á trocar las velas) les tiraban á bulto, é piedras y saetas perdidas, y no les haciamos mal, porque estaban en parte que aunque de noche quisiéramos ir á ellos, no podiamos con otra gran abertura de zanja bien honda que habian abierto á mano, é albarradas y mamparos que tenian: é tambien ellos nos tiraban á bulto mucha piedra é vara y flecha. Dejemos de hablar destas velas, é digamos cómo cada dia íbamos por nuestra calzada adelante peleando con muy buen concierto y les ganaron la abertura que he dicho, donde velaban; y era tanta la multitud de los contrarios que contra nosotros cada dia venian, y la vara, flecha y piedra que tiraban, que nos herian á todos, aunque íbamos con gran concierto y bien armados. Pues ya que se habia pasado todo el dia batallando y se venia la tarde, y no era coyuntura para pasar mas adelante sino volvernos retrayendo, en aquel tiempo tenian ellos muchos escuadrones aparejados, creyendo que con la gran priesa que nos diesen al tiempo del retraer nos desbaratarian, porque venian tan bravosos como tigres, y pié con pié se juntaron con nosotros; y como aquello conociamos dellos, la manera que teniamos para retraer era ésta: que la primera cosa que haciamos era echar de la calzada á nuestros amigos los tlaxcaltecas, porque como eran muchos, con nuestro favor querian llegar á pelear con los mexicanos; y como eran mañosos, que no

deseaban otra cosa sino vernos embarazados con los amigos, y con grandes arremetidas que hacian por todas tres partes para nos poder tomar en medio ó atajar algunos de nosotros, y con los muchos tlaxcaltecas que embarazaban no podiamos pelear á todas partes, é por esta causa los echábamos fuera de la calzada en parte que los poniamos en salvo; y cuando nos víamos que no teniamos embarazo dellos, nos retraíamos al real no vueltas las espaldas sino haciéndoles rostro, unos ballesteros y escopeteros soltando, y otros armando, y nuestros cuatro bergantines cada dos de los lados de las calzadas por la laguna, defendiéndonos por las flotas de las canoas y de las muchas piedras de las azoteas y casas que estaban por derrocar; y aun con todo este concierto teniamos harto riesgo de nuestras personas, hasta volvernos á los ranchos, y luego nos quemábamos con aceite nuestras heridas, y apretallas con mantas de la tierra, y cenar de las tortillas que nos traían de Tacuba, é yerbas y tunas, quien lo tenia. Y luego íbamos á velar á la abertura del agua, como dicho tengo; y luego á otro dia por la mañana sús á pelear, porque no podiamos hacer otra cosa, porque por muy de mañana que fuese ya estaban sobre nosotros los batallones contrarios, y aun llegaban á nuestro real y nos decian vituperios, y desta manera pasábamos nuestros trabajos. Dejemos por agora de contar de nuestro real, que es el de Pedro de Alvarado, y volva-

mos al de Cortés, que siempre de noche y de dia le daban combates y le mataban y herian muchos soldados, y era de la manera que á nosotros los del real de Tacuba; y siempre traía dos bergantines á dar caza de noche á las canoas que entraban en México con bastimentos é agua. E parece ser que el un bergantin prendió á dos principales que venian en una de las muchas canoas que venian con bastimento, y dellos supo Cortés que tenian en celada, entre unos matorrales, cuarenta piraguas y otras tantas canoas para tomar á alguno de nuestros bergantines, como hicieron la otra vez; y aquellos dos principales que se prendieron, Cortés los halagó y dió mantas, y con muchos prometimientos que en ganando á México les daria tierras; y con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar les preguntó que á qué parte estaban las piraguas, porque no se pusieron donde la otra vez: y ellos señalaron en el puesto y paraje que estaban, y aun avisaron que habian hincado muchas estacas de maderos gruesos en partes para que si los bergantines fuesen huyendo de sus piraguas, zabordasen y allí los apañasen y matasen á los que iban en ellos. Y como Cortés tuvo aquel aviso, apercibió seis bergantines que aquella noche se fuesen á meter á unos carrizales apartados obra de un cuarto de legua donde estaban las piraguas, y que se cubriesen con mucha rama: y fueron á remo callado, y estuvieron toda la noche aguardando, y otro dia

muy de mañana mandó Cortés que fuese un bergantin como que iba á dar caza á las canoas que entraban con bastimentos, y mandó que fuesen los dos indios principales que se prendieron dentro del bergantin, porque mostrasen en qué parte estaban las piraguas, porque el bergantin fuese hácia allá; y ansimismo los mexicanos nuestros contrarios concertaron de echar dos canoas echadizas como la otra vez adonde estaba su celada, como que traían bastimento, para que se cebase el bergantin en ir tras ellas. Por manera que ellos tenian un pensamiento, y nosotros otro como el suyo de la misma manera; y como el bergantin que echó Cortés vió á las canoas que echaron los indios para cebarle, iba tras ellas, y las dos canoas hacian que se iban huyendo á tierra adonde estaba su celada de sus piraguas, y luego nuestro bergantin hizo semblante que no osaba llegar á tierra y que se volvia retrayendo; y cuando las piraguas y otras muchas canoas le vieron que se volvia, salen tras él con gran furia y remar todo lo que podian y le iban siguiendo, y el bergantin se iba como huyendo donde estaban los otros seis bergantines en celada, y todavía las piraguas siguiéndole. Y en aquel instante soltaron unas escopetas, que era la señal de cuando habian de salir nuestros bergantines; y cuando oyeron la señal, salen con grande ímpetu y dieron sobre las piraguas y canoas, que trastornaron, y mataron y prendieron muchos guerreros; y tambien el ber-

gantin que echaron para en celada, que iba ya á lo largo, vuelve á ayudar á sus compañeros, por manera que se llevó buena presa de prisioneros y canoas. Y dende allí adelante no osaban los mexicanos echar mas celadas, ni se atrevian á meter bastimentos ni agua tan á ojos vistas como solian. Y desta manera pasaba la guerra de los bergantines en la laguna, y nuestras batallas en las calzadas. Y digamos agora cómo vieron los pueblos que estaban en la laguna poblados, que ya los he nombrado otras veces, que cada dia teniamos vitoria ansí por el agua como por tierra, y vieron venir á nuestra amistad muchos amigos, ansí los de Chalco como de Tezcuco é Tlaxcala, é otras poblaciones, y con todos les hacian mucho mal y daño en sus pueblos y les cautivaban muchos indios é indias. Parece ser se juntaron todos é acordaron de venir de paz ante Cortés, y con mucha humildad le demandaron perdon, si en algo nos habian enojado, y dijeron que eran mandados, que no podian hacer otra cosa. Y Cortés holgó mucho de los ver venir de paz de aquella manera, y aun cuando lo supimos en nuestro real de Pedro de Alvarado y en el de Gonzalo de Sandoval, nos alegramos todos los soldados. Y volviendo á nuestra plática, Cortés con buen semblante y con muchos halagos les perdonó y les dijo que eran dignos de gran castigo por haber ayudado á los mexicanos: y los pueblos que vinieron fueron Iztapalapa, Huichilobusco, é Cuyoa-

can é Mezquique, y todos los de la laguna y agua dulce; y les dijo Cortés que no habiamos de alzar real hasta que los mexicanos viniesen de paz, ó por guerra los acabase; y les mandó que en todo nos ayudasen con todas las canoas que tuviesen para combatir á México, é que viniesen á hacer sus ranchos é trajesen comida: lo cual dijeron que ansí lo harian; é hicieron los ranchos de Cortés, y no traían comida sino muy poca y de mala gana. Nuestros ranchos, donde estaba Pedro de Alvarado, nunca se hicieron, que ansí nos estábamos al agua, porque ya saben los que en esta tierra han estado que por Junio, Julio y Agosto son en estas partes cotidianamente las aguas. Dejemos esto, y volvamos á nuestra calzada y á los combates que cada dia dábamos á los mexicanos, y cómo les íbamos ganando muchas torres de ídolos y casas, y otras aberturas de zanjas y puentes que de casa á casa tenian hechas, y todo lo cegábamos con adobes y la madera de las casas que deshaciamos y derrocábamos, y aun sobre ellas velábamos, y aun con toda esta diligencia que poniamos lo tornaban á hondar y ensanchar y ponian más albarradas. Y porque entre todas tres nuestras capitanías teniamos por deshonra que unos batallásemos é hiciésemos rostro á los escuadrones mexicanos y otros estuviesen cegando los pasos y aberturas y puentes, y por excusar diferencia sobre los que habiamos de batallar ó cegar aberturas, mandó Pedro de Alva-

rado que una capitanía tuviese cargo de cegar y entender en la obra un dia, y las dos capitanías batallasen é hiciesen rostro contra los enemigos, y esto habia de ser por rueda, un dia una y luego otro dia otra capitanía hasta que por todas tres volviese la andana y rueda: y con esta órden no quedaba cosa que les ganábamos que no dábamos con ella en el suelo, y nuestros amigos los tlaxcaltecas que nos ayudaban, y ansí les íbamos entrando en su ciudad; mas al tiempo del retraer, todas tres capitanías habiamos de pelear juntos, porque entónces era donde corriamos mucho peligro. Y, como otra vez he dicho, primero haciamos salir de las calzadas todos los tlaxcaltecas, porque cierto era demasiado embarazo para cuando peleábamos. Dejemos de hablar de nuestro real, y volvamos al de Cortés y al de Gonzalo de Sandoval, que á la contina ansí de dia como de noche tenian sobre sí muchos contrarios por tierra y flotas de canoas por la laguna, y siempre les daban guerra y no les podian apartar de sí. Pues en lo de Cortés, por les ganar una puente (y obra muy honda) que era mala de ganar, y en ella tenian los mexicanos muchos mamparos y albarradas, que no se podian pasar sino á nado, é ya que se pusiesen á pasalla, estábanles guardando muchos guerreros con flechas y piedra, con honda y vara, y macanas, y espadas de á dos manos, y lanzas como dalles, y engastadas las espadas que nos tomaron, acudiendo siempre gran multitud de

guerreros, y la laguna llena de canoas de guerra; y habia junto á las albarradas muchas azoteas, y dellas les tiraban muchas piedras de que con gran dificultad se podian defender, y los herian muchos, y algunos mataban, y los bergantines no les podian ayudar por las estacadas que tenian puestas, en que se embarazaban los bergantines; y sobre ganalles esta fuerza y puente y abertura, pasaron los de Cortés mucho trabajo, y estuvieron muchas veces á punto de perderse, é le mataron cuatro soldados en el combate y le hirieron sobre treinta. Y como era ya tarde cuando la acabaron de ganar, no tuvieron tiempo de la cegar, y se volvieron retrayendo con muy grande trabajo y peligro y con más de treinta soldados heridos y muchos tlaxcaltecas descalabrados, aunque peleaban muy bravosamente (1).

(1) El género de guerra por la parte de Cuyoacan donde mandaba Cortés en persona, y por la que estaba al cargo de Sandoval, era semejante al que refiere el autor por la de Tacuba. Cortés está conforme con Castillo, bien que su relacion se extiende más en los combates por el lado de Cuyoacan, donde mandaba por sí mismo. Para que se entienda mejor este singular modo de combatir la ciudad, oigamos á Cortés, quien, despues de referir el peligro en que se vió en cierto dia, continúa: "Y crea vuestra majestad, que era sin comparacion el peligro en que nos viamos todas las veces que les ganábamos estas puentes, porque para ganallas era forzado echarse á nado los españoles y pasar de la otra parte; y esto no podian ni osaban hacer muchos, porque á cuchilladas y á botes de lanza resistian los enemigos que no saliesen de la otra parte; pero como ya por los lados no tenian azoteas de donde nos hi-

Dejemos esto, y digamos otra manera con que Guatemuz mandó pelear á sus capitanes, haciendo apercebir todos sus poderes para que nos diesen guerra continuamente: y es, que como para otro dia era fiesta de señor San Juan (de Junio), que entónces se cumplia un año puntalmente que habiamos entrado en México, cuando el socorro del capitan Pedro de Alvarado, y nos desbarataron, segun dicho tengo en el capítulo que dello habla; parece ser tenia cuenta en ello el Guatemuz, y mandó que en todos tres reales nos diesen toda la guerra y con la mayor fuerza que pudiesen con todos sus poderes,

ciesen daño, y de esta otra parte los asaeteábamos, porque estábamos los unos de los otros un tiro de herradura, y los españoles tomaban de cada dia mucho más ánimo y determinaban de pasar, y tambien porque vian que mi determinacion era aquella, y que cayendo ó levantando no se habia de hacer otra cosa. Parecerá á vuestra majestad, que pues tanto peligro recibiamos en el ganar de estas puentes y albarradas, que éramos negligentes ya que las ganábamos no las sostener, por no tornar cada dia de nuevo á nos ver en tanto peligro y trabajo, que sin duda era grande, y cierto así parecerá á los absentes; pero sabrá vuestra majestad que en ninguna manera se podia facer, porque para ponerse así en efecto se requerian dos cosas: ó que el real pasáramos allí á la plaza y circuito de las torres de los ídolos, ó que gente guardara las puentes de noche; y de lo uno y de lo otro se recibiria gran peligro, y no habia posibilidad para ello, porque teniendo el real en la ciudad, cada noche y cada hora, como ellos eran muchos y nosotros pocos, nos dieran mil rebatos, y pelearan con nosotros y fuera el trabajo incomportable, y podian darnos por muchas

ansí por tierra como con las canoas por el agua, para acabarnos de una vez, como decian se lo tenia mandado su Huichilobos, y mandó que fuese de noche al cuarto de la modorra; y porque los bergantines no nos pudiesen ayudar, en todas las mas partes de la laguna tenian hechas unas estacadas para que en ellas zabordasen. Y vinieron con tanta furia y ímpetu, que si no fuera por los que velábamos juntos, que éramos sobre ciento y veinte soldados, y todos muy acostumbrados á pelear, nos entraran en el real y corriamos harto peligro; y con muy grande concierto les resistimos, y allí hi-

partes. Pues guardar las puentes gente de noche, quedaban los españoles tan cansados de pelear el dia, que no se podia sufrir poner gente en guarda de ellos; y á esta causa nos era forzado ganarlas de nuevo cada dia que entrábamos en la ciudad. Aquel dia, como se tardó mucho en ganar aquellas puentes, y en las tornar á cegar, y no hubo lugar de hacer más, salvo que por otra calle principal que va á dar á la ciudad de Tacuba, se ganaron otras dos puentes y se cegaron, y se quemaron muchas y buenas casas de aquella calle, y con esto se llegó la tarde y hora de retraernos, donde recebiamos siempre poco ménos peligro que en el ganar de las puentes; porque en viéndonos retraer era tan cierto cobrar los de la ciudad tanto esfuerzo, que no parecia sino que habia habido toda la victoria del mundo y que nosotros íbamos huyendo; é para este retraer era necesario estar las puentes bien cegadas, y lo cegado igual al suelo de las calles, de manera que los de caballo pudiesen libremente correr á una parte y á otra." *Cortés, Carta III.* Cortés tenia pocos modelos para formar planes contra una ciudad de la situacion de México.

rieron á quince de los nuestros, y dos murieron de ahí á ocho dias de las heridas. Pues en el real de Cortés tambien les pusieron en grande aprieto é trabajo, é hubo muchos muertos y heridos, y en el de Sandoval por el consiguiente; y desta manera vinieron dos noches arreo, y tambien en aquellos reencuentros quedaron muchos mexicanos muertos y muchos heridos. Y como Guatemuz y sus capitanes y papas vieron que no aprovechaba nada la guerra que dieron aquellas noches, acordaron que con todos sus poderes juntos viniesen al cuarto del alba y diesen en nuestro real, que se dice el de Tacuba; y vinieron tan bravosos, que nos cercaron por todas partes, y aun nos tenian medio desbaratados y atajados, y quiso Dios darnos esfuerzo que nos tornamos á hacer un cuerpo y nos mamparamos algo con los bergantines, y á buenas estocadas y cuchilladas (que andábamos pié con pié) los apartamos algo de nosotros; y los de á caballo no estaban holgando, pues los ballesteros y escopeteros hacian lo que podian, que harto tuvieron que romper en otros escuadrones que ya nos tenian tomadas las espaldas: y en aquella batalla mataron á ocho de nuestros soldados, y aun á Pedro de Alvarado le descalabraron; y si nuestros amigos los tlaxcaltecas durmieran aquella noche en la calzada, corríamos gran riesgo con el embarazo que ellos nos pusieran, como eran muchos; mas la experiencia de lo pasado nos hacia que luego los echásemos fuera de la

calzada y se fuesen á Tacuba, y quedábamos sin cuidado. Tornemos á nuestra batalla, que matamos muchos mexicanos y se prendieron cuatro personas principales. Bien tengo entendido que los curiosos lectores se hartarán ya de ver cada dia combates, y no se puede hacer ménos, porque noventa y tres dias estuvimos sobre esta tan fuerte ciudad, cada dia é de noche teniamos guerras y combates, é por esta causa los hemos de decir muchas veces, de cómo é cuándo é de qué manera é arte pasaba, é no lo pongo aquí por capítulos lo que cada dia haciamos, porque me parece que seria gran prolijidad é seria cosa para nunca acabar y pareceria á los libros de Amadís é de otros corros de caballeros, é porque de aquí adelante no me quiero detener en contar tantas batallas é reencuentros que cada dia é de noche teniamos; si posible fuere lo diré lo mas breve que pueda, hasta el dia de señor San Hipólito, que, gracias á nuestro Señor Jesu-Christo, nos apoderamos desta tan gran ciudad y prendimos al rey della, que se decia Guatemuz, é á sus capitanes, puesto que ántes que le prendiésemos tuvimos muy grandes desmanes é casi que estuvimos en gran ventura de nos perder en todos nuestros reales, especialmente en el real de Cortés por descuido de sus capitanes, como adelante verán.

CAPITULO CLII.

Cómo desbarataron los indios mexicanos á Cortés, é le llevaron vivos para sacrificar sesenta y dos soldados, é le hirieron en una pierna, y el gran peligro en que nos vimos por su causa.

Como Cortés vió que no se podian cegar todas las aberturas, y puentes é zanjas de agua que ganábamos cada dia, porque de noche las tornaban á abrir los mexicanos, y hacian mas fuertes albarradas que de ántes tenian hechas, é que era gran trabajo pelear, y cegar puentes, y velar todos juntos, en demás como estábamos heridos, acordó de poner en pláticas con los capitanes y soldados que tenia en su real, que se decian Christóval de Oli, y Francisco Berdugo, y Andrés de Tapia, y el alférez Corral, y Francisco de Lugo; y tambien nos escribió al real de Pedro de Alvarado, y al de Gonzalo de Sandoval, para tomar parecer de todos los capitanes y soldados: y el caso que propuso fué: que si

nos parecia que fuésemos entrando de golpe en la ciudad, hasta entrar y llegar al Taltelulco, que es la plaza mayor de México, que es muy mas ancha y grande que no la de Salamanca, é que llegados que llegásemos, que seria bien asentar en él todos tres reales, que dende allí podiamos batallar por las calles de México, y sin tener tantos trabajos, é riesgo al retraer, ni tener tanto que cegar, ni velar las puentes. Y como en tales pláticas y consejos suele acaecer, hubo en ellas muchos pareceres, porque los unos decian que no era buen consejo ni acuerdo meternos tan de hecho en el cuerpo de la ciudad, sino que nos estuviésemos como estábamos batallando, y derrocando, y abrasando casas: y las causas mas evidentes que dimos los que éramos en este parecer, fué que si nos metiamos en el Taltelulco, y dejábamos todas las calzadas y puentes sin guarda, y desmamparadas, que como los mexicanos son muchos y guerreros, y con las muchas canoas que tienen nos tornarian á abrir las puentes y calzadas, y no seriamos señores dellas, ó que con sus grandes poderes nos darian guerra de noche y de dia: é que como siempre tienen hechas muchas estacadas, nuestros bergantines no nos podrian ayudar, y de aquella manera que Cortés decia seriamos nosotros los cercados, y ellos ternian por sí la tierra, campo y laguna; y le escribimos sobre el caso, para que no nos aconteciese como la pasada, cuando salimos huyendo de México: y cuando Cor-

tés hubo visto el parecer de todos, y vió las buenas razones que sobre ello le dábamos, en lo que se resumió en todo lo platicado fué (1), que para otro dia saliésemos de todos tres reales, con toda la ma-

(1) El lector disimulará que se le interrumpa. El resúmen fué poner por la obra el ataque proyectado, como se verá en el autor. Cortés explica los motivos y antecedentes de esta resolucion: "Pasado esto, yo fice algunas entradas en la ciudad por las partes que solia, y combatian los bergantines y canoas por dos partes, y yo por la ciudad por otras cuatro, y siempre habiamos victoria y se mataba mucha gente de los contrarios, porque cada dia venia gente sin número en nuestro favor, é yo dilataba de me meter mas adentro en la ciudad, lo uno por ver si revocarian el propósito y la dureza que los contrarios tenian; y lo otro porque nuestra entrada no podia ser sin mucho peligro, porque ellos estaban muy junto y fuertes, y muy determinados de morir. Y como los españoles vian tanta dilacion en esto, y que habia mas de veinte dias que nunca dejaban de pelear, importunábanme en gran manera, como arriba he dicho, que entrásemos y tomásemos el mercado, porque ganado, á los enemigos les quedaba poco lugar, por donde se defender, y que si no se quisiesen dar, que de hambre y sed se moririan, porque no ternian que beber sino agua salada de la laguna. Y como yo me excusaba, el tesorero de vuestra majestad me dijo que todo el real afirmaba aquello, y que lo debia de hacer; y á él, y otras personas de bien, que allí estaban, les respondí, que su propósito y deseo era muy bueno; y yo lo deseaba mas que nadie; pero que yo lo dejaba de hacer, por lo que con importunacion me hacia decir, que era que aunque él y otras personas lo hiciesen como buenos, como en aquello se ofrecia mucho peligro, habria otros que no lo hiciesen. Y al fin tanto me forzaron, que yo concedí, que se haria en este caso, lo que

yor pujanza, ansí los de á caballo como los ballesteros, escopeteros y soldados, é que los fuésemos ganando hasta la plaza mayor, que es el Taltelulco, apercebidos los tres reales, y los tlaxcaltecas y

yo pudiese, concertándose primero con la gente de los otros reales. Otro dia me junté con algunas personas principales de nuestro real, y acordames de hacer saber al alguacil mayor, y á Pedro de Alvarado, cómo otro dia siguiente habiamos de entrar en la ciudad, y trabajar de llegar al mercado; y escribíles lo que ellos habian de hacer por la otra parte de Tacuba, y demás de lo escribir, para que mejor fuesen informados, envieles dos criados mios para que les avisasen de todo el negocio: y la órden que habian de tener era que el alguacil mayor se viniese con diez de á caballo, y cien peones, y quince ballesteros y escopeteros al real de Pedro de Alvarado, y que en el suyo quedasen otros diez de caballo, y que dejase concertado con ellos, que otro dia, que habia de ser el combate, se pusiesen en celada tras unas casas, y que hiciesen alzar todo su fardaje, como que levantaban el real, porque los de la ciudad saliesen tras ellos, y la celada les diese en las espaldas. Y que el dicho alguacil mayor con los tres bergantines que tenia, y con los otros tres de Pedro de Alvarado ganase aquel paso malo; donde desbarataron á Pedro de Alvarado, y diese mucha priesa en lo cegar, y que pasasen adelante, y que en ninguna manera se alejasen ni ganasen un paso, sin lo dejar primero ciego y aderezado; y que si pudiesen sin mucho riesgo y peligro ganar hasta el mercado, que lo trabajasen mucho, porque yo habia de hacer lo mismo: que mirasen que aunque esto les enviaba á decir, no era para los obligar á ganar un paso solo, de que les pudiese venir algun desbarato ó desman, y esto les avisaba porque conoscia de sus personas, *que habian de poner el rostro donde yo les dijese, aunque supiesen perder las vidas.—Cortés, Carta III.*"

de Tezcuco, y los pueblos de la laguna que nuevamente habian dado la obediencia á su majestad, para que con todas sus canoas se viniesen á ayudar á nuestros bergantines. Una mañana despues de haber oído misa, y nos encomendar á Dios, salimos de nuestro real con el capitan Pedro de Alvarado, y tambien salió Cortés del suyo, y Gonzalo de Sandoval con todos sus capitanes, y con grande pujanza iba ganando puentes y albarradas, y los contrarios peleaban como fuertes guerreros: y Cortés por su parte llevaba vitoria, y ansimismo Gonzalo de Sandoval por la suya: pues por nuestro real ya les habiamos ganado otra albarrada y una puente, y esto fué con mucho trabajo, porque habia muy grandes poderes del Guatemuz, y la estaban guardando; y salimos della muchos de nuestros soldados muy mal heridos, é uno murió luego de las heridas, y nuestros amigos los tlaxcaltecas salieron mas de mil dellos maltratados y descalabrados, y todavía íbamos siguiendo la vitoria muy ufanos. Volvamos á decir de Cortés y de todo su ejército, que ganaron una abertura de agua muy honda, y estaba en ella una calzadilla muy angosta que los mexicanos con maña y ardid la habian hecho de aquella manera, porque tenian pensado entre sí lo que agora á nuestro general Cortés le aconteció, y es que como llevaba vitoria él, y todos sus capitanes y soldados, y la calzada llena de nuestros amigos, é iban siguiendo á los contrarios,

y puesto que hacian que huían, no dejaban de tirarnos piedra, vara y flecha, y hacian algunas paradillas, como que resistian á Cortés, hasta que le fueron cebando, para que fuese tras ellos, y desque vieron que de hecho iba tras ellos siguiendo la vitoria, hacian que iban huyendo dél. Por manera que la adversa fortuna vuelve su rueda, y á mayores prosperidades acuden muchas tristezas. Y como nuestro Cortés iba vitorioso y en el alcance de los contrarios, por su descuido, ó porque nuestro Señor Jesu-Christo lo permitió, él y sus capitanes y soldados dejaron de cegar el abertura de agua que habian ganado: y como la calzadilla por donde iban, con maña la habian hecho angosta, y aun entraba en ella agua por algunas partes, y habia mucho lodo y cieno: como los mexicanos le vieron pasar aquel paso sin cegar, que no deseaban otra cosa, y aun para aquel efecto tenian apercebidos muchos escuadrones de guerreros mexicanos con esforzados capitanes, y muchas canoas en la laguna, en parte que nuestros bergantines no les podian hacer daño ninguno, con las grandes estacadas que les tenian puestas, en que zabordasen; vuelven sobre nuestro Cortés, y contra todos sus soldados, con tan grande furia de escuadrones, y con tales alaridos y gritos que los nuestros no les pudieron defender su gran ímpetu y fortaleza con que vinieron á pelear, y acordaron todos los soldados con sus capitanías y banderas de se volver retrayendo con gran concierto:

mas como venian contra ellos tan rabiosos contrarios, hasta que les metieron en aquel mal paso, se desconcertaron de suerte, que vuelven huyendo sin hacer resistencia: y nuestro Cortés desque ansí los vió venir desbaratados, les esforzaba y decia: Tené, tené, señores, tené recio, ¿qué es esto, qué ansí habeis de volver las espaldas? y no les pudo detener ni resistir: y en aquel paso que dejaron de cegar, y en la calzadilla, que era angosta y mala, y con las canoas le desbarataron, é hirieron en una pierna, y le llevaron vivos sobre sesenta y tantos soldados, y le mataron seis caballos, é yeguas, y á Cortés ya le tenian engarrafado seis ó siete capitanes mexicanos, é quiso nuestro Señor ponelle esfuerzo para que se defendiese y se librase dellos, puesto que estaba herido en una pierna; porque en aquel instante luego llegó allí un muy esforzado soldado, que se decia Christóval de Olea, natural de Castilla la Vieja; no lo digo por Christóval de Oli; y desque así le vió asido de tantos indios, peleó luego tan bravosamente, que mató á estocadas cuatro de los capitanes que tenian engarrafado á Cortés, y tambien le ayudó otro muy valiente soldado, que se decia Lerma; y les hicieron que dejasen á Cortés, y por le defender allí perdió la vida el Olea, y el Lerma estuvo á punto de muerte, y luego acudieron muchos soldados, aunque bien heridos, y echan mano á Cortés, y le ayuban á salir de aquel peligro: y entónces tambien vino con mucha presteza

su capitan de la guarda, que se decia Antonio de Quiñones, natural de Zamora, y le tomaron por los brazos, y le ayudaron á salir del agua, y luego le trajeron un caballo, en que se escapó de la muerte; y en aquel instante tambien venia un su camarero ó mayordomo, que se decia Christóval de Guzman, y le traía otro caballo: y dende las azoteas los guerreros mexicanos que andaban muy bravos y vitoriosos, prendieron al Christóval de Guzman, é vivo le llevaron á Guatemuz: y todavía los mexicanos iban siguiendo á Cortés, y á todos sus soldados, hasta que llegaron á su real. Pues ya aquel desastre acaecido, y se hallaron en salvo los españoles, los escuadrones mexicanos no dejaban de seguilles, dándoles caza, y grita, y diciéndoles vituperios, y llamándoles de cobardes. Dejemos de hablar de Cortés y de su desbarate, y volvamos á nuestro ejército, que es el de Pedro de Alvarado: como íbamos muy vitoriosos, y cuando no nos catamos, vimos venir contra nosotros tantos escuadrones de mexicanos, y con grandes gritas y hermosas divisas, y penachos, y nos echaron delante de nosotros cinco cabezas, que entónces habian cortado de los que habian tomado á Cortés, y venian corriendo sangre, y decian: ansí ós mataremos, como hemos muerto á Malinche y á Sandoval, y á los que consigo traían, y esas son sus cabezas, por eso conocedlas bien: y diciendo estas palabras se venian á cerrar con nosotros, hasta nos echar mano, que no apro-

vechaban cuchilladas, ni estocadas, ni ballesteros, ni escopeteros, y no hacian sino dar en nosotros, como á terrero, y con todo eso no perdiamos punto en nuestra ordenanza al retraer, porque luego mandamos á nuestros amigos los tlaxcaltecas, que prestamente nos desembarazasen las calzadas y pasos malos; y en este tiempo ellos se lo tuvieron bien en cargo, que como vieron las cinco cabezas corriendo sangre, y decian que habian muerto á Malinche y á Sandoval, y á todos los teules que consigo traían, é que ansí habian de hacer á nosotros, ya los tlaxcaltecas temieron en gran manera, porque creyeron que era verdad; y por eso digo que desembarazaron la calzada muy de veras. Volvamos á decir cómo nos íbamos retrayendo, oímos tañer del cu mayor, donde estaban sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, que señorea el altor dél á toda la gran ciudad: tañían un atambor de muy triste sonido, en fin como instrumento de demonios, y retumbaba tanto que se oía á dos ó tres leguas, y juntamente con él muchos atabalejos: entónces segun despues supimos, estaban ofreciendo diez corazones y mucha sangre á los ídolos que dicho tengo de nuestros compañeros. Dejemos el sacrificio, y volvamos al retraer que nos retraíamos, y á la gran guerra que nos daban ansí de la calzada, como de las azoteas y laguna con las canoas: y en aquel instante vienen mas escuadrones á nosotros, que de nuevo enviaba Guatemuz, y manda tocar su corneta, que

era una señal que cuando aquella se tocase, era que habian de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa, ó morir sobre ello: y retumbaba el sonido que se metia en los oídos: y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes, saber yo aquí decir ahora, con qué rabia y esfuerzo se metian entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir, que ahora que me pongo á pensar en ello, es como si visiblemente lo viese: mas vuelvo á decir, y ansí es verdad, que si Dios nos diera esfuerzo, segun estábamos todos heridos, él nos salvó, que de otra manera no nos podiamos llegar á nuestros ranchos, y le doy muchas gracias y loores por ello, que me escapó aquella vez y otras muchas de poder de los mexicanos. Y volviendo á nuestra plática, allí los de á caballo hacian arremetidas, y con dos tiros gruesos que pusimos junto á nuestros ranchos, unos tirando, y otros cebando nos sosteniamos, porque la calzada estaba llena de bote en bote de contrarios, y nos venian hasta las casas, como cosa vencida á echarnos vara y piedra: y como he dicho, con aquellos tiros matábamos muchos dellos: y quien bien ayudó aquel dia, fué un hidalgo que se dice, Pedro Moreno de Medrano, que vive agora en la Puebla, porque él fué el artillero, que los artilleros que soliamos tener, se habian muerto, y dellos estaban muy malamente heridos. Volvamos al Pedro Moreno de Medrano, que demás de siempre haber sido un muy esforzado

soldado, aquel dia fué de muy grandísima ayuda para nosotros: y estando que estábamos de aquella manera bien angustiados y heridos, y no sabiamos de Cortés ni de Sandoval, ni de sus ejércitos si les habian muerto ó desbaratado, como los mexicanos nos decian cuando nos arrojaron las cinco cabezas que traían asidas por los cabellos y de las barbas, y decian que ya habian muerto á Malinche y á Sandoval, é á todos los teules, que ansí nos habian de matar á nosotros aquel mismo dia, y no podiamos saber dellos, porque batallábamos los unos de los otros cerca de media legua, y adonde desbarataron á Cortés era mas léjos: y á esta causa estábamos muy penosos ansí heridos como sanos, y hechos un cuerpo estuvimos sosteniendo el gran ímpetu de los mexicanos que sobre nosotros estaban, creyendo que en aquel dia no quedara persona viva de nosotros, segun la guerra que nos daban, pues de nuestros bergantines ya habian tomado uno; é muerto tres soldados, y herido al capitan, y todos los mas soldados que en ellos venian, y fué socorrido de otro bergantin donde andaba por capitan Juan Xaramillo; y tambien tenian zabordado en otra parte otro que no podia salir, de que era capitan Juan de Limpias Caravajal, que en aquella sazon ensordeció de coraje, que agora vive en la Puebla, y peleó por su persona tan valerosamente, y esforzó á los soldados que en el bergantin remaban, que rompieron las estacadas, y salieron todos

muy mal heridos, y salvó su bergantin: este fué el primero que rompió estacadas. Volvamos á Cortés, que como estaba él y toda su gente los mas muertos, y otros heridos, se iban los escuadrones mexicanos hasta su real á darle guerra, y aun le echaron delante de sus soldados, que resistian á los mexicanos cuando peleaban, otras cuatro cabezas corriendo sangre de aquellos soldados que habian llevado vivos á Cortés, y les decian que eran del Tonatio, que es Pedro de Alvarado y de Gonzalo de Sandoval, y de otros teules, é que ya nos habian muerto á todos; entónces dicen que desmayó Cortés mucho mas de lo que ántes estaba él, y los que consigo traía, mas no de manera que sintiesen en él mucha flaqueza; y luego mandó al maestre de campo Christóval de Oli, y á sus capitanes, que mirasen no les rompiesen los muchos mexicanos que estaban sobre ellos, é que todos juntos hiciesen cuerpo ansí heridos como sanos, y mandó á Andrés de Tapia, que con tres de á caballo viniesen á Tacuba por tierra, que es nuestro real, que mirase qué habia sido de nosotros, y que si no éramos desbaratados que nos contase lo por él pasado, y que nos dijese que tuviésemos muy buen recaudo en el real, que todos juntos hiciésemos cuerpo ansí de dia como de noche en la vela: y esto que nos enviaba á mandar, ya lo teniamos por costumbre. Y el capitan Andrés de Tapia y los tres de á caballo que con él venian se dieron muy buena priesa;

y aunque tuvieron en el camino una refriega de vara y flecha que les dieron en un paso los mexicanos, que ya habia puesto Guatemuz en los caminos indios guerreros porque no supiésemos los unos de los otros los desmanes, aun venia herido el Andrés de Tapia, y traía en su compañía á Guillen de la Loa, y el otro se decia Valde-Nebro, y á un Juan de Cuellar, hombres muy esforzados; y de que llegaron á nuestro real y nos hallaron batallando con el poder de México, que todo estaba junto contra nosotros, se holgaron en el alma y nos contaron lo acaecido del desbarate de Cortés, y lo que nos enviaba á decir, y no nos quisieron declarar qué tantos eran los muertos, y decian que hasta veinte y cinco, y que todos los demás estaban buenos. Dejemos de hablar en esto, y volvamos al Gonzalo de Sandoval y á sus capitanes y soldados, que andaban vitoriosos en la parte y calles de su conquista: y cuando los mexicanos hubieron desbaratado á Cortés, cargaron sobre el Gonzalo de Sandoval y su ejército y capitanes de arte que no se pudo valer, y le mataron dos soldados y le hirieron á todos los que traía, y á él le dieron tres heridas: la una en el muslo, y la otra en la cabeza, y la otra en un brazo. Y estando batallando con los contrarios, le ponen delante seis cabezas de los de Cortés y le dicen que aquellas cabezas eran de Malinche y del Tonatio, y de otros capitanes, y que ansí habian de hacer al Gonzalo de Sandoval y á los que con él

estaban, y le dieron muy fuertes combates. Y de que aquello vió el buen capitan Sandoval, mandó á sus capitanes y soldados que todos tuviesen mucho ánimo, más que de ántes, é que no desmayasen é que mirasen al retraer no hubiese algun desman ó desconcierto en la calzada, porque es angosta; y lo primero que hizo fué mandar salir de la calzada á los amigos tlaxcaltecas, que tenia muchos, y porque no les estorbasen al retraer, y con sus dos bergantines y sus ballesteros y escopeteros con mucho trabajo se retrajo á su estancia, y con toda su gente bien herida y aun desmayada, y dos soldados ménos. Y como se vió fuera de la calzada, puesto que estaban cercados de mexicanos, esforzó su gente y capitanes, y les encomendó mucho que todos juntos hiciesen cuerpo ansí de dia como de noche, é que guardasen el real no les desbaratasen. Y como conocia del capitan Luis Marin que lo hacia bien, ansí herido y entrapajado como estaba el Sandoval, tomó consigo otros de á caballo, y por tierra fué muy por la posta al real de Cortés, y aun en el camino tuvo su salmorejo de piedra, vara y flecha, porque, como ya otra vez he dicho, en todos los caminos tenia Guatemuz indios mexicanos guerreros para no dejar pasar de un real á otro con nuevas ningunas, para que así nos vencieran mas fácilmente. Y cuando el Sandoval vido á Cortés, le dijo: ¡Oh señor capitan! ¿y qué es esto? ¿aquestos son los grandes consejos y ardides de

guerra que siempre nos daba? ¿cómo ha sido este desman? Y Cortés le respondió saltándosele las lágrimas de los ojos: ¡Oh hijo Sandoval! que mis pecados lo han permitido, que no soy tan culpante en el negocio como me hacen, si no es el tesorero Juan de Alderete, á quien le encargué que cegase aquel mal paso donde nos dasbarataron, y no lo hizo, como no es acostumbrado á guerras ni á ser mandado de capitanes. Y entónces respondió el mismo tesorero, que se halló junto á Cortés, que vino á ver y hablar al Sandoval y á saber de su ejército si eran muertos ó desbaratados, é dijo que el mismo Cortés tenia la culpa y no él. Y la causa que dió fué, que como Cortés iba con vitoria, por seguilla muy mejor, decia: Adelante, caballeros, é que no les mandó cegar puentes ni pasos malos; é que si se lo mandara, que con su capitanía y con sus amigos lo hiciera (1). Y tambien culpaban mucho á Cortés en haber mandado con tiempo salir de las calzadas á los muchos amigos que llevaba; é porque hubo otras muchas pláticas y respuestas al tesorero, que iban dichas con enojo, se dejarán de

(1) No es creible que un general que publica una ordenanza en qué funda la ejecucion de sus proyectos sea el primero que la quebrante. El autor contesta el rigor con que Cortés mandaba la observancia de ella. Cortés cuenta este desastre sin culpar á nadie. Aunque ni Cortés ni Castillo señalan el dia de esta desgracia, conjeturo que sucedió por el 28 ó 29 de Junio de 1521.

decir, é diré cómo en aquel instante llegaron dos bergantines de los que ántes tenia Cortés en su compañía y calzada, que no sabian dellos despues del desbarate, y segun pareció habian estado detenidos porque estuvieron zabordados en unas estacadas, y segun dijeron los capitanes habian estado cercados de unas canoas que les daban guerra, y venian todos heridos, y dijeron que Dios primeramente les ayudó, y con su viento y con grandes fuerzas que pusieron al remar, rompieron las estacadas y se salvaron, de lo cual hubo mucho placer Cortés, porque hasta entónces, aunque no lo publicaba por no desmayar los soldados como no sabian dellos, les tenian por perdidos. Dejemos esto, y volvamos á Cortés, que luego encomendó á Sandoval mucho que fuese en posta á nuestro real, que se dice Tacuba, y mirase si éramos desbaratados, ó de qué manera estábamos, é que si éramos vivos que nos ayudase á poner resistencia en el real no nos rompiesen. Y dijo á Francisco de Lugo que fuese en compañía de Sandoval, porque bien entendido tenia que habia escuadrones de guerreros mexicanos en el camino, y le dijo que ya habia enviado á saber de nosotros á Andrés de Tapia con tres de á caballo y temian no le hubiesen muerto en el camino; y cuando se lo dijo y se despidió fué á abrazar á Gonzalo de Sandoval, y le dijo: Mira, pues veis que yo no puedo ir á todas partes, á vos os encomiendo estos trabajos, pues veis que estoy

herido y cojo; ruégoos pongais cobro en estos tres reales: bien sé que Pedro de Alvarado y sus capitanes y soldados habrán batallado y hecho como caballeros; mas temo el gran poder destos perros no les hayan desbaratado, pues de mí y de mi ejército ya veis de la manera que estoy. Y en posta vino el Sandoval y el Francisco de Lugo donde estábamos, y cuando llegó seria hora de vísperas; y porque segun pareció supimos el desbarate de Cortés fué ántes de misa mayor, y cuando llegó Sandoval nos halló batallando con los mexicanos, que nos querian entrar en el real por unas casas que habiamos derrocado, y otros por la calzada, y otros en canoas por la laguna, y tenian ya un bergantin zabordado en unas estacadas, y de los soldados que en ellos iban habian muerto dos y los demás heridos. Y como Sandoval nos vió á mí y á otros soldados en el agua metidos á más de la cinta ayudando al bergantin á echalle en lo hondo, y estando sobre nosotros muchos indios con espadas de las nuestras, que habian tomado en el desbarate de Cortés, y otros con montantes de navajas dándonos cuchilladas, y á mí me dieron un flechazo, y querian llegar con gran fuerza sus canoas segun la fuerza que ponian y le tenian atadas muchas sogas para llevársele y metelle dentro de la ciudad; y como el Sandoval nos vió de aquella manera, dijo: ¡Oh hermanos! poné fuerza en que no lleven el bergantin. Y tomamos tanto esfuerzo, que luego le sa-

camos en salvo, puesto que, como he dicho, todos los marineros salieron heridos y dos soldados muertos. En aquella sazon vinieron á la calzada muchas capitanías de mexicanos, y nos herian ansí á los de á caballo y á todos nosotros, y aun al Sandoval le dieron una buena pedrada en la cara; y entónces Pedro de Alvarado le socorrió con otro de á caballo, y como venian tantos escuadrones é yo y otros soldados les haciamos cara, Sandoval nos mandó que poco á poco nos retrajésemos, porque no les matasen los caballos, é porque no nos retraíamos de presto como quisiera, dijo: ¿Quereis que por amor de vosotros me maten á mí y á todos estos caballeros? Por amor de Dios, hermanos, que os retrayais. Y entónces le tornaron á herir á él y á su caballo; y en aquella sazon echamos á los amigos fuera de la calzada, y poco á poco, haciendo cara y no vueltas las espaldas, como quien va haciendo represas, unos ballesteros y escopeteros tirando y otros armando, y otros cebando sus escopetas, y no soltaban todos á la par; y los de á caballo que hacian algunas arremetidas, y el Pedro Moreno Medrano con sus tiros en armar y tirar; y por más mexicanos que llevaban las pelotas no les podian apartar, sino que todavía nos iban siguiendo, con pensamiento que aquella noche nos habian de llevar á sacrificar. Pues ya que estábamos en salvo cerca de nuestros aposentos, pasada ya una grande obra donde habia mucha agua é muy

honda, y no nos podian alcanzar las piedras ni vara ni flecha, y estando el Sandoval y el Francisco de Lugo y Andrés de Tapia con Pedro de Alvarado contando cada uno lo que le habia acaecido y lo que Cortés mandaba, tornó á sonar el atambor de Huichilobos y otros muchos atabalejos y caracoles y cornetas, y otras como trompas, y todo el sonido dellas espantable y triste; y miramos arriba al alto cu, donde los tañian, y vimos que llevaban por fuerza á rempujones y bofetadas y palos á nuestros compañeros que habian tomado en la derrota que dieron á Cortés, que los llevaron por fuerza á sacrificar; y de que ya los tenian arriba en una placeta que se hacia en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que muchos dellos les ponian plumajes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacian bailar delante del Huichilobos; y cuando habian bailado, luego les ponian de espaldas encima de unas piedras que tenian hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedreñal les aserraban por los pechos, y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecian á sus ídolos que allí presentes tenian, y á los cuerpos dábanles con los piés por las gradas abajo, y estaban aguardando otros indios carniceros que les cortaban brazos y piernas, y las caras desollaban y las adobaban como cue-

ros de guantes, y con sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacian borracheras, y se comian las carnes con chimole; y desta manera sacrificaron á todos los demás, y les comieron piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecian á sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos, que eran las barrigas, echaban á los tigres y leones y sierpes y culebras que tenian en la casa de las alimañas, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, que atrás dello he platicado. Pues de aquellas crueldades vimos todos los de nuestro real, y Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval y todos los demás capitanes. Miren los curiosos lectores que esto leyeren qué lástima terniamos dellos, y deciamos entre nosotros: ¡Oh! ¡gracias á Dios que no me llevaron á mí hoy á sacrificar! Y tambien tengan atencion, que no estábamos léjos dellos y no les podiamos remediar; y ántes rogábamos á Dios que fuese servido de nos guardar de tan cruelísima muerte. Pues en aquel instante que hacian aquel sacrificio, vinieron sobre nosotros grandes escuadrones de guerreros y nos daban por todas partes bien que hacer, que ni nos podiamos valer de una manera ni de otra contra ellos, y nos decian: Mirad, que desta manera habeis de morir todos, que nuestros dioses nos lo han prometido muchas veces. Pues las palabras de amenazas que decian á nuestros amigos los tlax-

caltecas eran tan lastimosas y malas, que los hacian desmayar, y les echaban piernas de indios asadas y brazos de nuestros soldados, y les decian: Comé de las carnes de esos teules, y de vuestros hermanos, que ya bien hartos estamos dellos, y de eso que nos sobra os podeis hartar; y mirad que las casas que habeis derrocado, que os hemos de traer para que las torneis á hacer muy mejores, y con piedras y lanzas, y cal y canto, y pintadas; por eso ayudad muy bien á esos teules, que á todos los vereis sacrificados. Pues otra cosa mandó hacer Guatemuz, que, como hubo aquella vitoria de Cortés, envió á todos los pueblos nuestros confederados y amigos, y á sus parientes, piés y manos de nuestros soldados, y caras de soldados con sus barbas, y las cabezas de los caballos que mataron; y les envió á decir que éramos muertos más de la mitad de nosotros é que presto nos acabarian, é que dejasen nuestra amistad y se viniesen á México; y que si luego no lo dejaban, que les enviaria á destruir: y les envió á decir otras muchas cosas para que se fuesen de nuestro real y nos dejasen, pues habiamos de ser presto muertos de su mano. Y á la continua dándonos guerra así de dia como de noche. Y como velábamos todos los del real juntos, y Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, y los demás capitanes haciéndonos compañía en la vela, aunque venian de noche grandes capitanías de guerreros los resistiamos, pues los

de á caballo todo el dia y la noche estaba la mitad dellos en lo de Tacuba y la otra mitad en las calzadas. Pues otro mayor mal nos hicieron, que cuanto habiamos cegado desde que en la calzada entramos, todo lo tornaron á abrir, y hicieron albarradas muy más fuertes que de ántes. Pues los amigos de las ciudades de la laguna, que nuevamente habian tomado nuestra amistad y nos vinieron á ayudar con las canoas, creyeron llevar lana y volvieron trasquilados, porque perdieron muchos las vidas, y más de la mitad de las canoas que traían, y otros muchos volvieron heridos: y aun con todo esto, desde allí adelante no ayudaron á los mexicanos, porque estaban mal con ellos, salvo estarse á la mira. Dejemos de hablar más en contar lástimas, y volvamos á decir el recaudo y manera que teniamos, y cómo Sandoval y Francisco de Lugo, y Andrés de Tapia, y los demás caballeros que habian venido á nuestro real, les pareció que era bien volverse á sus puestos y dar relacion á Cortés cómo y de qué manera estábamos. Y se fueron en posta, y dijeron á Cortés cómo Pedro de Alvarado y todos sus soldados teniamos muy buen recaudo así en el batallar como en el velar; y aun el Sandoval, como me tenia por amigo, dijo á Cortés cómo me halló á mí y á otros soldados batallando en el agua, á más de la cinta, defendiendo un bergantin que estaba zabordado en unas estacadas,

é que si por nuestras personas no fuera, que mataran á todos los soldados y al capitan que dentro venia; é porque dijo de mi persona otras loas que yo aquí no tengo de decir, porque otras personas lo dijeron y se supo en todo el real, no quiero aquí recitallo. Y cuando Cortés lo hubo bien entendido del buen recaudo que teniamos en nuestro real, con ello descansó su corazon, y desde allí adelánte mandó á todos tres reales que no batallásemos poco ni mucho con los mexicanos, entiéndese que no curásemos de tomar ninguna puente ni albarrada, salvo defender nuestros reales no nos los rompiesen, porque de batallar con ellos, no habia bien esclarecido el dia ántes cuando estaban sobre nuestro real tirando muchas piedras con hondas, y vara, y flecha, y diciéndonos muchos vituperios feos. Y como teniamos junto á nuestro real una obra de agua muy ancha y honda, estuvimos cuatro dias arreo que no la pasamos, y otro tanto se estuvo Cortés en el suyo y Sandoval en el suyo; y esto de no salir á batallar y procurar de ganar las albarradas que habian tornado abrir y hacer fuertes, era por causa que todos estábamos muy heridos y trabajados, así de velas como de las armas, y sin comer cosa de sustancia; y como faltaban del dia ántes sobre sesenta y tantos soldados de todos tres reales, y siete caballos, porque recibiéramos algun alivio, y para tomar

maduro consejo de lo que habiamos de hacer de allí adelante, mandó Cortés que estuviésemos quedos, como dicho tengo. Y dejallo he aquí, y diré cómo y de qué manera peleábamos, y todo lo que en nuestro real pasó.

CAPITULO CLIII.

De la manera que peleábamos, é se nos fueron todos los amigos á sus pueblos.

La manera que teniamos en todos tres reales de pelear es esta: que velábamos de noche todos los soldados juntos en las calzadas, y nuestros bergantines á nuestros lados tambien en las calzadas, y los de á caballo rondando la mitad dellos en lo de Tacuba, adonde nos hacian pan, y teniamos nuestro fardaje, y la otra mitad en las puentes y calzada, y muy de mañana aparejábamos los puños para pelear y batallar con los contrarios que nos venian á entrar en nuestro real, y procuraban de nos desbaratar: y otro tanto hacian en el real de Cortés, y en el de Sandoval; y esto no fué sino cinco dias, porque luego tomamos otra órden, lo cual diré adelante: y digamos cómo los mexicanos hacian cada dia grandes sacrificios y fiestas en el cu ma-

yor de Tatelulco, y tañian su maldito atambor, y otras trompas y atabales, y caracoles, y daban muchos gritos y alaridos, y tenian cada noche grandes luminarias de leña encendida, y entónces sacrificaban de nuestros compañeros á sus malditos ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, y hablaban con ellos: y segun ellos decian, que en la mañana, ó en aquella misma noche nos habian de matar. Parece ser que como sus ídolos son perversos y malos, por engañarlos para que no viniesen de paz, les hacian increyente que á todos nosotros nos habian de matar, y á los tlaxcaltecas, y á todos los demás que fuesen en nuestra ayuda, y como nuestros amigos lo oían, teníanlo por muy cierto, porque nos vian desbaratados. Dejemos destas pláticas que eran de sus malos ídolos, y digamos cómo en la mañana venian muchas capitanías juntas á nos cercar y dar guerra, y se remudaban de rato en rato, unos de unas divisas y señales, y venian otros de otras libreas: y entónces cuando estábamos peleando con ellos nos decian muchas palabras, diciéndonos de apocados, y que no éramos buenos para cosa ninguna, ni para hacer casas, ni maizales, y que no éramos sino para venilles á robar su ciudad, como gente mala, que habiamos venido huyendo de nuestra tierra, y de nuestro rey y señor: y esto decian por lo que Narvaez les habia enviado á decir, que veniamos sin licencia de nuestro rey, como dicho tengo: y nos decian que de allí á ocho dias no ha-

bia de quedar ninguno de nosotros á vida, porque así se lo habian prometido la noche ántes sus dioses: y desta manera nos decian otras cosas malas, y á la postre decian: mirad cuán malos y vellacos sois, que aun vuestras carnes son tan malas para comer, que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargor: y parece ser como aquellos dias se habian hartado de nuestros soldados y compañeros, quiso nuestro Señor que les amargasen las carnes. Pues á nuestros amigos los tlaxcaltecas, si muchos vituperios nos decian á nosotros, mas les decian á ellos, é que les ternian por esclavos para sacrificar y hacer sus sementeras, y tornar á edificar las casas que les habiamos derrocado, é que las habian de hacer de cal y canto labradas, que su Huichilobos se lo habia prometido: y diciendo esto, luego el bravoso pelear, y se venian por unas casas derrocadas, y con las muchas canoas que tenian nos tomaban las espaldas, y aun nos tenian algunas veces atajados en las calzadas, y nuestro Señor Jesu-Christo nos sustentaba cada dia, que nuestras fuerzas no bastaban; mas todavía les haciamos volver muchos dellos heridos, y muchos quedaban muertos. Dejemos de hablar de los grandes combates que nos daban, y digamos cómo nuestros amigos los de Tlaxcala, y de Cholula, y Guaxocingo, y aun los de Tezcuco acordaron de se ir á sus tierras, y sin lo saber Cortés, ni Pedro de Alvarado, ni Sandoval, se fueron todos los mas, que no que-

dó en el real de Cortés, sino este Suchel, que despues que se bautizó se llamó don Cárlos, y era hermano de D. Fernando señor de Tezcuco, y era muy esforzado hombre, y quedaron con él otros sus parientes y amigos, que serian hasta cuarenta: y en el real de Sandoval quedó otro cacique de Guaxocingo, con obra de cincuenta hombres: y en nuestro real quedaron dos hijos de nuestro amigo don Lorenzo de Vargas, y el esforzado de Chichimecatecle, con obra de ochenta tlaxcaltecas, parientes y vasallos: y como nos hallamos solos y con tan pocos amigos, recibimos pena, y Cortés y Sandoval y cada uno en su real preguntaban á los amigos que les quedaban, que por qué se habian ido de aquella manera los demás sus hermanos, y decian que como vian que los mexicanos hablaban de noche con sus ídolos, é prometian que nos habian de matar á nosotros y á ellos, que creían que debia ser verdad, y del miedo se iban, y que lo que les daba mas crédito á ello, era vernos á todos heridos, y nos habian muerto á muchos de nosotros, é que dellos mismos faltaban mas de mil y docientos, y que temieron no matasen á todos: y tambien porque Xicotenga el Mozo que mandó ahorcar Cortés en Tezcuco, siempre les decia que sabia por sus adivinanzas, que á todos nos habian de matar, é que no habia de quedar ninguno de nosotros á vida, y por esta causa se fueron. E puesto que Cortés en lo secreto sintió pesar dello, mas con rostro

alegre les dijo, que no tuviesen miedo, é que lo que aquellos mexicanos les decian que era mentira, y por desmayarlos: y tantas palabras de prometimientos les dijo, y con palabras amorosas los esforzó á estar con él: y otro tanto dijimos al Chichimecatecle, y á los dos Xicotengas. Y en aquestas pláticas que en aquella sazon decia Cortés á este Suchel, que ya he dicho que se dijo don Carlos, como de suyo era señor, y esforzado, dijo á Cortés: Señor Malinche, no recibas pena por no batallar cada dia en tu real algunas veces, y otro tanto manda al Tonatio, que era Pedro de Alvarado, que así lo llamaban, que se esté en el suyo, y Sandoval en Tepeaquilla, y con los bergantines anden cada dia á quitar y defender que no les entren bastimentos, ni agua, porque están aquí dentro en esta ciudad tantos miles xiquipiles de guerreros, que por fuerza, siendo tantos se les ha de acabar el bastimento que tienen, y el agua que ahora beben es medio salobre, que toman de unos hoyos que tienen hechos, y como llueve de dia y de noche, recogen el agua para beber, y dello se sustentan; mas ¿qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, sino que es mas que guerra la que ternán con la hambre y sed? Como Cortés aquello entendió, le echó los brazos encima, y le dió gracias por ello, con prometimientos que le daria pueblos: y aqueste consejo le habiamos puesto en plática muchos soldados á Cortés; mas somos de tal calidad, que no quisiéramos aguardar

tanto tiempo, sino entralles luego en la ciudad. Y cuando Cortés hubo bien considerado lo que nosotros tambien le habiamos dicho y sus capitanes y soldados se lo decian, mandó á dos bergantines que fuesen á nuestro real, y al de Sandoval á nos decir que estuviésemos otros tres dias sin les ir entrando en la ciudad, y como en aquella sazon los mexicanos estaban vitoriosos, no osábamos enviar un bergantin solo; y por esta causa envió dos: y una cosa nos ayudó mucho, y es que ya osaban nuestros bergantines romper las estacadas, que los mexicanos les habian hecho en la laguna, para que zabordasen: y es desta manera, que remaban con gran fuerza, y para que mas furia trujese, tomaban de algo atrás, y si hacia algun viento á todas velas, y con los remos muy mejor; y así eran señores de la laguna, y aun de muchas partes de las casas que estaban apartadas de la ciudad: y los mexicanos como aquello vieron se les quebró algo su braveza. Dejemos esto, y volvamos á nuestras batallas: y es, que aunque no teniamos amigos, comenzamos á cegar y atapar la gran abertura que he dicho otras veces, que estaba junto á nuestro real, con la primera capitanía que venia la rueda de acarrear adobes y madera, y cegar, lo poniamos muy por la obra, y con grandes trabajos: y las otras dos capitanías batallábamos. Ya he dicho otras veces, que así lo teniamos concertado, y habia de andar por rueda, y en cuatro dias que todos traba-

jamos en ella, la teniamos cegada y allanada: y otro tanto hacia Cortés en su real con el mismo concierto, y aun él en persona llevaba adobes y madera, hasta que quedaban seguras las puentes y calzadas, y aberturas por tenello seguro al retraer, y Sandoval ni más ni ménos en el suyo, y en nuestros bergantines junto á nosotros sin temer estacadas, y desta manera les fuimos entrando poco á poco. Volvamos á los grandes escuadrones que á la contina nos daban guerra, que muy bravosos y vitoriosos se venian á juntar pié con pié con nosotros, y de cuando en cuando, como se mudaban unos escuadrones venian otros. Pues digamos el ruido y alarido que traían, y en aquel instante el resonido de la corneta de Guatemuz, y entónces apechugaban de tal arte con nosotros, que no nos aprovechaban cuchilladas, ni estocadas que les dábamos, y nos venian á echar mano: y como despues de Dios nuestro buen pelear nos habia de valer, teniamos muy reciamente contra ellos, hasta que con las escopetas y ballestas, y arremetidas de los de á caballo que estaban á la continua con nosotros la mitad dellos, y con nuestros bergantines que no temian ya las estacadas, les haciamos estar á raya, y poco á poco, les fuimos entrando: y desta manera batallábamos hasta cerca de la noche, que era hora de retraer. Pues ya que nos retraíamos, ya he dicho otras veces que habia de ser con gran concierto, porque entónces procuraban de nos atajar en

la calzada y pasos malos, y de si ántes lo procuraban, en estos dias con la vitoria que habian alcanzado, lo ponian muy por la obra: y digo que por tres partes nos tenian tomados en medio en este dia, mas quiso nuestro Señor Dios, que puesto que hirieron muchos de nosotros, nos tornamos á juntar, y matamos y prendimos muchos contrarios, y como no teniamos amigos que echar fuera de las calzadas, y los de á caballo nos ayudaban valientemente, puesto que en aquella refriega y combate les hirieron dos caballos, y volvimos á nuestro real bien heridos, donde nos curamos con aceite, y apretar nuestras heridas con mantas, y comer nuestras tortillas con ají, y yerbas y tunas, y luego puestos todos en la vela. Digamos ahora lo que los mexicanos hacian de noche en sus grandes y altos cues: y es que tañian su maldito atambor que dije otra vez que era el de mas maldito sonido, y mas triste que se podia inventar, y sonaba muy léjos; y tañian otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas; y tenian grandes lumbres: y daban grandísimos gritos y silbos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros compañeros, de los que tomaron á Cortés, que supimos que sacrificaron diez dias arreo hasta que los acabaron; y el postrero dejaron á Christóval de Guzman, que vivo le tuvieron diez y ocho dias, segun dijeron tres capitanes mexicanos que prendimos: y cuando los sacrificaban, entónces hablaba su Huichilobos con ellos

y les prometia vitoria, é que habiamos de ser muertos á sus manos ántes de ocho dias, é que nos diesen buenas guerras, aunque en ellos muriesen muchos: y desta manera les traían engañados. Dejemos ahora de sus sacrificios, y volvamos á decir, que cuando otro dia amanecia, ya estaban sobre nosotros todos los mayores poderes que Guatemuz podia juntar, y como teniamos cegada la abertura, y calzada y puentes; mi fe ellos como la ponian en seco, tenia atrevimiento á venir hasta nuestros ranchos, y tirar vara, y piedra y flecha, si no fuera por los tiros con que siempre les haciamos apartar; porque Pedro Moreno Medrano, que tenian cargo dellos, les hacia mucho daño; y quiero decir: que nos tiraban saetas de las nuestras con ballestas, cuando tenian vivos á cinco ballesteros, y al Christóval de Guzman con ellos, y les hacian que les armasen las ballestas, y les mostrasen cómo habian de tirar: y ellos y los mexicanos tiraban aquellos tiros, y no nos hacian mal: y tambien batallaba reciamente Cortés y Sandoval, y les tiraban saetas con ballestas, y esto sabíamoslo por Sandoval, y los bergantines que iban de nuestro real al de Cortés, y del de Cortés al nuestro, y al de Sandoval, y siempre nos escribia de la manera que habiamos de batallar, y todo lo que habiamos de hacer, y encomendándonos la vela, que siempre estuviesen la mitad de los de á caballo en Tacuba guardando el fardaje, y las indias que nos hacian pan, y que

parásemos miéntras no rompiesen por nosotros una noche: porque unos prisioneros que en el real de Cortés se prendieron, le dijeron que Guatemuz decia muchas veces, que diesen en nuestro real de noche, pues no habia tlaxcaltecas que nos ayudasen; porque bien sabian que se nos habian ido ya todos los amigos. Ya he dicho otra vez que poniamos gran diligencia en velar. Dejémos esto, y digamos que cada dia teniamos muy recios rebatos, y no dejábamos de les ir ganando albarradas y puentes, y aberturas de agua: y como nuestros bergantines osaban ir por doquiera de la laguna, y no temian á las estacadas, ayudábannos muy bien. Y digamos cómo siempre andaban dos bergantines de los que tenia Cortés en su real, á dar caza á las canoas que metian agua y bastimentos, y cogian en la laguna uno como medio lama, que despues de seco tenia un sabor como de queso, y traían en los bergantines muchos indios presos. Tornemos al real de Cortés, y de Gonzalo de Sandoval, que cada dia iban conquistando y ganando albarradas y puentes: y en aquestos trances y batallas se habian pasado, cuando en le desbarate de Cortés, doce ó trece dias: y como este Suchel, hermano de don Hernando señor de Tezcuco, vió que volviamos muy de hecho en nosotros, y no era verdad lo que los mexicanos decian, que dentro de diez dias nos habian de matar, porque así se lo habia prometido su Huichilobos, envió á decir á su Hermano don Her-

nando, que luego enviase á Cortés todo el poder de guerreros que pudiese sacar de Tezcuco, y vinieron dentro en dos dias, que él se lo envió á decir, mas de dos mil hombres. Acuérdome que vinieron con ellos Pedro Sanchez Farfan, y Antonio de Villarroel, marido que fué de la Ojeda: porque aquestos dos soldados habia dejado Cortés en aquella ciudad, y el Pedro Sanchez Farfan era capitan, y el Antonio Villarroel era ayo de don Fernando: y cuando Cortés vido tan buen socorro se holgó mucho, y les dijo palabras halagüeñas: y ansimismo en aquella sazon volvieron muchos tlaxcaltecas con sus capitanes, y venia por capitan dellos un cacique de Topeyanco, que se decia Tecapanaca, y tambien vinieron otros muchos indios de Guaxocingo, y pocos de Cholula: y como Cortés supo que habian vuelto, mandó que todos fuesen á su real, para les hablar, y primero que viniesen les mandó poner guardas en el camino para defendellos, por si saliesen mexicanos: y cuando parecieron delante, Cortés les hizo un parlamento con doña Marina y Gerónimo de Aguilar, y les dijo, que bien habian creido y tenido por cierto la buena voluntad que siempre les ha tenido y tiene, así por haber servido á su majestad, como por las buenas obras que dellos hemos recebido: y que si les mandó desde que venimos á aquella ciudad venir con nosotros á destruir á los mexicanos, que su intento fué porque se aprovechasen y volviesen ricos á sus tierras, y se ven-

gasen de sus enemigos, que no para que por su sola mano hubiésemos de ganar aquella gran ciudad: y puesto que siempre les ha hallado buenos, y en todo nos han ayudado, que bien habrán visto que cada dia les mandábamos salir de las calzadas, porque nosotros estuviésemos mas desembarazados sin ellos para pelear: é que ya les habian dicho y amonestado otras veces, que el que nos da vitoria, y en todo nos ayuda, es nuestro Señor Jesu-Christo en quien creemos y adoramos: y porque se fueron al mejor tiempo de la guerra, eran dignos de muerte, por dejar sus capitanes peleando y desmamparallos: é que porque ellos no saben nuestras leyes y ordenanzas, que es perdonar, é que porque mejor lo entiendan, que mirasen que estando sin ellos íbamos derrocando casas y ganando albarradas: é que desde allí adelante les mandaba que no maten á ningunos mexicanos, porque les quiere tomar de paz. Y despues que les hubo dicho este razonamiento, abrazó á Chichimecatecle, y á los dos mancebos Xicotengas, y á este Suchel hermano de don Hernando, y les prometió que les daria tierras y vasallos mas de los que tenian, teniéndoles en mucho á los que quedaron en nuestro real; y asimismo habló muy bien á Tecapaneca, señor de Topeyanco, y á los caciques de Guaxocingo y Cholula, que estaban en el real de Sandoval. Y como les hubo platicado lo que dicho tengo, cada uno se fué á su real (1).

(1) Despues que volvieron las naciones amigas que fué por

Dejemos desto, y volvamos á nuestras grandes guerras y combates que siempre teniamos y nos daban; y porque siempre de dia y de noche no

el 10 ó 12 de Julio de 1521, segun conjeturo, por las fechas que señala Cortés en algunos sucesos, siguió otro plan para atacar y estrechar á México. El sitio se dilataba mucho: el corto número de españoles, heridos y dolientes los más, no podrian sufrir mucho tiempo la dura fatiga de los ataques diarios; y por pocos soldados que muriesen, continuando el sitio en la forma que hasta entónces, vendria el ejército á su fin. La obstinacion de los mexicanos no cedia; el riesgo en que Cortés y todo el ejército se habian visto fué casi decisivo; las naciones amigas le podian desamparar y disiparse en los americanos la ilusion que los tenia sujetos á un pequeño número de extranjeros: ello es que la extrema necesidad le hizo resolver el último plan de ataque contra esta gran ciudad, y es el que él mismo declara:

"En esta sazon [dice] ya los que habiamos salido heridos del desbarato, estábamos buenos, y á la Villa-Rica habia aportado un navío de Juan Ponce de Leon, que habian desbaratado en la tierra ó isla Florida, y los de la villa enviáronme cierta pólvora y ballestas, de que teniamos muy extrema necesidad, y ya gracias Dios, por aquí á la redonda no teniamos tierra que no fuese en nuestro favor; y yo, viendo cómo estos de la ciudad estaban tan rebeldes y con la mayor muestra y determinacion de morir que nunca generacion tuvo, no sabia qué medio tener con ellos para quitarnos á nosotros de tantos peligros y trabajos, y á ellos y á su ciudad no los acabar de destruir, porque era la mas hermosa cosa del mundo: y no nos aprovechaba decilles que no habiamos de levantar los reales, ni los bergantines habian de cesar de les dar guerra por el agua, ni que habiamos destruido á los de Mataleingo y Marinalco, y que no tenian en toda la tierra quien los pudiese

haciamos sino batallar, y á las tardes al retraer siempre herian á muchos de nuestros soldados, dejaré de contar muy por extenso lo que pasaba:

socorrer, ni tenian de donde haber maíz, ni carne, ni frutas, ni agua, ni otra cosa de mantenimiento. E cuanto más destas cosas les deciamos, ménos muestra veíamos en ellos de flaqueza; mas ántes en el pelear y en todos sus ardides los hallábamos con más ánimo que nunca. E yo, viendo que el negocio pasaba desta manera y que habia ya más de cuarenta y cinco dias que estábamos en el cerco, acordé de tomar un medio para nuestra seguridad y para poder más estrechar á los enemigos, y fué, que como fuésemos ganando por las calles de la ciudad, que fuesen derrocando todas las casas dellas del un lado y del otro, por manera que no fuésemos un paso adelante sin lo dejar todo asolado, y lo que era agua hacello tierra firme aunque hobiese toda la dilacion que se pudiese seguir. E para esto yo llamé á todos los señores y principales nuestros amigos, y díjeles lo que tenia acordado; por tanto, que ficiesen venir mucha gente de sus labradores, y trujesen sus coas, que son unos palos, de que se aprovechan tanto como los cavadores en España de la azada: y ellos me respondieron que así lo harian de muy buena voluntad, y que era muy buen acuerdo, y holgaron mucho con esto, porque les pareció que era manera para que la ciudad se asolase, lo cual todos ellos deseaban más que cosa del mundo." *Cortés, Carta III.*

Quedó, pues, acordado echar por el suelo y arrasar esta célebre capital, siendo ejecutores millares de guerreros americanos que de dia en dia aumentaban el poder de Cortés. La ejecucion de este nuevo plan empezó, á mi entender, por el 17 ó 18 de Julio de 1521. Es doloroso que el sistema que Cortés tuvo que abrazar por necesidad para la conquista, obligase á destruir los monumentos de la grandeza de este imperio.

y quiero decir como en aquellos dias llovia en las tardes, que nos holgábamos que viniese el aguacero temprano, porque como se mojaban los contrarios, no peleaban tan bravosamente y nos dejaban retraer en salvo, y desta manera teniamos algun descanso. Y porque ya estoy harto de escribir batallas, y más cansado y herido estaba de me hallar en ellas, y á los lectores les parecerá prolijidad recitallas tantas veces, ya he dicho que no puede ser ménos, porque en noventa y tres dias siempre batallábamos á la continua; mas desde aquí adelante, si lo pudiese excusar, no lo traeria tanto á la memoria en esta relacion. Volvamos á nuestro cuento, y como en todos tres reales les íbamos entrando en su ciudad, Cortés por la suya y Sandoval tambien por su parte, y Pedro de Alvarado por la nuestra, llegamos adonde tenian la fuente que ya he dicho otra vez que bebian agua salobre, la cual quebramos y deshicimos porque no se aprovechasen della, y estaban guardándola algunos mexicanos y tuvimos buena refriega de vara y piedra y flecha, y muchas lanzas largas con que aguardaban á los de á caballo, porque por todas partes de las calles que les habiamos ganado andaban ya, porque ya estaba llano y sin agua y podian correr muy gentilmente. Dejemos de hablar en esto, y digamos cómo Cortés envió á Guatemuz mensajeros rogándole con la paz, y fué de la manera que diré adelante.

CAPITULO CLIV.

Cómo Cortés envió á Guatemuz á rogalle que tengamos paz.

Despues que Cortés vió que íbamos en la ciudad ganando muchas puentes y calzadas, y albarradas, y derrocando casas, como teniamos presos tres principales personas, que eran capitanes de México, les mandó que fuesen hablar á Guatemuz para que tuviesen paces con nosotros; y los principales dijeron que no osaban ir con tal mensaje porque su señor Guatemuz les mandaria matar. En fin de pláticas, tanto se lo rogó Cortés, y con promesas que les hizo y mantas que les dió, que fueron. Y lo que les mandó que dijesen al Guatemuz es, que porque los quiere bien, por ser deudo tan cercano del gran Montezuma su amigo, y casado con su hija, y porque ha mancilla que aquella gran ciudad no se acabe de destruir, y por excusar la gran matan za

que cada dia haciamos en sus vecinos y forasteros, que le ruega que venga de paz, y en nombre de su majestad les perdonará todas las muertes y daños que nos han hecho, y hará muchas mercedes; é que tenga consideracion que se lo ha enviado á decir tres ó cuatro veces, é que él por ser mancebo ó por sus consejeros, y la principal causa por sus malditos ídolos ó papas que le aconsejan mal, no ha querido venir sino darnos guerra; é pues que ya ha visto tantas muertes como en las batallas que nos dan les han sucedido, y que tenemos de nuestra parte todas las ciudades y pueblos de toda aquella comarca, y cada dia nuevamente vienen más contra ellos, que se compadezcan de tal perdimiento de sus vasallos y ciudad. Tambien les envió á decir que se les habian acabado los mantenimientos, é que ya Cortés lo sabia, é que tambien agua no la tenian. Y les envió á decir otras palabras bien dichas, que los tres principales las entendieron muy bien por nuestras lenguas, y demandaron á Cortés una carta, y ésta no porque la entendian, sino porque sabian claramente que cuando enviábamos alguna mensajería ó cosas que les mandábamos, era un papel de aquellos que llaman amales, señal como mandamiento. Y cuando los tres mensajeros parecieron ante su señor Guatemuz, con grandes lágrimas y sollozos le dijeron lo que Cortés les mandó; y el Guatemuz desque lo oyó, y sus capitanes que juntamente con él estaban, pare-

ció ser que al principio recibió pasion de que fuesen atrevidos aquellos capitanes de illes con tales embajadas; mas como el Guatemuz era mancebo y muy gentil hombre, y de buena disposicion y rostro alegre, y aun la color tenia algo mas que tiraba á blanco que á matiz de indio, que era de obra de veinte y tres años, y era casado con una muy hermosa mujer, hija del gran Montezuma su tio, y segun despues alcanzamos á saber tenia voluntad de hacer paces, y para platicallo mandó juntar todos sus capitanes y principales y papas de los ídolos, y les dijo que tenia voluntad de no tener guerra con Malinche ni todos nosotros. Y la plática que sobre ello les puso, fué que ya habian probado todo lo que se puede hacer sobre la guerra, y mudado muchas maneras de pelear; y que somos de tal manera, que cuando pensaban que nos tenian vencidos, que entónces volviamos muy más reciamente sobre ellos; y que al presente sabia los grandes poderes de amigos que nuevamente nos habian venido, y que todas las ciudades eran contra ellos, y que ya los bergantines les habian rompido sus estacadas, y que los caballos corrian á rienda suelta por las calles de su ciudad; y les puso por delante otras muchas desventuras que tenian sobre los mantenimientos y agua: que les rogaba y mandaba que cada uno dellos diese sobre ello su parecer, y los papas tambien dijesen el suyo, y lo que á sus dioses Huichilobos y Tezcatepuca les han oido hablar:

y que ninguno tuviese temor de hablar y decir la verdad de lo que sentia. Y segun pareció le dijeron: Señor y nuestro gran señor, ya tenemos á tí por nuestro rey y señor, y es muy bien empleado en tí el reinado, pues en todas tus cosas te has mostrado varon y te viene de derecho el reino. Las paces que dices, buenas son; mas mira y piensa en ello, que cuando estos teules entraron en estas tierras y en esta ciudad, cuál nos ha ido de mal en peor: mirad los servicios y dádivas que les hizo y dió nuestro señor y vuestro tio el gran Montezuma en qué paró; pues vuestro primo Cacamatzin, rey de Tezcuco, por el consiguiente; pues vuestros parientes los señores de Iztapalapa é Cuyoacan y Tacuba y de Telatzingo, ¿qué se hicieron? Pues los hijos de nuestro gran señor Montezuma todos murieron; pues oro y riquezas desta ciudad todo se ha consumido; pues ya ves que á todos tus súbditos y vasallos de Tepeaca y Chalco, y Tezcuco, y aun de toda estas vuestras ciudades y pueblos les ha hecho esclavos y señalado las caras. Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido; toma buen consejo sobre ello, y no te fies de Malinche ni de sus palabras, que mas vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quien nos harán esclavos y nos atormentarán. Y los papas en aquel tiempo le dijeron que sus dioses les habian prometido vitoria tres noches arreo cuando les sacrificaban. Y entónces el Guatemuz,

medio enojado, les dijo: Pues así quereis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demandar paces, si no yo le mataré. Y allí todos prometieron de pelear noches y dias, y morir en la defensa de su ciudad. Pues ya esto acabado, tuvieron trato con los de Suchimilco y otros pueblos, que les metiesen agua en canoas de noche, y abrieron otras fuentes en partes que tenian agua aunque salobre. Dejemos ya de hablar en este su concierto, y digamos de Cortés y de todos nosotros, que estuvimos dos dias sin entralles en su ciudad, esperando la respuesta; y cuando no nos catamos, vienen tantos escuadrones de guerreros mexicanos en todos tres reales y nos dan tan recia guerra, que como leones muy bravosos venian á encontrar con nosotros, que en todo su seso creyeron de llevarnos de vencida. Esto que digo fué por nuestra parte del real de Pedro de Alvarado, que en lo de Cortés y Sandoval tambien dijeron que les habian llegado á sus reales, que no les podian defender aunque más les mataban y herian. Y cuando peleaban tocan la corneta de Guatemuz, y entónces habiamos de tener órden que nos desbaratasen, porque ya he dicho otras veces que entónces se metian por las espadas y lanzas para nos echar mano; é como ya estábamos acostumbrados á los reencuentros, puesto que cada dia herian y mataban de nosotros, tenia-

mos con ellos pié con pié; y desta manera pelearon seis ó siete dias arreo, y nosotros les matábamos y heriamos muchos dellos, y con todo esto no se les daba nada por morir. Acuérdome que deciān: ¿En qué se anda Malinche con nosotros, cada dia demandándonos paces? que nuestros ídolos nos han prometido vitoria, y tenemos hartos bastimentos y agua, y á ninguno de vosotros hemos de dejar á vida; por eso no tornen á hablar sobre las paces, pues las palabras son para las mujeres y las armas para los hombres. Y diciendo esto, se vienen á nosotros como perros dañados, y hablando y peleando todo era uno, y hasta que la noche nos despartia estábamos peleando; y luego, como dicho tengo, al retraer con gran concierto, porque nos venian siguiendo grandes capitanías y escuadrones dellos, y echábamos á los amigos fuera de la calzada porque ya habian venido muchos más que de ántes; y nos volviamos á nuestras chozas, y luego ir velar todos juntos, y en la vela cenábamos nuestra mala ventura, como dicho tengo otras veces, y bien de madrugada alto á pelear, porque no nos daban más espacio, y desta manera estuvimos muchos dias (1). Y estando desta ma-

(1) Los combates que refiere el autor en este capítulo parece que fueron ya segun el nuevo órden de atacar á Temistitan, esto es, el de ganarla palmo á palmo y desolarla al mismo paso, y creo se dieron hasta fines de Julio: pueden fijarse estas fechas por las relaciones de Cortés, que desde ahora

nera tuvimos otro combate; y es, que se juntaban de tres provincias, que se dicen Matalcingo y Malinalco, y otros pueblos que no se me acuerda de

son más extensas y dan como un diario del sitio. Del dia 25 dice:

"Otro dia siguiente, que fué dia del apóstol Santiago, entramos en la ciudad por la órden que ántes, y seguimos por la calle grande, que iba á dar al mercado, y ganámosles una calle muy ancha de agua en que ellos pensaban que tenian mucha seguridad, aunque se tardó gran rato y fué peligrosa de ganar, y en todo este dia no se pudo (como era muy ancha) de acabar de cegar por manera que los de á caballo pudiesen pasar de la otra parte. E como estábamos todos á pié y los indios veían que los caballos no habian pasado, vinieron de refresco sobre nosotros muchos dellos muy lucidos, y como les fecimos rostro y teniamos muchos ballesteros, dieron la vuelta á sus albarradas y fuerzas que tenian, aunque fueron harto asaeteados. E demás desto todos los españoles de á pié llevaban sus picas, las cuales yo habia mandado facer despues que me desbarataron, que fué cosa muy provechosa. Aquel dia por los lados de la una parte y de la otra de aquella calle principal, no se entendió sino en quemar y allanar casas, que era lástima cierto de lo ver; pero como no nos convenia hacer otra cosa, éranos forzado seguir aquella órden. Los de la ciudad, como vían tanto estrago, por esforzarse decian á nuestros amigos *que no ficiesen sino quemar y destruir, que ellos se las harian tornar á hacer de nuevo; porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabian que habia de ser así, y si no, que las habian de hacer para nosotros;* y desto postrero, plugo á Dios que salieron verdaderos, aunque ellos son los que las tornan á hacer." *Cortés, Carta III.*

Aquí solo cuenta Cortés lo sucedido en su real; en los otros dos se hacia otro tanto.

sus nombres, que estaban obra de ocho leguas de México, para venir sobre nosotros, y miéntras estuviésemos batallando con los mexicanos darnos en las espaldas y en nuestros reales, y que entónces saldrian los poderes mexicanos, y los unos por una parte y los otros por otra, tenian pensamiento de nos desbaratar; y porque hubo otras pláticas, lo que sobre ello se hizo diré adelante.

CAPITULO CLV.

Cómo fué Gonzalo de Sandoval contra las provincias que venian á ayudar á Guatemuz (1).

Y para que esto se entienda bien, es menester volver algo atrás á decir desde que á Cortés desbarataron y se llevaron á sacrificar sesenta y tantos soldados, y aun bien puedo decir sesenta y dos, porque tantos fueron, despues que bien se contaron. Y tambien he dicho que Guatemuz envió las cabezas de los caballos, y caras que habian desollado, y piés y manos de nuestros soldados que habian sacrificado á muchos pueblos, y á Matalcingo y Malinalco: y les envió á hacer saber que ya habia muerto la mitad de nuestras gentes, y que les rogaba que para que nos acabasen de matar, que le viniesen á

(1) El autor altera aquí el órden de los sucesos, y los que refiere en este capítulo de Sandoval, Tapia y licenciado Ayllon, acontecieron algunos dias ántes. *Cortés, Carta III.*

ayudar, é que darian guerra en nuestros reales de dia y de noche, y que por fuerza habiamos de pelear con ellos por defenderse: é que cuando estuviésemos peleando saldrian ellos de México y nos darian guerra por otra parte, de manera que nos vencerian, y ternian que sacrificar muchos de nosotros á sus ídolos, y harian hartazga con nuestros cuerpos. De tal manera se lo envió á decir, que lo creyeron y tuvieron por cierto: y demás desto, en Matalzingo tenia el Guatemuz muchos parientes por parte de la madre, y como vieron las caras y cabezas que dicho tengo, y lo que les envió á decir, luego pusieron por la obra de se juntar con todos sus poderes que tenian, y de venir en socorro de México, y de su pariente Guatemuz, y venian ya de hecho contra nosotros: y por el camino por donde pasaron estaban tres pueblos, y les comenzaron á dar guerra, y robaron las estancias, y robaron niños para sacrificar; los cuales pueblos enviaron á se lo hacer saber á Cortés, para que les enviase ayuda y socorro: y como lo supo, de presto mandó á Andrés de Tapia, y con veinte de á caballo, y cien soldados y muchos amigos, les socorrió muy bien, y les hizo retraer á sus pueblos, con mucho daño que les hizo, y se volvió al real, de que Cortés hubo mucho placer y contentamiento: y despues desto, en aquel instante vinieron mensajeros de los pueblos de Cuernavaca, á demandar socorro, que los mismos de Matalzingo, de Malinalco y otras

provincias venian sobre ellos, é que enviase socorro, y para ello envió á Gonzalo de Sandoval con veinte de á caballo, y ochenta soldados los mas sanos que habia en todos tres reales, y muchos amigos: y sabe Dios cuáles quedábamos con gran riesgo de nuestras personas, porque todos los mas estábamos heridos muy malamente, y no teniamos refrigerio ninguno. Y porque hay mucho que decir en lo que Sandoval hizo en el desbarate de los contrarios, se dejará de decir, mas de que se vino muy de presto por socorrer á su real, y trajo dos principales de Matalzingo consigo; y los dejó mas de paz que de guerra, y fué muy provechosa aquella entrada que hizo lo uno por evitar que á nuestros amigos no se les hiciese ni recibiesen mas daño, y lo otro porque no viniesen á nuestros reales, como venian de hecho, y porque viese Guatemuz y sus capitanías que no tenian ya ayuda, ni favor de aquellas provincias: y tambien cuando con ellos estábamos peleando nos decian que nos habian de matar con ayuda de Mataltzingo, y de otras provincias, é que sus dioses se lo habian prometido así. Dejemos ya de decir de la ida y socorro que hizo Sandoval, y volvamos á decir de cómo Cortés envió á rogar á Guatemuz que viniese de paz, é que le perdonaria todo lo pasado: y le envió á decir, que el rey nuestro señor le envió á decir ahora nuevamente, que no le destruyese mas aquella ciudad y tierras, y que por esta causa los cinco

dias pasados no le habia dado guerra, ni entrado batallando: y que mire que ya no tiene bastimentos, ni agua, y mas de las dos partes de su ciudad por el suelo: é que de los socorros que esperaba de Mataltzingo, que se informe de aquellos dos principales que entónces les envió, é digan cómo les ha ido en su venida; y le envió á decir otras cosas de muchos ofrecimientos, que fueron con estos mensajeros los dos indios de Mataltzingo, y le dijeron lo que habia pasado, y no les quiso responder cosa ninguna, sino solamente les mandó que se volviesen á sus pueblos, y luego les mandó salir de México. Dejemos á los mensajeros que luego salieron, y los mexicanos por tres partes con la mayor furia que hasta allí habiamos visto, y se vienen á nosotros, y en todos tres reales nos dieron muy recia guerra: y puesto que les heriamos y matábamos muchos dellos, paréceme que deseaban morir peleando: y entónces cuando mas recios andaban con nosotros pié con pié peleando, nos decian: Tenitoz rey Castilla, tenitoz axaca, que quiere decir en su lengua: ¿qué dirá el rey de Castilla? ¿qué dirá ahora? Y con estas palabras tirar vara y piedra, y flecha, que cubrian el suelo y calzada. Dejemos esto que ya les íbamos ganando gran parte de la ciudad, y en ellos sentiamos, que puesto que peleaban muy como varones, no se remudaban ya tantos escuadrones como solian, ni abrian zanjas ni calzadas; mas otra cosa tenian muy cierta, que al tiempo

que nos retraíamos nos venian siguiendo, hasta nos echar mano, y tambien se nos habia acabado ya la pólvora en todos tres reales, y en aquel instante habia venido á la Villa Rica un navío que era de una armada de un licenciado Lúcas Vazquez de Ayllon, que se perdió y desbarataron en la isla de la Florida, y el navío aportó á aquel puerto, como dicho tengo, y venian en él ciertos soldados y pólvora y ballestas y otras cosas: y el teniente que estaba en la Villa Rica, que se decia Rodrigo Rangel, que tenia en guarda á Narvaez, envió luego á Cortés pólvora y ballestas y soldados. Y volvamos á nuestra conquista por abreviar, que mandó y acordó Cortés con todos los mas capitanes y soldados (1), que les entrásemos todo cuanto pudiésemos, hasta llegalles al Tatelulco, que es la plaza mayor, adonde estaban sus altos cues y adoratorios: y Cortés por su parte, y Sandoval por la suya, y nosotros por la nuestra les íbamos ganando puentes y albarradas, y Cortés les entró hasta una plazuela donde tenian otros adoratorios: en aquellos cues estaban unas vigas y en ellas muchas cabezas de nuestros soldados que habian muerto y desbaratado en las batallas pasadas, y tenian los cabellos y barbas muy crecidas, mas que cuando eran vivos y no lo habia yo creido, si no lo viera desde á tres

(1) Este acuerdo fué, á lo que creo probablemente, en el dia 1.º de Agosto, ó á principios de este mes, ó á últimos de Julio de 1521.

dias, que como fuimos ganando por nuestra parte dos aberturas y puentes, tuvimos lugar de las ver, é yo conocí á tres soldados mis compañeros: y cuando las vimos de aquella manera, se nos saltaron las lágrimas de los ojos, y en aquella sazon se quedaron allí donde estaban; mas desde á doce dias se quitaron, y las pusimos aquellas y otras cabezas que tenian ofrecidas á otros ídolos, y las enterramos en una iglesia, que se dice ahora los Mártires, que nosotros hicimos. Dejemos desto, y digamos cómo fuimos batallando por la parte de Pedro de Alvarado, y llegamos al Tatelulco, y habia tantos mexicanos en guarda de sus ídolos y altos cues, y tenian tantas albarradas, que estuvimos bien dos horas que no se lo pudimos tomar: y como podian ya correr caballos, puesto que les hirieron á los mas, mas nos ayudaron muy bien, y alancearon á muchos mexicanos: y como habia tantos contrarios en tres partes, fuimos las tres capitanías á batallar con ellos; y á la una capitanía, que era de un Gutierre de Badajoz, mandó Pedro de Alvarado que subiese en el alto cu de Huichilobos, y peleó muy bien con los contrarios, y muchos papas que en las casas de los adoratorios estaban, y de tal manera le daban guerra los contrarios, que le hacian venir las gradas abajo: y luego Pedro de Alvarado nos mandó que le fuésemos á socorrer y dejásemos el combate en que estábamos: é yendo que íbamos, nos siguieron los escuadrones con quien

peleábamos: y todavía les subiamos sus gradas arriba. Aquí habia bien que decir, en qué trabajo nos vimos los unos y los otros en ganalles aquellas fortalezas que ya he dicho otras veces que eran muy altas; y en aquellas batallas nos tornaron á herir á todos muy malamente, y todavía le pusimos fuego á los ídolos y levantamos nuestras banderas, y estuvimos batallando en lo llano, despues de le haber puesto fuego, hasta la noche que no nos podiamos valer con tantos guerreros. Dejemos de hablar en ello, y digamos que como Cortés y sus capitanes vieron en aquella sazon desde sus barrios y calles en sus partes léjos del alto cu, y las llamaradas en que el cu mayor se ardia, y nuestras banderas encima, se holgó mucho, y se quisieran hallar en él, mas no podian, porque habia un cuarto de legua de la una parte á la otra; y tenian muchas puentes y aberturas de agua por ganar, y por donde andaba le daban recia guerra, y no podian entrar tan presto como quisieran en el cuerpo de la ciudad; mas dende á cuatro dias se juntó con nosotros, así Cortés como Sandoval, é podiamos ir de un real á otro por las calles y casas derrocadas, y puentes y albarradas deshechas, y aberturas de agua todo ciego (1). Y en este instante se iban re-

(1) "Otro dia siguiente, *dice Cortés*, estando aderezando para tornar á entrar en la ciudad á las nueve horas del dia, vimos de nuestro real salir humo de dos torres muy altas que estaban en el Tatelulco ó mercado de la ciudad, que no po-

trayendo Guatemuz con todos sus guerreros en una parte de la ciudad dentro de la laguna, porque las casas y palacios en que vivia, ya estaban por el suelo, y con todo esto no dejaban cada dia de salir á nos dar guerra, y al tiempo de retraer nos iban siguiendo muy mejor que de ántes: é viendo esto Cortés, que se pasaban muchos dias, y no venian de paz, ni tal pensamiento tenian, acordó con todos nuestros

diamos pensar qué fuese; y como parecia que era mas que de sahumerios, que acostumbran los indios hacer á sus ídolos, barruntamos que la gente de Pedro de Alvarado habia llegado allí, y aunque así era la verdad, no lo podiamos creer. E cierto aquel dia Pedro de Alvarado y su gente lo hicieron valientemente, porque teniamos muchos puentes y albarradas de ganar, y siempre acudian á las defender toda la mas parte de la ciudad.

"Otro dia entramos luego por la mañana en la ciudad, y como no habia por ganar fasta llegar al mercado, sino una travesía de agua con su albarrada. que estaba junto á la torrecilla que he dicho, comenzámosla á combatir; y un alférez, y otros dos ó tres españoles echáronse al agua, y los de la ciudad desampararon luego el paso, y comenzóse á cegar y aderezar para que pudiésemos pasar con los caballos; y estándose aderezando llegó Pedro de Alvarado por la misma calle con cuatro de caballo, que fué sin comparacion el placer que hubo la gente de su real y del nuestro, porque era camino para dar muy breve conclusion en la guerra: y Pedro de Alvarado dejaba recaudo de gente en las espaldas hilados, así para conservar lo ganado, como para su defensa; y como luego se aderezó el paso, yo con algunos de caballo me fuí á ver el mercado, y mandé á la gente de nuestro real que no pasase adelante de aquel paso. E despues que anduvimos un rato paseándonos por la plaza, mirando los portales de ella, los cuales

capitanes que les echásemos celadas: y fué desta manera, que de todos tres reales se juntaron hasta treinta de á caballo y cien soldados los mas sueltos y guerreros que conocia Cortés: y envió á llamar de todos tres reales mil tlaxcaltecas, y nos metimos en unas casas grandes que habian sido de un señor de México, y esto fué muy de mañana, y Cortés iba entrando con los demás de á caballo

por las azoteas estaban llenos de los enemigos; é como la plaza era muy grande, y veían andar por ella los de caballo, no osaban llegar; é yo subí en aquella torre grande que está junto al mercado, y en ella, tambien, y en otras hallamos ofrecidas ante sus ídolos las cabezas de los christianos que nos habian muerto, y de los indios de Tascaltecal nuestros amigos; entre quien siempre ha habido muy antigua é cruel enemistad. E yo miré dende aquella torre lo que teniamos ganado de la ciudad, que sin duda de ocho partes teniamos ganado las siete; é viendo que tanto número de gente de los enemigos no era posible sufriese en tanta angostura, mayormente que aquellas casas que les quedaban eran pequeñas y puestas cada una de ellas sobre sí en el agua, y sobre todo la grandísima hambre que entre ellos habia, y que por las calles hallábamos roidas las raices y cortezas de los árboles; acordé de los dejar de combatir por algun dia, y movelles algun partido por donde no pereciese tanta multitud de gente, que cierto me ponia en mucha lástima y dolor el daño que en ellos se hacia: y continuamente les hacia acometer con la paz; y ellos decian, que en ninguna manera se habian de dar, y que uno solo que quedase, habia de morir peleando; y que todo lo que tenian no habiamos de haber ninguna cosa; y que lo habian de quemar y echar al agua, donde nunca pareciese; y yo por no dar mal por mal, disimulaba en no les dar el combate.—*Cortés, Carta III.*"

que le quedaban y sus soldados y ballesteros y escopeteros por las calles y calzadas como solia, y ya llegaba Cortés á una abertura y puente de agua, y entónces estaban peleando con los escuadrones de mexicanos que para ello estaban aparejados, y aun muchos mas que Guatemuz enviaba para guardar la puente, y como Cortés vió que habia gran número de contrarios, hizo que se retraía y mandaba echar los amigos fuera de la calzada, porque creyesen que de hecho se iban retrayendo, y le iban siguiendo al principio poco á poco, y cuando vieron que de hecho hacia que iba huyendo, van tras él todos los poderes que en aquella calzada le daban guerra; y como Cortés vió que habia pasado algo adelante de las casas adonde estaba la celada, tiraron dos tiros juntos, que era señal de cuando habiamos de salir de la celada, y salen los de á caballo primero, y salimos todos los soldados y dimos en ellos á placer; pues luego volvió Cortés con los suyos y nuestros amigos los tlaxcaltecas, é hicieron una gran matanza. Por manera que se hirieron y mataron muchos, y desde allí adelante no nos seguian al tiempo del retraer: y tambien en el real de Pedro de Alvarado les echó una celada, mas no tan buena como esta, y en aquel dia no me hallé yo en nuestro real con Pedro de Alvarado, por causa que Cortés me mandó que para la celada quedase con él. Dejemos desto, y digamos cómo estábamos ya en el Tatelulco y Cortés nos mandó que pasásemos to-

das las capitanías á esta en él, é que allí velásemos, por causa que veniamos mas de media legua desde el real á batallar con los mexicanos, y estuvimos allí tres dias sin hacer cosa que de contar sea, porque nos mandó que no les entrásemos mas en la ciudad, ni les derrocásemos mas casas, porque les queria tornar á requerir con las paces: y en aquellos dias que allí estuvimos en el Tatelulco, envió Cortés á Guatemuz, rogándole que se diese, y no hubiese miedo, y con grandes ofrecimientos que le prometia que su persona seria muy acatada y honrada dél, y que mandaria á México y á todas sus tierras y ciudades, como solia; y les envió bastimentos y regalos, que eran tortillas, y gallinas, y cerezas, y tunas y caza, é que no tenian otra cosa: y el Guatemuz entró en consejo con sus capitanes, y lo que le aconsejaron fué, que dijese que queria paz, é que aguardarian tres dias, é que al cabo de los tres se verian el Guatemuz y Cortés, y se darian los conciertos de las paces; y en aquellos tres dias ternian tiempo de aderezar puentes, y abrir calzadas, y adobar piedra, y vara, y flecha, y hacer albarradas: y envió Guatemuz cuatro mexicanos principales con aquella respuesta, é creíamos que eran verdaderas las paces, y Cortés les mandó dar muy bien de comer y beber, y les tornó á enviar á Guatemuz, y con ellos les envió mas refresco, como de ántes, y el Guatemuz tornó á enviar á Cortés otros mensajeros, y con ellos dos mantas ricas, y

dijeron que Guatemuz vernia para cuando estaba acordado: y por no gastar mas razones sobre el caso, él nunca quiso venir, porque lo aconsejaron que no creyese á Cortés, y poniéndole por delante el fin de su tio el gran Montezuma y sus parientes, y la destruccion de todo el linaje noble de los mexicanos; é que dijese que estaba malo, é que saliesen todos de guerra, é que placeria á sus dioses, que les daria vitoria contra nosotros, pues tantas veces se la habian prometido. Pues como estábamos aguardando al Guatemuz, y no venia, vimos luego la burla que de nosotros hacia: y en aquel instante salian tantos batallones de mexicanos con sus divisas, y dan á Cortés tanta guerra que no se podia valer; y otro tanto fué por nuestra parte de nuestro real; pues en el de Sandoval lo mismo: y era de tal manera, que parecia que entónces comenzaban de nuevo á batallar: y como estábamos algo descuidados, creyendo que estaban ya de paz, hirieron á muchos de nuestros soldados, y tres fueron heridos muy malamente, y el uno dellos murió, y mataron dos caballos, y hirieron otros mas; é ellos no se fueron mucho alabando, que muy bien lo pagaron: y como esto vido Cortés, mandó que luego les tornásemos á dar guerra, y les entrásemos en su ciudad á la parte donde se habian recogido: y como vieron que les íbamos ganando toda la ciudad, envió Guatemuz á decir á Cortés, que queria hablar con él desde una gran abertura de agua: y ha-

bia de ser Cortés de la una parte, y el Guatemuz de la otra, y señalaron el tiempo para otro dia de mañana: y fué Cortés para hablar con él, y no quiso Guatemuz venir al puesto, sino envió á muchos principales, los cuales dijeron que su señor Guatemuz no osaba venir por temor que cuando estuviese hablando, le tirarian escopetas y ballestas, y le matarian: y entónces Cortés les prometió con juramento que no les enojaria en cosa ninguna, y no aprovechó, que no le creyeron. En aquella sazon dos principales de los que hablaban con Cortés, sacaron de un fardalejo que traían, tortillas, é una pierna de gallina, y cerezas: y sentáronse muy de espacio á comer, porque Cortés lo viese, y entendiese que no tenian hambre: y desde allí le envió á decir á Guatemuz, que pues no queria venir, que no se le daba nada, y que presto les entraria en todas sus casas y veria si tenia maíz, cuanto mas gallinas: y desta manera se estuvieron otros cuatro ó cinco dias, que no les dábamos guerra. Y en este instante se salian de noche muchos pobres indios que no tenian que comer y se venian al real de Cortés y al nuestro, como aburridos de hambre. Y cuando aquello vió Cortés, mandó que en bueno ni en malo no les diésemos guerra, é que quizá se les mudaria la voluntad para venir de paz; y no venian. Y en el real de Cortés estaba un soldado que decia él mismo, que él habia estado en Italia en compañía del Gran Capitan, y se ha-

lló en la chirinola de Garayana y en otras grandes batallas, y decia muchas cosas de ingenios de la guerra, é que haria un trabuco en el Tatelulco con que en dos dias que con él tirase á la parte y casas de la ciudad, adonde el Guatemuz se habia retraido, que les haria que luego se diesen de paz; y tantas cosas dijo á Cortés sobre ello, que luego puso en obra hacer el trabuco, y trujeron piedra, y cal, y madera (de la manera que él la demandó), y carpinteros, y clavazon, y todo lo perteniente para hacer el trabuco, é hicieron dos hondas de recias sogas, y trujeron grandes piedras, y mayores que botijas de arroba; é ya que estaba armado el trabuco, segun y de la manera que el soldado dió la órden, y dijo que estaba bueno para tirar, y pusieron en la honda una piedra hechiza: lo que con ella se hizo es, que no pasó adelante del trabuco, porque fué por alto y luego cayó allí donde estaba armado. Y desque aquello vió Cortés, hubo mucho enojo del soldado que le dió la órden para que lo hiciese, y tenia pesar en sí mismo, porque él creido tenia que no era para en la guerra ni para en cosa de afrenta, y no era mas de hablar que se habia hallado de la manera que he dicho y segun el mismo soldado decia, que se decia fulano de Sotelo, natural de Sevilla; y luego Cortés mandó deshacer el trabuco. Dejemos desto, y digamos que como vió que el trabuco era cosa de burla, acordó que con todos doce bergantines fuese en ellos Gonzalo de

Sandoval por capitan general, y entrase en el rincon de la ciudad, adonde se habia retraido Guatemuz, el cual estaba en parte que no podian entrar en sus palacios y casas sino por el agua; y luego Sandoval apercibió á todos los capitanes de los bergantines, y lo que hizo diré adelante cómo y de qué manera pasó (1).

(1) El autor se ciñe demasiado en este capítulo, que abrazando lo que sucedió desde primeros de Agosto es lo mas interesante de este sitio. Supliremos su brevedad con lo que cuenta Cortés de los últimos alientos de un imperio y de una capital cuya desolacion se habia hecho forzosa:

"Otro dia, despues de asentado el trabuco, volvimos á la ciudad; y como ya habia tres ó cuatro dias que no los combatiamos, hallamos las calles por donde íbamos llenas de mujeres y niños y otra gente miserable, que se morian de hambre y salian traspasados y flacos, que era la mayor lástima del mundo de los ver, y yo mandé á nuestros amigos que no les ficiesen daño alguno; pero de la gente de guerra no salia ninguno adonde pudiese recibir daño, aunque los veíamos estar encima de sus azoteas cubiertos con sus mantas que usan, y sin armas. Y fice este dia que se les requiriese con la paz; y sus respuestas eran disimulaciones. Y como lo más del dia nos tenian en esto, envieles á decir que les queria combatir, que ficiesen retraer toda su gente, si no que daria licencia que nuestros amigos los matasen. Y ellos dijeron que querian paz; y yo les repliqué, que yo no veía allí el señor, con quien se habia de tratar; que venido, para lo cual le daria todo el seguro que quisiese, que hablariamos en la paz. E como vimos que era burla y que todos estaban apercibidos para pelear con nosotros, despues de se la haber muchas veces amonestado, por más los estrechar y poner en más extrema necesi-

dad, mandé á Pedro de Alvarado que con toda su gente entrase por la parte de un gran barrio que los enemigos tenian, en que habria más de mil casas, y yo por la otra parte entré á pié con la gente de nuestro real, porque á caballo no nos podiamos por allí aprovechar. Y fué tan recio el combate nuestro y de nuestros enemigos, que les ganamos todo aquel barrio; y fué tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemigos, que muertos y presos pasaron de doce mil ánimas, con los cuales osaban de tanta crueldad nuestros amigos, que por ninguna via á ninguno daban la vida aunque mas reprehendido y castigados de nosotros eran. Otro dia siguiente tornamos á la ciudad, y mandé que no peleasen ni ficiesen mal á los enemigos; y como ellos veían tanta multitud de gente sobre ellos y conocian que los venian á matar sus vasallos, y los que ellos solian mandar, y veían su extrema necesidad; y como no tenian donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos, con deseo de verse fuera de tanta desventura, decian *que por qué no los acabábamos ya de matar:* y á mucha priesa dijeron que me llamasen, que me querian hablar. E como todos los españoles deseaban que ya esta guerra se concluyese y habian lástima de tanto mal como se hacia, holgaron mucho pensando que los indios querian paz, y con mucho placer viniéronme á llamar y importunar que me llegase á una albarrada donde estaban ciertos principales, porque querian hablar conmigo. E aunque yo sabia que habia de aprovechar poco mi ida, determiné de ir, como quiera que bien sabia que el no darse estaba solamente en el señor y otros tres ó cuatro principales de la ciudad, porque la otra gente, muertos ó vivos deseaban ya verse fuera de allí. Y llegado á la albarrada, dijéronme: "Que pues ellos me tenian por hijo del sol, y el sol en "tanta brevedad como era en un dia y una noche daba vuelta á "todo el mundo, que por qué yo así brevemente no los acaba- "ba de matar y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos te- "nian deseo de morir y irse al cielo para sus Ochilobus que "los estaba allá esperando para descansar." Y este ídolo es el

que mas en veneracion ellos tienen. Yo les respondí muchas cosas para los atraer á que se diesen, y ninguna cosa aprovechaba, aunque en nosotros veian mas muestras y señales de paz, que jamás á ningunos vencidos se mostraron, siendo nosotros con el ayuda de nuestro Señor los vencedores.

"Puestos los enemigos en el último extremo, como de lo dicho se puede colegir, para los quitar de su mal propósito como era la determinacion que tenian de morir, hablé con una persona bien principal entre ellos, que teniamos preso, al cual dos ó tres dias ántes habia prendido un tio de don Fernando, señor de Tesaico, peleando en la ciudad; y aunque estaba muy herido, le dije que si queria volver á la ciudad. Y él me respondió que sí; y como otro dia entramos en ella, enviele con ciertos españoles, los cuales lo entregaron á los de la ciudad: y á este principal yo le habia fablado largamente para que fablase con el señor y con otros principales sobre la paz, y él prometió de facer sobre ello todo lo que pudiese. Los de la ciudad lo recibieron con mucho acatamiento como á persona principal; y como lo llevaron delante de Guatimucin su señor, y él le comenzó á fablar sobre la paz, dizque luego lo mandó matar y sacrificar. Y la respuesta que estábamos esperando, nos dieron con venir con grandísimos alaridos, diciendo que no querian sino morir: y comienzan á nos tirar varas, flechas y piedras, y á pelear reciamente con nosotros; y tanto, que nos mataron un caballo con un dalle que uno traía hecho de una espada de las nuestras; y al fin les costó caro, porque murieron muchos dellos, y así volvimos á nuestros reales aquel dia. Otro dia tornamos á entrar en la ciudad, y ya estaban los enemigos tales, que de noche osaban quedar en ella de nuestros amigos infinitos dellos. Y llegados á vista de los enemigos no quisimos pelear con ellos, sino andarnos paseando por su ciudad, porque teniamos pensamiento que cada hora y cada rato se habian de salir á nosotros. E por los inclinar á ello, yo me llegué cabalgando cabe una albarrada suya que tenian bien fuerte, y llamé á ciertos principales que estaban detrás

á los cuales yo conocia, y díjeles: que pues se veían tan perdidos y conocian que si yo quisiese en una hora no quedaria ninguno dellos, que por qué no venia á me hablar Guatimucin su señor, que yo le prometia de no hacerle ningun mal, y queriendo él y ellos venir de paz, que serian de mí muy bien recebidos y tratados. Y pasé con ellos otras razones con que los provoqué á muchas lágrimas, y llorando me respondieron: Que bien conocian su yerro y perdicion, y que ellos querian ir á hablar á su señor y me volverian presto con la respuesta, y que no me fuese de allí. Ellos se fueron, y volvieron dende á un rato y dijéronme: que porque ya era tarde su señor no habia venido; pero que otro dia á medio dia vernia en todo caso á me hablar en la paz del Mercado, y así nos fuimos á nuestro real. E yo mandé para otro dia que tuviesen aderezado allí en aquel cuadrado alto, que está en medio de la plaza para el señor y principales de la ciudad un estrado como ellos lo acostumbraban, y que tambien les tuviesen aderezado de comer, y así se puso por obra.

"Otro dia de mañana fuimos á la ciudad, y yo avisé á la gente que estuviese apercebida, para que si los de la ciudad cometiesen alguna traicion no nos tomasen descuidados. E á Pedro de Alvarado, que estaba allí, le avisé de lo mismo: y como llegamos al mercado, yo envié á decir y hacer saber á Guatemucin cómo le estaba esperando, el cual segun pareció acordó de no venir, y envióme cinco de aquellos señores principales de la ciudad, cuyos nombres, porque no hacen mucho al caso, no digo aquí. Los cuales, llegados, dijeron que su señor me enviaba á rogar con ellos que le perdonase, porque no venia, que tenia mucho miedo de parecer ante mí, y tambien estaba malo, y que ellos estaban allí, que viese lo que mandaba, que ellos lo harian. Y aunque el señor no vino, holgamos mucho que aquellos principales viniesen, porque parecia que era camino de dar presto conclusion á todo el negocio. Yo los recibí con semblante alegre, y mandéles dar luego de comer y de beber, en lo cual mostraron bien el deseo y necesidad que

de ello tenian. E despues de haber comido, díjeles que hablasen á su señor, y que no tuviese temor ninguno, y que le prometia que aunque ante mí viniese que no le seria hecho enojo alguno, ni seria detenido, porque sin su presencia en ninguna cosa se podia dar buen asiento ni concierto; y mandéles dar algunas cosas de refresco que le llevasen para comer, y prometiéronme de hacer en el caso todo lo que pudiesen, y así se fueron. E dende á dos horas volvieron y trajéronme unas mantas de algodon buenas, de las que ellos usaban, y dijéronme que en ninguna manera Guatimucin su señor vernia ni queria venir, y que era excusado hablar en ello. Y yo les torné á repetir, que no sabia la causa por qué él se recelaba venir ante mí, pues veía que á ellos, que yo sabia que habian sido los causadores principales de la guerra y que la habian sustentado, les hacia buen tratamiento, que los dejaba ir y venir seguramente sin recibir enojo alguno; que les rogaba que le tornasen á fablar, y mirasen mucho en esto de su venida, pues á él le convenia, y yo lo hacia por su provecho. Y ellos respondieron que así lo harian, y que otro dia me volverian con la respuesta, y así se fueron ellos y tambien nosotros á nuestros reales.

"Otro dia bien de mañana aquellos principales vinieron á nuestro real, y dijéronme que me fuese á la plaza del mercado de la ciudad, porque su señor me queria ir á hablar allí, y yo creyendo que fuera así; cabalgué y tomamos nuestro camino, y estúvele esperando donde quedaba concertado, mas de tres ó cuatro horas, y nunca quiso venir, ni parecer ante de mí. E como yo ví la burla, y que era ya tarde, y que ni los otros mensajeros, ni el señor venian, envié á llamar á los indios nuestros amigos que habian quedado á la entrada de la ciudad, casi una legua de donde estábamos, á los cuales yo habia mandado, que no pasasen de allí, porque los de la ciudad me habian pedido que para hablar en las paces no estuviese ninguno dellos dentro, y ellos no se tardaron, ni tampoco los del real de Pedro de Alvarado. E como llegaron co-

menzamos á combatir unas albarradas y calles de agua que tenian, que ya no les quedaba otra mayor fuerza, y entrámosles, así nosotros como nuestros amigos, todo lo que quisimos. E al tiempo que yo salí del real habia proveido que Gonzalo de Sandoval entrase con los bergantines por la otra parte de las casas en que los indios estaban fuertes, por manera que los tuviésemos cercados, y que no los combatiese, fasta estar así cercados y apretados, no tenian paso por donde andar, sino por encima de los muertos, y por las azoteas que les quedaban, y á esta causa ni tenian, ni hallaban flechas, ni varas, ni piedras con que nos ofender, y andaban con nosotros nuestros amigos á espada y rodela; y era tanta la mortandad que en ellos se fizo por la mar y por la tierra, que aquel dia se mataron, y prendieron mas de cuarenta mil ánimas, y era tanta la grita y lloro de los niños y mujeres, que no habia persona á quien no quebrantase el corazon; é ya nosotros teniamos mas que hacer en estorbar á nuestros amigos que no matasen, ni ficiesen tanta crueldad, que no en pelear con los indios, la cual crueldad nunca en generacion tan recia se vió, ni tan fuera de toda órden de naturaleza, como en los naturales destas partes: nuestros amigos hobieron este dia muy gran despojo, el cual en ninguna manera los podiamos resistir, porque nosotros éramos obra de nuevecientos españoles, y ellos mas de ciento y cincuenta mil hombres, y ningun recaudo ni diligencia bastaba para los estorbar que no robasen, aunque de nuestra parte se hacia todo lo posible. Y una de las cosas porque los dias ántes yo rehusaba de no venir en tanta rotura con los de la ciudad, era porque tomándolos por fuerza, habian de echar lo que tuviesen en el agua, y ya que no lo ficiesen, nuestros amigos habian de robar todo lo mas que hallasen, y á esta causa temia que se habria para vuestra majestad poca parte de la mucha riqueza que en esta ciudad habia, y segun la que yo ántes para vuestra alteza tenia y porque ya era tarde, y no podiamos sufrir el mal olor de los muertos, que habia de muchos dias por aquellas calles,

que era la cosa del mundo mas pestilencial, nos fuimos á nuestros reales. Y aquella tarde dejé concertado, que para otro dia siguiente, que habiamos de volver á entrar, se aparejasen tres tiros gruesos que teniamos para llevallos á la ciudad, porque yo temia, que como estaban los enemigos tan juntos, y que no tenian por donde se rodear, queriéndoles entrar por fuerza, sin pelear podrian entre sí ahogar los españoles, y queria dende acá hacelles con los tiros algun daño, porque saliesen de allí para nosotros; é al alguacil mayor mandé que asimismo para otro dia, que estuviese apercebido para entrar con los bergantines por un lago de agua grande, que se hacia entre unas casas adonde estaban todas las canoas de la ciudad recogidas: y ya tenian tan pocas casas donde poder estar, que el señor de la ciudad andaba metido en una canoa, con ciertos principales, que no sabian qué hacer de sí, y desta manera quedó concertado que habiamos de entrar otro dia por la mañana.

"Siendo ya de dia hice apercebir toda la gente, y llevar los tiros gruesos, y el dia ántes habia mandado á Pedro de Alvarado que me esperase en la plaza del mercado, y no diese combate fasta que yo llegase, y estando ya todos juntos, y los bergantines apercebidos todos por detrás de las casas del agua, donde estaban los enemigos, mandé que en oyendo soltar una escopeta, que entrasen por una poca parte que estaba por ganar, y echasen á los enemigos al agua hácia donde los bergantines habian de estar á punto; y aviséles mucho que mirasen por Guatimucin, y trabajasen de lo tomar á vida, porque en aquel punto cesaria la guerra. E yo me subí encima de una azotea, y ántes del combate hablé con algunos de aquellos principales de la ciudad que conoscia, y les dije: qué era la causa, porque su señor no queria venir, que pues se veían en tanto extremo, que no diesen causa á que todos perescie-sen, y que lo llamasen, y no hobiesen ningun temor; y dos de aquellos principales paresció que lo iban á llamar. E dende á poco volvió con ellos uno de los mas principales de todos

ellos, que se llamaba Ciguacoacin, y era el capitan y gobernador de todos ellos, é por su consejo se seguian todas las cosas de la guerra, y yo le mostré buena voluntad, porque se asegurase y no tuviese temor; y al fin me dijo que en ninguna manera el señor vernia ante mí, y ántes queria por allá morir, y que á él pesaba mucho desto, que hiciese yo lo que quisiese: y como ví en esto su determinacion, yo le dije, que se volviese á los suyos, y que él y ellos se aparejasen, porque los queria combatir y acabar de matar, y así se fué. Y como en estos conciertos se pasaron mas de cinco horas, y los de la ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel lago donde estaban las canoas, que era grande, era tanta la pena que tenian, que no bastaba juicio á pensar cómo lo podian sufrir, y no hacian sino salirse infinito número de hombres y mujeres y niños hácia nosotros. Y por darse priesa al salir, unos á otros se echaban á el agua, y se ahogaban entre aquella multitud de muertos, que segun paresció, del agua salada que bebian, y de la hambre y mal olor habia dado tanta mortandad en ellos, que murieron mas de cincuenta mil ánimas; los cuerpos de los cuales, porque nosotros no alcanzásemos su necesidad, ni los echaban á el agua, porque los bergantines no topasen con ellos, ni los echaban fuera de su conversacion, porque nosotros por la ciudad no los viésemos; y así por aquellas calles en que estaban hallamos los montones de los muertos, que no habia persona que en otra cosa pudiese poner los piés; y como la gente de la ciudad se salia á nosotros, yo habia proveido que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar que nuestros amigos no matasen á aquellos tristes que salian, que eran sin cuento. Y tambien dije á todos los capitanes de nuestros amigos, que en ninguna manera consintiesen matar á los que salian, y no se pudo tanto estorbar, como eran tantos, que aquel dia no mataron y sacrificaron mas de quince mil ánimas: y en esto todavía los principales y gente de guerra de la ciudad estaban arrinconados, y en al-

gunas azoteas, y casas, y en el agua, donde ni les aprovechaba disimulacion, ni otra cosa, porque no viésemos su perdicion, y su flaqueza muy á la clara: viendo que se venia la tarde, y que no se querian dar, fice asestar los dos tiros gruesos hácia ellos, para ver si se darian, porque mas daño rescebieran en dar licencia á nuestros amigos que les entraran, que no de los tiros, los cuales ficieron algun daño. E como esto tampoco aprovechaba, mandé soltar la escopeta, y en soltándola, luego fué tomado aquel rincon que tenian, y echados á el agua los que en él estaban: otros que quedaban sin pelear se rindieron, é los bergantines entraron de golpe por aquel lago, y rompieron por medio de la flota de las canoas, y la gente de guerra que en ellas estaba, ya no osaban pelear; y plugo á Dios que un capitan de un bergantin que se dice Garci-Holguin, llegó en pos de una canoa en la cual le paresció que iba gente de manera, y como llevaba dos ó tres ballesteros en la proa del bergantin, y iban encarando en los de la canoa, ficiéronle señal, que estaban allí el señor, que no tirasen, y saltaron de presto, y prendiéronle á él y aquel Ciguacoacin, y aquel señor de Tacuba, y á otros principales que con él estaban: y luego el dicho capitan Garci-Holguin me trujo allí á la azotea donde estaba, que era junto al lago, al señor de la ciudad, y á los otros principales presos, el cual como le fice sentar, no mostrándole riguridad ninguna, llegóse á mí y díjome en su lengua: *que ya él habia fecho tado lo que de su parte era obligado para defenderse á sí, y á los suyos, fasta venir en aquel estado, que agora ficiese de él lo que yo quisiese*, y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome, *que le diese de puñaladas, y lo matase.* E yo le animé, y le dije que no tuviese temor ninguno; y así preso este señor, luego en ese punto cesó la guerra.—*Cortés, Carta III.*"

CAPITULO CLVI.

Cómo se prendió Guatemuz.

Pues como Cortés vido que el trabuco no aprovechó cosa ninguna, ántes hubo enojo con el soldado que le aconsejó que lo hiciese, y viendo que no queria paces ningunas Guatemuz y sus capitanes, mandó á Gonzalo de Sandoval que entrase con los bergantines en el sitio y rincon de la ciudad, adonde estaban retraidos el Guatemuz con toda la flor de sus capitanes y personas mas nobles que en México habia, y le mandó que no matase ni hiriese á ningunos indios, salvo si no le diesen guerra, é que aunque se la diesen, que solamente se defendiese, y no les hiciese otro mal, y que les derrocase las casas, y muchas barbacanas que habia hecho en la laguna, y Cortés se subió luego en el cu mayor de Tatelulco, para ver cómo entraba Sandoval con los bergantines, y les fueron acompañando Pe-

dro de Alvarado, y Luis Marin, y Francisco de Lugo, y otros soldados: y como el Sandoval entró con los bergantines en aquel paraje donde estaban las casas del Guatemuz, cuando se vió cercado el Guatemuz, tuvo temor no le prendiesen ó le matasen, y tenia aparejadas cincuenta grandes piraguas para si se viese en aprieto, salvarse en ellas, y meterse en unos carrizales, é ir desde allí á tierra, y esconderse en unos pueblos de sus amigos, y asimismo tenia mandado á los principales y gente de mas cuenta que allí en aquel rincon tenia, y á sus capitanes, que si se viesen en aprieto, que hiciesen lo mismo: y como vieron que les entraban en las casas, se embarcan en las canoas, é ya tenian metida su hacienda de oro y joyas, y toda su familia, y se mete en ellas, y tira la laguna adelante, acompañado de muchos capitanes y principales: y como en aquel instante iba la laguna llena de canoas, y Sandoval luego tuvo noticia que Guatemuz con toda la gente principal se iba huyendo, mandó á los bergantines que dejasen de derrocar casas, y siguiesen el alcance de las canoas, y que mirasen que tuviesen tino é ojo á qué parte iba el Guatemuz, y que no le ofendiesen ni hiciesen enojo ninguno, sino que buenamente procurasen de le prender: y como un Garci Holguin, que era capitan de un bergantin, amigo del Sandoval, y era muy gran velero su bergantin, y llevaba buenos remeros, le mandó que siguiese hácia la parte que le habian dicho que iba el Guatemuz y sus principales, y las grandes piraguas

y le mandó que si le alcanzase, que no le hiciese mal ninguno, mas de prendelle, y el Sandoval siguió por otra parte con otros bergantines que le acompañaban: é quiso Dios nuestro Señor que el García Holguin alcanzó las canoas é grandes piraguas en que iba el Guatemuz: y en el arte dél y de los toldos é piragua, y aderezo dél y de la canoa, le conoció el Holguin y supo que era el grande señor de México, y dijo por señas que aguardasen; y no querian, y él hizo como que les queria tirar con las escopetas y ballestas, y hubo el Guatemuz miedo de ver aquello, y dijo: No me tiren, que yo soy el rey de México y desta tierra, y lo que te ruego es que no me llegues á mi mujer ni á mis hijos, ni á ninguna mujer ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lleves á Malinche. Y como el Holguin le oyó, se gozó en gran manera, y le abrazó y le metió en el bergantin con mucho acato á él y á su mujer, y á veinte principales que con él iban, y les hizo asentar en la popa en unos petates y mantas, y les dió de lo que traía para comer; y á las canoas en que iba su hacienda no les tocó en cosa ninguna, sino que juntamente las llevó con su bergantin. Y en aquella sazon el Gonzalo de Sandoval se puso á una parte para ver los bergantines, y mandó que todos se recogiesen á él, y luego supo que García Holguin habia prendido al Guatemuz y que le llevaba á Cortés; y como el Sandoval lo supo, mandó á los remeros que lleva-

ba su bergantin que remasen á la mayor priesa que pudiesen, y cuando alcanzó al Holguin le dijo que le diese el prisionero; y el Holguin no se lo quiso dar, porque dijo que él lo habia prendido y no el Sandoval. Y el Sandoval dijo que así era verdad, y que él era general de los bergantines y que el Holguin venia debajo de su dominio é mando, y que por ser su amigo se lo habia mandado, y tambien porque era su bergantin muy ligero más que los otros. E mandó que le siguiesen y le prendiesen, y que al Sandoval como á su general le habia de dar el prisionero; y el Holguin todavía porfiaba que no queria, y en aquel instante fué otro bergantin á gran priesa á Cortés á demandalle albricias, que como dicho tengo estaba muy cerca en el Tatelulco mirando desde el cu mayor cómo entraba el Sandoval; y entónces le contaron la diferencia que traía Sandoval con el Holguin sobre tomalle el prisionero. Y cuando Cortés lo supo, luego despachó al capitan Luis Marin y á Francisco de Lugo para que luego hiciesen venir á Gonzalo de Sandoval y al Holguin sin más debatir, é que trajese al Guatemuz y á la mujer y familia con mucho acato, porque él determinaria cuyo era el prisionero y á quien se habia de dar la honra dello. Y entretanto que le fueron á llamar hizo aderezar Cortés un estrado lo mejor que pudo con petates y mantas, y otros asientos, y mucha comida de lo que Cortés tenia para sí, y luego vino el

Sandoval y Holguin con el Guatemuz, y le llevaron ante Cortés: y cuando se vió delante dél le hizo mucho acato, y Cortés con alegría le abrazó y le mostró mucho amor á él y á sus capitanes. Y entónces el Guatemuz dijo á Cortés: Señor Malinche, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más; y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma luego ese puñal que traes en la cinta y mátame luego con él. Y esto, cuando se lo decia, lloraba muchas lágrimas con sollozos, y tambien lloraban otros grandes señores que consigo traía. Y Cortés le respondió con doña Marina y Aguilar nuestras lenguas, y dijo muy amorosamente: Que por haber sido tan valiente, y haber vuelto y defendido su ciudad, se lo tenia en mucho y tenia en mas á su persona, y que no es digno de culpa ninguna, é que ántes se lo ha de tener á bien que á mal; é que lo que Cortés quisiera, fué que cuando iban de vencida, que porque no hubiera mas destruicion ni muertes en sus mexicanos, que vinieran de paz y de su voluntad; é que pues ya es pasado lo uno y lo otro, y no hay remedio ni enmienda en ello, que descanse su corazon, y de sus capitanes, é que mandará á México y á sus provincias como de ántes lo solian hacer. Y Guatemuz y sus capitanes dijeron que se lo tenian en merced; y Cortés preguntó por la mujer y por otras grandes señoras mujeres de otros capitanes que le habian

dicho que venian con Guatemuz. Y el mismo Guatemuz respondió, y dijo que habia rogado á Gonzalo de Sandoval y á García Holguin que les dejase estar en las canoas en que estaban, hasta ver lo que el Malinche ordenaba; y luego Cortés envió por ellas, y les mandó dar de comer de lo que habia lo mejor que pudo en aquella sazon: y luego, porque era tarde y queria llover, mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que se fuese á Cuyoacan, y llevase consigo á Guatemuz y á su mujer y familia, y á los principales que con él estaban. Y luego mandó á Pedro de Alvarado y á Christóval de Oli que cada uno se fuese á sus estancias y reales; y luego nosotros nos fuimos á Tacuba, y Sandoval dejó á Guatemuz en poder de Cortés en Cuyoacan y se volvió á Tepeaquilla, que era su puesto y real. Prendióse Guatemuz y sus capitanes en trece de Agosto á hora de vísperas, dia de señor San Hipólito, año de mil y quinientos y veintiun años, gracias á nuestro Señor Jesu-Christo y á nuestra Señora la Vírgen Santa María su bendita Madre. Amen. Llovió, y tronó, y relampagueó aquella noche, y hasta media noche mucho más que otras veces; y como se hubo preso Guatemuz, quedamos tan sordos todos los soldados, como si de ántes estuviera uno puesto encima de un campanario y tañesen muchas campanas, y en aquel instante que las tañian cesasen de las tañer: y esto digo al propósito, porque todos los noventa y tres dias que

sobre esta ciudad estuvimos, de noche y dia daban tantos gritos y voces, é silbos, unos escuadrones mexicanos apercibiendo los escuadrones y guerreros que habian de batallar en la calzada, é otros llamando las canoas que habian de guerrear con los bergantines y con nosotros en las puentes, y otros apercibiendo á los que habian de hincar palizadas y abrir y ahondar las calzadas y aberturas y puentes, y en hacer albarradas, y otros en aderezar piedra y vara y flecha, y las mujeres en hacer piedra rolliza para tirar con las hondas; pues desde los adoratorios y casas malditas de aquellos malditos ídolos, los atambores y cornetas y el atambor grande y otras bocinas dolorosas que de contínuo no dejaban de se tocar; y desta manera de noche y de dia no dejábamos de tener gran ruido, y tal que no nos oíamos los unos á los otros: y despues de preso el Guatemuz cesaron las voces y el ruido, y por esta causa he dicho, como si de ántes estuviéramos en campanario. Dejemos desto, y digamos cómo Guatemuz era de muy gentil disposicion así de cuerpo como de facciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos mas parecian que cuando miraba, que eran con gravedad y halagüeños y no habia falta en ellos, y era de edad de veinte y tres ó veinte y cuatro años, y el color tiraba mas á blanco que al color y matiz de esotros indios morenos; y decian que su mujer era sobrina de Montezuma su tio, muy hermosa mujer y moza.

Y ántes que mas pasemos adelante, digamos en qué paró el pleito del Sandoval y del García Holguin sobre la prision de Guatemuz: y es, que Cortés les dijo que los romanos tuvieron otra contienda de la misma manera que esta, entre Mario y Lucio Cornelio Sila, y fué cuando Sila trujo preso á Yugurta, que estaba con su suegro el rey Bocos; y cuando entraba en Roma triunfando de los hechos y hazañas heróicos, pareció ser que Sila metió en su triunfo á Yugurta con una cadena de hierro al pescuezo, y Mario dijo que no le habia de meter Sila sino él; é ya que le metia, que habia de declarar que el Mario le dió aquella facultad, y le envió por él para que en su nombre le llevase preso, y se le dió el rey Ibocos, pues que el Mario era capitan general, y debajo de su mano y bandera militaban: y el Sila, como era de los patricios de Roma, tenia mucho favor; y como Mario era de una villa cerca de Roma, que se decia Arpino, y advenedizo puesto que habia sido siete veces cónsul, no tuvo el favor que el Sila, y sobre ello hubo las guerras civiles entre el Mario y el Sila, y nunca se determinó á quién se habia de dar la honra de la prision de Yugurta. Volvamos á nuestro propósito, y es, que Cortés dijo que haria relacion dello á su majestad, y á quien fuese servido de hacer merced, se le daria por armas, que de Castilla traerian sobre ello la determinacion; y desde á dos años vino mandado por su majestad que Cortés tuviese por

armas en sus reposteros ciertos reyes, que fueron Montezuma, gran señor de México; Cacamatzin, señor de Tezcuco, y los señores de Iztapalapa y de Cuyoacan y Tacuba, y otro gran señor que decian que era pariente muy cercano del gran Montezuma, á quien decian que de derecho le venia el reinado y señorío de México, que era señor de Matalzingo y de otras provincias, y á este Guatemuz sobre que fué este pleito. Dejemos desto, y digamos de los cuerpos muertos y cabezas que estaban en aquellas casas adonde se habia retraido Guatemuz: y es verdad, y juro amen, que toda la laguna y casas y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba, pues en las calles y en los mismos patios del Tatelulco no habia otras cosas, y no podiamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destruicion de Jerusalem; mas si en ella hubo tanta mortandad como en ésta, yo no lo sé, porque faltaron en esta ciudad gran multitud de indios guerreros, y de todas las provincias y pueblos sujetos á México, que allí se habian acogido, todos los mas murieron, que (como he dicho) así el suelo y la laguna y barbacoas todo estaba lleno de cuerpos muertos, y hedia tanto que no habia hombre que sufrirlo pudiese; y á esta causa, así como se prendió Guatemuz, cada uno de los capitanes se fueron

á sus reales, como dicho tengo, y aun Cortés estuvo malo del hedor que se le entró por las narices en aquellos dias que estuvo allí en el Tatelulco. Dejemos desto y pasemos adelante, y digamos cómo los soldados que andaban en los bergantines fueron los mejor librados, é hubieron buen despojo á causa que podian ir á ciertas casas que estaban en los barrios de la laguna, que sentian que habria oro, ropa y otras riquezas, y tambien lo iban á buscar á los carrizales, donde lo iban á esconder los indios mexicanos cuando les ganábamos algun barrio y casa; y tambien porque, socolor que iban á dar caza á las canoas que metian bastimentos y agua, si topaban algunas en que iban algunos principales huyendo á tierra firme para se ir entre los otomites que estaban comarcanos, les despojaban de lo que llevaban. Quiero decir, que nosotros los soldados que militábamos en las calzadas y por tierra firme, no podiamos haber provecho ninguno, sino muchos flechazos y lanzadas, y heridas de vara y piedra, á causa que cuando íbamos ganando alguna casa ó casas, ya los moradores dellas habian salido y sacado toda la hacienda que tenian, y no podiamos ir por agua sin que primero cegásemos las aberturas y puentes; y á esta causa he dicho en el capítulo que dello habla, que cuando Cortés buscaba los marineros que habian de andar en los bergantines, que fueron mejor librados que no los que batallábamos por tierra; y así pareció claro, por-

que los capitanes mexicanos, y aun el Guatemuz, dijeron á Cortés cuando les demandó el tesoro del gran Montezuma, que los que andaban en los bergantines habian robado mucha parte dello. Dejemos de hablar mas en esto, hasta mas adelante, y digamos que como habia tanta hedentina en aquella ciudad, que Guatemuz le rogó á Cortés que diese licencia para que se saliese todo el poder de México á aquellos pueblos comarcanos, y luego les mandó que así lo hiciesen. Digo que en tres dias con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y muchachos, llenos de bote en bote que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios é amarillos é hediondos, que era lástima de los ver: y despues que la hubieron desembarazado envió Cortés á ver la ciudad, y estaban como dicho tengo, todas las casas llenas de indios muertos, y aun algunos pobres mexicanos entre ellos que no podian salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba: y hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raíces de las yerbas (que habian comido cocidas), hasta las cortezas de los árboles tambien las habian comido. De manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada. Tambien quiero decir que no comian las carnes de sus mexicanos, si no eran de los enemigos tlaxcaltecas, y las nuestras que apañaban; y no se ha hallado generacion en el mundo que tanto sufriese la hambre

y sed y continuas guerras como ésta. Dejemos de hablar en esto y pasemos adelante, que mandó Cortés que todos los bergantines se juntasen en unas atarazanas que despues se hicieron. Volvamos á nuestras pláticas, que despues que se ganó esta grande y populosa ciudad, y tan nombrada en el universo, despues de haber dado muchas gracias á nuestro Señor y á su bendita Madre, ofreciendo ciertas promesas á Dios nuestro Señor, Cortés mandó hacer un banquete en Cuyoacan en señal de alegría de la haber ganado, y para ello tenian ya mucho vino de un navío que habia venido al puerto de la Villa Rica, y tenia puercos que le trujeron de Cuba; y para hacer la fiesta mandó convidar á todos los capitanes y soldados que le pareció que era bien tener cuenta con ellos en todos tres reales: y cuando fuimos al banquete no habia mesas puestas, ni aun asientos, para la tercera parte de los capitanes y soldados que fuimos, y hubo mucho desconcierto; y valiera mas que no se hiciera, por muchas cosas no muy buenas que en él acaecieron, y tambien porque esta planta de Noé hizo á algunos hacer desatinos: y hombres hubo en él, que despues de haber comido anduvieron sobre las mesas, que no acertaban á salir al patio; otros decian que habian de comprar caballos con sillas de oro, y ballesteros hubo que decian que todas las saetas que tuviesen en su aljaba, que habian de ser de oro de las partes que les habian de dar; y otros iban por

las gradas abajo rodando. Pues ya que habian alzado las mesas salieron á danzar las damas que habia, con los galanes cargados con sus armas, que era para reir; y fueron las damas pocas, que no habia otras en todos los reales ni en la Nueva-España: é dejo de nombrarlas por sus nombres é de referir cómo otro dia hubo sátira, porque quiero decir que como hubo cosas tan malas en el convite y en los bailes, el buen fraile fray Bartolomé de Olmedo lo murmuraba, é le dijo á Sandoval lo mal que le parecia, é que qué bien dábamos gracias á Dios para que nos ayudase adelante. E el Sandoval tan presto le dijo á Cortés lo que fray Bartolomé murmuraba é gruñia; y el Cortés, que era discreto, le mandó llamar é le dijo: Padre, no excusaba solazar y alegrar los soldados con lo que vuestra reverencia ha visto é yo he hecho de mala gana; ahora resta que vuestra reverencia ordene una procesion, y que diga misa é nos predique, y diga á los soldados que no roben las hijas de los indios, y que no hurten ni riñan pendencias, é que hagan como católicos christianos, para que Dios nos haga bien. E fray Bartolomé se lo agradeció á Cortés, que no sabia lo que habia dicho Alvarado y pensaba que salia del buen Cortés su amigo. Y el fraile hizo una procesion en que íbamos con nuestras banderas levantadas, y algunas cruces á trechos, y cantando las letanías, y á la postre una imágen de nuestra Señora: y otro dia predicó fray

Bartolomé, é comulgaron muchos en la misa despues de Cortés y Alvarado, é dimos gracias á Dios por la victoria. Y dejemos de mas hablar en esto, y quiero decir otras cosas que pasaron, que se me olvidaba, y aunque no vengan ahora dichas, sino algo otras, sin propósito, y es, que nuestros amigos Chichimecatecle y los dos mancebos Xicotengas hijos de don Lorenzo de Vargas, que se solia llamar Xicotenga el viejo y ciego, guerrearon muy valientemente contra el poder de México y nos ayudaron muy esforzada y extremadamente de bien; y asimismo un hermano del señor de Tezcuco don Hernando, que se decia Suchel, que despues se llamó don Cárlos: éste hizo cosas de muy esforzado y valiente varon, y otro capitan, natural de una ciudad de la laguna (que no se me acuerda su propio nombre), tambien hacia maravillas, y otros muchos capitanes de pueblos que nos ayudaban, todos guerreaban muy poderosamente: y Cortés les habló y les dió muchas gracias y loores porque nos habian ayudado, con muchas buenas palabras y promesas de que el tiempo andando les daria tierras y vasallos, y les haria grandes señores, y les despidió. Y como estaban ricos de ropa de algodon, y oro y otras muchas cosas ricas de despojos, se fueron alegres á sus tierras, y aun llevaron hartas cargas de tasajos cecinados de indios mexicanos, que repartieron entre sus parientes y amigos, y como cosas de sus enemigos las

comieron por fiestas. Agora que estoy fuera de los recios combates y batallas de los mexicanos, que con nosotros, y nosotros con ellos teniamos de noche y de dia, porque doy muchas gracias á Dios que dellas me libró, quiero contar una cosa muy temeraria que me acaeció, y es: que despues que vide abrir por los pechos y sacar los corazones y sacrificar aquellos sesenta y dos soldados que dicho tengo que llevaron vivos de los de Cortés, y ofrecelles los corazones á los ídolos; y esto que agora diré les parece á alguna personas que es por falta de no tener muy grande ánimo, y si bien lo consideran, es por el demasiado ánimo con que en aquellos dias habia de poner mi persona en lo mas recio de las batallas, porque en aquella sazon presumia de buen soldado y era tenido en esta reputacion, y habia de hacer lo que mas osados y atrevidos soldados suelen hacer, y en aquella sazon yo hacia delante de mis capitanes: y como de cada dia via llevar á nuestros compañeros á sacrificar, y habia visto, como dicho tengo, que les aserraban por los pechos, y sacalles los corazones bullendo, y cortarles piés y brazos, y se los comieron á los sesenta y dos, que dicho tengo; temia yo, que un dia que otro habian de hacer de mí lo mismo, porque ya me habian llevado asido dos veces, y quiso Dios que me escapé: y acordóseme de aquellas muertes, y por esta causa dende entónces temí desta cruel

muerte. Y esto he dicho, porque ántes de entrar en las batallas, se me ponia por delante una como grima y tristeza grandísima en el corazon, y encomendándome á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora, y entrar en las batallas, todo era uno, y luego se me quitaba aquel temor: y tambien quiero decir, qué cosa tan nueva era agora tener yo aquel temor no acostumbrado, habiéndome hallado en muchos reencuentros muy peligrosos, ya habia de estar curtido el corazon, y esfuerzo, y ánimo en mi persona, agora á la postre mas arraigado que nunca: porque si bien lo sé contar, y traer á la memoria, dende que vine á descubrir con Francisco Fernandez de Córdoba, y con Grijalva, y volví con Cortés, y me hallé en lo de la punta de Cotoche, y en lo de Lázaro, que por otro nombre se dice Campeche, y en Potonchan, y en la Florida, segun que mas largamente lo tengo escrito cuando vine á descubrir con Francisco Fernandez de Córdoba. Dejemos desto y volvamos á hablar en lo de Grijalva, y en lo mismo de Potonchan, y con Cortés en lo de Tabasco, y la de Cingapacinga, y en todas las guerras y rencuentros de Tlaxcala, y en lo de Cholula; y cuando desbaratamos á Narvaez, me señalaron para que les fuésemos á tomar la artillería, que eran diez y ocho tiros cebados y cargados con sus pelotas de piedra, los cuales les tomamos, y este trance fué de mucho peligro: y me hallé en el primer

desbarate cuando los mexicanos nos echaron de México, ó por mejor decir, salimos huyendo cuando nos mataron en obra de ocho dias ochocientos y cincuenta soldados; y me hallé en las entradas de Tepeaca y Cachula, y sus rededores, y en otros rencuentros que tuvimos con los mexicanos cuando estábamos en Tezcuco, sobre coger las mielpas de maíz, y en lo de Iztapalapa, cuando nos quisieron anegar, y me hallé cuando subimos en los peñoles, y ahora los llaman las fuerzas y fortalezas que ganó Cortés, y en lo de Suchimilco, é otros muchos rencuentros, y entré con Pedro de Alvarado con los primeros á poner cerco á México, y les quebramos el agua de Chapultepeque, y en la primera entrada que entramos en la calzada con el mismo Pedro de Alvarado, y despues desto cuando desbarataron por la misma nuestra parte, y llevaron seis soldados vivos, y á mí me llevaban, é ya se hacia cuenta que eran siete conmigo, segun me llevaban engarrafado á sacrificar; y me hallé en todas las demás batallas, ya por mí memoradas, que cada dia y de noche teniamos, hasta que ví, como dicho tengo, las crueles muertes que dieron delante de mis ojos á aquellos sesenta y dos soldados nuestros compañeros: ya he dicho, que agora que por mí habian pasado todas estas batallas y peligros de muerte, que no lo habia de temer como lo temia agora á la postre. Digan agora aquellos caballeros que desto

del militar entienden, y se han hallado en trances peligrosos de muerte, á qué fin echarán mi temor, si es á flaqueza de ánimo, ó á mucho esfuerzo, porque como he dicho, sentia en mi pensamiento, que habia de poner por mi persona, batallando en parte que por fuerza habia de temer la muerte mas que otras veces, y por esto me temblaba el corazon y temia la muerte: y todas estas batallas que aquí he dicho donde me he hallado, y verán en mi relacion en qué tiempo, y cómo, y cuándo, y dónde, y de qué manera otras muchas entradas y rencuentros tuvo Cortés, y muchos de nuestros capitanes, sin estos que aquí tengo dichos que no me hallé yo en ellos, porque eran de cada dia tantos, que aunque fuera de hierro mi cuerpo, no lo pudiera sufrir, en en especial que siempre andaba herido, y pocas veces estaba sano, y á esta causa no podia ir á todas las entradas: pues aun no han sido nada los trabajos y peligros, y rencuentros de muerte que de mi persona he recontado, que despues que ganamos esta fuerte y gran ciudad pasé otros muchos, como adelante verán cuando vengan á coyuntura. Y dejemos ya, y diré y aclararé, por qué he dicho en todas estas guerras mexicanas cuando nos mataron nuestros compañeros, digo lleváronlos, y no digo matáronlos, y la causa es esta: porque los guerreros que con nosotros peleaban, aunque pudieran matar luego á los que llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban luego, sino dábanles heri-

ÍNDICE.

—